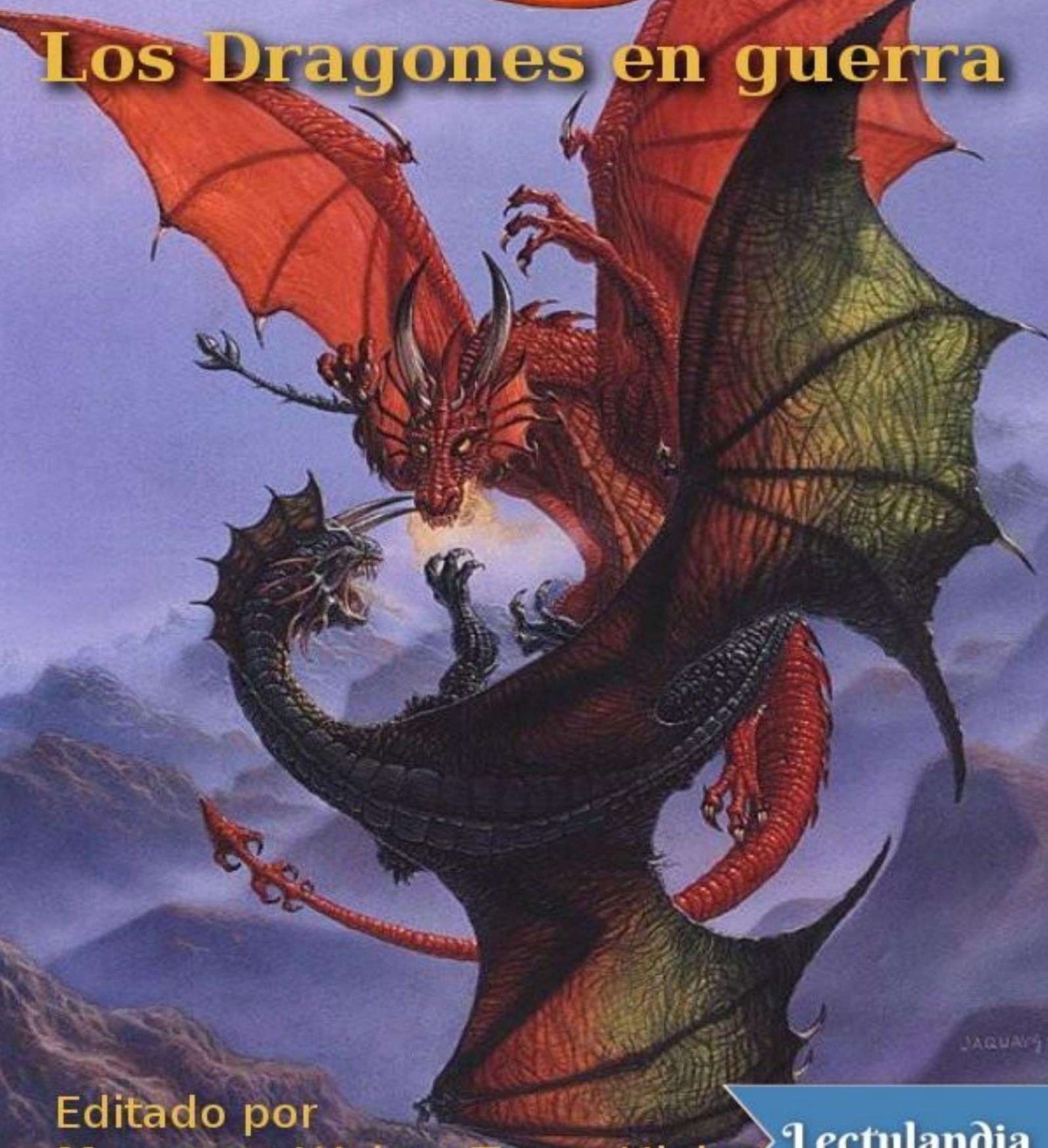


Antologías de los Dragones - Volumen 2



Los Dragones en guerra



Editado por
Margaret Weis y Tracy Hickm

Lectulandia

Los dragones son, quizá, las criaturas más antiguas de Krynn. Son la encarnación del poder y lo saben. Se presentan bajo los aspectos más diversos y su personalidad y comportamiento varían igual que el color de sus escamas. Poseen una capacidad casi ilimitada para la magia y nada hay más aterrador que el vuelo de esos seres.

M. Weis y T. Hickman han recopilado para este volumen una selección de relatos de los mejores autores de la Dragonlance, en los que los dragones ocupan un lugar protagonista. Don Perrin, Douglas Niles, Mark Anthony y la propia Margaret Weis, entre otros, nos ofrecen historias que harán las delicias de todos los lectores que visitan el mundo de Krynn una y otra vez.

Lectulandia

Mark Anthony & Chris Pierson & Linda P. Baker & Jeff Grubb &
Nick O'Donohoe & Margaret Weis & Don Perrin & Roger E. Moore
& Douglas Niles

Los dragones en guerra

Dragonlance: Antologías de los Dragones 2

ePub r1.0
helike 31.10.13

Título original: *The Dragons at War*

Mark Anthony & Chris Pierson & Linda P. Baker & Jeff Grubb & Nick O'Donohoe & Margaret Weis & Don Perrin & Roger E. Moore & Douglas Niles, 1996

Traducción: Marta Mabres

Ilustración de portada: Paul Jaquays

Diseño de portada: helike

Editor digital: helike

Colaborador: OZN

ePub base r1.0

-Introducción, Margaret Weis (Introduction, 1996)

-El Pueblo del Dragón, Mark Anthony (People of the Dragon, 1996)

-El fin de la gloria, Chris Pierson (Glory Descending, 1996)

-Una tregua en la batalla, Linda P. Baker (A Lull in the Battle, 1996)

-Pum, Jeff Grubb (Boom, 1996)

-Los narradores de cuentos, Nick O'Donohoe (Storytellers, 1996)

-El arma secreta del primer ejército de los Dragones, Don Perrin & Margaret Weis (The First Dragonarmy Engineer's Secret Weapon, 1996)

-Por la puerta del cielo, Roger E. Moore (Through the Door at the Top of the Sky, 1996)

-Los huevos de Aurora, Douglas Niles (Aurora's Eggs, 1996)

más libros en lectulandia.com

Introducción

[Margaret Weis]

En la Posada El Último Hogar, ésta es la noche de los narradores de historias. Tika creó esta costumbre para estimular el negocio durante las frías noches de invierno, cuando la gente prefiere quedarse en casa cerca del fuego antes que aventurarse por los hielos y la nieve.

Aquella idea fue muy bien acogida, y en la actualidad, de forma periódica, ella y Caramon envían invitaciones a los narradores más famosos de Ansalon y les ofrecen comida y alojamiento gratis a cambio de que ellos cuenten sus historias en la Posada.

Esta noche, el local goza de un grupo excelente de bardos.

Caramon, subido a un barril de cerveza para que todos puedan verle, hace las presentaciones.

—Primero me gustaría presentaros a unos veteranos como yo. Son amigos de los tiempos de la Guerra de la Lanza. Alzad la mano cuando diga vuestro nombre. Tú, Tasselhoff, baja la mano. Esta noche tenemos a Jeff Grubb, Nick O'Donohoe, Roger Moore, Doug Niles, Margaret Weis, Tracy Hickman... ¿Dónde está Tracy?

Caramon mira entre la gente. Las risas estallan al ver a Hickman vestido con ropas de color pardusco acusando a todos de haberle robado el sombrero.

—Algunos de los bardos de esta noche —prosigue Caramon en cuanto el barullo disminuye— ya han actuado aquí. Por favor, alzad la mano. No, Tas, esto no te incluye a tí. Yo... ¡Un momento! ¿Qué llevas en la mano? ¡Es la caja con la recaudación de esta noche! ¡Tas! ¡Devuélveme eso!

En medio de una gran confusión, Caramon baja trabajosamente del barril.

La voz chillona de Tas se eleva en protesta.

—Sólo pretendía tenerla a buen recaudo. ¡Eso no es malo! Esta noche aquí hay gente de aspecto extraño.

—¡Pero si sólo es Roger! —exclama Michael Williams.

Cuando el orden se restablece (y con él, la caja de la recaudación vuelve a su sitio), Caramon presenta a los bardos que ya han contado historias aquí: Janet Pack, Linda Backer, Mark Anthony y Don Perrin.

Los recién llegados reciben una cálida acogida al tiempo que se les recomienda no quitar ojo de la bolsa del dinero.

Caramon se inclina para recibir un caluroso aplauso y vuelve a su puesto detrás del mostrador. Tika da un último aviso para pedir cerveza.

Ven aquí, amigo. Hay un sitio a mi lado, en este banco. Siéntate. Pídete una jarra de cerveza y prepárate para reír y llorar, estremecerte y temblar.

Esta noche, nuestros narradores nos contarán historias sobre batallas de dragones.

El Pueblo del Dragón

[Mark Anthony]

Cuando las gentes del valle descubrieron aquella vieja sepultura me mandaron llamar.

Sólo hacía una semana que los cálidos vientos de la primavera habían tomado el valle para soltar las duras garras del invierno que se aferraban a los montañosos parajes del sur de Ergoth. Como siempre, yo agradecía el cambio de estación. A pesar de que la cueva donde vivía en los últimos años era fresca e incluso cómoda en verano, en los meses oscuros era una tumba en la que ningún fuego, natural o mágico, podía dar calor. Sin embargo, el invierno había pasado y yo ya había corrido a un lado la cortina de piel que colgaba ante la estrecha boca de la entrada para permitir que la luz y el aire dispersaran la malsana oscuridad del interior.

La cueva era pequeña, no más de cinco pasos de ancho y quince de profundidad. Sin embargo, a mí me bastaba. El suelo era seco y arenoso y había espacio más que suficiente para mis escasas pertenencias: un camastro de sauce con un jergón tejido con juncos, un estante para secar hierbas y una repisa con marmitas de barro selladas con cera y llenas de aceite, pescado curado con sal y aceitunas secas. En el brasero, situado en el centro de la cueva, ardía un pequeño fuego y las espirales de humo encontraban su salida por rendijas ocultas en el techo.

Yo estaba sentado en una alfombrilla raída colocada junto al brasero y examinaba un pequeño esqueleto de topo que previamente había pegado a un trozo de corteza con savia de abeto. Por naturaleza me gusta aprender y siempre he sentido especial fascinación por la estructura de los seres vivos. He constatado que cada uno de los animales que he examinado dispone de características perfectamente adaptadas a su modo de vida.

El topo no era distinto. La osamenta de los brazos, extremadamente compleja, permite el acoplamiento de los poderosos músculos empleados para cavar; y los dientes, afilados y puntiagudos, son perfectos para atravesar los caparzones de los escarabajos, que son su principal alimento. Empapé mi pluma en un frasco de tinta hecha de hierba mora y empecé a dibujar el esqueleto del topo sobre un trozo de piel de cordero extendida a la vez que anotaba las características más interesantes.

Una sombra se dibujó en el umbral. Levanté la vista, sorprendido. Una pequeña silueta se recortaba en la entrada de la cueva. La figura oscura se asustó al ver mi sobresalto y se dio la vuelta, dispuesta a echarse a correr.

—¡Espera! —chillé.

La silueta se detuvo pero no dio un paso para acercarse. Dejé mi pluma, me puse en pie y me acerqué a la entrada. Al llegar al umbral de piedra y pasar de la oscuridad a la luz pude ver a mi misterioso visitante: era un chico, de no más de doce inviernos.

Vestía una ropa holgada de tejido áspero y se balanceaba nervioso sobre sus pies descalzos.

No era raro que la gente del valle acudiera a mí. De vez en cuando, uno de ellos emprendía el camino sinuoso que ascendía a mi cueva desde la descuidada aldea a través de un bosquecillo de álamos de color verde y plateado. Por lo general, venían a pedir una pomada para heridas infectadas, hierbas que paliaran el dolor de muelas o una infusión para que una mujer estéril pudiera concebir hijos. Para los del valle, yo era un ermitaño, un sabio que había vuelto la espalda al mundo exterior y que se había marchado a las montañas para proseguir sus estudios en soledad. Loco, tal vez, pero no peligroso. Naturalmente, si alguna vez hubieran conocido mi verdadera naturaleza, se habrían vuelto contra mí y me hubieran quemado vivo en la cueva.

Hacía ya cinco años que había logrado escapar de la destrucción de la Torre de la Alta Hechicería de Daltigoth. En ocasiones, todavía soñaba con aquellas llamas.

La avalancha de gente se produjo antes de lo esperado. El Príncipe de los Sacerdotes había decretado que todos los magos éramos una abominación, servidores del Mal, y que la magia en sí era herejía. Istar dista casi un continente de Daltigoth, que se encuentra en el extremo oriental del Imperio. Pensábamos que aún teníamos tiempo... tiempo para terminar lo que estábamos haciendo, embalar con cuidado nuestros libros y anotaciones y viajar a refugios secretos donde reanudar nuestros estudios de magia en paz.

Nos equivocamos.

El edicto del Príncipe de los Sacerdotes circuló por el país como el viento, espoleado por el miedo, acelerado por el odio, dejando una estela oscura de densas nubes de ignorancia. Cuando aquella turba avanzó por las calles de Daltigoth hacia la Torre blandiendo antorchas y armas brillantes nosotros no respondimos al ataque; el hacerlo sólo hubiera perjudicado a nuestra gente. Por eso permitimos que entraran por las puertas abiertas, incendiaran siglos de conocimiento y derruyeran por completo nuestra maravillosa Torre.

Yo fui uno de los afortunados. Pude escapar de aquella confusión sólo con heridas leves y huir hacia el sur de la ciudad, a las montañas, hasta este valle remoto donde nadie sabía qué aspecto tenía un mago. A veces me preguntaba cuántos hermanos y hermanas habrían logrado escapar de la destrucción de la Torre. Si alguno lo había conseguido, difícilmente podría reconocerme ahora. Hubo un tiempo en que fui Torvin, un mago Túnica Blanca, un joven valiente y elegante. Ahora sólo era Torvin, el ermitaño. Vestía ropas marrones y me había dejado crecer el cabello oscuro y la barba. Continuaba siendo alto, pero con la vida que llevaba estaba muy delgado, casi escuálido.

De hecho mi aspecto era el de un ser solitario. Y a ello le debía mi vida. Los del valle eran un pueblo sometido al Imperio con lealtad y temor. Si descubrían que yo

no era un ermitaño, sino un servidor de la magia, me señalarían como hereje. Y no hay otro castigo para la herejía que la hoguera. Aquélla no era una vida sencilla: siempre escondiendo mi poder y negando quién y lo que era. En ocasiones, deseaba poder volar en las alas de la magia y huir del miedo, el odio y la ignorancia para siempre. Pero hasta que llegara ese día era mejor disimular que morir.

Ante mí el niño del valle se mordía los labios, nervioso, con los ojos desorbitados de miedo. Le mostré mi sonrisa más conciliadora.

—No te preocupes —le dije en tono amable—. Los ermitaños no mordemos, a no ser que estemos terriblemente hambrientos. Y tú has tenido suerte pues acabo de comer. Todavía queda algo de sopa en la marmita. ¿Te gustaría comer un poco?

El niño me miró como si le acabara de ofrecer un caldo de arañas venenosas. Tragó saliva con esfuerzo y por fin farfulló rápidamente unas palabras.

—Mi padre me manda llamarle. Mientras araban en el campo han encontrado unos huesos.

—¿Huesos? —pregunté levantando una ceja con curiosidad.

—Encontraron esto con los huesos —dijo el niño asintiendo con la cabeza—. Y más cosas parecidas.

Me alargó un objeto pequeño procurando evitar que yo tocara su mano sucia al cogerlo. Lo contemplé entre mis dedos mientras mi excitación iba en aumento. Era un cuchillo de piedra.

Aquel objeto era de ftanita marrón lisa. Un lado tenía un extremo cortante y el otro estaba despuntado y abombado en forma de asa. El cuchillo se ajustaba de forma fácil y cómoda a la palma de mi mano. De pronto se me ocurrió que la última vez que aquel objeto había sabido del roce de una mano humana había sido miles de años atrás.

No era la primera vez que examinaba un objeto de piedra obtenido por casualidad en grandes cementerios enterrados bajo la capa del tiempo. Muchos creían que estas cosas las habían hecho goblins o trolls, pero no era así. Quienes crearon esos cuchillos de piedra, puntas de flecha de obsidiana y hachas de cobre no fueron goblins. Fueron personas. Personas que vivieron hace mucho tiempo, antes de que se fundaran las ciudades, se domaran los caballos y se lograra arrebatarse a los enanos el secreto de cómo trabajar el oro y el acero. Lo sé porque he utilizado los objetos que dejaron tras de sí para ver a través de sus ojos antiguos.

—Nos da miedo continuar arando —prosiguió el muchacho, envalentonado—. Scaldirk ha dicho que podría ser un mal presagio. Mi padre me ha pedido que le haga venir, dice que usted sabrá explicarnos qué son esos huesos y apaciguará su espíritu.

Yo no sabía nada sobre el poder de apaciguar espíritus, pero no se lo dije al chico. Apreté con fuerza el cuchillo de piedra.

—Llévame donde habéis encontrado esto.

El chico asintió y se volvió para descender rápidamente por el estrecho camino. Me apresuré tras él. Mi cueva se encontraba al pie de la montaña que delimitaba el lado norte del valle. Por el centro discurría un río de curso impetuoso junto al cual habitaba la mayoría de personas en unas casas de piedra con tejados de paja. El valle se estrechaba en dirección sur y luego se empinaba mucho en un desfiladero que penetraba en las montañas azules. Se trataba de un paso, un camino entre las montañas, y, por lo que yo sabía, nadie se había aventurado jamás por él.

El desfiladero ascendía por innumerables y enormes peñascos hacia los picos coronados de blanco que se elevaban como nubes afiladas en la distancia. Pese a que todo tenía una altura de vértigo, una cumbre despuntaba por encima de las otras: una en forma de cuerno, que parecía penetrar en el cielo. Las gentes del valle la llamaban «Montaña del Dragón» por la forma del pico. Por lo menos eso era lo que yo creía.

Seguí al muchacho por brezales y extensiones rocosas. Por fin alcanzamos una pendiente y vi el grupo de gente. Estaban de pie en el centro de un campo de barbecho, vestidos con ropas sucias de color marrón y gris y con la vista clavada en el suelo. Me acerqué a la tierra fangosa levantando mis vestiduras por encima de los tobillos. Unas formas blancas sobresalían de la tierra oscura y recién removida. Me arrodillé sobre el terreno resquebrajado mientras mi aliento se escapaba en forma de niebla en el aire húmedo. Mi excitación fue en aumento al examinar lo que el arado había puesto al descubierto. Limpié con cuidado los restos de suciedad mientras mi curiosidad aumentaba al ver los objetos antiguos que tenía ante mí.

Era una tumba.

La observé detenidamente y distinguí una línea delgada en la tierra donde el color de ésta cambiaba, marcando así el borde del foso que se había cavado y rellenado de nuevo mucho tiempo atrás. El esqueleto estaba intacto excepto las piernas, pues el arado las había movido. Por la forma de los huesos de la cadera, la falta de crestas frontales en el cráneo y el pequeño tamaño de la protuberancia ósea tras la cavidad de la oreja supe que había sido una mujer.

Sin embargo, los extremos de los huesos del brazo no parecían muy desgastados y las muelas del juicio, aunque habían salido, apenas mostraban desgaste. Se trataba, por lo tanto, del esqueleto de una mujer joven, que falleció cuando apenas tenía veinte años. Habían doblado su cuerpo con las rodillas hacia la barbilla, en posición fetal, para que volviera al mundo que le había dado la vida. El suelo estaba teñido por un rojo de herrumbre, restos del ocre con el que habían pintado su piel.

Por los tesoros de la tumba, supe que había sido una especie de princesa. Unas cuentas de jade y hueso labrado en el suelo cerca del cuello hacían pensar en un collar, a pesar de que la hebra que los unía se había deshecho hacía muchos siglos. Llevaba unos anillos de cobre todavía enroscados en los dedos y junto a ella había una copa de marfil así como un peine hecho de cuerna. Aquella riqueza sólo podía

acompañar a la otra vida a una mujer importante. Me imaginé que había sido la hija de un jefe de tribu. A pesar de que era preciso un examen más detenido de los objetos para estar seguro, creía que la habían enterrado dos mil años atrás unas gentes olvidadas que habían habitado esa zona mucho antes que el pueblo del valle.

Perdí la concentración en cuanto uno de los hombres habló. Por el parecido en el rostro, supuse que aquél era el padre del chico que había venido a buscarme.

—¿Qué le parece, Torvin? —preguntó. El miedo brillaba en sus pequeños ojos negros—. Nunca he visto nada parecido. ¿Es un elfo?

—Venga ya, Merrit. Los elfos no existen —dijo uno de los otros hombres, un tipo flaco de piernas arqueadas, después de soltar una risotada.

Aquella risa se propagó pesadamente en el aire frío y los demás miraron de un lado a otro con nerviosismo mientras hacían con los dedos el gesto contra el Mal.

No les dije que los elfos existían de verdad. Nunca tuve la suerte de ver uno, ni tampoco pude viajar a sus ciudades secretas en el bosque. Pero en mis estudios había leído bastantes cosas sobre los elfos, lo suficiente como para saber que nunca harían objetos tan burdos como aquéllos. Ellos trabajaban el oro y el cristal, nunca los huesos o la ftanita.

Les dije que no había nada que temer, que sólo era una tumba y que los huesos eran de una persona no muy distinta a nosotros. Sus posesiones parecían extrañas porque había vivido hacía mucho tiempo. Mis palabras los animaron un poco. Expliqué a algunos hombres cómo sacar los huesos y los demás objetos y les dije que los enterraría en un lugar secreto donde el espíritu de aquella mujer no perturbaría a nadie.

Lo que no les conté es que antes quería estudiarla. No hubieran comprendido mi deseo de aprender y les habría asustado mi interés por la muerte.

Cuando los hombres empezaron a trabajar, me alejé un poco. Me senté sobre un tocón viejo y les observé para controlar que no trabajasen sin la debida precaución. Entonces fue cuando la vi: una piedra en forma de arco que sobresalía del suelo recién removido junto a mis pies, demasiado pulida y regular para ser natural. Escarbé en la tierra y saqué el objeto. Limpié aquel trozo pesado de piedra y lo examiné.

La piedra había sido tallada en forma de media luna. Un extremo era ancho y con muescas, seguramente había llevado atado un mango con tendones o bramante. El otro extremo finalizaba en punta, como el extremo de un pico de enano. Ya había visto este tipo de objetos. Era un zapapico. Sin duda, la tumba se había cavado con esa herramienta.

De pronto me sentí dominado por un impulso. Era algo peligroso. Sabía que debía esperar hasta estar a salvo en mi cueva donde nadie me viera, pero eso podía significar esperar durante horas. Por otra parte, la gente del valle, ocupada en su

trabajo, no estaba pendiente de mí. Ellos no se darían cuenta. Quería saber quién era la mujer de la tumba. ¿Y qué mejor modo de saberlo que verla a través de los ojos de quien había cavado su tumba hacía tanto tiempo?

Tomé el zapapico y me volví de espaldas a los del valle. Sin pensar antes detenidamente en lo que estaba haciendo susurré unas palabras mágicas que acudieron a mis labios. En cuanto terminé el conjuro, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Mis dedos se movieron sobre la piedra y todo se volvió blanco. Abrí y cerré los ojos varias veces y cuando pude volver a ver bien lo hice a través de unos ojos que no eran los míos.

Estaba en pie junto a la orilla de un lago de alta montaña.

Un viento gélido agitaba el cabello oscuro y tiraba de la piel de uro que sostenía sobre los hombros. Era un hombre alto y robusto. A pesar del rigor de las alturas en que su tribu habitaba, tenía un rostro hermoso, suave y sin arrugas. Sin embargo, el brillo de sus ojos claros contradecía su edad. No era joven. Estaba temblando puesto que, salvo la piel forrada de rojo, iba desnudo. Habían llegado sin nada al lago del Dragón. Y se marcharían de ahí sin nada. Aquélla era la ley de la Partida.

La tribu se arremolinó tras él; eran una docena de hombres y mujeres vestidos con ropajes ceñidos hechos de piel de ciervo. Todos los miembros del Pueblo del Dragón eran altos y, curiosamente, al igual que aquel hombre, parecía que el tiempo no les afectaba. Sus rostros orgullosos y bellos mostraban una expresión dura y severa. La preocupación se reflejaba en sus ojos claros. A espaldas de la tribu, la cumbre de una montaña se recortaba inmensa contra el cielo azul. A sus pies, la cresta en forma de cuerno se reflejaba en la superficie plateada del lago del Dragón. Aunque al mirar la montaña no lo parecía, cuando el pico se reflejaba en las aguas, por un efecto óptico parecía un dragón con la cabeza y los cuernos elevados al cielo y las alas plateadas extendidas.

Un hombre de la tribu, muy musculoso, dio un paso hacia adelante. A pesar de que, como los demás, parecía no tener edad, unas líneas blancas asomaban en su barba de color cobre y en la larga cabellera. En lugar de tener los ojos grises, los suyos eran del color de la miel vieja. Habló en una voz tan rica y salvaje como el viento.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer, Skyleth?

Tras un largo momento, Skyleth asintió con la cabeza mientras que sujetaba con fuerza la piel de uro.

—La quiero, Tevarrek.

—Es un amor peligroso que va a separar tu camino del nuestro para siempre.

—Lo sé.

Tevarrek estaba confundido y enfadado.

—Muchos del Pueblo parecen comprenderte, Skyleth. Creo incluso que hay quien envidia este amor. Yo no puedo decir lo mismo. Creo que estás haciendo una locura. Pero, bueno, yo aquí siempre he sido el raro ¿no? —El tono de su voz era despreciativo y burlón—. ¿Tan bella es, esa criatura de la tribu del valle?

—Sí, es muy bella. Pero no me voy sólo por eso. Sé tan bien como tú lo efímera que es la belleza humana —dijo Skyleth tras una fugaz sonrisa.

Ambos se miraron y por fin Tevarrek suspiró profundamente.

—En cuanto hayas descendido y pasado la Barrera nunca podrás regresar. ¿Aceptas este destino, Skyleth?

—Sí, lo acepto —contestó Skyleth tras dudar un instante.

Tevarrek alargó la mano, tomó la piel de uro que cubría los hombros de Skyleth y la tiró al suelo.

—Entonces ¡márchate! ¡Vete y no regreses jamás a este lugar!

A pesar de que Skyleth había escogido para sí aquel destino, aquellas duras palabras le golpearon como una bofetada. Tras dirigir una última mirada a los rostros de las gentes del Pueblo, que ya no eran su gente, se volvió y echó a correr a lo largo de la orilla del lago. El frío, como un lobo, le clavaba dentelladas en la piel desnuda y las piedras afiladas le cortaban las plantas de sus pies desnudos.

Al final del lago, una corriente caía por un desfiladero de piedras e iniciaba un largo descenso por encima de musgo y piedra hasta el valle verde que se adivinaba entre brumas muy abajo. Skyleth empezó a descender por el desfiladero angosto. Al poco tiempo perdió de vista el lago y a quienes se encontraban junto a él. Apartó las lágrimas de los ojos y se esforzó por centrarse en el peligroso camino que tenía ante sí.

Al cabo de aproximadamente una hora resbaló por una morrena y se detuvo. Los tentáculos de la niebla flotaban sobre las piedras que tenía ante sí y se le enrollaban en las piernas. Era un banco de densa niebla gris que se aferraba a la ladera de la montaña y que se extendía en un abrazo sin fisuras en todas direcciones. Había llegado a los primeros márgenes nebulosos de la Barrera.

Skyleth no entendía la magia que la Barrera creaba. Había sido conjurada hacía siglos, para proteger al Pueblo del mundo, después del Tiempo Oscuro, cuando el resto de sus parientes habían caído o desaparecido de la tierra. Tras aquel tiempo, los pocos supervivientes del Pueblo subieron al lago del Dragón y forjaron la Barrera para que nadie pudiera ascender desde el valle y descubrirlos. Sólo estarían seguros en la medida en que el mundo no supiera que ahí, en aquellas alturas, habitaban los últimos descendientes del Pueblo del Dragón.

Skyleth no quiso mirar atrás antes de abrazarse los hombros y entrar en la Barrera. Inmediatamente el frío le envolvió y el mundo se transformó en un remolino plateado. Descendió temblando y a tientas. Resbaló y patinó una y otra vez por la

ladera rocosa. En una ocasión cayó y se cortó las manos contra las piedras afiladas. Por fin la niebla se dispersó. Unas formas confusas se mostraron a su alrededor: un árbol muerto, un espolón de granito desgastado. Sí. Aquél era el lugar donde la vio por primera vez, como una sombra ligera en la niebla: Ulanya.

Se preguntó qué destino les hizo aventurarse en la niebla preternatural en la misma mañana primaveral; ella desde abajo y él desde arriba. No lo sabía. Lo único cierto para él era que al ver su silueta esbelta en la niebla tuvo la certeza de que la amaba. Aquel día partieron hacia el punto de encuentro de la niebla y la luz, más allá del cual él no se atrevía a poner un pie. Tres veces más consiguieron encontrarse entre las brumas. En la última despedida acordaron que ya no habría otra.

Skyleth, con el corazón latiendo con fuerza, avanzó por la ladera sin notar las piedras que saltaban bajo sus pies descalzos. La niebla era cada vez menos densa y, por fin, se fue convirtiendo en jirones hasta dispersarse. Se detuvo cegado por la brillante luz del sol: acababa de atravesar la Barrera.

Una voz, clara como el agua le habló.

—Skyleth, has venido.

Por fin pudo verla. Ante él había una mujer joven y esbelta, con unos ojos tan marrones como sus ropas hechas de piel de ciervo y un cabello oscuro como el cuchillo de obsidiana que llevaba prendido a la cadera. Le tendía una piel de lobo plateada. Avanzó trabajosamente hacia ella y de pronto se encontró envuelto en la cálida piel y el dulce abrazo de ella.

Se estremeció entre sus brazos. Las temibles palabras treparon por su garganta seca.

—No podré regresar jamás, Ulanya.

—Entonces vendrás conmigo, al valle. Nuestra cabaña nos está esperando —dijo ella abrazándole con más fuerza.

Sus temblores ya habían remitido y asintió. Entonces recordó el regalo que había traído consigo en contra de las reglas de la Partida y que había llevado escondido en la nuca, oculto tras su larga cabellera. Apartó los mechones de cabello que lo sostenían y el objeto le cayó en las manos. Luego se lo ofreció a ella: era una pulsera de marfil, grabada con dibujos. Era muy antigua y uno de los tesoros más importantes del Pueblo.

Ulanya profirió una exclamación de agrado y, tal como él le indicó, hizo pasar el anillo por su brazo. El color pálido del marfil brillaba en su piel morena. Él sonrió. Más tarde le explicaría el secreto de aquella pulsera. De momento bastaba con ver cómo la embellecía. La besó y luego empezaron a descender la montaña.

Cuando ya habían dado unos pasos, una ráfaga fría de viento se abalanzó desde las cumbres sobre la chica. Una mano de niebla se desprendió del muro gris de la Barrera y se interpuso entre Skyleth y Ulanya. De pronto, ella se vio apartada de él y

el pánico se apoderó de Skyleth.

—¡Ulanya! —exclamó.

Durante un momento terrible no obtuvo respuesta alguna. Miró sin ver nada en la niebla ondulante. Luego una mano fría cogió la suya con fuerza.

—Estoy aquí.

El viento cambió de dirección y devolvió la niebla de nuevo a la Barrera. Su corazón se tranquilizó. Esta vez decidió no soltarla mientras bajaban la ladera y pronto la alegría volvió a él.

Sin embargo, durante todo el camino hacia el valle, Skyleth no pudo olvidar por completo el modo en que la fría niebla se había interpuesto de pronto entre ellos.

—¿Torvin? ¿Maese Torvin?

Todo me daba vueltas en una confusión de colores y luego se detuvo de repente. La gente del valle había abandonado su trabajo en la tumba; algunos de sus miembros se habían arremolinado a mi alrededor y me miraban con una expresión de preocupación dibujada en sus rostros sencillos y ajados por el viento. Antes, cuando ejercía la magia de ver el pasado, las visiones que obtenía a partir de un objeto focal eran turbias y apagadas, como si fueran acontecimientos vistos a través de un cristal deslustrado y oídos a través de gruesas capas de ropa. Pero esta vez habían sido tan claras, tan reales. Todavía resonaban en mi cabeza, de un modo fragmentario, claro, pero casi más nítidas que mis propios recuerdos. Nunca había sentido algo así. Agarré la azuela con fuerza.

—Maese Torvin ¿Se encuentra bien?

Levanté la vista. Aquella voz tosca era la de Merrit, el padre del chico que había venido a buscarme a la cueva. Evidentemente, no me sentía bien; mi cabeza estaba dolorida por el despertar súbito del conjuro, pero era preciso disipar sus temores. Conseguí erguirme; todavía tembloroso.

—No es nada. Un mareo pasajero, eso es todo. Un último achaque de la fiebre invernal. De todos modos, debería regresar a mi cueva.

Mi explicación pareció satisfacerles y Merrit profirió un gruñido de aprobación a mis palabras. Explicó que habían terminado de cavar la tumba, habían envuelto los huesos y los demás enseres en una sábana vieja y que dos se habían adelantado ya hacia mi cueva con el bulto. Dejé a la gente del valle para que reanudara las tareas de arado y me encaminé lentamente por los campos estériles hacia arriba, por el camino sinuoso que llevaba a mi cueva. Cuando por fin llegué al umbral de piedra, no había ni rastro de los hombres que me habían precedido. En cambio, el bulto que habían traído estaba depositado en el centro de la cueva.

Dejé a un lado la azuela, de la que no había querido desprenderme a pesar de su peso, y encendí el brasero con un conjuro mágico. Incluso aquel pequeño hechizo me

provocó un pinchazo agudo en la frente. Puse agua a calentar y me hice una infusión amarga de corteza de sauce y escaramujo. La bebí y cuando oí a los gorriones despedir la tarde con su canto a la entrada a la cueva, comí algo de pan sin levadura a pesar de no sentirme hambriento.

Cuando cayó la noche, la infusión ya había hecho efecto y el dolor de cabeza se encontraba en un nivel tolerable. Me dispuse a desplegar la sábana mientras me preguntaba si los huesos y los enseres se habrían roto al ser desenterrados o si la gente del valle había procedido tal como yo había indicado.

Me volví y contemplé la azuela que se encontraba junto al brasero. Era una locura volver a intentar tan pronto aquella magia, incluso podía resultar peligroso. De todos modos, me embargó un impulso repentino, tan fuerte, que sabía que no iba a poder resistirlo. Quería conocer algo más de aquella historia. La de Skyleth. No sabía por qué aquel deseo era tan abrumador. Al fin y al cabo, se trataba de un hombre que vivió y murió hacía más de dos mil años. ¿Cómo podía importarme lo que le hubiera ocurrido? Pero algo hacía que me importara. Tal vez fuera simplemente porque yo sabía lo que es ser un marginado.

Me senté con las piernas cruzadas y levanté la cabeza curvada del zapapico que tenía en el regazo. Pasé los dedos por la piedra pulida, como si fueran capaces de sentir los recuerdos impresos en ella. Aspiré profundamente, nervioso. Luego las palabras del conjuro surgieron de mis labios con fluidez.

Su hija nació en pleno invierno. La llamaron Iliana, que en el idioma del valle significaba Hija del Cielo. A pesar de que, como su madre, era de piel oscura y tenía el pelo negro como la obsidiana, ningún niño de la tribu tenía los ojos de ella. Eran de color gris azulado, el color del cielo en invierno, igual que los de su padre.

El parto no fue fácil para Ulanya. Estuvo tres días retorciéndose de dolor dentro de la cabaña, cubierta de pieles. Durante ese tiempo, la mujer sabia de la tribu dirigió miradas siniestras a Skyleth, como si aquella arpía arrugada creyera que todo aquello era culpa de él. Al final hubo mucha sangre, pero la mujer hizo bien su trabajo y tanto la madre como la hija salieron con vida. A pesar de que la niña era fuerte y se desarrolló pronto, aquella experiencia dejó a Ulanya muy débil.

Permaneció una luna sin abandonar la cabaña y durante varias lunas más apenas pudo hacer otra cosa que permanecer sentada allí donde la colocaran, abrigada en pieles cálidas. Sin embargo, en verano la fuerza regresó a Ulanya. Y, aunque todavía se le marcaban los huesos en las mejillas, por lo menos éstas ya tenían un aspecto más saludable.

A pesar de que al principio la tribu había tratado a Skyleth con pies de plomo, incluso con miedo, esto también empezó a cambiar.

El día en que Ulanya le llevó al círculo de cabañas de tejados redondos, al verlo

tan alto, con aquellos ojos de color azul grisáceo y desnudo a excepción del abrigo que ella le había dado, la tribu pensó que la mujer había encontrado un espíritu de las montañas. Para apaciguar sus temores, él había cogido un cuchillo de piedra y se había hecho una herida en el brazo para demostrarles que su sangre era roja, como la de cualquier otro hombre. Sin embargo, a diferencia de los demás, el jefe de la tribu no se había asustado, sino enfadado. Ulanya era su única hija y le había prohibido unirse a aquel extranjero; al oírlo, los ojos de ella brillaron con fiereza. Luego había tomado la mano de Skyleth y le había acompañado hasta su alojamiento. Las mujeres tenían derecho a tomar el hombre que quisieran y llevárselo a su cabaña.

Durante muchos meses, la gente de la tribu rehuyó a Skyleth. Sin embargo, más tarde, durante la primavera posterior al nacimiento de Iliana, el hijo más joven del jefe cayó al río, que corría espumeante y crecido a causa de la nieve fundida. El muchacho se hubiera ahogado de no ser por Skyleth que, haciendo algo que ningún otro se atrevió, nadó en el agua helada y lo rescató.

Después de esto, las cosas empezaron a cambiar. La gente de la tribu, si bien no aceptaba a Skyleth, por lo menos no parecía temerosa de él. Les enseñó buenos lugares donde apostarse para acechar a los uros de largas pieles rojas y les mostró cómo un arco más curvado hacía que las flechas con punta de piedra volaran más lejos y con más fuerza. Los ojos de Ulanya brillaban con ilusión al verle hacer esas cosas y durante aquel año los días transcurrieron felices.

En invierno, Ulanya cayó enferma. Pero cuando los vientos de la primavera empezaron a soplar desde las montañas, la enfermedad ya había desaparecido y Skyleth se olvidó pronto. Por aquel entonces Iliana ya andaba y estaba aprendiendo a hablar por lo que les exigía toda su atención. Una tarde en la que el verde verano dejaba paso al otoño dorado, Ulanya le comunicó a Skyleth que volvía a esperar un hijo. Él la besó y la abrazó con fuerza.

—Lo eres todo para mí, Ulanya —murmuró casi con devoción.

Ella sonrió, y, sin responder, le acarició dulcemente la mejilla.

Tres días más tarde falleció.

La mujer sabia dijo que el niño había sido mal concebido. Había salido fuera del cuerpo de la madre y al hacerlo la había desgarrado. Todo ocurrió muy rápidamente. Skyleth estaba de caza. Cuando llegó a la cabaña, Ulanya ya se había ido.

Él mismo cavó la tumba con un zapapico de piedra. Los demás la depositaron al lado cubierta por una sábana y adornada con abalorios y pieles finas. Skyleth se arrodilló y besó los labios sin vida. Luego le quitó el brazalete de marfil que le había regalado.

—No necesitas volar más, amor mío —murmuró, y se lo colocó en su propio brazo.

Iliana lloraba y llamaba a su madre, pero ninguna de las mujeres consoló a la

chiquilla. Skyleth la cogió y en cuanto se sintió en brazos de su padre, se tranquilizó. Muchos de la tribu les lanzaban miradas sombrías. Su buena voluntad hacia él se había extinguido con Ulanya y de nuevo sus rostros estaban llenos de temor y superstición. Era posible que hubieran llegado a aceptar a Iliana de no ser por sus ojos claros, que la señalaban como distinta. Ahí ya no quedaba nada para ninguno de los dos.

Mientras los demás depositaban el cuerpo inerte de Ulanya en la tierra, Skyleth elevó sus ojos hacia la cima en forma de cuerno que se asomaba por encima del valle. Le recorrió un extraño escalofrío. Le habían prohibido regresar al lago. Pero no a Iliana. El Pueblo del Dragón ahora era el pueblo de ella. Sólo ellos podían enseñarle quién era realmente. Aunque Tevarrek había dicho que era imposible regresar tenía que intentarlo por el bien de Iliana.

Cuando los demás se marcharon tras lanzar unos puñados de tierra a la sepultura, Skyleth sujetó firmemente a Iliana y partió dejando caer el zapapico para...

La visión se desvaneció.

En cuanto abrí los ojos jadeé. Me quedé mirando el zapapico durante un buen rato, luego lo dejé caer de mis manos. No tenía más recuerdos que contar. Esta vez el dolor en la frente no era tan intenso. Es posible que la infusión aún hiciera algún efecto. O tal vez me estaba acostumbrando al poder de aquellas imágenes.

Me arrodillé junto al bulto que los hombres habían llevado a mi cueva y abrí aquel paquete de tela basta. Los huesos brillaban a la luz del fuego y el cobre centelleaba con un rojo intenso. La mujer de la tumba era definitivamente Ulanya. Sentí en mis mejillas una leve humedad y me la sequé. Es curioso que llorara por alguien a quien no conocí jamás y que había desaparecido miles de años antes de que yo naciera.

Me puse en pie y me dirigí al fondo de la cueva. Para cualquier otro, sólo parecía la sombra estrecha de una piedra. Pero yo sabía que era otra cosa. Encendí una vela, me escurrí por la hendidura estrecha y pasé a la pequeña cavidad que había tras ella. Sobre una estantería de piedra descansaba un baúl de cedro. Levanté la tapa y se elevó un dulce aroma. Allí guardaba todas aquellas cosas que no me atrevía que viera la gente del valle: rollos frágiles de pergamino, frascos de cristal de colores y vasijas de arcilla llenas de ungüentos y polvos. Mis enseres, las herramientas mágicas.

Pasé los dedos por el fino tejido blanco de mi túnica, perfectamente doblada. Como Skyleth, me pregunté si podría regresar alguna vez a la Torre y a mis estudios. ¿Qué encontraría si lo hiciera? No lo sabía. Posiblemente, lo mismo que Skyleth encontró si alguna vez logró regresar al lago del Dragón. Si alguna vez... No había modo de saberlo a no ser que...

En cuanto se me ocurrió aquella idea, supe que lo iba a intentar. Preparé las cosas

que necesitaría: comida, un frasco con agua y mi ropa de viaje. Pasé el resto de la noche extendiendo los huesos de Ulanya en la sábana y colocando a su alrededor los tesoros de la sepultura de forma apropiada. Cuando regresara le daría un entierro adecuado. De momento, esto tenía que esperar.

Con la luz gris previa al amanecer me puse en marcha hacia el paso que conducía al lago. En cuanto crucé el valle observé que la gente ya estaba en pie y empezaba el duro trabajo del día. Al pasar junto al grupo de casas de piedra me topé con Merrit. Me dirigió una mirada extraña. No era habitual en mí pasar por el pueblo, especialmente tan temprano.

Merrit me saludó y luego se frotó las manos.

—¿Enterró ya los huesos, maese Torvin?

—Sí, sí. —Mentí contrariado por aquel retraso—. Hoy ya no hay espíritus que te puedan inquietar, Merrit. Oye, ¿no tienes que ir a arar?

Agachó la cabeza y se marchó apresuradamente, no sin antes dirigir una mirada de soslayo en mi dirección. Si yo no hubiera tenido otras cosas en la cabeza, posiblemente me hubiera llamado la atención la sospecha que brillaba en sus ojillos. Sin embargo, proseguí por mi camino en dirección al extremo sur del valle. Allí el estrecho desfiladero ascendía, y de un terraplén de piedra a otro, llegaba hasta el pico en forma de cuerno, la Montaña del Dragón, que se alzaba ante mí, teñida del color carmesí de la primera luz de la mañana. Inicié la ascensión.

La marcha no fue fácil. La vida en la Torre y luego en la cueva no me habían preparado para un ejercicio tan duro y pronto me quedé sin aliento. Subí penosamente por la cuesta empinada pues las botas resbalaban por las morrenas de piedra suelta. Pronto me di cuenta de que mi báculo no me ayudaba a avanzar, entonces lo abandoné y empecé a usar brazos y piernas para ascender. Conforme iba subiendo, el aire era menos denso y penetraba en mis pulmones como un cuchillo afilado.

Cuando creí que no iba a poder proseguir por más tiempo, la inclinación de la cuesta disminuyó. El paso se ensanchaba en un valle extenso cuyo fondo circular me dio a entender que había sido tallado por los glaciares mucho tiempo atrás. El suelo ahora estaba cubierto por pastos verdes. Al llegar ahí aceleré el paso, si bien de vez en cuando me detenía a beber agua o tomar algo de comida.

Por fin conseguí atravesar aquel valle verde. Al volver la vista atrás, comprobé que había llegado mucho más lejos de lo que pensaba. El valle donde yo vivía se encontraba abajo, a lo lejos, ocultó por la neblina y la distancia. Me giré y alargué el cuello. No veía la Montaña del Dragón. Las montañas tienen la curiosa cualidad de verse más fácilmente de lejos que cuando se está cerca de ellas. De todos modos, la sabía cercana.

Decidí descansar un poco antes de emprender el ascenso final. Cerca de mí había una gran piedra plana, caliente por el sol. Me senté en ella, comí unos frutos secos y

bebí unos sorbos de agua. Luego me puse en pie para continuar la marcha.

Entonces los vi, desparramados por la base de aquella piedra. Cogí uno. Era un pequeño trozo de sílex, grueso por un extremo y fino hasta ser afilado por el otro. Alguien, hacía muchos años, se había detenido en este lugar al igual que yo y se había hecho una herramienta de piedra, probablemente un cuchillo. Aquellos trozos de sílex eran los restos como los fragmentos de piedra desechados de una escultura artística abandonados en el suelo de un estudio.

Contemplé el trozo de piedra en la palma de mi mano. Me pregunté si era posible. Pocos eran los que habían tomado aquel camino alguna vez. Apreté con fuerza el trozo. Sólo había un modo de saberlo. Puse mi mente en blanco y susurré las palabras del hechizo, que ahora ya me resultaban familiares.

Skyleth se detuvo al sentir que sus fuertes piernas se doblaban tras subir por unas rocas. Ante él se erguía una ondulante muralla de niebla gris: la Barrera.

Iliana se retorció nerviosa en sus brazos. Sus piernecitas querían correr, pero no en aquella dirección. Skyleth cogió a la niña con fuerza sin hacer caso de sus lloros de protesta. Un tentáculo de niebla se desprendió y le rozó el brazo; aquella frialdad le hizo retroceder, pero logró sobreponerse. La única esperanza para Iliana estaba más allá de la Barrera. Se irguió con decisión y dio un paso hacia adelante. La niebla se cerró en silencio tras él.

De pronto no pudo respirar. Aquel ambiente grisáceo parecía querer llenarle los pulmones y asfixiarle. Oyó llorar a Iliana pero aquel sonido le llegaba distante y amortiguado, a pesar de que podía sentir su diminuta figura aferrada a él con terror. La cogió con aún más fuerza y le pareció que la niebla aflojaba la presión y que le dejaba tomar aire en bocanadas dificultosas. Apenas bastaban para mantenerle con vida, pero era todo lo que precisaba.

Avanzó trabajosamente. La niebla se apartó de él de mala gana. Era como intentar pasar por barro semicongelado. El aire húmedo se pegaba a él y le debilitaba cada vez más hasta que apenas pudo mover las piernas. Sin embargo, los brazos de Iliana se agitaban nerviosos, desenfrenados y salvajes, sin que la niebla le resultara un estorbo. Se inclinó sobre ella. La niebla se separaba de Iliana a su paso y de este modo pudo avanzar algo, como una hoja flotando tras la estela de una canoa.

Sin Iliana, no hubiera sido capaz de avanzar diez pasos dentro de la Barrera. A ella no le afectaba el destierro que pesaba sobre él. Era como una llave, con ella podía avanzar penosamente, mascando y ahogándose en aquella niebla antinatural, con sus poderosos miembros luchando contra la magia invisible que se le oponía.

Por fin el llanto de Iliana se volvió un gemido débil y Skyleth sintió la cabeza extrañamente ligera. La niebla se arremolinaba de forma salvaje a su alrededor y se preguntó si estaba volviéndose loco. Su pensamiento se volvió vago y confuso.

Entonces tropezó contra una roca lisa que no había visto, cayó de rodillas y se cortó. En aquel preciso instante, una repentina ráfaga de aire hizo trizas la niebla que se deslizaba sobre el suelo rocoso. De repente ante él apareció una cuesta de color verde grisáceo que ascendía hacia las altas cumbres. Detrás, el muro de niebla se desvaneció con el aire frío.

Se le escapó un sollozo y escondió su cabeza en la cabellera suave y negra de Iliana. Ella, presintiendo la importancia de aquel momento, estaba quieta y contemplaba la montaña con sus ojos azules bien abiertos.

Finalmente, Skyleth se detuvo. Ambos estaban hambrientos y necesitaban comer antes de emprender el ascenso final. Vio un conejo que había penetrado en la niebla y se había perdido. Lo mató de un rápido golpe en la nuca y lo llevó a la piedra plana donde había dejado a Iliana. Fabricó rápidamente un cuchillo de sílex y lo utilizó para descuartizar el conejo. Comieron la carne cruda y luego descansaron un rato.

Luego Skyleth se levantó. Iliana se había quedado dormida y la tomó cuidadosamente en sus brazos.

—Vamos, cariño. Vamos a casa —susurró inclinándose sobre ella.

Y de nuevo emprendieron el camino.

Llegué al lago a la puesta del sol.

Sentía que mis pulmones ardían y mis piernas temblaban de cansancio. Sin embargo, no me detuve para descansar. Skyleth lo había hecho tras pasar la Barrera. Las visiones que obtuve de los trozos de piedra desechada así lo confirmaban. Pero ¿qué ocurrió después? ¿Un marginado puede regresar? Tenía que saberlo.

Me quedé contemplando el lago y entonces sofoqué un grito de asombro. Bajo las aguas cristalinas yacía un Dragón de Cobre. Se trataba, en realidad, del reflejo de la cima con forma de cuerno, bañada por la luz del crepúsculo. La imagen reflejada en las aguas parecía tan real que por un momento mi corazón dio un vuelco; en parte deseé y en parte temí que el dragón fuera una criatura real. Sin embargo, los dragones son un mito y se trataba, simplemente, de una ilusión creada por la luz y el agua. Me volví de espaldas al lago y empecé a buscar algo. Tenía que haber alguna cosa ahí, algún vestigio de aquellos tiempos remotos.

Es posible que el azar me condujera al lugar adecuado, o tal vez fuera que Skyleth y yo estuviéramos relacionados de alguna extraña manera. En cualquier caso, al trepar por un montículo de cantos rodados para ver mejor, una de las rocas cedió bajo mis pies. Al no tener donde apoyarme, caí a un estrecho hoyo que había debajo.

Él estaba tumbado sobre una piedra, exactamente igual que como había quedado recostado dos mil años atrás mientras exhalaba su último suspiro. No sé por qué pero supe que era él. Tenía los huesos amarillos y quebrados por el tiempo, muchos estaban rotos y astillados. No obstante, al verlos, supe que en vida habían pertenecido

a un hombre alto y de porte imponente. Cualquier duda que hubiera podido tener se despejó al ver el brazalete de marfil que todavía le rodeaba el brazo.

Era extraño, me sentí como si hubiera encontrado de nuevo a un viejo amigo después de muchos años de separación; en cierto modo es posible que así fuera. Aunque separados por milenios, de algún modo, nuestras vidas, nuestro destino, se habían encontrado. Me tembló la mano al tocar y coger el brazalete, su regalo para Ulanya, del viejo hueso donde se encontraba.

—Perdóname —murmuré. Y me sentí perdonado.

Contemplé largo rato aquella joya tan profusamente labrada que tenía en las manos. Luego, por última vez, utilicé mi magia para ver a través de los ojos de otro.

Estaba en pie a la orilla del lago. La tribu se había arremolinado a su alrededor y sus semblantes reflejaban un gran disgusto. Uno de ellos dio un paso al frente, era un hombre corpulento de pelo cobrizo. Al hablar, su voz sonó amenazante.

—Contigo has traído nuestra destrucción, Skyleth.

—No, Tevarrek. —Skyleth negó con énfasis agitando la cabeza—. Os he traído la esperanza.

Skyleth puso la niña ante Tevarrek. La chiquilla lo contempló callada y con expresión tranquila.

—No hay esperanza con esta abominación —gruñó Tevarrek a la vez que señalaba con un dedo acusador la pulsera de marfil que Skyleth llevaba en el brazo—. Primero nos robaste nuestro tesoro más sagrado y luego lo regalas a alguien que jamás debería haberlo recibido para hacer esa... esa cosa. —Tevarrek señaló con enojo a Iliana—. Con su ayuda has logrado destruir la Barrera. Ahora sólo es cuestión de tiempo que nos descubran. Tendremos que huir y no sé adonde. De todos modos, sea donde sea, tú no vendrás con nosotros.

—Eso no me importa. —Skyleth dio un paso al frente—. Basta con que os llevéis a Iliana con vosotros. Es todo lo que os pido.

—¡Jamás! —La ira teñía las mejillas de Tevarrek—. No es una de los nuestros.

—Sí lo es —imploró Skyleth—. ¡Mírale los ojos!

—Ésa es mi decisión y digo que no vendrá —dijo Tevarrek con un ademán de marchar sin mirar siquiera a la niña.

—Entonces tengo que desafiarte.

Un grito sofocado surgió de la gente allí reunida. Antes de que Tevarrek pudiera responder, Skyleth dejó la niña en el suelo y abrió los brazos. Luego inclinó su cabeza hacia atrás y dejó escapar un aullido feroz que retumbó por las montañas. Tevarrek se volvió de un salto con una mirada furibunda. El cuerpo de Skyleth se estremeció en un espasmo. Bajo la piel sus músculos cambiaron de forma y crecieron de un modo imposible, rompiendo las ropas. Su cuerpo creció a gran velocidad y

empezó a tomar una nueva forma. De pronto, Skyleth, el hombre, desapareció y en su lugar se irguió hacia el cielo una gran forma de enormes alas plateadas, que ladeaba la cabeza provista de cuernos sobre una garganta sinuosa y lanzaba un grito atronador.

Era un dragón de plata. La euforia embargó a Skyleth cuando empezó a batir sus alas y se alzó sobre el lago, cada vez más arriba. Disfrutó la sensación de sentir el aire en sus escamas resplandecientes. Llevaba cinco siglos sin adoptar aquella, su forma verdadera. Desde la Guerra de los Dragones no había sentido el gozo de la lucha. Al final de la guerra, aquél al que los mortales llamaban Huma había expulsado a todos los dragones del Mal, y los del Bien se habían marchado voluntariamente para mantener el equilibrio en el mundo, excepto algunos de ellos que adoptaron la forma humana y llegaron a aquel lugar para ocultarse de un mundo del que ya no formaban parte. Ahora todo aquello había terminado.

Skyleth surcaba el aire, casi ebrio por la sensación de volar tras tanto tiempo sin hacerlo. Sin embargo, un aullido de furia procedente de abajo le devolvió a la realidad. En la tierra, Tevarrek extendió los brazos y empezó a brillar. De pronto, en su lugar apareció en el aire un gran dragón de escamas de bronce. Las alas de color rojo y dorado se agitaban y el cuerpo de bronce se abalanzó contra el de plata a una velocidad brutal. Skyleth sabía que el otro dragón le aventajaba, pero aquel desafío era la única esperanza para Iliana.

Entretanto la tribu contemplaba desde abajo cómo los dos dragones daban vueltas por encima del lago. Tevarrek, sin previo aviso, cambió de dirección y embistió. Skyleth se defendió pero fue algo lento. Las garras del Dragón de Bronce abrieron una herida en un costado de Skyleth. Sin embargo al agitar con fuerza las alas pudo esquivar a su contrincante y luego cambiar de dirección. Durante un momento confuso no pudo ver a su enemigo. Luego llegó a sus finos oídos un repentino ruido procedente de arriba. Levantó su cuello sinuoso y aulló. En sus años de humano había olvidado muchas cosas. Desplazarse por el aire no era lo mismo que por tierra. Al parecer Tevarrek se acordaba más que él.

El Dragón de Bronce se le venía encima.

Skyleth había olvidado la ventaja de la altura. Mientras huía, Tevarrek se había encumbrado en el cielo. Ahora aquel enorme dragón había plegado sus alas y caía a una velocidad aterradora. Skyleth arqueó su espalda y agitó las alas, pero sabía que no tenía tiempo suficiente para evitar la acometida de su enemigo.

Justo entonces, por un instante, ahí abajo, algo le llamó la atención. Skyleth miró hacia abajo durante una fracción de segundo. Una diminuta forma estaba al lado del lago agitando los brazos, intentando alcanzarle. Una punzada de amor y dolor le tocó el corazón. Sabía lo que tenía que hacer. No había escape para él. Ahora lo importante era la libertad de la niña.

Levantó la cabeza. Tevarrek casi estaba sobre él. Los ojos del Dragón de Bronce brillaban con una mortal luz dorada. Una mueca victoriosa dejaba al descubierto sus afilados dientes. Skyleth tensó sus alas y luego voló hasta chocar contra su enemigo. La furia de los ojos de Tevarrek se transformó en sorpresa. Aquélla no era la acción que esperaba. Se estaban precipitando de cabeza el uno contra el otro. Tevarrek extendió sus alas para intentar cambiar de dirección pero ya era demasiado tarde.

Los dos dragones chocaron con estruendo. Un dolor inmenso se apoderó de Skyleth, pero sobreponiéndose clavó sus dientes en Tevarrek, sin que las garras de su oponente pudieran hacer mella en él. Tevarrek se agitaba con fuerza, intentando librarse, pero le era imposible. No podía extender sus alas lo suficiente para mantenerse en el aire. Los dos dragones se precipitaron hacia el suelo en un amasijo de plata y bronce. Durante unos instantes sus chillidos confusos resonaron contra las frías rocas. Luego, como si fueran uno solo, cayeron sobre unas rocas puntiagudas y se hizo el silencio.

Skyleth supo inmediatamente que Tevarrek había muerto y que él lo haría pronto. No podía moverse y su mente le pareció ligera como los vilanos mecidos por el aire. Una sombra cruzó su vista. Vio que una mujer del Pueblo llevaba a Iliana en brazos. La niña le miró sin asustarse; no pareció reconocerle. «Es natural —se dijo—, no conoce esta forma». Se concentró en las pocas fuerzas que le quedaban. Su cuerpo magullado yacía ahora en forma humana sobre las rocas, desnudo a excepción del brazalete de marfil que todavía le rodeaba el brazo.

—Tenemos que irnos ya —dijo la mujer con la tristeza reflejada en sus ojos claros.

—¿Adónde? —musitó sin fuerzas Skyleth.

—Creo que vamos a abandonar este mundo —respondió ella—. Vamos a unirnos a los demás, tal como deberíamos haber hecho hace mucho tiempo.

Iliana extendió su manita y acarició las mejillas de Skyleth, que estaban cubiertas de sangre. Luego, la mujer, con la niña en brazos, se marchó para unirse al resto del Pueblo.

Al poco, Skyleth parpadeó. La mujer había desaparecido y, con ella, todo el Pueblo del Dragón. La orilla del lago estaba desierta. Sin embargo, reflejadas en el agua, vio cómo se elevaban hacia el cielo dos docenas de magníficas formas plateadas. Con ellas se elevaba también una forma menor, que extendía unas alas pequeñas y brillantes. Skyleth sonrió viendo cómo se marchaban en el crepúsculo. Luego, por fin, todo se oscureció.

Habían llegado atraídos por el reflejo del lago; pero no debían a él su nombre. Ahora ya lo sabía. A pesar de lo que la gente decía, los dragones no eran un mito.

Abandoné el lago al amanecer. La noche había sido larga y fría y temí bajar por el

paso a oscuras. Además, una parte de mí no quería alejarse. Era como abandonar algo de mí mismo debajo de las piedras frías. Deslicé el brazaletes de marfil en mi bolsillo. Por lo menos había conseguido esto. Eché un último vistazo al plateado lago del Dragón antes de dar la vuelta y descender por la montaña.

Divisé el humo cuando todavía estaba por encima del valle. Ascendía en forma de una delgada línea azul, si bien a aquella distancia no podía distinguir el origen. Continué descendiendo por la ladera rocosa. A cada paso crecía en mí una cierta desazón que no me podía explicar. Comencé a avanzar más deprisa.

En cuanto llegué a la parte baja del paso eché a correr sin atender al suelo poco firme de la pendiente. Finalmente los muros de roca desaparecieron de los lados y me encontré en el conocido paisaje del valle. Corrí por los campos a medio arar: estaban vacíos, sin nadie a la vista. A pesar de mi cansancio avancé a toda prisa por el camino del bosquecillo de álamos que llevaba a mi cueva. Al doblar el último recodo me detuve de golpe y me quedé sin aliento. Por fin sabía el origen del humo y de mi extraña inquietud.

Habían incendiado mi cueva. Un humo negro y azulado emergía de la entrada y se elevaba perezosamente hacia el cielo. Sorprendido, avancé un paso inseguro pero el intenso calor me hizo volver atrás. Demasiado tarde. Todo estaba perdido: Ulanya, los artefactos, mis pergaminos, mis libros y mi blanca túnica. Contemplé paralizado el humo ondulante. No estaba enfadado ni apesadumbrado, sólo me sentía extrañamente vacío.

Oí el quejido de unas ramas al quebrarse detrás de mí. Unas sombras avanzaron desde el bosque hacia el claro que había delante de la cueva.

—Así que has vuelto.

Me volví lentamente. Era Merrit. Una luz peligrosa ardía en sus ojillos y sostenía una horca en sus manos carnosas. Tras él avanzaba un grupo de gente del valle, con rostros que traslucían odio y superstición. Todos llevaban algún tipo de arma, un hacha, una pala o una estaca.

Merrit dio un paso hacia adelante con actitud desafiante.

—Sabemos lo que eres.

No dije nada. No podía apartar mi vista de la horca que llevaba en las manos.

—Esta mañana Selda vino a tu cueva por un dolor de muelas —prosiguió Merrit en un tono de voz siseante— y encontró los huesos que habías dicho que habías enterrado. Estaban todos desperdigados, como si fuera una especie de hechizo. Nos llamó y registramos la cueva. Lo encontramos todo: esas fétidas pociones y los malditos libros de magia negra. Nos has mentido todo este tiempo pero ahora ya no puedes ocultarte... hechicero.

Aquella última palabra la pronunció como si fuera un veneno. No pude impedir una mueca de dolor ante el aborrecimiento que se reflejaba en su voz. Sin querer, di

un paso atrás, hacia la entrada de mi cueva, que estaba llena de humo. Ellos avanzaron siguiendo mis movimientos y levantando las armas. Querían matarme.

—No lo entendéis —murmuré en voz baja. No lo dije a modo de protesta o de denuncia: sólo era una constatación de hechos.

—Yo sí lo entiendo. —Una sonrisa terrible asomó en el rostro de Merrit—. Entiendo que vas a morir quemado, como dice el Señor de Istar que tienen que morir todos los herejes. —Hizo una seña a los demás—. ¡A la cueva con él!

En cierto modo me alegraba de que por fin terminara aquella charada tan prolongada. Al igual que el Pueblo del Dragón, yo sólo podía ocultar lo que era hasta cierto punto. Metí la mano en el bolsillo y extraje el brazalete de marfil. La gente del valle avanzaba en bloque con sus armas en alto. El calor del fuego me quemaba la espalda. Había deseado durante mucho tiempo liberarme de los temores, del odio y de la ignorancia. Por fin había llegado el momento. Cerré los ojos y coloqué la pulsera en el brazo a modo de tesoro para mi propio funeral.

Entonces el griterío de los del valle se alejó en la distancia. Se oían gritos, pero me pareció que eran más de miedo que de odio. El calor del fuego desapareció y un aire frío me rodeó. Sentía mi cuerpo extrañamente suave y brillante. Una energía radiante me circulaba por las venas. Era una sensación gloriosa. ¿Aquello era morir?

Abrí los ojos y supe de pronto que no había muerto. Por algún motivo, las gentes del valle, que ahora estaban debajo de mí, tiraban las armas al suelo aterrorizadas y se desperdigaban por el bosque como ratones asustados. Mientras les miraba, el mundo se iba haciendo cada vez más pequeño y por fin la entrada humeante de la cueva dejó de verse. Los álamos altos parecían ramitas de color pálido.

Ascendí con una sensación de energía y libertad desconocidas para mí. El valle desapareció en la neblina y pronto una cima en forma de cuerno se mostró ante mí: la Montaña del Dragón. Miré hacia abajo y comprendí por fin el poder de aquel brazalete y el tipo de regalo que Skyleth le había hecho a Ulanya. De nuevo en la superficie del lago del Dragón vi reflejado un dragón enorme: las ondulantes alas plateadas, el grácil cuello extendido y los ojos brillantes como zafiros. Pero esta vez no era un juego de luces y agua. Aquel dragón era real. Nunca podría regresar pero podía volar libremente.

Abrí la boca y dejé escapar un aullido triunfante de alegría; mi corazón se elevaba del mismo modo que el aire que me hacía subir cada vez más alto.

El fin de la gloria

[Chris Pierson]

El viento del verano, haciendo ondear los banderines azules y dorados, trajo consigo el leve frío del otoño. En las murallas del castillo, los caballeros arrastraban penosamente los pies y miraban con inquietud las Llanuras de Solamnia en dirección sudeste. Siempre al sudeste. Un escudero osado había dicho en una ocasión que si un ejército atacaba el alcázar por el noroeste, echaría abajo las murallas y estaría tomando un refrigerio en la fortaleza antes de que nadie pudiera darse cuenta de ello. Al oír el chiste, su señor le había enviado a limpiar establos por deslenguado. Hacía tiempo que en el alcázar no reinaba el buen humor: la causa de ello era la proximidad de la batalla contra el ejército enemigo.

Aun así, *sir* Edwin no pudo reprimirse y miró hacia el noroeste con una sonrisa al salir del edificio que antes había sido la capilla del castillo, antes del Cataclismo, antes de que los dioses se volvieran de espaldas al mundo. Sacudió la cabeza mientras ascendía por las escaleras que conducían a la muralla interior del alcázar. Sabía que el chiste era inofensivo: aunque los caballeros estaban cercados por el enemigo, el peligro no vendría del noroeste, pues no era allí donde se concentraba el grueso del ejército enemigo.

En cambio, el sudeste era otra cosa. Aunque tampoco en aquella dirección había nada que ver. Los exploradores situaban el ejército a varios días de marcha y el castillo de Archuran todavía estaba en su camino. Entre las tropas circulaban rumores terribles. Se decía incluso que los dragones habían regresado y oscurecían los cielos con sus alas igual que ya hicieron en los tiempos de Huma.

La mayoría de caballeros se mofaban de aquello, pero el semblante de Edwin se oscurecía al considerarlo. Sus compañeros no daban mucha importancia a las leyendas antiguas pero hacía tiempo que él, aun a riesgo de ser tenido por loco, creía que muchos de aquellos cuentos eran ciertos. Edwin era uno de los pocos que todavía honraba el recuerdo de Huma Dragonbane. Si Huma existió, entonces también los dragones deberían haber existido ¿Dónde podrían estar ahora? Edwin se preguntó si tal vez la respuesta no vendría demasiado pronto.

Miró a las almenas y por fin distinguió la silueta que buscaba cerca de la torre de sudeste. Estaba en pie, rígido, con la espalda vuelta hacia la muralla y la capa azul agitándose al viento. Los demás caballeros rehuían su trato mientras paseaban por las almenas y ninguno se detenía para intercambiar con él saludos de camaradería. Edwin suspiró y se encaminó hacia el caballero mientras cantaba los versos de una antigua canción solámnica de guerra:

*A Hanford llegó el Caballero Encapuchado,
con capa de oro y corcel bayo,
su espada, brillante y plateada,
por matar un dragón sedienta estaba.
El Señor de Hanford le recibió aliviado
pues de su reino el dolor y la aflicción se habían apoderado:
Angethrim, así llamaban al dragón,
era de las gentes del pueblo la perdición.
Años hacía que la bestia sobre ellos se cernía
arrojando un hálito de fuego mientras las fauces abría.
Con la luna roja, tres veces al mes
quien a él se enfrentaba moría.*

Edwin nunca había sido un gran cantante pero el talento que le faltaba lo compensaba con su entusiasmo. Los demás caballeros sonrieron y saludaron a su paso. Era bueno verles animados pues la desazón estaba a la orden del día.

La canción tenía más versos y Edwin los hubiera cantado todos, pero el caballero le hizo callar con una mirada implacable. A aquel hombre la canción no le había animado, más bien al contrario, pues adoptó un aire severo al notar que el joven caballero se le acercaba. Edwin se detuvo y guardó una distancia respetuosa.

—Flaco favor nos haces hablando así de los dragones —dijo el caballero.

—Sólo es una canción, hermano, para elevar el espíritu de los hombres —dijo Edwin queriendo quitarle importancia.

—Propaga el miedo —repuso el caballero—. Deja los dragones para los cuentos de niños.

—Pero y si... —Edwin se calló pero era demasiado tarde.

El meditabundo caballero dio la espalda a las llanuras y, con un golpeteo de su armadura, se volvió y miró con enfado a Edwin.

El joven caballero sostuvo la mirada penetrante de su hermano durante un momento y luego la apartó.

—¿Ibas a preguntar qué ocurriría si los rumores fueran ciertos? —replicó el caballero de mayor edad con su habitual expresión ceñuda.

—Sí, hermano, lo he estado pensando —repuso Edwin con una mirada sorprendida—. Ya conoces el dicho «Cuando el río suena, agua lleva».

—Aunque hubiera realmente dragones entre las filas del enemigo —dijo el veterano caballero volviendo la vista de nuevo hacia las llanuras yermas—. ¿Qué bien haría a los hombres el saberlo? Ya están suficientemente inquietos tal como está la situación. Poner dragones en su imaginación solamente empeora las cosas, existan o no. ¡Esta locura tiene que acabar!

Edwin bajó la cabeza y miró fijamente las baldosas.

—Sí, Derek —dijo con fatiga. A lo largo de sus treinta años de vida, había pronunciado estas palabras más veces de las que podía recordar.

Lord Derek Crownguard volvió la cabeza y posó la mano con guantelete en el brazo de Edwin.

—No pretendía ser brusco, hermano —dijo—. La batalla se cierne sobre nosotros y me preocupa la moral de los hombres. Las habladurías sobre dragones podrían desanimarles. —Se detuvo mirando a todos lados para cerciorarse de que nadie les escuchaba—. A veces me pregunto si los hombres de lord Gunthar no habrán divulgado estas historias precisamente con esa intención.

Edwin asintió y contempló a su hermano. Todo el mundo sabía que había más amor entre caballeros y goblins que entre Derek Crownguard y Gunthar Uth Wistan. Ambos ambicionaban desde hacía tiempo el codiciado puesto de Gran Maestro de la Orden de Caballería y los años de rivalidad habían levantado un muro de piedra entre ellos.

Sus maniobras políticas se asemejaban a una gran partida de khas, el juego favorito de Derek. A Edwin jamás le había interesado el khas ni la política pero comprendía que con el castillo de Crownguard a punto de ser sitiado y con lord Gunthar, cabeza nominal del Gran Consejo, presuntamente a salvo en la isla de Sancrist, Derek estaba a punto de perder la partida. Aunque se afanaba por librarse de aquella desagradable impresión, Edwin presentía que perder en política significaba para Derek más que perder el castillo de su familia o su propia vida.

—¿Se sabe algo de Sancrist? —preguntó Edwin.

Ahora fue Derek quien bajó la mirada y se inclinó levemente, pero sólo Edwin se dio cuenta de ello. En cambio, la furia de su mirada resultaba evidente para cualquiera que mirara en aquella dirección.

—Nada —dijo en un gruñido—. Seguro que Gunthar conoce nuestra situación. Se está retrasando el envío de refuerzos con la esperanza de verme vencido.

—Decir esto no es justo —dijo Edwin—. ¿Cómo puedes pensar así?

Derek miró bruscamente a su hermano. No se le escapó la acusación implícita que había en la pregunta: si los papeles se hubieran invertido, Derek hubiera hecho lo mismo, si no algo peor, con Gunthar.

—Haría cualquier cosa por impedir que yo sea Gran Maestre. Incluso impedir que lleguen refuerzos. Pero no le saldrá bien. —Derek se volvió y miró su castillo como si fuera una torre en un tablero de khas—. Recuerda lo que voy a decirte: Llegará un día en que Gunthar lamentará todo lo que ha hecho para desbaratar mis planes.

Permanecieron en pie en las almenas sin decirse nada más.

A menudo los que no los conocían se sorprendían al descubrir que Derek y Edwin Crownguard llevaban la misma sangre. Derek era serio, duro y huraño mientras que

Edwin jamás fruncía el ceño y tenía una mirada brillante y bondadosa. Incluso había quien a sus espaldas le llamaba inocentón.

En los tiempos antiguos era costumbre que el primer hijo varón de un señor fuera su heredero. Su segundo hijo, que no heredaba las tierras, a menudo ingresaba en el clero. A pesar de que, evidentemente, desde el Cataclismo no existía el clero, los caballeros decían con burla que Edwin bien podría haber sido clérigo. Además de creer en viejas leyendas, pasaba mucho tiempo en la antigua capilla donde, según él decía, encontraba la paz interior.

Derek se mofaba de esas ideas. No toleraba ese tipo de comportamiento en nadie que no fuera su hermano y tenía la esperanza de que algún día éste perdería la costumbre. Sin embargo, al ver que su hermano era tan feliz sin la carga que la nobleza ponía sobre sus hombros, Derek se dio cuenta de que Edwin no cambiaría jamás. Y, aunque hubiera quien se riera de Edwin Crownguard y le llamara tonto, Derek se preguntaba a menudo si aquello que los demás consideraban inocencia en Edwin no era en realidad una claridad de visión que Derek nunca tuvo.

—¡Atención! ¡Vista a las llanuras!

El grito provenía de un joven Caballero de la Corona que se encontraba en lo alto de la gran torre del noreste. Señalaba a lo lejos. Derek, Edwin y los demás caballeros se volvieron y miraron asustados. Durante unos momentos permanecieron en silencio, luego uno de los caballeros maldijo en voz baja.

—¡Que Virkhus y sus legiones nos amparen! —musitó Edwin mientras tocaba con sus dedos a *Trumbrand*, su antigua espada.

Derek no dijo nada y se quedó mirando hacia el horizonte, que estaba cubierto de nubarrones.

A lo lejos, un grueso penacho de humo que el helado viento enroscaba en negras espirales, se elevaba en el cielo.

Al mediodía, el patio interior del castillo de Crownguard estaba abarrotado de refugiados, la mayoría tan aterrorizados que les faltaba hasta el habla. Los caballeros encontraron un hombre que no se había vuelto loco de miedo y lo condujeron ante Derek en el gran salón de la torre de homenaje.

—Linbyr de Archester, un curtidor —anunció *sir* Winfrid, el senescal, y a continuación hizo pasar a un hombre calvo y corpulento.

Derek levantó la vista de la gran mesa de guerra ocupada por un mapa de Solamnia y unas marcas que representaban los caballeros y las ubicaciones de los ejércitos de los Grandes Señores. Estudió al campesino a la rojiza luz del fuego de la chimenea, retorciéndose un extremo del largo bigote castaño. Linbyr le devolvió la mirada. Derek, que no estaba acostumbrado a ver esta actitud en un plebeyo, montó en cólera.

—No te quedes ahí parado haciéndome perder el tiempo. Dime —gruñó—. ¿Qué mal os aflige a ti y a tu gente?

—¿Qué mal? Yo os lo diré, señor —dijo enfadado y con voz ronca—: confiábamos en que gente como vos nos protegería. Éste es nuestro mal.

Derek hizo ademán de incorporarse, apretando los puños, pero luego se controló. No podía dejarse llevar frente a un inferior. De todos modos habló con la suficiente rabia para que Linbyr se calmara.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que quiero decir, milord, es que los ejércitos de la Reina Oscura han saqueado Archester —dijo Linbyr con desdén.

—Imposible —repuso Derek frunciendo el entrecejo—. Eso nunca ocurrirá mientras el castillo de Archuran proteja...

—El castillo de Archuran también ha caído.

Derek se quedó tan pasmado que pasó por alto la interrupción del hombre.

—¿Lord Aurik?

—Muerto, señor, junto a sus hombres.

Derek se recostó en el sillón. Lord Aurik había sido uno de sus mayores apoyos políticos. Había sido, además, un amigo, un formidable guerrero y un hombre de honor. Era impensable que él y el castillo de Archuran hubieran caído. Derek jamás había oído hablar de un asedio tan breve.

—¿Qué traición ha provocado esto?

—No ha habido ninguna traición, mi señor. El ejército tomó el castillo —dijo Linbyr con un tono más atemperado por respeto a los caballeros caídos; sin embargo, esta actitud compasiva sólo logró aumentar la ira de Derek.

—Durante miles de años, las murallas del castillo de Archuran jamás cayeron, ni por asedio ni por hechicería.

—Es posible que así fuera —repuso Linbyr—, pero se desmoronaron como si fueran de arcilla tras el paso de los dragones.

Derek apartó la mirada y apretó los puños. Se había vuelto realidad. La canción de Edwin había cobrado vida. A sabiendas de que aquello era irracional, secretamente culpó a su hermano por lo ocurrido.

—Sí, mi señor, dragones —repitió Linbyr—. Como en las viejas canciones. Los caballeros estaban demasiado ocupados muriendo para defender a nuestro pobre pueblo. —Y sacudiendo la cabeza agregó—: Y pensar que creíamos que nos podrían mantener alejados de todo peligro.

Dicho esto, y sin pedir permiso para retirarse, Linbyr dio media vuelta y abandonó la sala. Derek no hizo gesto alguno para impedirselo.

En la mente de Derek una palabra se repetía sin parar: «dragones». Los dragones habían derribado las murallas del castillo de Archuran, habían matado a Aurik y sus

hombres y habían destruido de golpe las ambiciones de Derek. Movi6 cuidadosamente la mano y quit6 del mapa la marca que representaba el castillo de Archuran.

—¿Mi señor?

Derek levant6 la vista de la mesa y vio a *sir* Winfrid en el umbral de la puerta. El rostro envejecido del senescal reflejaba preocupaci6n.

—¿Y bien? ¿Qu6 ocurre? —dijo Derek bruscamente, con m6s dureza de la que pretendía.

Winfrid conocía bien el temperamento de su señor y si la brusquedad de Derek le había molestado, no lo demostr6.

—Un jinete se acerca por el noroeste, mi señor —dijo—. En su escudo luce el blas6n de caballero.

Curiosamente lo primero que vino a la cabeza a Derek fue que, al fin y al cabo, el escudero bromista se había equivocado: a pesar de todo, los centinelas miraban al noroeste.

—¿Crees que ser6 un mensajero de lord Gunthar? —pregunt6.

—Se est6 aproximando a las puertas —dijo Winfrid encogiéndose de hombros—. Los arqueros est6n dispuestos, señor, por si se trata de una trampa.

—De acuerdo —repuso Derek—. Veamos qui6n es.

Sali6 de la sala tras Winfrid y cruz6 el patio interior. Edwin estaba all6 atendiendo a una aldeana, una joven con la pierna ensangrentada.

Derek no se molest6 en dirigirle una segunda mirada. Edwin tenía un don para sanar enfermos y heridos. Sabía de plantas y de c6mo curar huesos rotos. La gente decía que su sola presencia les hacía sentir mejor. Para Derek todo aquello era absurdo. Ni su hermano ni los aldeanos asustados y exhaustos ocupaban su pensamiento.

Acompa±ado de Winfrid, Derek entr6 por el puente levadizo y ascendió por las escaleras de la torre de vigilancia. En lo alto, los arqueros se agazapaban entre los merlones con las flechas dispuestas. Derek mir6 hacia el camino que llevaba hasta las pesadas puertas. Un jinete se aproximaba a galope y su escudo brillante lucía el martín pescador, la rosa, la espada y la corona de los Caballeros de Solamnia. Su armadura iba cubierta de hierbas con la intenci6n de camuflarlo. El jinete, al aproximarse a las puertas, detuvo su caballo casta±o, que echaba espuma por la boca. Mir6 hacia atr6s como si le persiguieran y luego salt6 de la montura. Las piernas no le sostuvieron y cay6 al suelo en medio de un gran estrépito y mascullando un juramento.

Derek observ6 al caballero que yacía en el suelo. A juzgar por su aspecto, podía decirse que hacía poco que había vivido duras luchas. No era de extra±ar: en las colinas abundaban los agentes enemigos y los caminos resultaban demasiado

peligrosos para que un jinete se aventurara a viajar solo. El caballero se puso de rodillas y luego se sacó de un tirón el casco con visera. Una mata de cabello pelirrojo se desparramó sobre los hombros. La cara del hombre estaba pálida y una delgada costra de sangre seca le manchaba la barbilla. Sin embargo, al alzar la vista hacia la torre de vigilancia hubo un destello divertido en sus ojos.

—¡Salve, viejo amigo! —gritó a Derek. Estalló en un acceso de tos, pues había estado cabalgando durante tiempo y estaba sin aliento. Al recuperarlo, jadeó—. Un día fantástico para cabalgar por el campo ¿no?

Su bigote rojo se arqueaba sobre unos amplios labios. Derek se sorprendió. Aquella capa verde, el cabello pelirrojo, aquel sentido del humor irreprimible: sólo conocía a un caballero como aquél.

—¿Aran? —exclamó en cuanto el hombre consiguió ponerse en pie.

—El mismo que viste y calza —repuso el caballero de cabello rojizo. Miró hacia atrás en un gesto que parecía ser más reflejo que consciente y luego, hacia la torre de vigía—. Supongo que no te importará levantar el rastrillo y dejarme entrar.

Derek bajó de la torre de vigía y se dirigió a las puertas del castillo. Dos escuderos jóvenes le habían precedido para auxiliar a *sir* Aran Tallbow. Aran se esforzaba por apartarlos.

—Marchaos —decía entre gruñidos—. Acabo de cruzar a caballo media Solamnia. Creo que podré llegar al maldito patio yo solo.

—Ocupaos del caballo —ordenó Derek a los escuderos—. Que le sequen el sudor, le alimenten y le den de beber. Y que le saquen también las bardanas de la crin.

Los escuderos asintieron y tomaron las riendas del animal de Aran, se inclinaron y llevaron al caballo por la barbacana al patio interior.

Aran Tallbow, Caballero de la Corona, miró a Derek de arriba abajo y avanzó cansado y cojeante.

—Me alegra volverte a ver —dijo sonriendo a pesar del dolor que sentía por las largas horas de cabalgada.

Derek avanzó hacia él, le estrechó en sus brazos y esbozó un gesto que era lo más parecido a una sonrisa que nunca había hecho.

—Parece que has pasado momentos difíciles —dijo.

—He tenido algo de mala suerte cerca de Owensburg —contestó Aran con una mueca de dolor—. Me topé con una patrulla de hobgoblins, nunca había visto tantos de esos cabritos, y tuve que abrirme camino disparando flechas.

Aran tomó el carcaj que llevaba a su espalda y lo abrió: sólo contenía dos flechas.

—Me pisaban los talones. He hecho galopar tanto a mi vieja Byrnie, que temo haberla reventado.

—Se pondrá bien —le aseguró Derek—. ¿Qué te trae por aquí en estos tiempos

tan difíciles? Parece un mal momento para visitar a las viejas amistades.

—Es cierto, pero aquí estoy —contestó Aran riendo mientras se colocaba de nuevo el carcaj en la espalda—. Estaba en el castillo Uth Wistan cuando llegó el mensajero con tu petición de refuerzos. Pregunté a Gunthar si me podía enviar aquí.

—Entonces Gunthar viene en mi ayuda. —Derek dio un paso atrás y se frotó las manos con deleite. La sonrisa de Aran desapareció.

—Bueno, no es así, me temo. Soy todo lo que podía enviar —dijo rascándose la nuca.

—¡Maldito sea! —Derek escupió y dio un golpe en la pared con el puño enguantado en cota de malla. El metal resonó en la piedra—. ¡Ese idiota! ¿Acaso no se da cuenta...?

Se interrumpió y miró a su alrededor para ver si alguno de sus hombres había presenciado aquel acceso de cólera. Aran contempló preocupado a su amigo y luego volvió a sonreír.

—No he dicho que fuera el único que viene hacia aquí —dijo—. Antes de que el Consejo se retirara aparté a un lado a Alfred MarKenin y tuve unas palabras con él. Le expliqué lo agradecido que estarías, como Coronel Guerrero, con aquéllos que te hubieran ayudado cuando los necesitabas. Se mostró de acuerdo en enviar una compañía de Caballeros de la Espada sin que Gunthar lo sepa. Llegarán desde Solanthus de aquí a una semana. No adivinarías quién está al frente de ellos.

—No será Brian Donner... —dijo Derek asombrado mientras asumía cuanto escuchaba y se tragaba todo el odio contenido.

—Exacto. Lo has adivinado —dijo Aran con su sonrisa más amplia y cautivadora. Dio un palmetazo a Derek en la espalda—. Los tres juntos de nuevo ¿Qué te parece? Igual que cuando éramos jóvenes, nos acababan de armar caballeros y teníamos ganas de guerrear.

Derek asintió. Entretanto en su mente evaluaba ya el estado de su partida de khas y meditaba una nueva estrategia.

—Gracias por esto, Aran —dijo.

—No ha sido ningún problema, amigo —repuso el caballero de cabello rojizo. Miró hacia a la casa de la guardia—. ¿Está Edwin?

—Está en el patio interior. Atendiendo a los necesitados.

—Hay cosas que nunca cambian. No me extraña. ¿Todavía sueña con seguir los pasos de Huma? Bueno, tal vez ahora tendrá la oportunidad —dijo Aran riendo. Derek frunció el ceño.

—No es momento para bromas.

Aran iba a decir que aquello no era una broma, pero la dura expresión del rostro de Derek le hizo callar.

—Voy a saludarle —dijo Aran volviéndose para marcharse—. Creo que luego me

echaré a descansar. No puedes imaginarte cómo me duele todo el cuerpo. No soy tan joven como antes. Esta noche habrá una fiesta de bienvenida para mí ¿no?

Derek asintió y Aran partió hacia el interior del castillo. Pese al cansancio y el dolor que sentía, el caballero del cabello rojizo todavía tenía un porte ágil en su modo de andar, como el que él mismo había tenido años atrás, cuando eran hermanos de aventuras junto con Brian Donner. Derek volvió a sus pensamientos sombríos. Aquél había sido un día aciago, lleno de malas noticias. Primero, el cuento de Linbyr sobre los dragones, el cual, se dijo para sí, no había sido confirmado, y ahora, por fin, una prueba de la negativa de Gunthar a reforzar el castillo de Crownguard.

—Crees que puedes vencer dejándome indefenso ante el enemigo —susurró a las sombras apretando con fuerza un puño—. Crees que me puedes sacrificar como si fuera un clérigo en una partida de khas. Reza para que tengas razón, Gunthar. Reza por ello.

—Me temo que nuestra hospitalidad ya no es la que era —dijo Edwin al ver que Aran Tallbow se servía personalmente una porción de jabalí asado.

En el gran salón los sirvientes se afanaban por mantener las jarras llenas de cerveza negra caliente. El pan, el queso y la fruta estival yacían esparcidos por la gran mesa de comedor pero, en comparación con las fiestas de los tiempos de paz, parecían escasear. Edwin hizo un gesto con su cuchillo señalando a los demás caballeros que se habían reunido para el banquete.

—A estas alturas, la mayoría ya nos hemos acostumbrado a las gachas de avena y al cerdo salado.

Derek, que apenas había hablado desde que se cortó la primera rebanada de pan miró con fiereza a su hermano.

—Edwin, cállate.

Aran esbozó una sonrisa tras su pedazo de carne. Tomó un sorbo de cerveza y sacudió la cabeza mientras su cabello rojo se agitaba con alegría.

—No temas, Derek —dijo sin más—. He sufrido ya otros asedios. Por lo menos no tenéis que contentaros con carne de rata. Recuerdo una vez que...

No continuó. Excepto Edwin, no había nadie que le escuchara y ni siquiera se esforzara por pretender que lo hacía. Aran miró a los comensales e hizo un gesto de descontento. Por mucho que se esforzara en levantarles la moral, aquellos hombres parecían determinados a sentirse pesimistas. Al fin y al cabo, se dijo, tenían razones para estarlo, como él mismo no había tenido más remedio que admitir. Antes de la fiesta había echado un vistazo a la mesa del mapa. El castillo de Crownguard estaba rodeado. Los hobgoblins que tantos problemas habían causado a Aran venían por el norte. Y según todas las informaciones, un ejército considerable se acercaba hacia allí procedente del sur, un ejército que había asolado nada menos que el castillo de

Archuran. Esto Derek lo había oído de los campesinos antes de que partieran a probar fortuna en las colinas. Les había advertido que era posible que no lograsen sobrevivir mucho tiempo en tierras agrestes, pero ellos se mostraron decididos a no permanecer en el castillo.

Sin embargo, lo que a Aran más le preocupaba era su anfitrión. Derek siempre había sido serio, incluso taciturno, pero ahora estaba sombrío y siniestro como una nube de tormenta. Y a Aran no le hacía ninguna ilusión escuchar el estallido del trueno.

—¿Con la ayuda de cuántos caballeros podemos contar, *sir* Aran? ¿Cuándo llegarán? —preguntó mientras se frotaba su bigote gris el viejo Pax Garrett, Caballero de la Espada, uno de los más íntimos amigos del padre de Derek.

—Bueno, veinte o treinta, siempre y cuando no se pierda ninguno por el camino. Llegarán en cinco o seis días, siempre y cuando, de nuevo, todo vaya bien —respondió Aran, algo violento, tras aclararse la garganta y dejar el cuchillo a un lado.

—¡Veinte o treinta! —repitió Pax sorprendido—. ¡Cinco o seis días! ¡Por el Abismo! ¡Es insuficiente! ¿Qué se cree Gunthar que está haciendo?

—Gunthar no hace nada —exclamó Derek con enfado mientras todas las miradas se posaban en él—. Está sentado en su castillo, acumulando tropas sin enviarlas al frente.

—No es así, mi señor —dijo Aran mientras negaba con la cabeza—. La verdad es que en Sancrist quedan muy pocos caballeros. Apenas bastan para proteger el Gran Consejo. La mayoría está luchando en Vingaard y Solanthus. Gunthar expresó su malestar por no poder ayudar...

—¡Bah! —repuso Derek gruñendo con los ojos brillantes por la luz de la chimenea—. Seguramente él y sus hombres se estarán riendo de nosotros. Lo ha hecho deliberadamente, para eliminarnos de su camino. Para eliminarme a mí de su camino. De hecho, no me sorprendería saber que ha hecho un pacto con el enemigo para dejarnos como pasto para los lobos y quedar él libre.

Toda la sala se quedó en silencio. Los caballeros miraban asustados a Derek. Aran bajó la vista al plato.

—¡Hermano! —dijo Edwin en tono acusador—. ¡No hablarás en serio!

Derek contempló la sala con asombro. Luego se frotó la frente, roja de ira.

—Lo siento. No quise decir eso —dijo cansado—. Pero el caso es que Gunthar nos ha dejado virtualmente sin ayuda para soportar el embate de las fuerzas del enemigo.

—Con todos los respetos, Derek, pero aquí no hay mucho que interese al enemigo —repuso Aran.

Eso era cierto. A pesar de que la familia Crownguard en su tiempo fue una de las más poderosas de Solamnia, en la actualidad lord Derek tenía un dominio pequeño.

El prestigio de la familia se había venido abajo hacía tiempo y sólo años de delicadas y constantes maniobras habían puesto al alcance de Derek el puesto de Gran Maestro. Pero ahora incluso eso empezaba a hacerse trizas; al pensarlo Derek se enfureció y clavó el cuchillo en la mesa.

—Atacarán —dijo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Aran—. ¿De qué serviría? Incluso lord Alfred dudaba de la necesidad de mermar tropas de Solanthus para enviarlas a defender Crownguard cuando el enemigo puede simplemente pasarnos por alto y atacar a jinetes.

—Nos atacarán —repuso Derek con la mirada imperturbable— porque pueden ganar con rapidez.

—Y tienen dragones —agregó Edwin.

Esta vez incluso los sirvientes se detuvieron, mirando asombrados. Derek lanzó una mirada de rencor a su hermano; todavía no había explicado a los demás el cuento de Linbyr. La explicación, de todos modos, no era necesaria, pues los otros ya habían oído rumores, pero aquélla era la primera ocasión en que alguien lo pronunciaba en voz alta. Pax y los demás caballeros tenían el semblante afligido.

Aran rompió el silencio con una risa falsa.

—¡Dragones! ¡Vaya, vaya! —exclamó a la vez que intentaba hacerlo pasar como un chiste. A decir verdad no se lo podía creer—. Esto sí que es una buena broma, Edwin. ¿No es así, Derek?

Pero los demás caballeros no se reían y Aran miraba fijamente a Derek.

—¿No es así, Derek? —insistió con mayor vehemencia.

—Aunque lo haga con su habitual falta de tacto, mi hermano dice la verdad —dijo Derek con brusquedad mientras removía la carne de su plato. Luego tomó un trago de cerveza que le supo igual que agua sucia—. Los dragones han matado a Aurik y a sus hombres y han arrasado el castillo de Archuran. Todos y cada uno de los supervivientes cuentan la misma historia.

Aran resopló. Ahora entendía por qué la conversación tranquila que habían sostenido en la mesa durante la fiesta había sonado tan forzada y poco entusiasta. Por fin comprendía la desesperación de Derek. Dejó el cuchillo a un lado, de pronto se le había quitado el apetito, y contempló las filas de escudos brillantes que colgaban de las paredes del salón. Cada una lucía el blasón de un Crownguard, marcado con el sello de un Caballero de la Rosa. Aunque los Tallbow eran un clan menos notable, Aran podía comprender el orgullo que Derek sentía por su herencia. Y ésta ahora estaba condenada sin remedio.

—¿Qué es esto? —retumbó *sir* Pax mientras golpeaba la mesa con el puño—. ¿Pesimismo ante la perspectiva de una muerte honrosa? Sin duda los que me rodean no son Caballeros de Solamnia; éstos no ponen el semblante fúnebre ante sus jarras

de cerveza cuando piensan en enfrentarse con dragones en una lucha justa.

Esas palabras animaron a los caballeros, pero en cuanto la fiesta terminó todos se dispersaron rápidamente para vigilar durante la noche desde las almenas. Al poco sólo quedaron Derek, Edwin y Aran tomando una copa de licor alrededor de la mesa del mapa.

—¿Cuánto falta para que llegue el ejército? —preguntó Aran por fin mientras agitaba su copa de licor dorado.

—Los campesinos dijeron que el enemigo les siguió durante parte del camino y que en las cercanías de Axewood se retiró. —Derek señaló un pequeño grupo de árboles en el mapa—. Tendrán que reponer sus carros de avituallamiento; pero supongo que les avistaremos en dos días a partir de mañana.

—Por lo tanto, seguramente la compañía de Brian no llegará a tiempo —dijo Aran con firmeza—. No podemos contar con más de lo que ya tenemos.

—Hemos levantado ya las defensas —añadió Edwin—. Nos gustaría que encabezaras a nuestros arqueros.

—Esperaba que me lo solicitarais. Será un honor. Por supuesto, con tu permiso, lord Derek —dijo Aran.

Derek asintió con un ademán ausente. No hacía falta decir que Aran, uno de los mejores arqueros de Solamnia, encabezaría a los arqueros del castillo. La mente de Derek estaba en otro lugar.

—Aran ¿tú qué sabes sobre dragones? —preguntó.

—Me temo que no más que tú, es posible que incluso menos. Sólo sé lo que mi niñera me contó cuando era pequeño —repuso el caballero del pelo rojo—. Son grandes, tienen escamas, dan miedo y comen niños malos para almorzar.

Soltó una risita y Edwin sonrió. Derek, sin embargo, frunció el entrecejo. Aran lanzó un suspiro y sacudió la cabeza. Agitó el licor en la copa y le cayeron unas gotas en los dedos.

—¡Maldita sea, Derek! ¿Qué quieres que te diga? Hasta esta noche ni siquiera sabía que los dragones existían. Y, desde luego, no sé cómo matar a una de estas malditas bestias. Si crees en los cuentos, Huma usó la Dragonlance. ¿No tendrás por casualidad una de estas lanzas en la armería, verdad?

Derek echaba fuego por los ojos pero no respondió. Aran, disgustado, se lamió el licor de la mano.

—El Caballero Encapuchado sólo se sirvió de su espada —dijo Edwin sin más.

—¡Maldita sea! —gritó Derek de repente—. ¡El Caballero Encapuchado es sólo un cuento! ¡Igual que Huma!

—¿Y qué son si no los dragones, hermano? —preguntó Edwin—. ¿Son un cuento? ¿Son reales? Ya no estás tan seguro, ¿verdad?

Aran había oído esta discusión otras veces. Edwin creía en los cuentos antiguos.

Sus héroes eran Huma, Vinas Solamnus y Berthel Brightblade. Derek siempre se había burlado de su hermano por ello; él sólo creía en sí mismo. Aran sabía que aquella discusión podía durar toda la noche y optó por una retirada estratégica.

—Me temo que la cabalgada hasta aquí me ha agotado —dijo Aran fingiendo un bostezo—. Con tu permiso, me retiraré, mi señor.

Derek le despidió con un gesto y la mirada feroz todavía clavada en Edwin. Aran hizo una mueca de disculpa al caballero más joven, se levantó y se marchó. Procuró cerrar la puerta lo más silenciosamente posible pero aún así sonó como un trueno en aquel silencio cavernoso.

Después de la marcha de Aran, los dos hermanos se quedaron sentados en medio de un silencio tenso. Edwin le aguantó la mirada tanto como le fue posible, luego bajó la vista a sus manos, que reposaban en su regazo.

—Yo..., lo siento, Derek. No quería decir...

—Sí querías —dijo Derek con frialdad—. Soy un necio sólo porque no me creo ninguna canción de las que cantan los bardos. ¿No es eso?

—Hermano, por favor... —dijo Edwin encogiéndose.

—No, no —repuso Derek mientras agitaba una mano con desprecio—. Está claro, tienes razón. En las filas del enemigo hay dragones. Lo mejor que podrías hacer es marcharte a toda prisa, encontrar el Mazo de Kharas y forjar tú mismo algunas lanzas. Así podrás salvar al mundo.

—Basta ya, Derek. —Edwin echó atrás su silla y se puso en pie mientras apuntaba con un dedo tembloroso a su hermano—. Estoy harto de tus burlas. Ya no soy un niño. No quiero ser Huma, Derek. Sólo quiero creer en algo. ¿Acaso no puedes comprenderlo?

Derek miró con fiereza a Edwin. Su mirada era sombría y tenía los puños apretados bajo la mesa. Esta vez, sin embargo, Edwin sostuvo la feroz mirada de su hermano con actitud desafiante. La mirada de Derek se tornó glacial. Luego sacudió la cabeza.

—Muy bien. Pues cree en algo —dijo—, cree en los dragones. Y, como están de camino, tendremos que enviar un hombre a Vingaard para advertir a los caballeros de allí.

—Sí, es una buena idea —convino Edwin. Pero al darse cuenta de lo que su hermano quería decir se interrumpió—. No, Derek. Sin duda tú no...

—Sí, Edwin. Quiero que vayas.

—Pero éste es mi hogar. No puedo marcharme...

—Si los dragones vienen, no tendrás hogar —prosiguió Derek—. Moriremos todos, igual que ocurrió en el castillo de Archuran. El nombre de Crownguard no puede extinguirse. Tú tienes esposa, y está a salvo en Vingaard. Yo, no. Tienes que

engendrar un heredero para que la familia continúe. —Se detuvo un momento y apretó los labios con firmeza—. Y tienes que llegar antes que lord Gunthar y acusarle de haber participado en mi muerte y en la de mis hombres.

—¡Así que de eso se trata en realidad! —exclamó Edwin dando un puñetazo en la mesa. Su voz temblorosa resonaba por la sala—. Si tú no puedes ser Coronel Guerrero, habrá que deshonorar a lord Gunthar para que él tampoco pueda serlo. Llevas tanto tiempo jugando a este maldito juego del poder que no ves nada más ¡Ni siquiera tu propio honor! —Derek no estaba habituado a esta actitud desafiante. Miró a su hermano con asombro—. Envía a otro lacayo para tus recados, hermano — prosiguió Edwin. En sus treinta años jamás había hablado a su hermano con tanta ira—. No voy a ser un peón en tu tabla de khas.

Cuando acabó de decir estas palabras, dio media vuelta y se marchó.

Derek se quedó en la sala con la mirada perdida, hasta que el fuego de la chimenea empezó a consumirse. Si todo fuera tan sencillo como Edwin imaginaba, se dijo a sí mismo. Sería magnífico que Paladine apareciera de golpe y los salvara. Pero Paladine no vendría. Ni ahora ni nunca.

Finalmente, Derek decidió que la negativa de Gunthar a enviar refuerzos formaba parte de un plan. Gunthar era quien había socavado la moral de sus hombres, había puesto a Edwin en su contra y había provocado la desgracia en la familia Crownguard. Y todo para impedir que Derek alcanzara el puesto que merecía.

Derek lanzó su copa de cristal contra la pared. Antes de hacerse añicos contra las piedras, la copa describió un arco de licor dorado en el aire. Derek permaneció sentado en silencio, mirando absorto los brillantes fragmentos de cristal. Y así estuvo durante horas, planeando su próximo movimiento.

Al amanecer, el cielo sobre el castillo de Crownguard estaba cubierto de nubes tormentosas del color de una armadura sin pulir. Las tierras al sudeste estaban cubiertas de brumas debidas a la lluvia que se avecinaba y el viento había dejado de ser fresco para convertirse en húmedo y frío. En las murallas los hombres aferraban sus alabardas tiritando y bajaban las viseras de sus yelmos ante el azote del viento. Ahora ya nadie cantaba. Pocos hablaban. Los exploradores del castillo habían sido dados por desaparecidos. Debían haber regresado de la ronda hacía varias horas; pero ni siquiera el centinela con mejor vista podía distinguir ningún signo de ellos. Con la tormenta a punto de estallar y el ejército enemigo acechando, las esperanzas de volver a verlos menguaban a cada instante.

Al final de la mañana, la lluvia azotaba ya las murallas del castillo y algunos de los escuderos más inexpertos hablaban de seguir a las gentes de Archester hacia las colinas. Los caballeros pusieron un pronto final a esas habladurías, pero ni siquiera las reprimendas más severas consiguieron ahuyentar la sombra del terror que se

alzaba ante la vista de los hombres más jóvenes. *Sir Winfrid* ordenó doblar la guardia en la puerta posterior para impedir desertiones y los cobardes fueron encerrados para evitar que propagaran el miedo por el alcázar.

Derek se enfureció al descubrir la disensión y tomó nota del nombre de cada uno de los responsables; si, de algún modo, él lograba sobrevivir juró que denunciaría aquella cobardía ante el Gran Consejo. Si de él dependiera, ninguno de ellos conseguiría ser caballero.

Sin embargo, aquello no era lo peor. Derek averiguó que su hermano había ido a la vieja capilla a hacer vigilia a la manera antigua y que algunos de los caballeros jóvenes querían unirse a él. Era una locura sacrílega y meditó la posibilidad de ponerle freno. Pero las palabras de enfado de Edwin la noche anterior todavía le dolían y, a su pesar, permitió que su hermano continuara con aquella fantasía.

Al abandonar la mesa del mapa del gran salón para ir a inspeccionar las defensas del castillo, Derek Crownguard no estaba de buen humor. En la alta muralla interior del alcázar se encontró a Aran Tallbow sentado bajo una cubierta de madera haciendo astiles de flechas pacientemente. El magnífico arco de Aran descansaba junto a él con la cuerda cubierta para mantenerla seca. Al oír el ruido de la armadura de Derek, Aran levantó la vista.

—Buen día tengáis, mi señor —dijo con una sonrisa irónica.

Derek frunció el entrecejo y no devolvió el saludo.

—No hace falta que hagas flechas, Aran —dijo acurrucándose bajo la cubierta y limpiándose la lluvia del rostro—. Tenemos suficientes para todo el invierno si es preciso.

—Ya me conoces, Derek —replicó Aran—. En una batalla, antes me pondría la armadura de otro caballero que lanzar una flecha que no haya hecho yo mismo. —Acto seguido, con la cola que sacó de un tarro de arcilla, pegó la pluma teñida de verde en el astil—. ¿Se sabe algo de la patrulla? —preguntó mientras cogía otra pluma de su bolsa de gamuza.

—Es posible que hayan buscado refugio para aguantar la tormenta —dijo Derek tras hacer un gesto negativo con la cabeza.

Aran encoló una tercera pluma y procedió a insertar una punta de acero en el astil.

—No te lo crees —dijo asegurándose de que la punta estaba bien colocada—. Pero tendrás problemas graves si este viento no amaina. Los arqueros no podrán hacer blanco en nada.

—Tampoco ellos —dijo Derek gruñendo.

—Será de poca ayuda cuando levanten las escaleras de asedio.

Aran colocó satisfecho la flecha terminada dentro del carcaj, que ya estaba a medio llenar. Inmediatamente cogió su cuchillo y se dispuso a hacer otra flecha.

—¿Has visto a Edwin?

—Está en la vieja capilla.

—¿Rezando al bendito Paladine? Espero que obtenga una respuesta.

Derek miró con fiereza al caballero. Aran sonrió.

—Amigo mío, de vez en cuando podrías intentar reírte con algún chiste.

Derek, ceñudo, sacudió la cabeza y miró a otro lado. Aran siempre había sido bueno en dar en el blanco, tanto con las flechas como con las palabras. Derek tenía la terrible sensación de que Edwin estaba rezando a los dioses antiguos. ¡Eso era lo único que le faltaba! Derek se volvió y miró al patio interior del castillo. En el gran salón varios sirvientes se afanaban por cubrir una ventana cuyo postigo había sido reducido a añicos por la tormenta. *Sir Pax* y *sir Winfrid* estaban enfrascados en una conversación cerca de la torre del noreste. Un escudero corría en pos de una capa que el viento arrastraba por el patio.

De repente, una forma oscura asomó en el cielo procedente del este y cayó a plomo sobre el castillo. Derek dio un respingo y tocó el brazo de Aran. El caballero del cabello rojizo dejó de tallar y miró hacia el cielo.

—¿Pero qué demonios es eso? —se preguntó con los ojos desorbitados—. ¡Por Huma, el martillo y la lanza!

Aquello era, o había sido, un hombre.

El cuerpo dio contra la muralla oeste del alcázar con un repulsivo golpe sordo y cayó sobre el tejado del granero. Varios caballeros bajaron el cadáver al suelo del patio. Cuando Derek y Aran llegaron, yacía sobre los guijarros, cubierto por la capa azul oscuro de *sir Winfrid*. Aran se abrió paso entre la multitud; Derek avanzó y levantó la mortaja.

Al mirar aquel cuerpo, reconoció por las vestiduras a uno de los exploradores; la cara estaba demasiado desfigurada para reconocerlo. Numerosos cortes atravesaban el rostro de aquel hombre, que parecía destrozado por las fauces de algún animal. Las heridas eran largas y profundas. Los colmillos que las habían provocado tenían que ser afilados como puntas de lanza.

A pesar de sus esfuerzos, Derek se estremeció al cubrir de nuevo el cuerpo.

—Llévalo a la capilla —dijo con una calma forzada—, y volved a vuestros puestos.

Los hombres empezaron a dispersarse de mala gana. Derek dio media vuelta y se marchó hacia la casa de la guardia. *Sir Winfrid* corrió hacia él.

—¡Mi señor! —exclamó. Cuando Derek se detuvo y se volvió, el senescal prosiguió—: Había algo más, señor. El cuerpo llevaba un mensaje.

Derek tomó en silencio el pergamino que *sir Winfrid* le tendía; luego se dio la vuelta y se encaminó hacia la casa de la guardia. Aran le siguió. En cuanto estuvieron a salvo de la tormenta, Derek desenrolló el mensaje y lo levantó para aprovechar la luz de la antorcha. A pesar de que la tinta se había corrido con la lluvia y una mancha

de sangre teñía una esquina, las palabras todavía eran legibles. Para sorpresa de Derek, el texto, escrito por una mano decidida y firme, estaba escrito en buen solámnico:

«Al señor de este castillo: Vas a morir. Ríndete. La Dama Oscura».

—Bien, bueno —dijo Aran con una sonrisa torpe y forzada—. Esto es... ¿qué?

No faltó tiempo para que los rumores se divulgaran. El enemigo se acercaba y si había que elegir entre los dragones y las patrullas de hobgoblins que vagaban por las colinas circundantes, los sirvientes, escuderos y lacayos preferían los segundos. Los caballeros de la poterna retenían con esfuerzo a los hombres y mujeres aterrorizados que intentaban huir del castillo. Finalmente, por temor a sufrir un amotinamiento, Derek ordenó a los caballeros no intervenir. Al atardecer sólo quedaban los caballeros y unos pocos plebeyos valientes. La noticia de la amenaza de la Dama Oscura había reafirmado el ánimo de muchos caballeros, pero algunos de los jóvenes estaban empezando a perder los nervios.

Al caer la noche, la tormenta se recrudeció. El viento aullaba. El cielo, cubierto de nubes, resplandecía con los relámpagos, y los truenos sacudían el castillo. Aran, de mala gana, tuvo que dejar de hacer flechas y pasó a pulir su espada. Derek paseó con aplomo por la muralla interior para infundir ánimo a los caballeros. Al ver que había algunos que no estaban en sus puestos pensó que habían desertado.

—Mi... mi señor —dijo Pax—. Están en la vieja capilla.

Edwin estaba de rodillas dentro de la capilla, con la cabeza inclinada y la antigua espada Trumbrand entre las manos. Mientras los hombres depositaban el cuerpo mutilado del explorador en un féretro, Edwin se mantuvo imperturbable y, si llegó a ver el cadáver, no lo demostró.

Los jóvenes caballeros avanzaron despacio mirándose nerviosos entre sí. Edwin no levantó la vista y ni siquiera se movió cuando se arrodillaron junto a él. Tenía los ojos cerrados, su respiración era lenta y profunda y los labios estaban entreabiertos.

—Dame una señal —rezaba suplicante a cualquier poder que pudiera escuchar su voz—. No tengo miedo, haré lo que me pidas. Sólo dame una señal de que no estoy solo.

Repetía esta súplica una y otra vez. La plegaria le llenaba el pensamiento, le calmaba el hambre y la debilidad y le proporcionaba paz y tranquilidad. En su juventud, cuando podía escaparse una o dos horas sin que Derek se diera cuenta, había ido a menudo a aquella capilla. Se arrodillaba y mantenía la vigilia tal como Huma, Vinas y el Caballero Encapuchado hacían en los cuentos. Algunas veces creyó sentir aleo, pero nunca estuvo seguro de ello. Ahora rezaba con más Fervor todavía.

Unos dragones, dragones de verdad, se estaban acercando. Y si los dragones eran reales, eso significaba que Huma podría haber existido. Por consiguiente, y ya con pensarlo se estremecía, eso significaba que Paladine también era real.

—Joven, debes de estar cansado.

Edwin, sobresaltado, dio tal respingo que casi se ahoga. Abrió los ojos, asombrado. No había nadie. Miró a ambos lados. Los jóvenes caballeros que se le habían unido en la vigilia dormitaban arrodillados.

—He dicho que debes de estar cansado, Edwin —escuchó de nuevo.

La voz sonó a sus espaldas. Edwin, con una mueca de dolor al mover su cuerpo tras horas de absoluta quietud, se giró para ver quién se le había unido. Era Pax Garrett, con el viejo rostro lleno de compasión. Posó la mano enguantada sobre el hombro de Edwin y sonrió con amabilidad.

—¡S-Sir Pax! —balbuceó Edwin—. ¿Por qué has venido? ¿Ha pasado algo importante? ¿Nos atacan ya?

Edwin se incorporó preocupado, con *Trumbrand* dispuesta en su mano.

—No, no —dijo Pax a la vez que con un gesto amable pero firme tranquilizaba a Edwin—. Nada de eso. Sólo necesitaba alejarme de esta maldita tormenta durante un rato. —Y mirando por encima del hombro a la puerta cerrada de la capilla prosiguió—: Tenía que hablar contigo esta noche.

Pax buscó en su bolsa una botella, la abrió y tomó un largo trago. Luego la ofreció a Edwin mientras se limpiaba la barba canosa.

—Me temo que sólo es agua —dijo el anciano caballero—. Si bebo algo más fuerte estos días mi corazón estallará.

Edwin tomó la botella y bebió con avidez. Pax se arrodilló junto a él con un crujido de rodillas.

—¿Por qué has venido a verme? —preguntó Edwin—. Mi hermano...

—Tu hermano tiene suficientes preocupaciones ahora —contestó Pax mientras dirigía a Edwin una mirada penetrante.

»Sabía que este día llegaría —prosiguió mientras su expresión iba adquiriendo un tono afectuoso—. En cierto modo estoy contento de que así haya sido. Siempre fuiste alguien especial, Edwin. Muy poca gente cree en los cuentos en estos días. Cuando era un niño, había algunos que se mofaban, pero eran pocos. Ahora los tiempos han cambiado. La gente cree que las historias son pura fantasía, que Quivalen Soth y Rutger de Saddleway sólo eran unos mentirosos redomados.

Edwin asintió. Había oído tantas veces aquello, de Derek y de otros... toda su vida.

—Entonces... los cuentos... ¿son ciertos? —preguntó lentamente bajando la voz.

—¿Quién sabe? —contestó Pax con una sonrisa y una risita—. Yo no vi a Huma arremeter contra La de los Muchos Colores y Ninguno, ni al Caballero Encapuchado

luchando contra Angethrim. Y tampoco he visto ningún dragón. Es posible que algunos cuentos sean falsos, algunos ciertos, y algunos ni lo uno, ni lo otro. ¿Qué importancia tiene? Lo importante es creer. Nunca conseguí que Derek entendiera esto, pero tú —dijo tocando con afecto el hombro de Edwin— siempre lo has sabido. Continúa creyendo, Edwin, y es posible que algún día los bardos canten sobre ti.

—¿Y qué hay de ti, Pax? —La mano enguantada de Edwin tomó la del anciano—. ¿Los bardos cantarán sobre ti?

—Lo dudo —contestó Pax con una risa que contrastaba con su mirada melancólica—. En los cuentos no hay muchos exterminadores de dragones que hayan visto ochenta veranos. Pero nunca se sabe, ¿no? —Pax se puso en pie tambaleándose y tocó la frente de Edwin—. Continúa creyendo, muchacho. —Luego se marchó.

Edwin miró el féretro colocado donde antes había estado el altar de Paladine. Le sorprendió ver la primera luz gris del amanecer asomando a través de los postigos de las estrechas ventanas situadas tras el sepulcro.

Entonces se oyó un chillido a través de la ventana que despertó a los jóvenes caballeros. Edwin hizo un gesto de sorpresa. Los postigos se habían abierto. En el alféizar se había posado un rey pescador con su plumaje azul brillante por la lluvia; tenía la cabeza vuelta en su dirección, como si estuviera estudiando a los caballeros. Abrió el pico para volver a proferir aquel grito agudo y luego se marchó volando con un destello de sus alas azules.

—Gracias —susurró Edwin a la vez que asentía para sus adentros y sonreía.

La mañana, una sombra pálida, llegó. Los caballeros vigilaban y esperaban, la mayoría de ellos con una triste desesperanza. Incluso el viejo Pax, en pie espada en mano cerca de la torre del noreste, parecía cansado y preocupado. Transcurrían las horas y no había nada que ver en las llanuras azotadas por la tormenta. Derek, pesimista, le dijo a Aran que las cosas no podían ir peor. Luego, al mediodía la tormenta cesó.

El viento amainó lo suficiente como para que Aran pudiera empuñar de nuevo el arco. La lluvia se volvió llovizna y la tormenta dejó paso a un cielo más iluminado. Los caballeros oteaban con inquietud hacia el sudeste, las puntas de las albardas temblaban ante la perspectiva de ver las formas oscuras del ejército enemigo avanzando por las llanuras. Derek, que había bajado al patio interior para hablar con Winfrid, tocó su espada y miró al cielo con cautela. Aran, en la torre del sudeste, colocó una flecha en su arco y esperó.

La puerta de la capilla se abrió. Edwin salió cegado por la luz. Su armadura, escudo y espada brillaban bajo la luz apagada del día. Tras él, con los ojos entornados salieron cinco jóvenes caballeros. Derek se volvió y los miró con fiereza.

—Yo tenía razón, Derek. —La serenidad en la voz de Edwin puso los pelos de

punta al otro caballero—. Tenía razón al creer en los cuentos. Pax me lo dijo.

—¿De qué hablas? —dijo Derek frunciendo el entrecejo.

—Esta noche Paladine me dio una señal en la capilla. —Y luego repitió—: Yo tenía razón, Derek. Ahora lo sé.

—Basta ya, Edwin —exclamó Derek irritado y violento—. Estás diciendo tonterías. Haz que estos hombres vuelvan a sus puestos. Luego les aplicaré medidas disciplinarias.

—Pero...

—Ahora, Edwin —gritó Derek. Luego volvió la cara. Al cabo de un momento oyó que Edwin daba un suspiro quedo y marchaba con los cinco caballeros tras él.

—¿Qué crees que habrá sido? —preguntó *sir* Winfrid.

—Es posible que se durmiera —dijo Derek encogiéndose de hombros—. Es propio de Edwin no reconocer la diferencia entre un sueño y... —Se interrumpió al ver un cambio en la mirada de Winfrid—. ¿Qué ocurre ahora?

—Es tu hermano —respondió *sir* Winfrid—. Está subiendo a la torre del noreste.

Derek maldijo en voz baja. Se volvió justo a tiempo para ver que *sir* Pax se hacía a un lado dejando paso a Edwin y los cinco jóvenes caballeros, al parecer, a las órdenes ya de Edwin. Pasaron la muralla interior y entraron en la alta torre. Al poco aparecieron en lo alto de la misma y levantaron sus espadas. El resto de los hombres miraba fascinado cómo Edwin se colocaba bajo el estandarte de los Crownguard, que ondeaba a lo alto de la torre.

—¡Está loco! —gritó Derek mientras Edwin levantaba a *Trumbrand* a la altura de los labios y besaba la empuñadura.

Entonces la pesadilla surgió entre las nubes.

El dragón era enorme, casi la mitad de largo que el ancho del castillo de Crownguard. Su cuerpo de escamas, sostenido por unas alas enormes de color celeste, brillaba como un gran zafiro imperfecto. Las garras, perversamente curvadas, centellearon. Los ojos, rojos como el fuego del infierno, fulgían intensamente en aquel rostro mortífero. Filas y filas de colmillos como espadas emergían de las fauces abiertas. La gran y serpenteante cola se agitaba detrás.

Los caballeros abandonaron sus armas y huyeron.

Sir Pax gruñó furioso al ver que los hombres jóvenes se dispersaban abandonando espadas, alabardas y escudos para escapar de la monstruosidad que se zambullía sobre el castillo. El terror, intenso y sobrecogedor, precedía el paso del dragón y derretía las fuertes rodillas de los hombres y llenaba de pensamientos de muerte sus mentes. Sólo quedaron unos pocos, entre ellos, Pax, con el rostro pálido, y Aran, que miraba al dragón con asombro. En el patio, Winfrid quedó paralizado ante la mirada siniestra de aquel monstruo. Incluso Derek, que nunca había sentido miedo, que en su juventud se había enfrentado junto con Aran y Brian a ogros, magos y cosas peores,

se amedrentó y quedó paralizado por las oleadas de miedo mágico que invadieron el castillo de Crownguard.

Sólo Edwin, en pie con sus hombres en lo alto de la torre del noreste no parecía afectado. Su espalda estaba erguida y su porte, firme.

El dragón describió un círculo. Derek intentó en vano mover las piernas. Una mitad de él lo urgía a ponerse a salvo de aquella bestia y la otra mitad quería correr hacia la torre del noreste y salvar a su hermano. Pero Derek no hizo nada. Tras él *sir* Winfrid perdió su coraje y se precipitó en busca de refugio en la casa de la guardia sin que Derek se diera cuenta.

Finalmente, aquel monstruo ascendió por los aires y desapareció entre las nubes. Aran profirió un grito de entusiasmo contenido. Pero calló de inmediato en cuanto un aullido horrible, fuerte como un trueno, hendió el aire.

El dragón se precipitó como una flecha con la boca abierta y las alas plegadas; se dirigía directamente contra la torre del noreste, contra Edwin, que le miraba impávido. Entonces Derek oyó algo extraño, algo que le pareció increíble. Su hermano empezó a cantar.

*A Hanford llegó el Caballero Encapuchado,
con capa de oro y corcel bayo,
su espada, brillante y plateada,
por matar un dragón sedienta estaba.*

Edwin levantó su espada. El gran Dragón Azul tomó aire. Y exhaló un poderoso rayo.

Aquel relámpago alcanzó la espada de Edwin. Las chispas se desprendieron de la armadura y se desparramaron a su alrededor. Un haz de luz brillante impactó contra la torre del noreste del castillo de Crownguard.

—¡Edwin! —chilló Derek mientras se cubría los ojos con el brazo. Oyó los aullidos del dragón, el crepitar de las llamas, las piedras que se desplomaban sobre el patio. Luego todo aquel fragor quedó ahogado por el ruido de la torre al caer al suelo. Una esquirla hirió la mejilla de Derek haciendo brotar sangre; furioso, forzó los ojos para poder ver. Centró la vista en una gran mancha borrosa azul; tenía que ser el dragón, que se encumbraba hacia el cielo. El aire de las alas al agitarse derribó a Derek y lo dejó tumbado en el suelo de adoquines. Cuando logró ponerse en pie, la gran mancha azul había desaparecido.

Todo estaba en calma. El aire olía a ozono. Derek miró hacia la masa de nubes. El dragón se había ido, de eso estaba seguro, pues el terror había dejado de oprimirle el pecho. Entonces su mirada se posó en las ruinas de la torre del noreste.

Todo lo que quedaba de ella era un montón de escombros, resultado del impacto

del relámpago. A través del hueco donde antes se había erguido la mole, Derek podía ver las llanuras solámnicas. El estandarte de los Crownguard, una corona de oro en azur, ardía lentamente sobre aquellas ruinas.

Entre los escombros se encontraron cuatro de los cuerpos de los caballeros, pero no así el del quinto y el de Edwin. Los caballeros se afanaban en encontrarlos. La avalancha de piedras había dañado el tejado de pizarra del gran salón y habían aplastado la mesa del mapa de Derek así como todas las marcas, tan cuidadosamente colocadas. Lo extraño era que la vieja capilla, que se encontraba junto a la torre, había resultado indemne. Los caballeros llevaron a sus compañeros caídos dentro y los colocaron, envueltos en sábanas blancas, junto al explorador muerto. No rezaron ni entonaron ningún canto fúnebre.

Derek se encontraba solo en la capilla a media luz con la mirada fija en el féretro. El pensamiento de que su hermano estaba muerto iba abriéndose camino en su cerebro. A pesar de que no habían hallado el cadáver, nadie era capaz de sobrevivir a un embate como aquél.

A sus espaldas, la puerta de la capilla crujió suavemente al abrirse. Derek no se volvió. Los pasos se aproximaron y reconoció a su visitante por el ruido de las flechas en el carcaj.

—Ha sido culpa mía, Aran —dijo sin entonación alguna—. Debería haberlo detenido.

Aran Tallbow no tenía nada que decir al respecto. Se balanceó de forma que su armadura hizo un ligero sonido. Derek se giró hacia él.

—¡Tienes noticias! —dijo Derek impaciente—. ¡Suéltalas!

El caballero del pelo rojizo meneó la cabeza en señal negativa.

—Winfred y yo hemos valorado los daños. Las murallas no pueden repararse. Un ejército bien ordenado podría penetrar por la brecha en un día, hagamos lo que hagamos por impedirlo.

—Entonces, todo está perdido —dijo Derek en tono cansado mientras se reclinaba en el sepulcro—. Aún no ha comenzado el asedio y el castillo de Crownguard ya ha caído.

Se oyó un golpe en la puerta de la capilla.

—Adelante —exclamó Derek. La puerta se abrió dando paso a un *sir* Winfrid ojeroso. Al igual que la mayoría de caballeros estaba avergonzado por haber huido ante el dragón.

—Acaban de encontrar al otro caballero —dijo y, al ver el brillo en los ojos de Derek agregó—: No es Edwin. Es *sir* Rogan Montoblanco, Caballero de la Corona.

—Montoblanco —repitió Derek intentando sin éxito recordar la cara que acompañaba a aquel nombre.

»Cuando le hayáis rescatado, ponedlo aquí con los demás.

—Pero, señor —repuso Winfrid—, todavía está vivo.

Derek y Aran se intercambiaron miradas de asombro y corrieron hacia la puerta.

Sir Rogan estaba todavía con vida, pero era discutible pensar que había sido afortunado. Tenía las piernas y la espalda destrozadas. El rostro estaba quemado y tenía el cabello y el bigote chamuscados por el hálito de fuego del dragón. Estaba débil y agitaba la cabeza de un lado a otro. Cada inhalación era un estertor gorgoteante y de sus labios abrasados brotaba sangre.

—Ha solicitado hablar con vos, mi señor —dijo uno de los caballeros.

Derek y Aran avanzaron por los escombros y se unieron al pequeño círculo de caballeros que habían dejado de intentar arreglar las destrozadas murallas para confortar a su compañero agonizante.

—Sir Rogan —dijo Derek agachándose. Encogió la nariz ante el hedor de carne quemada—. Estoy aquí, ¿qué quieres decirme?

—Mi señor —musitó Rogan. Miró hacia Derek con grandes ojos vidriosos. Su voz no era más fuerte que un susurro y Derek y Aran tuvieron que acercarse mucho para escucharlo—. Vuestro hermano...

Aran tomó la mano del joven caballero y luego miró a Derek.

El rostro de éste estaba impávido, sin expresión alguna.

—¿Qué sabes de él?

—Clavó la espada en el cuello... del dragón —dijo Rogan en un susurro—. Él no soltó... no soltó... —Emitió un estertor agonizante y cerró los ojos. Ya no los volvió a abrir—. Justo antes de que... la torre... cayera... vi al dragón... volando. Él... Edwin... todavía... tenía bien agarrada... la... espada.

Respiró larga y lentamente. El brazo se aflojó y la mano se escapó de la de Aran.

—Descansa —susurró Aran mientras colocaba una mano sobre la frente del caballero muerto. Miró a Derek esperanzado pero el semblante de su amigo no había cambiado—. ¿En qué estás pensando?

—Deliraba —dijo Derek negando con la cabeza.

—Es probable —dijo Aran frotándose pensativo su bigote rojo—. Por supuesto, Derek, tienes razón. Sin embargo... —Miró a Derek con cuidado.

—No —dijo Derek y con el tono en que lo dijo no había dudas de que era definitivo—. Mi hermano muerto está en algún lugar debajo de esto —dijo señalando los cascotes que se amontonaban a su alrededor—. Esto no es uno de esos cuentos antiguos, Aran. Los hombres no se marchan volando cogidos a espadas clavadas en gargantas de dragones. Mi hermano creyó toda la vida en esas canciones y esto provocó su muerte. No voy a permitir que él se vuelva otro cuento basado en los desvaríos de un hombre moribundo.

Aran hizo ademán de replicar pero al ver la mirada fiera de Derek asintió y colocó la mano de *sir* Rogan sobre su pecho inmóvil.

—No podemos perder más tiempo en una búsqueda infructuosa. Éste será el sepulcro de mi hermano.

Derek se irguió y se limpió el polvo de la capa.

—Colocad a este hombre junto a los demás en la capilla —ordenó señalando el cuerpo de Rogan—. Luego dejad de cavar. Reunid a los hombres.

Ceñudo Derek dio la espalda al caballero muerto y se marchó.

Dos horas más tarde el castillo de Crownguard estaba desierto. Antes había sido poderoso e inexpugnable, ahora sólo era una ruina humeante más en el campo de Solamnia. Los caballeros dejaron atrás todo cuanto no podían cargar a lomos de su caballo, como los cuerpos de los exploradores, los de los cinco caballeros de Edwin y el de *sir* Pax Garrett.

Derek halló el cuerpo inerte del anciano en el suelo de sus aposentos. Entre los caballeros se rumoreaba que, incapaz de afrontar su huida al ver el dragón, Pax se había quitado la vida siguiendo las tradiciones. Derek puso un rápido final a este rumor. Pax era un hombre mayor y el temor sobrecogedor del dragón puso fin a lo que la edad ya había iniciado. Su corazón se había parado y eso era todo.

El viaje a caballo hacia el oeste fue lento y peligroso. Aran abría la marcha con una flecha siempre preparada en su arco en busca de indicios de emboscadas de hobgoblins. *Sir* Winfrid cerraba la retaguardia, dirigiendo frecuentes miradas al castillo, incluso mucho después de que las colinas arboladas lo ocultaran. Todos los caballeros oteaban inquietos el cielo, temerosos de que la muerte azul descendiera sobre ellos, pero el cielo se mantenía despejado como en un día de verano a pesar de que en el viento persistía el frío del otoño.

Lord Derek apenas decía palabra y los hombres respetaban su silencio. Al fin y al cabo, él había perdido el hermano, el hogar y las propiedades de un solo golpe. Su pesadumbre estaba justificada. Uno de los jóvenes Caballeros de la Corona captó durante el viaje una mirada especial en su señor e hizo notar a sus compañeros que la actitud de Derek no era la de un hombre consumido por la rabia o el dolor.

—Más bien parece un hombre ante un tablero de khas sopesando el último movimiento de su contrincante —observó el caballero. Lo que aquel guerrero no dijo porque no le pareció correcto especular sobre su señor era que aquel brillo en los ojos podría ser propio de una locura incipiente.

De cualquier manera, no se produjo ninguna emboscada de hobgoblins. Los caballeros cabalgaron dos días y dos noches por el camino de Solanthus sin encontrar nada más amenazante que una ardilla. Al tercer día, Aran regresó para unirse al grueso del grupo. Los caballeros, precavidos, se apresuraron a echar mano de sus

espadas y mazas pero Aran les hizo un gesto tranquilizador. Se detuvo ante Derek mientras *sir* Winfrid avanzaba para unirse a ellos.

—¿Qué noticias nos traes? —preguntó Derek con voz ronca a causa del prolongado silencio.

—Ante nosotros, en el camino, avanza una compañía de caballeros —contestó Aran—. Brian Donner los encabeza.

—Nuestros refuerzos —dijo Winfrid con amargura.

Derek asintió y apretó los labios.

—Sigamos avanzando.

Poco después, los caballeros del castillo de Crownguard divisaron la compañía de *sir* Brian Donner, Caballero de la Espada. Los refuerzos no eran más de veinte personas y Derek se enfureció, impotente, al ver los pocos hombres que su llamada de auxilio había reunido.

Luego, más calmado, se dijo que aquello no tenía importancia. En cualquier caso llegaban demasiado tarde para ser útiles. Volvió a mirarlos y se le ocurrió una idea. Al reconsiderar su particular partida de *khas* se dijo que podían llegar a ser de mayor utilidad que todo un regimiento. Dio varias vueltas a la idea en su cabeza y, al hacerlo, su estado de ánimo mejoró. Para cuando Brian Donner les saludó, espoleando su semental gris, Derek Crownguard casi se sentía amable.

—¡Amigos! —exclamó *sir* Brian mientras su bigote rubio con hebras plateadas se curvaba dibujando una sonrisa cálida—. Está claro que nosotros tres tenemos que estar juntos de nuevo.

Aran avanzó cabalgando hacia Brian y ambos se estrecharon la mano. Tiempo atrás, antes de la muerte de lord Kerwin Crownguard, Derek, Brian y Aran habían cabalgado juntos en busca de aventuras. Vivieron más hazañas de las que podían recordar hasta que Derek tuvo que marcharse para tomar posesión de la capa de lord en el feudo de su familia. El encuentro dejó a Aran sin habla. Derek avanzó y tendió la mano a *sir* Brian. Es posible que hubiera sonreído si no fuera porque Brian hizo un gesto de preocupación al ver a los hombres del castillo de Crownguard.

—Pero ¿por qué no habéis esperado nuestra llegada al alcázar, mi señor? —preguntó tras aclararse la garganta. Aran apartó la mirada con el entrecejo fruncido.

—No había necesidad —dijo Derek con orgullo—. Logramos romper el asedio y ahora estoy enviando a mis hombres al norte, al alcázar de Vingaard, para ayudar a sus defensores. Te ruego que hagas lo mismo.

—¿M-mi señor? —musitó *sir* Winfrid mirando asustado a Derek. Tras él Aran quedó boquiabierto. Derek se volvió para mirarlos. Aran se acobardó al ver un brillo peculiar en sus ojos fríos y azules.

—Estoy contándole a *sir* Brian nuestra valerosa defensa frente el ejército enemigo

y los dragones —dijo Derek volviéndose de nuevo hacia Brian—. ¡Fue magnífico! Mis hombres lucharon con fiereza y finalmente el enemigo se retiró. Supongo que pensó que el castillo de Crownguard no merecía tanto esfuerzo. No se atreverán a atacarlo de nuevo.

—Derek... —dijo Aran en voz baja.

—¿Sí? —preguntó Derek girándose sobre su montura y mirando inquisitivamente al caballero del pelo rojo.

Aran se irguió alarmado; el brillo de la mirada de Derek se había convertido en una llamarada.

—N-nada. Puede esperar —susurró Aran sintiendo que el miedo le hacía un nudo en la garganta.

—Así que vencisteis —dijo Brian, mirando alternativamente a Derek y a Aran.

—Así es —exclamó Derek volviéndose de nuevo—. Desaparecieron de nuestra vista. Los desanimamos, les dimos un motivo para temer a los Caballeros de Solamnia.

Brian asintió vacilante. Volvió a mirar a los caballeros de Derek. Al oír las palabras de éste algunos de ellos se agitaban inquietos.

—Y ¿qué...? —empezó a decir Brian, luego dudó.

Derek le escrutó con la mirada y Aran apartó la vista rápidamente.

—¿Q-qué ha sido de *sir* Edwin? —preguntó Brian. El ojo izquierdo de Derek hizo un guiño nervioso, pero Brian intentó no dar muestras de haberlo advertido.

—Perdido, en justa lid, junto con *sir* Pax Garren —repuso Derek con voz hueca—. Lucharon con valentía pero así es la guerra y los hombres mueren. Es posible —agregó con los ojos entornados amenazadoramente— que no hubieran fallecido si tus hombres hubieran llegado antes.

—M-mi señor, hemos venido tan rápido como nos ha sido posible... —repuso Brian sofocado.

—No, no, no es culpa tuya, amigo mío —dijo Derek colocando su mano enguantada sobre el hombro de Brian—. Es culpa de Gunthar. Nos ha traicionado, ha traicionado a toda la Orden de Caballería. Su desidia nos ha costado caro y ya tendrá noticias mías. Tú, *sir* Brian, cabalgarás con Aran y conmigo hasta Sancrist, donde relataremos al Gran Consejo mi triunfo y la traición de lord Gunthar. Luego —agregó mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa que estremeció a Aran— yo seré Gran Maestro.

Continuaron cabalgando. Cuando el camino se bifurcó, los caballeros prosiguieron hacia el norte siguiendo a *sir* Winfrid. Jamás hablaron de la batalla del castillo de Crownguard. Ni entonces, ni nunca. Sólo explicaban que Edwin Crownguard, en pie en lo alto de la torre del noreste, murió mientras defendía su hogar.

Derek, Aran y Brian se dirigieron hacia el sur. Cuando estuvieron suficientemente apartados de los demás, Brian no pudo reprimir la pregunta que le consumía.

—Mi señor —preguntó—. ¿Qué ocurrió realmente en el castillo de Crownguard?

Derek se volvió lentamente y lanzó una mirada a *sir* Brian que podría haber atravesado el acero.

—Victoria —dijo—. Fue una victoria gloriosa. Llegará un día en que nuestros bardos la cantarán.

Brian miró a Aran y éste hizo un gesto negativo con la cabeza. En los ojos preocupados del caballero había un claro mensaje: no preguntes más.

Brian, pensativo, se mordió el labio inferior y luego se encogió de hombros.

—Si así lo deseas, mi señor —dijo, y fijó la vista en el camino polvoriento.

Ninguno de los tres dijo una sola palabra más aquel día.

Una tregua en la batalla

[Linda P. Baker]

La lluvia azotaba el descuidado tejado de pizarra. Los truenos retumbaban en el cielo y su estrépito se acentuaba con los destellos brillantes de los relámpagos. Las jarras repicaban en la barra mientras voces escandalosas pedían a gritos más cerveza. Chasquidos de golpes al iniciarse una riña entre dos de sus hombres; gritos de mofa; gritos de ánimo; crujidos de muebles al romperse.

Una tregua de descanso en la batalla.

Para Laronnar, primer capitán de la segunda compañía del ejército de los Dragones de la Reina Oscura, las treguas nunca eran ni tranquilas ni descansadas.

Se irguió y la silla en la que estaba sentado cayó al suelo por el impulso. Aquel ruido pasó inadvertido en la confusión que reinaba en la posada. En tres zancadas rápidas se plantó, irritado, junto a los dos hombres que se peleaban. Agarró a ambos por el cuello y aprovechó el ímpetu de la lucha para hacer que sus cabezas chocaran una contra otra. Cuando los hombres se soltaron, arrebató la daga de la mano del más pequeño y la lanzó sobre una mesa. La hoja se clavó en ella y cimbrió bajo la luz mortecina de la posada.

—Basta de peleas —dijo en voz baja pero amenazante.

Miró a la atractiva camarera: una chica alta y pelirroja. Ella era el motivo de la pelea, la segunda que había tenido que zanjar por su causa.

—Basta de peleas.

Esta vez la voz era la de ella. El más pequeño de los dos hombres cogió su daga mansamente. El otro masculló una disculpa.

Laronnar volvió con paso decidido hacia su silla, tan confiado en la eficacia de su ira, en el control que mantenía sobre sus hombres, que no se molestó en volverse a mirarlos. Levantó de nuevo la silla con el pie, la colocó ruidosamente en su sitio y se sentó. Luego hizo un gesto a la camarera pelirroja para que llenara su jarra. No estaba de humor para alborotos de taberna. Y menos aún cuando la segunda compañía debería estar luchando contra el enemigo en lugar de estar allí.

Su plan había funcionado a la perfección. Tal como había previsto, el contingente de humanos y enanos que defendían la ciudad portuaria de Lenat fue tomado totalmente por sorpresa cuando la segunda compañía avanzó sobre la ciudad desde las aguas. Sin duda el enemigo creyó que aquél era un ataque directo de los Dioses del Mal, surgiendo por donde apuntaba el brillante sol de la tarde.

Las tropas de Paladine huyeron hacia las colinas cercanas, y dejaron a Lenat sumida en una absoluta confusión. La brigada de Laronnar estaba a punto de caer sobre ellos cuando estalló la tormenta. La lluvia caía con gotas como agujas y el

viento, al dar contra las alas de los dragones, los movía sin control por el cielo. Si Laronnar hubiera estado al mando, sin duda hubieran continuado luchando a pesar de todo.

—Estábamos tan cerca —dijo entre dientes por vigésima vez desde que había entrado en el bar. Tomó un trago de cerveza—. Estábamos ya sobre ellos.

Al decirlo miró a su lugarteniente, Haylis, que estaba sentado frente a él al otro lado de la mesa y luego, a la camarera pelirroja, que le estaba sirviendo más cerveza. Haylis le sonrió por encima del hombro de una mujer rolliza y basta que tenía sentada sobre las rodillas. Como siembre, su lugarteniente llevaba el rubio cabello sucio y despeinado. A pesar de la sonrisa amable que iluminaba su rostro, los mechones en punta le daban un aire malicioso, de diablillo.

—Olvídalo ya, capitán —dijo riéndose de los esfuerzos de la mujer por librarse de su abrazo—. Hemos tomado la ciudad y mañana atraparemos a los Guerreros de la Luz.

Entonces Haylis, a pesar del peso de la mujer que tenía en su regazo, levantó un pie, lo plantó en la cadera de la camarera pelirroja y empujó a la chica hacia Laronnar.

—Disfruta de la tregua.

Más por reflejo que por deseo, Laronnar agarró a la camarera cuando con un traspie cayó en su regazo balanceando la jarra para no verter ni una gota. Tenía los labios fruncidos, pero Laronnar no podía distinguir si aquél era un enfado fingido o real. Tampoco le importaba mucho: era un botín de los vencedores. La muchacha intentó levantarse pero él la asió con fuerza y hundió el rostro en aquella cascada de mechones rizados rojizos. Olía a humo, a cerveza y a especias, en cualquier caso, mejor que ninguno de los que había estado en contacto con él en varios meses.

Tal vez Haylis tuviera razón, se dijo. Al fin y al cabo, no podía hacer nada respecto a la batalla hasta que el viento no amainara y su oficial al mando decidiera que podían llamar a las tropas. ¿Por qué no relajarse un poco?

El Mono a Rayas era un garito pobre de la ciudad portuaria de Lenat, pero era mejor que otros que había visto. El local estaba iluminado con velas, antorchas humeantes y una enorme chimenea, que desprendía luz y hollín así como un olor a madera húmeda. El gran mostrador de roble brillaba por el roce de los innumerables codos que se habían apoyado en él; y el suelo, de madera, mostraba las marcas del paso de multitud de botas. La cerveza era amarga pero abundante y, aunque las camareras no eran muy amistosas, por lo menos estaban lo bastante asustadas como para no mostrarse abiertamente hostiles.

La sala del local tenía forma de «L» y estaba ocupada por la tropa: una mezcla de humanos, ogros y draconianos, todos muy alegres y ruidosos a causa de la bebida; iban desaseados y apestaban a batalla y a sangre. Se afanaban en beber el máximo de

cerveza posible para llamar la atención de las camareras antes de que la tormenta amainara y la batalla se reanudase.

—Quédate aquí —dijo Laronnar acercándose más a la pelirroja y acariciándole la piel blanca de los brazos mientras frenaba sus esfuerzos por escapar—. Yo soy el capitán de esta chusma. No vas a conseguir nada mejor.

La puerta de entrada al Mono a Rayas se abrió de golpe y dejó entrar una ráfaga de lluvia y viento frío con olor a mar. Las antorchas oscilaron en los aros de latón deslustrado. Una mujer cercana a la puerta chilló fingiendo un desmayo. Una voz masculina, bonita y melosa, traspasó el umbral precediendo a su propietario.

—Aquella fue una batalla gloriosa. Nosotros estábamos allí, suspendidos por encima del bosque mientras las copas de los vallenwoods rozaban la barriga de mi dragón...

Laronnar quedó paralizado. La camarera pelirroja dio un respingo y se puso en pie al sentir que el brazo que sujetaba su cadera se aflojaba. Pero Laronnar agarró su frágil antebrazo y la volvió a sentar sobre sus rodillas mientras mascullaba una maldición.

—Esperamos a que los elfos salieran del cobijo del bosque. Estaban tan decididos a realizar una emboscada que... —prosiguió la voz de Dralan, el comandante de Laronnar.

Aquellas palabras fueron pronunciadas en un tono tan profundo e imperioso que Laronnar sintió como si se hubiera tragado cristales rotos.

—¡Bastardo! —susurró para sí—. ¡Éste era mi plan!

Laronnar cogió a la camarera por el cuello y se la acercó más aún en un intento por ignorar la voz de Dralan. Al otro lado de la mesa, la mujer que Haylis tenía en el regazo arrullaba como una paloma en celo. Esquivó un beso de Haylis, quitó el brazo del cuello de éste y se soltó del abrazo.

—¿Ése es el comandante? —dijo en voz baja—. Es muy apuesto. ¡Y muy elegante!

Como en respuesta a sus palabras, Dralan se echó la capa hacia atrás, sobre los hombros y mostró la brillante armadura metálica, que imitaba unas escamas de dragón, ajustada a su musculatura así como el medallón, un supuesto regalo de Takhisis, la Reina de los Dioses del Mal, que adornaba con oro y esmeraldas aquel pectoral inmenso.

—¡Oh! —suspiró la mujer.

—Realmente es muy apuesto —corroboró la camarera que Laronnar tenía en su regazo.

Su tono de voz suave y admirado hizo que Laronnar deseara agarrar aquel cuello delgado y apretar hasta que por fin saliera de ahí un ruido menos molesto.

Dralan, que tenía sangre real y apariencia majestuosa, era todo lo que Laronnar

nunca podría ser. Era alto, de espaldas anchas, imponente. Tenía los cabellos negros y era apuesto. Sus ojos azules y su voz poderosa tenían el don de atraer a cualquier mujer que quisiera y su porte le procuraba el respeto y la confianza de cualquier hombre. Dralan era un caballero, bien educado, con estilo, atento, y era uno de los favoritos de la Señora del Dragón, la cual dirigía el ejército. En cambio, la misma Señora del Dragón no sabía siquiera de la existencia de Laronnar. Si lo viera por la calle, no se detendría para mirarle, aunque era tan alto y fuerte como el comandante.

La mirada clara y penetrante de Dralan percibió el interés que había despertado en aquellas dos mujeres. Hizo un saludo a Laronnar, su primer capitán, con un gesto sencillo, elegante y desdeñoso a la vez, y sonrió a la mujer pelirroja que éste tenía en el regazo.

—¡Kaelay!

Así que ése era su nombre.

Dralan extendió la mano y, sin mediar palabra, aquella belleza pelirroja se escapó de las rodillas de Laronnar. Éste la cogió por el delantal e intentó tirar de ella. Pero esta vez la muchacha se negó a ser detenida. Le propinó una palmadita juguetona en las manos y se zafó de él. Miró a Laronnar por encima del hombro, con una sonrisa maliciosa en sus ojos verdes.

—Al fin y al cabo, fue la estrategia del comandante la que hizo que ganarais. Quiero oír el resto de la historia.

—Fue mi plan —dijo Laronnar con el entrecejo fruncido mientras se disponía a ponerse en pie.

—¡Capitán! —exclamó Haylis irguiéndose antes de que Laronnar pudiera hacerlo—. ¡Voy a pedir más bebida para los dos! —Agarró su jarra y vertió lo que le quedaba en la de Laronnar. Luego pidió a gritos más cerveza.

Laronnar vaciló un instante, con el cuerpo medio levantado del asiento y la mirada clavada en Dralan. El comandante mantenía los ojos muy abiertos, curiosos; parecía estar dispuesto a permitir que Laronnar se echara atrás o bien a afrontar cualquier reto. La comitiva de humanos y draconianos que rodeaba a Dralan contemplaba a Laronnar con una hostilidad obvia.

Un estremecimiento febril le recorrió la espalda y le erizó los cabellos de la nuca.

—Déjelo, Capitán —susurró Haylis de espaldas al grupo—. ¿Quiere que le despellejen vivo o algo peor? Ya sabe que es el favorito de la Señora del Dragón Azul.

Aquellas palabras hicieron mella en él, pero no por el motivo que Haylis había indicado. Laronnar, de pelo liso y castaño y unos ojos que su madre llamaba medio marrones, tenía un don que el comandante nunca podría igualar. No había nadie que fuera más brillante y taimado al planear una batalla. Dralan toleraba su presencia porque hasta entonces había hecho pasar por propios los éxitos de Laronnar. Y el

motivo por el que Laronnar soportaba a Dralan era una promesa que éste le había hecho. Dralan le había prometido que en esta ocasión una campaña rápida y exitosa en Lenat le valdría una mención de sus habilidades a la Señora del Dragón Azul. Laronnar estaba convencido de que aquello le abriría grandes oportunidades en su carrera.

Fue por ello, y no por otra causa, que se mordió la lengua y disimuló la rabia y envidia que sentía. Con un esfuerzo que seguramente su rostro anguloso acusó, Laronnar logró contener su enfado y guardárselo para sí.

El capitán tomó la jarra de cerveza con desinterés fingido y se la bebió de un trago. El líquido amargo, espeso como el aceite, le abrasó la garganta. Haylis le dio una palmadita en el brazo para que se sentara.

La voz de Dralan atronó de nuevo para pedir bebida pero luego, cuando se dirigió hacia el mostrador acompañado por un tropel de aduladores gimoteantes y obsequiosos, se amortiguó y se convirtió casi en un zumbido molesto. Se oían voces que le convidaban a bebida sólo para que relatara aquellas «historias fascinantes».

—Sobre gestas que no son tuyas —dijo Laronnar por lo bajo mientras reprimía su rabia. Se encogió de hombros y por fin tomó asiento. Con un pie firme en el suelo, apoyó la silla sobre las patas posteriores y colocó el otro pie en el travesaño. La silla chocó contra la pared pero en medio del barullo y el tumulto de la taberna, aquel ruido pasó inadvertido. Haylis se sentó mientras profería un sonoro suspiro de alivio y también tiró hacia atrás su silla. Laronnar contempló a su comandante, que permanecía en pie abrazado a la camarera pelirroja.

—Un día esa lagartija draconiana que sirve a Dralan encontrará a nuestro ilustre comandante con una daga en el cuello.

—¡Shhh! —Haylis se reclinó sobre la mesa mirando a un lado y a otro para asegurarse de que nadie había oído aquello—. Deberías ir con más cuidado.

Laronnar miró con enojo en dirección al mostrador. Kaelay apartaba a los clientes para que el comandante pudiera pasar. Los soldados y aldeanos obedecían sin vacilar y cedían el paso.

La camarera entregó al comandante una jarra de cerveza y le sonrió. Dralan se volvió de espaldas a la gente que lo rodeaba y olvidó a sus aduladores y sirvientes. Con manos ávidas, se la acercó y se inclinó para decirle algo al oído.

Laronnar lanzó un bufido de enojo.

—Me pregunto de quién serán las ideas que presenta ahora como tuyas.

—¿De verdad fue idea tuya engañar a los elfos para que salieran de Silvanesti y se organizara una merienda de ogros en el campo? —dijo Haylis para distraer los pensamientos de su amigo.

Laronnar se esforzó por apartar la vista de la mujer que parecía devorar cada una de aquellas mentiras. Tomó varios tragos de cerveza y luego golpeó la jarra contra la

mesa con tanta fuerza que la poca cerveza que quedaba se derramó por aquel mueble mugriento.

—Sí, fue mía —dijo—. Igual que el plan que utilizamos para tomar este puerto maloliente.

—¿Venir por el agua fue idea tuya?

—Sí, y también funcionó. Pero parece que quedarnos ahora bebiendo y yendo de putas hasta que esos malditos caballeros se reagrupen no importa. —Laronnar miró hacia el mostrador y dijo en voz alta—. Fue mi plan. ¿Acaso has oído algo distinto?

El puerto de Lenat estaba situado en una península bordeada por el mar de Khurman al noroeste y la bahía de Balifor al sudeste. Aunque Lenat era una ciudad más pequeña que Port Balifor, que estaba al otro lado de la bahía, era una base excelente para el ejército de la Reina Oscura. Silvanesti, la plaza fuerte de los elfos, estaba a menos de doscientos cuarenta kilómetros al sur y Sanction, sólo a trescientos veinte kilómetros al noroeste. Ciertamente, apoderarse de este puerto había sido una idea espléndida.

Una idea de Laronnar.

—No —dijo Haylis demasiado rápido. Dio una palmada en el hombro de su amigo—. Volveremos al campo de batalla antes de que te des cuenta. Esos caballeros no tendrán agallas para reagruparse. Es imposible, tras el susto que les hemos dado.

Los intentos de Haylis por calmar a Laronnar sólo lograron intensificar sus recelos y el alcohol de la cerveza empezó a hacer efecto.

—Una tormenta no es ninguna excusa para abandonar una batalla —dijo Laronnar con voz desenfadada y hablando con cierta dificultad.

El viento aullaba como si quisiera tirar la pared contra la que estaba reclinado. La lluvia repiqueteaba en la pasarela de madera que había fuera de la taberna.

—Por muy fuerte que sea —agregó.

—¿No te gusta la cerveza, mi señor?

Laronnar se sobresaltó al ver que una sombra emergía de entre los ruidosos clientes de la sala. Tenía la mano ya en la empuñadura de su espada cuando se dio cuenta de que aquella voz suave era la de la hermosa camarera pelirroja. Se relajó y dejó caer la mano en el muslo. La examinó recorriéndola lentamente de la cabeza a las botas de piel, que sobresalían debajo de su túnica.

Kalay era magnífica. El color de su cabello contrastaba con el de su piel, tan blanca como la arena del final de una bahía, y le hacía resaltar el rostro y los hombros. La túnica de color marfil que vestía realzaba las suaves curvas de sus pechos. La prenda se sujetaba en los hombros con un broche de madera sencillo y sus pliegues pendían libres, como si estuvieran a punto de soltarse. Laronnar sintió que la sangre de las venas se agitaba con fuerza en su vientre.

La mujer le llenó la jarra con habilidad. Luego limpió la mesa con un trapo no

más limpio que el suelo pegajoso.

—No he podido evitar oírte. ¿Preferirías estar fuera en una noche tan lluviosa como ésta? He oído decir que el descanso es bueno para la moral de las tropas.

—Es bueno para la bolsa de tu amo —musitó Laronnar. La tomó por el brazo con una sonrisa incitante que mitigaba ligeramente el sarcasmo anterior y que no pretendía disimular para nada otro tipo de interés.

Pasó el pulgar por la piel suave y tersa de la muñeca de Kaelay. Ella bajó la mirada y contempló los dedos que la acariciaban. Por un momento Laronnar creyó ver incomodidad en el hermoso rostro de la muchacha. Pero entonces ella le sonrió y él se quedó sin aliento. La joven se inclinó. Sus labios estaban muy cerca...

—Como te decía, Kaelay —la voz profunda de Dralan sobresalía entre el rumor y las voces que les rodeaban—, inmediatamente me di cuenta de que las velas de los barcos nos podían dar la protección que necesitábamos.

Kaelay se incorporó. Miró a Dralan, luego a Laronnar y luego, de nuevo a Dralan en un intento por decidirse.

—Volábamos muy bajo, nos deslizábamos sobre las olas, casi podía sentir el sabor del agua del mar en mis labios.

La voz suave de Dralan la decidió. Y con una sonrisilla triste Kaelay se giró. Laronnar sintió una rabia intensa pero le permitió soltarse sin decir palabra. Kaelay, ignorando las voces que pedían más cerveza, se abrió paso entre las mesas abarrotadas ante las que estaba Dralan, con una bota sobre el apoyo para los pies del mostrador y de espaldas a él. Laronnar tomó torpemente su jarra, se la acercó a los labios y la vació de un trago. Unas gotas de cerveza le resbalaron por la barbilla y fueron a caer sobre su camisa blanca.

—Esta vez no —juró mientras se ponía en pie.

—¡Capitán, no! —dijo Haylis incorporándose con rapidez y tomándole por el brazo—. Sólo está tratando de volverte loco. Si lo consigue acabaremos matándonos los unos a los otros. Les ahorrará trabajo a los guerreros de Lenat.

—Yo ya estoy loco —dijo Laronnar refunfuñando. Se alejó a grandes zancadas antes de que Haylis pudiera detenerle. Alcanzó a Kaelay justo cuando ella llegaba junto a Dralan.

—El viento es muy distinto encima del agua —decía Dralan en aquel momento.

—Ven aquí. —Laronnar tomó a Kaelay del brazo y se la acercó. Ella olía a especias, a Malta y a humo—. No pierdas el tiempo escuchando estas mentiras.

Kaelay se rió lo suficientemente fuerte como para llamar la atención de Dralan.

—¿Acaso escuchar a tu comandante es una pérdida de tiempo? —preguntó mientras se colocaba el cabello por encima del hombro.

—Estás borracho, Laronnar. —Dralan se interpuso entre los dos e hincó los nudillos en el peto de Laronnar—. Esta chica no quiere perder el tiempo contigo.

Aquello encendió el tremendo rencor que Laronnar llevaba reprimiendo desde hacía mucho tiempo. El capitán, apretando los puños, intentó esquivar a Dralan. Pero éste le cerró el paso y apretó con más fuerza el puño contra el pecho de Laronnar.

—Te sugiero que te marches, capitán. Estaba explicando a estas damas y caballeros mi victoria de hoy.

¡Mi victoria! Si Dralan le hubiera prendido fuego no le hubiera encendido mejor.

—¡Aquél fue mi plan y tú lo sabes! —exclamó Laronnar en voz baja y apenas contenida—. Dijiste que esta vez...

—Ya es suficiente, capitán. —Dralan subrayó el rango lo suficiente como para que Laronnar entendiera el mensaje: resulta más fácil descender que ascender.

La rabia y la sensación de injusticia apenas le permitían pensar. Comprendió que Dralan jamás había deseado mantener su palabra: nunca reconocería su labor. Dralan le miraba con ojos burlones. Retar a un comandante en una taberna llena de partidarios del mismo era un acto desesperado. Pero Laronnar ni siquiera intentó echarse atrás y refrenar la furia que se revolvía en su interior. Una colérica voz le incitaba al suicidio.

Miró a Kaelay. Ésta se humedeció los labios con la punta de la lengua. Las pupilas de sus ojos estaban tan dilatadas que apenas podía verse su verde brillante.

Suicidio. Ya no le importaba.

—¡Aquél era mi plan! —gritó Laronnar. Las palabras resonaron en el techo alto y volvieron a él dándole una satisfacción mayor que una victoria en el campo de batalla. De pronto, inesperadamente, se sintió sobrio como si no hubiera bebido una sola gota de cerveza.

—Todos los planes han sido míos.

El rostro de Dralan empezó a transformarse y pasó de la sonrisa a una expresión peligrosa y desagradable. Sigilosa y premeditadamente colocó la mano en la empuñadura de su espada.

—Seguramente no has planeado una sola batalla en toda tu carrera —se mofó Laronnar—. Excepto, ¡claro!, aquella vez en que tendiste una emboscada a unos enanos.

—Venga, capitán —dijo Dralan con el rostro tenso y pálido de rabia pero en un tono tranquilo. Le tendió una mano—. Ya conoces las normas.

Efectivamente Laronnar las conocía muy bien pues las había aplicado por orden de su comandante. Entre las tropas de Dralan los alborotos estaban prohibidos. El comandante los consideraba poco civilizados. En cambio una disputa podía resolverse con un duelo entre caballeros.

Laronnar hizo un gesto de desprecio a aquella mano tendida. Podía pasar por un gesto propio de un caballero, pero aquél era un viejo truco: se daba la mano a un contrincante con gentileza fingida a la vez que con la otra se usaba un arma oculta.

Con una mirada cautelosa hacia su comandante, Laronnar tomó el guante que llevaba sujeto en el cinturón de armas y se lo puso en la mano. Aquél era un guante de piel de color marfil, con el dorso reforzado con una malla de acero hecha por los elfos, tan delicada como la tela de una araña y tan fuerte como una cota de malla. Unos clavos afilados adornaban los nudillos.

Con movimientos rápidos y ágiles, Laronnar desenvainó lo que parecía ser una gran daga y le quitó la falsa empuñadura de madera. En sus manos quedó una hoja de acero de unos tres palmos de largo, con unas muescas en el extremo donde no había empuñadura. La insertó en una ranura del guante, deslizándola por la funda practicada en él.

Los chasquidos metálicos al encajar la cuchilla sonaron claramente. La hoja brilló azulada bajo la luz de las antorchas en cuanto Laronnar dobló la mano y se acomodó el guante a los dedos. Con una lentitud premeditada soltó el fiador que sujetaba el cinto de su espada y dejó caer el arma. Como era de esperar, las miradas de todos, incluida la de Dralan, siguieron la caída de la espada al suelo.

Entonces Laronnar atacó con la hoja que sobresalía del dorso de la mano. Su movimiento fue tan certero, tan preciso, que Dralan tropezó contra el mostrador al recular cuando la hoja pasó por delante de su rostro. El comandante se recuperó rápidamente y se apartó con brusquedad del mostrador. Desenvainó la espada y adoptó una postura de lucha tras apartar a un draconiano que volaba a la altura de su codo. La multitud se movió para dejar espacio para el combate.

Los dos contrincantes hicieron chocar sus armas, acero contra acero, suavemente como tanteándose. Gracias al guante, Laronnar podía sentir el ritmo de las espadas en la piel y en los huesos.

Laronnar atacó. Se agarró la mano enguantada con la otra y blandió el arma contra su comandante con todas sus fuerzas. Dralan esquivó el golpe y se puso fuera de su alcance.

Laronnar aprovechó el impulso para girar sobre sus talones y propinar otro golpe fulminante. Dralan le hizo frente y las armas chocaron en un estruendo metálico que llenó el aire como si fueran campanadas.

Al dar un paso atrás Dralan hirió con su espada el ala de uno de los draconianos que volaban. La hoja afilada atravesó la piel dura y la sangre verde se desparramó por el suelo. El draconiano aulló de dolor y fue apartado del camino de Dralan por otro compañero de su misma especie.

La multitud, boquiabierta, empujaba y hacía sitio para la pelea. Los dos hombres avanzaban y retrocedían de forma paralela al mostrador y las hojas de acero brillaban y rechinaban al tocarse. Los hombres aplaudían y disfrutaban de aquel espectáculo sin que les importara quién fuera a ganar. Los gritos de ánimo dieron fuerzas a Laronnar y embistió con más furia si cabe. Ante tal fuerza y velocidad, Dralan se vio

forzado a echarse hacia atrás. Aunque a duras penas, logró parar cada embate mientras retrocedía. Al esquivar un golpe virulento, dio un salto sobre una silla y se encaramó a una mesa, que se tambaleaba peligrosamente bajo los pies. Su espada cayó a una velocidad de vértigo.

Esta vez fue Laronnar quien tuvo que retirarse y esquivar un golpe destinado a partir su cabeza en dos. Ahora era él el que tenía que evitar que le alcanzaran los golpes certeros de Dralan. Entonces éste saltó de la mesa y fue a parar casi sobre Laronnar; durante unos instantes los dos hombres forcejearon mientras sus armas se agitaban peligrosamente en el aire por encima de sus cabezas.

—¡Te lo advertí! —rugió Dralan—. Vas a aprender a obedecer a tus superiores.

Laronnar prefirió ahorrarse las energías para la pelea. Soltó el antebrazo de Dralan y le tomó por el cuello. El comandante, que era más grande, respiraba con dificultad mientras el pulgar de Laronnar penetraba en la blanda base de la garganta.

Dralan dobló el cuerpo y luego lo estiró para empujar con toda su fuerza. Laronnar le soltó rápidamente pero sus dedos dejaron unos surcos sangrientos en la garganta de Dralan. Los dos hombres se movieron en círculo para recobrar el aliento.

Dralan pasó la espada a la mano izquierda y se limpió el cuello con la derecha. Los dedos se le tiñeron de sangre. Soltó una maldición y atacó. Su manejo de la espada era excelente: una danza de pasos ágiles y movimientos precisos del brazo mientras el filo refulgía bajo la luz de las velas.

Laronnar dio un traspié y cayó hacia atrás sobre una mesa. Dralan arremetió con la espada en alto y se abalanzó para asestar el golpe definitivo. Laronnar apenas tuvo tiempo para esquivarlo. La espada silbó junto a su oreja y quedó clavada en la mesa donde antes había reposado su cabeza. Notó astillas de madera cayéndole por las mejillas y la nuca.

Laronnar rodó sobre la mesa al suelo y escapó a gatas. Dralan lo persiguió riéndose y apartando las mesas como si, en lugar de muebles de roble pesado, fueran simples ramas.

Laronnar se incorporó rápidamente con el arma levantada sobre la cabeza a modo de protección. La punta de la espada de Dralan se deslizó por el filo y rozó la mano de Laronnar, hiriéndole. Laronnar logró ponerse en pie y dio un paso atrás. Dralan sonrió al ver la sangre que caía de la muñeca de su contrincante.

—Ríndete, Laronnar. Es posible que si te humillas lo suficiente te perdone la vida.

Pero Laronnar hizo una finta a la derecha para luego girarse hacia la izquierda sobre una mesa y luego otra y acabar delante de Haylis que, igual que el ayudante de Dralan, se esforzaba por estar junto a su capitán. Haylis sostenía el cinto y la espada que Laronnar había dejado caer cerca del mostrador.

Cuando Dralan embistió, Laronnar cogió la daga de defensa que Haylis llevaba en

su cinto. Haylis, sin comprender bien lo que su capitán intentaba hacer, avanzó de pronto para ofrecerle la espada y enredó el cinto de piel y sus pies con los de Laronnar. Éste dio un traspié, agarró a su lugarteniente por los hombros y se dio la vuelta. La espada de Dralan cayó sobre las espaldas de Haylis.

El hombre se agitó en brazos de Laronnar, emitió un sonido gutural y murió con una expresión perpleja y asombrada. La sangre caía a borbotones sobre Laronnar.

—¡Bastardo! —chilló Laronnar a Dralan.

El comandante, que todavía tenía la espada clavada en el cuerpo de Haylis, estaba tan sorprendido como su víctima.

—¡Pero yo no...! —farfulló Dralan.

Laronnar metió los dedos en el cinto de armas de Haylis y arrojó el cuerpo a los brazos de Dralan. El peso muerto arrancó de un tirón el cinto y Laronnar se puso a cubierto asiéndolo con dureza.

Cuando Dralan liberó su espada, Laronnar ya tenía lo que quería: la daga de Haylis. Por precaución cogió también la diminuta ballesta de su lugarteniente y se la metió en el cinto. Cuando Dralan vio la daga hizo un gesto de desprecio: era un arma propia de ladrones.

Laronnar sonrió y paró con la daga el primer golpe de Dralan. Tenía una pequeña sorpresa preparada para su estúpido comandante.

Dralan volvió a atacar con tanto ensañamiento que apenas prestó atención. Laronnar resistía el embate con la daga y la hoja del guante. Mientras Dralan se entretenía con esto, Laronnar fue cambiando ligeramente su posición para conducir a su enemigo a un lugar donde el suelo estuviera despejado. Laronnar entró en el pasillo. Libre ya de obstáculos, atacó con el puño armado en un gesto peligrosamente externo y dejó expresamente descubierto su lado izquierdo. Dralan cayó en la trampa.

Laronnar levantó su brazo izquierdo y activó el preciado botón que había en la guarnición de la daga. Las dos hojas de defensa se separaron de la hoja central de forma que Laronnar logró atrapar la brillante espada de Dralan en las tres hojas de la daga. Saltaron chispas. Rechinó el roce de metal contra metal. Laronnar desplazó la daga hasta la mitad de la espada de Dralan. Luego, se dio la vuelta con todas sus fuerzas. El chasquido de la hoja al partirse sonó como el estallido de un rayo en la taberna que, de pronto, se había quedado en silencio.

Dralan lanzó una maldición y tiró la empuñadura de la espada rota contra Laronnar. Éste reaccionó, tiró la daga al suelo y atacó con la mano derecha, blandiendo el puño armado en un semicírculo cerrado.

La hoja alcanzó el hombro de Dralan y éste cayó hacia atrás. El arma atravesó ropa, piel y carne. Dralan cayó agarrándose el brazo ensangrentado.

Entonces Laronnar atacó hacia el suelo asiendo el puño armado con la mano izquierda. En el último momento, Dralan se hizo a un lado. La espada de Laronnar

cortó el aire vacío que su contrincante había ocupado y dio contra los pesados tablones de roble del suelo. Laronnar cayó de rodillas y Dralan le dio un puntapié.

Cuando la pesada bota del comandante se estampó en su cara, el dolor estalló en de la cabeza de Laronnar. La fuerza del golpe lo tiró hacia atrás y la mano se dobló bajo él. Laronnar profirió un quejido e intentó ponerse en pie. Notó el sabor de la sangre en los labios y en la lengua y se concentró en aquel sabor desagradable a cobre. Consiguió erguirse sirviéndose de las rodillas y los codos mientras se apretaba la cabeza. Cuando recuperó el equilibrio vio que Kaelay ayudaba a Dralan a ponerse en pie y que su ayudante draconiano sostenía la espada que había dejado caer y se la entregaba a su comandante.

Laronnar, todavía de rodillas, tomó del cinto la pequeña ballesta de Haylis y apuntó.

Un murmullo parecido al del viento recorrió los clientes de la taberna cuando el draconiano cayó de espaldas contra las puertas desvencijadas de la taberna con la flecha de la ballesta clavada en la frente.

Al instante, la lluvia y un frío viento marino se colaron por la puerta de entrada. Los clientes que se habían agolpado en la puerta se apresuraron a volver a la pared, ansiosos por no perderse un detalle de la pelea y por no mojarse mientras la miraban.

Dralan, con el pecho agitado, se puso en pie, mudo de asombro por un momento. Contempló a su ayudante muerto y la larga espada que brillaba mortecina en la pasarela de madera, todavía asida por el draconiano. Dralan miró a Laronnar.

—Dos buenos soldados han muerto por nuestra disputa. Pongamos fin a esto —espetó con la mano extendida y la palma hacia arriba—, de forma honrosa.

Laronnar se esforzó por ponerse en pie. El aire frío apagó las velas y azotó las antorchas de forma que la sala quedó sumida en la luz vacilante de las llamas. El frío le ayudó a aclarar las ideas. Asintió y extendió la mano: la mano enguantada.

Algo en la cara, o en los ojos, le traicionó.

Dralan retrocedió y tropezó con el cuerpo de su ayudante. Laronnar agarró la parte trasera de la armadura de Dralan y lo arrastró al interior de la taberna en el momento en que el comandante tomaba la espada del draconiano. Laronnar golpeó la parte posterior de la cabeza de Dralan con el guante de acero que le cubría el dorso de la mano.

El modo en que Dralan se tambaleó hizo pensar que aquel golpe le había dejado sin sentido. Pero Dralan mantenía asida la espada con las dos manos y la arrastraba con él. Laronnar golpeó con fuerza la nuca desprotegida de Dralan con los clavos del guante de forma que rasgó un lado de la cabeza a su contrincante. Dralan gimió como un animal herido, se echó hacia adelante y con su peso se soltó de la presa de Laronnar.

Entonces Dralan se incorporó y se encaminó tambaleante para hacer frente a

Laronnar. La sangre le brotaba de un lado de la cabeza y le manchaba el blanco cuello. Apretó la espada draconiana en sus manos. Dralan atacó, pero su manejo de aquella espada era torpe y no podía ver bien. La hoja hirió a Laronnar en las costillas y le hizo caer. El golpe siguiente fue más certero y la punta de la hoja dio en el muslo. Laronnar gimió. El dolor le palizaba la pierna.

Aquel dolor le dio miedo. Y el miedo le infundió ánimos. Laronnar dio un puntapié con su pierna sana. La espada salió despedida de las manos de Dralan y Laronnar se apartó a gatas apretando con una mano su pierna ensangrentada.

Dralan buscó la espada con torpeza, la encontró y se encaminó hacia su enemigo. Intentó dar la vuelta a aquella arma tan pesada para asirla mejor por su enorme empuñadura. Antes se detuvo para pasarse la manga por la cara y limpiarse de sangre los ojos.

Entretanto Laronnar se escabulló. Todavía tenía la ballesta. Buscó una flecha en el cinto y entonces vio que no quedaba ninguna: las había perdido durante la pelea. Levantó una mesa y se ocultó a gatas bajo ella para sobreponerse. La pierna le quemaba como si estuviera ardiendo. Oyó que Dralan se le acercaba. Entonces sintió una mano suave en el hombro que le invitaba a quedarse donde estaba. Se volvió y vio a la camarera pelirroja, Kaelay, con su sonrisa dulce y su olor a especias. No iba despeinada pero en cambio llevaba la túnica manchada de sangre por delante, por donde antes había ayudado al comandante a ponerse en pie.

—Permíteme que te ayude —dijo. Su voz evocaba el murmullo del aire.

—¿A qué juegas? —dijo Laronnar con enfado. Tiró al suelo la ballesta inservible y empuñó la pata de una silla rota como si fuera un ascua—. ¿Acaso te estás vengando por la toma de tu pequeña ciudad miserable?

—Esto no es un juego, mi señor. Ayudo a quien mejor pueda ayudarme —dijo mientras se arrodillaba a su lado.

—Primero le ayudaste a él, ahora a mí. —Laronnar intentó de nuevo ponerse en pie. El sonido de unas botas arrastrándose por el suelo de madera era cada vez más cercano. Laronnar cayó y ella le sostuvo.

La espada pesada se desplomó de pronto sobre el canto de la mesa, justo encima de la cabeza de Laronnar, desparramando astillas y trozos de madera.

Ajeno al terrible dolor que sentía en el muslo, Laronnar se puso en pie y lanzó la pata de la silla. Ésta se desplazó sibilante por el aire a unos pocos centímetros de la cara de Dralan y logró hacerle perder el equilibrio. La pesada espada cayó contra el suelo desde el borde de la mesa.

Mientras Dralan intentaba levantar de nuevo la espada, Laronnar se volvió hacia Kaelay.

—¡Putá! Estás intentando distraerme. —Intentó atacarla con la espada como antes había hecho a Dralan—. Si nos matas a todos, vendrán otros que ocuparán nuestro

lugar.

Ella esquivó el golpe con más agilidad que el comandante.

—Ayudo a quien mejor pueda ayudarme —repitió. Toda su dulzura había desaparecido y en su lugar había maldad e ira. Entonces tomó con fuerza la mano de él, le apretó el puño y pronunció una sola e incomprensible palabra.

Laronnar se quedó sin aliento. Una luz pernicioso se desprendió humeante de sus manos, quemándole la piel como si fuera una ortiga. Kaelay pronunció otra palabra y luego le soltó la mano con tanta brusquedad que le hizo tambalear. Entonces vio que en la mano donde ella había posado la suya tenía ahora la pequeña ballesta amartillada y cargada con una flecha.

Laronnar se puso en guardia al ver que ella se sobresaltaba y se dispuso a enfrentarse a Dralan, que sostenía en sus manos la reluciente espada draconiana. Laronnar dio un paso hacia adelante, oprimió la ballesta cargada contra el pecho de Dralan y apretó el gatillo.

La pequeña flecha, que apenas medía un palmo, dio en el corazón de Dralan justo en el momento en que la espada de éste golpeaba el brazo de Laronnar. Notó que el dolor le recorría el cuerpo, pero le pareció extrañamente débil.

Laronnar contempló la expresión de sorpresa y luego de rabia en el rostro de Dralan. Vio cómo la espada de su contrincante resbalaba entre sus dedos y cómo Dralan caía al suelo. Oyó el estrépito de la espada al deslizarse desde su hombro y caer contra el borde de la mesa y luego, al suelo.

¡Y Laronnar seguía en pie! Cauteloso, movió levemente la cabeza a un lado y hacia abajo para verse el hombro. No sangraba. No tenía la carne arrancada ni se veían los extremos sangrantes de los huesos. ¡La espada no le había herido! ¿Cómo podía ser?

Volvió la vista hacia Kaelay; ésta se había apartado y estaba en pie, sola entre el montón de mesas cercano a la puerta. Sonrió y se encogió de hombros en un gesto que hizo destacar los pechos que se marcaban debajo de la túnica. Luego se dio la vuelta. Antes de que pudiera ir tras ella, un estallido de vítores surgió de entre los soldados que permanecían en el bar; éstos se abalanzaron sobre Laronnar para estrecharle las manos entumecidas y darle palmadas en la espalda a modo de felicitación.

Laronnar salió de la taberna y respiró profundamente el aire salado, más fresco gracias a la lluvia. Ya se había dado la llamada a la batalla; la tregua había terminado. Bajo el cielo del atardecer, el brillo de las primeras estrellas de la noche centelleaba en los charcos de la pasarela. La calle que se abría ante él estaba enlodada y tan desierta y tranquila que se podía oír el murmullo del mar y el crujido de los barcos en la orilla.

Había vencido. Ahora él era el comandante. Su corazón todavía latía fuerte por la intensidad de la batalla, la alegría y el orgullo. Las heridas le ardían y sentía dolor en los hombros. Se tambaleó de cansancio, pero no le importó. En sus oídos todavía resonaban los gritos y vítores por su nuevo título: comandante Laronnar.

Abrió los brazos para abrazar la noche que se avecinaba y la batalla, tan próxima. Ahora sólo quedaba hallar aquella hechicera de ojos verdes que le había ayudado a ganar el duelo. Él sabría sacar un buen provecho de aquel poder. De la oscuridad del cielo, emergió un dragón; éste dio una vuelta y luego otra, y por fin descendió y aterrizó sin apenas hacer ruido. Laronnar deseó que no lo fuera, que no fuera la hembra de Dragón Azul, la de los grandes ojos verdes, que no fuera Char, la dragona del comandante. Aquella dragona era una criatura salvaje y traicionera, toda gracia y fuerza, perfidia y majestad y había sido enviada por la propia Reina Oscura para acompañar a Dralan. Char cruzó la calle mojada con pasos ágiles.

Laronnar miró a la criatura con reservas. ¿Habría venido a felicitarle? ¿O a matarle? De pronto la alegría por la batalla y su felicidad se desvanecieron. Se quedó sin aliento.

En la espalda y el pecho, Char lucía un elegante arnés de piel y una silla decorada con galones y joyas brillantes. Una cinta le cruzaba el amplio y escamoso pecho y en el centro lucía el símbolo en relieve de la Reina Oscura: el Dragón de Cinco Cabezas.

—¡Fue una lucha justa! —dijo Laronnar. Tragó saliva de modo ostensible, pero ésta no acudió a saciar la sequedad que sentía en la boca y la garganta. Dobló una rodilla ante aquella criatura enorme—. ¡Pregúntale a quien quieras pero no me mates!

—Muerte —retumbó Char desde las profundidades de su amplio pecho en un tono de voz burlón y sarcástico—. ¿Acaso eso es lo que esperas a cambio, Laronnar? He dicho que ayudaría a quien mejor pudiera ayudarme.

Laronnar alzó la mirada y contempló aquellos ojos astutos y brillantes, de un color esmeralda como el de la hierba en primavera. Sintió el olor a especias y humo y olvidó su temor a ser devorado ahí mismo.

—¡Tú...! —dijo asombrado.

—¿Mi señor? —La dragona dio un gran paso al frente y bajó su pata izquierda para que Laronnar pudiera subir.

—¡Eras tú...! —exclamó. Entonces se dio cuenta de que estaba mirando a la dragona con la boca abierta. Tomó aire para tranquilizarse—. Tú eres quien me ha ayudado. Tú eres...

Char inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Por qué?

—Tal vez estaba harta de Dralan. Es posible que le considerara demasiado... honrado —dijo suavemente.

Aquella malicia dulce en el tono de voz hizo estremecer a Laronnar, de miedo y

en parte también, de placer.

—A lo mejor tú me has parecido más valioso. —La dragona giró la cara a un lado y al otro, mirando a Laronnar como cuando se examina algunas especies de insectos bajo la luz.

Laronnar se estiró cuanto pudo e hizo una reverencia sin dejar de mirar a la dragona.

—Graci...

Char le interrumpió la formalidad con un gruñido.

—El hombre que luce en mi lomo no debe tener compasión, ni escrúpulos, ni honor. Debe ser tan desalmado que incluso su propia madre tema darle la espalda. — Se inclinó y bajó su enorme cuello hasta que sus brillantes ojos verdes quedaron al nivel de los de él.

»Te aviso. Ambiciono ser algo más que la cabecilla de una pequeña compañía del ejército de mi señora. Si me decepcionas seguirás el mismo camino que Dralan.

Laronnar se puso el casco y bajó el visor. A continuación se encaramó por la gruesa pata delantera de Char y se sentó de un salto en la silla.

—Vamos, hay una batalla que tenemos que ganar.

Y con el impulso de sus piernas poderosas, Char saltó hacia el cielo y extendió sus enormes alas para elevarse en el vivificante aire salado.

Pum

[Jeff Grubb]

—Esto es un cuento de gnomos —dijo el capitán de vuelo Moros pellizcándose la nariz—. ¿Tengo razón o no?

El sargento corpulento se encogió de hombros con torpeza y subrayó ese movimiento con un gruñido inclasificable. Desde que el ejército de los dragones de Moros había entrado en aquel valle maldito, todo eran cuentos de gnomos.

—Uno de esos renacuajos quiere que le concedas el honor de recibirle en audiencia —dijo el sargento.

Moros suspiró de nuevo. «Conceder el honor de recibirle en audiencia». No había duda de que el sargento estaba repitiendo las palabras exactas del gnomo; aquel humano subordinado era incapaz de pronunciar más de siete palabras sin que mediara una maldición, un insulto o una palabrota.

Aquél era precisamente uno de los problemas más temibles que presentaban los gnomos: era más fácil darles sin más la razón que permitirles continuar con su palabrería. Ya antes de que Moros ingresara al servicio de la Reina Oscura, había oído historias de este soldado o aquel comerciante que había intentado negociar con los gnomos y cuyo cadáver luego había sido hallado hecho pedazos. Moros consideraba a los gnomos como el principal peligro de su ejército en el valle y había ordenado a sus hombres rehuir el encuentro con ellos.

De hecho, no eran maliciosos, pensó Moros con el entrecejo fruncido. Si fueran abiertamente rebeldes o traidores, podría convertirlos a todos en esclavos y enviarlos a las minas con la conciencia tranquila. Si sus corazones hubieran mostrado incluso el más leve asomo de maldad se les podría haber manipulado, controlado, incluso sometido a esclavitud para servir a las fuerzas de Takhisis. Pero esos gnomos eran... ¿cómo decirlo?... Inconscientes. Te podían matar, pero sin duda por accidente, entre miles de disculpas o, aún peor, entre gritos de entusiasmo.

En sus adentros el capitán de destacamento deseaba encontrarse en una posición más segura, como la línea del frente de la batalla, solo, enfrentado a un batallón de elfos bien armados. Cualquier cosa menos hacer de niñera a un campamento de gnomos.

Moros hizo un gesto cansado y el sargento salió por la puerta de vaivén. Un breve rayo de luz del sol otoñal iluminó el interior lóbrego de la posada. En el exterior, un calor opresivo, extraño para aquella época, se cernía sobre el valle como una manta y reducía cualquier actividad a un movimiento retardado. La posada del lugar era el único edificio de importancia en un radio de dieciséis kilómetros. Moros la había tomado como puesto de mando y había procurado para sí el mejor sitio de la sala.

Gnomos... ¿por qué tenían que existir? Moros había pasado de encabezar la punta de lanza del ejército a quedar atrapado en un remanso tranquilo detrás del frente. Y ahora sus mandos hacían preguntas. Preguntas incómodas sobre el volumen y cantidad de tributos habituales. Y preguntas todavía más incómodas sobre la eliminación de espías y traidores potenciales entre la población nativa. ¿Acaso los zoquetes al mando no podían comprender que lo más seguro que se podía hacer con los gnomos era no hacerles caso?

¡La guerra había ido tan bien hasta entonces...! Moros dirigía unos pocos cientos de humanos reforzados con una gran brigada de ogros. Generalmente éstos, respaldados por la montura de Moros, el Dragón Azul Shalebreak, bastaban para asustar ciudades y pueblos y obligarles a rendirse sin que hubiera lucha alguna. Tal vez la guerra había ido incluso demasiado bien para ellos, pues lograron aventajar con rapidez a las demás unidades del ejército. Mientras otros destacamentos tropezaban con este puñado de qualinestis o de esa pandilla de kenders, su unidad seguía adelante. Les llegó aviso de esperar a los demás destacamentos, pero Moros se resistió a no tomar algún objetivo más, un trozo más de tierra. Los informes de aquel valle no podían haber sido mejores: un lugar principalmente agrícola, situado cerca de un cruce de caminos menor y como únicos edificios de importancia, un grupo de casas blancas con puntiagudos tejados de paja. Precisamente uno de esos edificios era la posada en la que ahora Moros se sentía atrapado como un conejo en una trampa.

Aquella fue una buena campaña, pensó Moros con melancolía. Hubo algo de lucha, la necesaria para imponer a los humanos del lugar el juramento de fidelidad a los nuevos jefes, consiguió un techo apropiado para su propio beneficio (con una prodigiosa cantidad de cerveza) y un período de descanso razonable para que los rezagados de su ejército los alcanzaran.

Pero entonces toparon con los gnomos y todo se vino abajo. Ninguno de los habitantes locales había mencionado el campamento de gnomos que se encontraba al final del valle, pasado el riachuelo. No, ellos juraron lealtad y volvieron a sus cultivos. Sólo más tarde, cuando se oyeron estallidos procedentes del final del valle y se vio llegar al campamento los restos ennegrecidos y tambaleantes de una patrulla de soldados, Moros tuvo la primera sospecha de que algo iba mal.

El propietario de la posada se acercó con su andar bamboleante a la mesa de Moros. Era un humano emparentado con los granjeros, traidores a causa de su silencio. Estaba muy gordo y al andar se balanceaba lentamente como si fuera un muñeco tentetieso. Sólo sus ojos, hundidos en las bolsas de sus carnes, le impedían tener un aspecto cómico; eran fríos y duros como canicas de acero. Tras aquellos ojos, Moros podía adivinar el resentimiento de ese nombre. Su ejército había arruinado comercios, había dañado algunos edificios e incluso había arrestado a algunos clientes del posadero. Ahora Moros se pasaba el día repantigado ahí, en la

sala, revisando informes, tragándose las preciadas cervezas de la posada durante el día y consumiendo los mejores licores por la noche. La idea de que su presencia irritaba al posadero casi hizo asomar una sonrisa a Moros. Casi.

El posadero colocó de mala gana una cerveza espumosa ante el capitán y le saludó sin mediar palabra. Moros le devolvió el gesto en lugar de pagar y el posadero, con su andar lento y balanceante, volvió a su puesto detrás de la barra a limpiar jarras con un trapo sucio.

Moros consideró la posibilidad de declarar al posadero enemigo del ejército de los Dragones y enviarlo a trabajar a las minas. Pero al pensarlo mejor, optó por no hacerlo. Aquella mole de hombre no duraría ni diez días en los pozos de las minas. Además, si se marchaba, Moros tendría que servirse la cerveza él mismo. Por otra parte, necesitaba a los civiles del lugar para atender los cultivos y, en cuanto a los gnomos... bueno, mejor mantenerse alejado de los gnomos.

Como era de esperar, los ogros quisieron ir de inmediato a atacar el campamento de los gnomos, pero se impusieron quienes tenían la mente más fría. Moros, erguido en el lomo de Shalebreak, partió para, como él dijo, «obtener la rendición de los gnomos».

El extremo del valle, pasado el riachuelo, era un área grasienta. Al aproximarse con el dragón, Moros oyó el fragor de la actividad de los gnomos. Vio unos doscientos o trescientos gnomos, todos ocupados en dar golpes, martillar, destrozar objetos y reconstruirlos y en todo tipo de actividades cuya mera contemplación dejaba agotado a Moros.

No... No quería tener nada que ver con los gnomos.

Lo que sí importaba era que la mayor parte del campamento de los gnomos se hallaba dentro de un entramado de madrigueras y cuevas que se introducían dentro de las montañas de piedra caliza en forma de túneles: unos pasillos estrechos y comunicados entre sí que un ejército de gnomos podía emplear como reducto y sobrevivir a un asedio durante semanas o incluso meses.

Y luego estaba la cuestión de los objetos que yacían esparcidos en el suelo delante de las madrigueras: un amasijo inmenso de maderas, metales y cuerdas, despejado en algunos lugares utilizados como herrerías o zonas de montaje. Allí reposaban los restos de muchos inventos de los gnomos. Moros calculó que de cien inventos, noventa nunca lograban funcionar y que nueve de los restantes hacían cosas totalmente inesperadas. Sin embargo, si uno de esos cien funcionaba les podría bastar para obligar a un combate de igual a igual al ejército de los Dragones. Y, hasta el momento, el ejército de los Dragones de Takhisis no había ido muy lejos con las luchas limpias.

De todos modos, la intuición de Moros resultó correcta. La presencia de Shalebreak bastó para convencer a los gnomos de la necesidad de rendirse. Se

declararon dispuestos en mantenerse en su zona del valle. Por su parte, el ejército de los Dragones les dejaría en paz y sólo les exigiría un pequeño tributo. En aquel momento Moros creyó haber conseguido la mayor victoria sin haber perdido ni un solo hombre.

Pero ahora, al cabo de unas semanas, sentado en la posada con una jarra de cerveza medio vacía, ya no estaba tan seguro. Los gnomos se mantuvieron en sus madrigueras. Los agricultores recogieron la cosecha. Las demás unidades del ejército de los Dragones llegaron y... dejaron a Moros atrás. Se lo llevaron a los ogros para efectuar un ataque hacia el sur y enviaron a la mitad de sus soldados humanos al norte para atajar una insurrección. El resto de su diezmado ejército se preparó para afrontar una ocupación prolongada. Había poca disciplina y la desertión se estaba convirtiendo en un problema. Muchos de los hombres habían ayudado a los granjeros a recoger la cosecha y ahora pensaban más como ciudadanos que como soldados.

Moros no había jurado lealtad a la Reina Oscura para volverse gobernador militar de un valle olvidado, pero sus mandos se negaban a darles destino a Shalebreak y a él. En cambio, se quejaban de los tributos y la cantidad de prisioneros, la frecuencia de los informes y de su contenido. «Cuando no ocurre nada y dices que no ocurre nada, se quejan de la falta de progresos», pensó Moros con resentimiento. Bastante tenía ya con su malhumor para tener que aguantar ahora precisamente aquello: un gnomo.

Una nueva irrupción de luz acompañó la llegada del sargento seguido del gnomo más pérfido del mundo.

Moros nunca había visto un gnomo malicioso y nunca había considerado posible tal cosa. Para él y para la mayoría de sus soldados los gnomos era como los kenders: pequeños seres juguetones apenas superiores a los insectos. Eso sí, tenían la mala costumbre de hacer explotar cosas, pero nunca de forma intencionada. Los gnomos eran criaturas simples y eran inofensivos si se les dejaba a su aire.

Sin embargo, el gnomo que avanzaba tras el sargento era distinto. Vestía unos pantalones bombachos y una camisa de lino con un chaleco negro de algodón, arrastraba el paso como los reptiles y su mirada era de serpiente. Además, se frotaba las manos sin parar. Aquel gnomo rechoncho portaba en los hombros un gabán a modo de capa, lo cual acentuaba la ya de por sí pronunciada curvatura de su espalda. Daba la impresión de ocultar toda su maldad en los enormes bolsillos del abrigo. Aquel gnomo perverso parecía un conejo rabioso o una ardilla poseída por los espíritus del Abismo. Moros estaba intrigado. Era como si el mal se hubiera aferrado de forma palpable a aquel gnomo.

Al mirarlo, Moros pensó que tal vez ahora había esperanza para el devenir de la raza de los gnomos. Había oído historias de hobgoblins, e incluso de draconianos, que llevaban a cabo actos de bondad y caridad de vez en cuando. Aquello eran

aberraciones de la norma así que ¿por qué no un gnomo malvado?

El capitán del destacamento indicó la silla que tenía al otro lado de la mesa y el gnomo se encaramó a ella. Sin embargo no tomó asiento; se inclinó hacia adelante con las palmas de las manos sobre la mesa y clavó la mirada en el rostro de Moros. Parecía calmar su cuerpo canalizando toda su exaltada energía a través de los ojos.

—¿Nombre? —preguntó Moros.

—Pum —respondió el gnomo.

—¿Pum? —dijo Moros con asombro.

—Pum-el-gran-y-glorioso-maestro-el-único-que-aprovecha-la-fuerza-de-la-explosión-y-manaja-los-secretos-oscuros-desconocidos-para-los-hombres... —dijo el gnomo tras emitir un suspiro de fastidio.

Moros detuvo la enunciación completa del nombre del gnomo con un gesto. El gnomo calló y volvió a dirigir una mirada profunda al capitán del destacamento.

—Bueno, pues, Pum —dijo Moros—. ¿Qué me traes?

—Un arma —dijo el gnomo con una mirada brillante y vehemente—. Un arma capaz de destruir todo aquello que se le oponga.

Moros arqueó una ceja. Jamás hubiera esperado que un gnomo acudiera a él para ofrecerle algo destructivo. De existir, un arma así calmaría las tensas relaciones con los mandos y tal vez le permitiría escapar de aquel puesto infernal. De todos modos, las armas de los gnomos acostumbraban a ser enormes, delicadas, implosivas y nada prácticas.

—Muéstramela —dijo.

Rápidamente el gnomo hurgó con la mano derecha en el fondo del bolsillo de su abrigo. Moros vio al sargento empuñar su espada. Al otro lado de la sala, el posadero dejó de limpiar jarras.

Entonces el gnomo sacó un pequeño objeto y lo colocó sobre la mesa. El posadero alargó el cuello para poder ver mejor. El sargento se relajó y apartó la mano de su arma.

—Es una piedra —dijo Moros—. Creo que como arma, no es ninguna novedad.

—Pero ésta es una piedra muy especial —dijo aquella pequeña criatura de mirada penetrante. Moros se preguntó si aquel gnomo parpadeaba alguna vez. El capitán cogió la piedra. No parecía tener nada especial, era igual que cualquier otra. Era de color marrón grisáceo, del mismo tipo que las piedras del lecho de todos los riachuelos en un radio de dieciséis kilómetros. Presentaba a un lado un trozo pequeño roto y ahí se veía una zona más gris, salpicada por manchas negras.

—¿Y qué es lo que hace esta piedra tan especial? —preguntó el capitán mientras la movía entre los dedos.

—Explota. ¡Pum! —dijo el gnomo riéndose sofocadamente en un ruido tan agudo que parecía un relincho.

Moros se sobresaltó y estuvo a punto de tirar la piedra al suelo. El gnomo volvió a reírse.

—No se preocupe; ésta no explotará —dijo aquella pequeña criatura—. Para crear la materia explosiva hay que refinarla, como cuando se trabaja el hierro para obtener acero. La roca sin refinar la he llamado gnomita. El producto final, ya perfeccionado, se llama plus-gnomium.

A pesar de la explicación, Moros dejó la piedra con cuidado. Luego hizo un gesto al posadero para que sirviera una cerveza a aquel estafalario gnomo. El capitán notó que el hombre se acercaba a la mesa con la precaución con que uno se aproxima a los puerco espines venenosos y que depositaba la jarra, cauteloso como un ladrón de cajas de caudales.

—¿Tienes algo de este material... refinado? —preguntó Moros a la vez que intuía la temible respuesta.

—No me creyeron, esos idiotas —dijo Pum de repente sin responder a la pregunta. Agarró la jarra y bebió hasta la mitad de un trago. Moros hizo un gesto al posadero para que sirviera más cerveza.

—¿Ellos? —subrayó Moros.

—Yo no soy uno de estos chatarreros palurdos —dijo el gnomo con arrogancia—. Provengo del mismísimo Monte Noimporta, la gran ciudadela de los gnomos. Allí se me consideraba un genio, un visionario, hasta que les hablé del plus-gnomium y de su poder. Entonces esos cobardes me arrebataron mi trabajo y me echaron. Me ha costado muchos años encontrar este lugar donde la gnomita es abundante, y más tiempo todavía reescribir las notas que me confiscaron. —El gnomo dirigió una mirada severa a Moros—. Fíjese, humano. Me arrebataron mi trabajo. ¿Sabe qué ocurre cuando se impide a un gnomo continuar con el trabajo de toda su vida?

«Por lo visto, se vuelve loco —pensó Moros—. Concentra su alma sólo en eso hasta convertirla en una inmensa bola de rabia». Aquello explicaría los tics continuos del gnomo, la mirada nerviosa y fija a la vez.

—¿Así que este explosivo se encuentra ya en manos de los gnomos del Monte Noimporta? —preguntó el humano. Sin duda, si los gnomos tuvieran un arma superior ya la habrían utilizado.

—No saben cómo hacer que funcione —dijo el gnomo mientras negaba con la cabeza—. En sus manos es inofensivo. Probablemente mis notas se han traspapelado y mi prototipo habrá sido convertido en una lámpara u otra cosa. —Se rió de nuevo; aquella risa hizo pensar a Moros en unas uñas metálicas rayando una pizarra.

—Has dicho que la piedra no puede explotar a no ser que esté refinada. ¿Y ahora dices que el producto refinado tampoco explota? —Moros estaba demasiado harto para ocultar el tono cansado de su voz. Aquello era otro castillo en el aire propio de gnomos, todo palabrería y conjeturas.

—Permítame explicarlo de nuevo —dijo el gnomo mientras tomaba el trozo de piedra con una mano y apuraba la jarra de cerveza con la otra—. ¿Qué se obtiene al cortar una piedra en dos?

—¿Una piedra más pequeña? —dijo Moros con un gesto de hombros.

—¿Y si la vuelve a partir en dos?

—Una piedra todavía más pequeña.

—¿Y si continúa partiendo en dos la piedra?

La leve jaqueca de Moros se estaba convirtiendo en un dolor de cabeza en toda regla.

—Es posible que llegue un momento en que consiga un trozo demasiado pequeño para cortarlo. Un trozo que sea más pequeño incluso que el cuchillo empleado.

—Muy bien, perfecto —dijo el gnomo—. Ahora imagine que usted tiene una espada muy afilada, capaz de cortar cualquier cosa, independientemente del tamaño del fragmento. ¿Entonces, qué?

—Supongo —dijo Moros—, que acabaría obteniendo polvo de piedra.

—¿Y si cortara el polvo?

—¿Partículas de polvo más pequeñas?

—Llegaría un momento en que obtendría la partícula más pequeña posible de la piedra —dijo el gnomo entusiasmado—. Una que, de partirla, dejaría de ser piedra. He denominado a esta partícula mínima igual que el más pequeño de la familia de los duendes: átomí.

El dolor extendía sus tentáculos por el cerebro de Moros retorciéndose detrás los senos.

—¿Y luego qué ocurre? —preguntó.

—Que el átomí se divide —respondió el gnomo—. ¡Pum! —dijo entre carcajadas mientras se echaba hacia atrás en el asiento. Tomó la segunda jarra de cerveza que el posadero le había servido y la vació el doble de rápido que la primera vez.

—Así que —dijo Moros con un gruñido—, tienes un material que explota sólo si tienes una espada suficientemente afilada como para cortarlo. Pero ¿para qué una explosión así cuando se tiene una espada con un filo extremo?

—Eso sólo es el principio básico. Quiero que entienda lo que le estoy contando —dijo el gnomo levantando las manos con una mirada de fastidio.

—El principio básico —repitió Moros entre dientes. Miró al sargento; tenía la mirada perdida. Estaba claro que su subordinado había dejado de atender a la conversación en el preciso instante en que se empezaron a partir cosas demasiado pequeñas para ser partidas.

El posadero colocó otra jarra espumosa delante del gnomo y recogió las jarras vacías con un solo gesto de su gran mano. Por la expresión de su rostro, Moros supuso que aquel gordo entendía algo de lo que el gnomo decía. Y en eso ya le

llevaba ventaja a él.

El gnomo, sin hacer caso de las reacciones de los humanos, asió la jarra que le acababan de servir.

—Ciertamente resulta muy difícil partir algo hasta llegar al átomi. De hecho, algunos materiales proporcionan un buen alojamiento a los átomis y les impiden dispersarse por el espacio. Pero otros, como el metal refinado del trozo de gnomita aquí presente, no los alojan tan bien. Sus átomis están más sueltos, son inestables y pueden cortarse con facilidad.

Entonces Pum, el gnomo, extrajo de un bolsillo de su camiseta un dispositivo en forma de insecto y lo colocó sobre la mesa.

—Otro invento mío —dijo sonriendo con orgullo—. Chirría cuando consume un átomi activo, uno que se haya desprendido de una piedra como ésta.

El gnomo activó un conmutador de la parte posterior del dispositivo y éste emitió un chirrido molesto. A los pocos segundos, volvió a emitir otro chasquido metálico.

—Observe lo que ocurre cuando le acerco la piedra —dijo el gnomo—. Se agitará más, tendrá más deseos de consumir átomis.

Y, efectivamente, en cuanto el gnomo acercó la piedra al dispositivo en forma de insecto, la antena de éste se agitó y los chirridos se convirtieron en un martilleo de clics que finalmente derivó en un zumbido que hizo castañear los dientes de Moros e incrementó el dolor de cabeza que ya sentía. Hizo un gesto para que el gnomo detuviera aquella demostración.

El gnomo esbozó una sonrisa falsa y volvió a introducir el aparato en forma de insecto en el bolsillo. Todavía chirriaba con fuerza. Pum dio un golpe seco en el bolsillo y por fin aquel ruido cesó.

—Y ahora que tienes una piedra inestable y un contador de átomis. ¿Cómo se convierte todo esto en un arma?

El gnomo apuró los restos de su tercera jarra de cerveza y sonrió.

—Los átomis dispersos funcionan como una espada de filo extremadamente afilada y parten en dos átomis de superficies inestables. El metal refinado de la gnomita, el plus-gnomium, rezuma átomis dispersos; éstos, al ponerse en contacto con más plus-gnomium refinado, encuentran más átomis dispersos hasta que todo el material empieza a arder a causa de todos los átomis circulantes y...

—Pum —acabó Moros.

—Esta reacción sigue en cadena hasta que el grupo de átomis se consume en una bola de fuego. —El gnomo resplandecía como si estuviera iluminado por átomis dispersos. Moros frunció el entrecejo y volvió a coger la piedra.

—¿Y qué tamaño tiene? Quiero decir, la explosión. Por ejemplo, imaginemos que tomamos cuatrocientos gramos de este plus-gnomium refinado tuyo y lo colocamos fuera de la posada, ahí...

Moros dejó de hablar al ver que el gnomo se reía.

—Si lo dejásemos ahí fuera todo este edificio quedaría vaporizado por la explosión y reducido a los átomos de sus componentes, que saldrían disparados hasta los confines del mundo. De usted no quedaría ni siquiera lo suficiente como para llenar una tabaquera.

—Bueno, de acuerdo, pues entonces en el riachuelo, al final de la colina. —Moros luchaba por combatir el dolor de cabeza.

—Aún así, la posada caería dentro del cráter ocasionado por la fuerza de la explosión. Los huesos de ustedes se mezclarían con la tierra en llamas y se volverían vapor a causa de la intensidad de la explosión.

—Bueno, pues pasado el riachuelo, cerca del poblado de los gnomos.

—El fuego de la explosión abrasaría la posada y todos sus ocupantes un segundo después de la explosión —dijo el gnomo con naturalidad—. En los primeros segundos de la misma habría un noventa y ocho por ciento de bajas entre los gnomos.

—Está bien, pues, en el extremo lejano del valle.

El gnomo se dio unos golpecitos en los labios con su dedo gordinflón.

—Puede que lograra esquivar el fuego, pero el viento derivado de la explosión arrasaría este lugar y reduciría la madera a brasas. Y, claro está, si usted contemplara todo aquello, sería como mirar directamente el sol. Los ojos se le fundirían en las cuencas.

De pronto, Moros se dio cuenta de que el posadero estaba junto a él, con una nueva cerveza para el gnomo. El hombre tenía los nudillos blancos en el asa de la jarra.

—Gracias —dijo educadamente el capitán del destacamento.

El posadero dejó la cerveza con brusquedad y se retiró.

—¿De qué tamaño de explosión estás hablando? —preguntó Moros al gnomo en un intento por llegar a algo concreto.

—Con cuatrocientos gramos, calculo un cráter de ochocientos metros de diámetro y un incendio que se extendería a lo largo de seis o diez kilómetros. Claro está, la tierra en sí quedaría arrasada y yerma durante varias generaciones de humanos.

—Varias... generaciones —dijo lentamente el capitán del destacamento mientras asimilaba la propuesta del gnomo. No se trataba de una bola de fuego mágica, ni de una estrategia inteligente para el campo de batalla, ni de un simple dispositivo de asedio. Se trataba de arrojar una parte del sol contra Krynne durante un solo segundo y dejar que se extendiera de este modo por la superficie de la tierra. Si aquello fuera cierto, el plus-gnomium era un arma que pondría a raya a los últimos elfos y humanos rebeldes.

Si aquello fuera cierto.

Pero ¿quién haría estallar la bomba? Los temporizadores de ignición de los

gnomos no eran en absoluto de fiar. ¿Tal vez, una unidad suicida? Nadie podía confiar en guarecerse de la bola de fuego, ni en sobrevivir a los efectos que Pum había descrito. Inconscientemente, Moros miró hacia la puerta y a los establos que alojaban a Shalebreak. ¿Podría soportar ver su montura calcinada, aunque eso significara haber vencido al enemigo? ¿Podría soportarlo cualquier Señor del Dragón? ¡Y los costes de un ataque así para la tierra! ¿Qué general con cerebro asolaría un lugar en perjuicio de varias generaciones? ¿Qué comería la gente? ¿Y de qué serviría la tierra sin gente? Incluso tener plus-gnomium en el armamento sería una locura, porque se podría robar o, todavía peor, copiar.

Eso, siempre y cuando aquello funcionase. ¿Se podrá basar toda una campaña militar en la promesa de un gnomo?

Moros negó con la cabeza.

—Lo siento, Pum —dijo intentando desanimar delicadamente a aquel gnomo loco—. No creo que tu idea satisfaga nuestras necesidades actuales. Sin duda tu razonamiento está muy bien fundamentado, pero esta idea de partir piedras pequeñas y duendecillos diminutos para producir grandes explosiones parece una falacia. Entiéndeme, siento un gran respeto por tu talento, pero por lo general los gnomos... bueno, ya sabes.

La voz del capitán del destacamento se desvaneció.

El semblante del gnomo tenía el color de un nabo maduro. Los ojos le salían de las cuencas, abiertos y blancos contra el fondo de color púrpura de aquel rostro enfurecido. Todo el cuerpo del gnomo se agitaba, estremecido de furia. Moros temió que aquella pequeña criatura perturbada se pudiera convertir en una pequeña bola de fuego y estallara de manera espontánea.

—Naturalmente redactaré un informe para mis superiores y, si ellos están interesados... —se apresuró a decir Moros. Pero era demasiado tarde.

—Usted es igual de estúpido que aquellos idiotas del Monte Noimporta, tan inmersos en el pasado, tan temerosos del futuro. ¡Pero esta vez estoy preparado! —dijo el gnomo agitando un dedo acusador contra Moros con el brazo extendido.

La otra mano de aquel ser perturbado hurgó en el bolsillo izquierdo del abrigo y extrajo un cubo del tamaño del puño de una persona. El cubo era liso y transparente por todas las caras y tenía una varilla gruesa de color gris que sobresalía en la parte superior. El extremo de aquella varilla estaba aplanado, como si fuera una llave.

El gnomo había hablado de cuatrocientos gramos. Aquello parecía pesar cuatrocientos gramos...

—He construido un prototipo que funciona —explicó el gnomo entusiasmado—. Puedo probar que mis teorías son ciertas.

A continuación extrajo la llave de la caja. Moros se tiró debajo de la mesa, como si una tabla de madera de roble pudiera protegerle de la explosión prometida. Al

hacerlo, vio que también el posadero se echaba al suelo bajo el mostrador; entonces se dio cuenta de que ambas acciones eran inútiles ante la perspectiva de la bola de fuego que iba a venir. El sargento, algo torpe y corto de entendederas, se apresuró a arremeter contra el gnomo, pues creía que aquella criatura había activado algún tipo de explosivo.

Pero la bomba no estalló.

Moros se incorporó ignorando el intenso dolor que sentía en el hombro. El sargento y el gnomo luchaban entretanto en el centro de la sala. El corpulento sargento estaba sobre aquella pequeña criatura, pero el gnomo luchaba con la fuerza de un loco. El sargento tenía el rostro cubierto de profundos arañazos y el gnomo loco aún podía moverse.

Al otro lado de la sala el posadero se incorporaba lentamente y su pálido rostro empezaba a asomar tras el mostrador. Entre él y Moros se encontraban el sargento, el gnomo y el contenido desparramado de los bolsillos de aquella criatura: herramientas, trozos de cuerda, libretas con páginas medio rotas, la piedra misteriosa, unos trozos de tiza mascados y aquel dispositivo en forma de insecto. El aparato contador de átomis estaba activo de nuevo y chirriaba con estrépito. El ruido iba en aumento.

Al oírlo, el capitán del destacamento se estremeció. A más ruido, más átomis dispersos en la zona y, por lo que Moros sabía, eso significaba que el plus-gnomium había entrado ya en la reacción en cadena que el gnomo había descrito y que conducía a la explosión. Los átomis estaban empezando a arder. Estaban en peligro. La bomba en forma de cubo estaba a punto de estallar.

Moros miró nervioso a un lado y otro de la habitación. No veía rastro alguno del cubo. Sin duda se le había caído de las manos al gnomo cuando el sargento lo agarró y había ido a parar a alguna esquina, como un dado en una partida. Tenía que encontrar aquel cubo antes de que los convirtiera a todos en cenizas.

En aquella vorágine de chirridos se le ocurrió una idea. Moros agarró aquel insecto artificial por el tórax y empezó a moverlo de un lado a otro. Si el gnomo había dicho la verdad, aquel aparato haría más ruido cuanto más cerca estuviera del cubo.

A la derecha, bajo de la silla volcada, el chirrido subió de tono y, cuando Moros avanzó hacia ella, aumentó aún más. El capitán del destacamento apartó la silla. Allí estaba el cubo: resplandeciente por la energía de los átomis que flotaban en él. Lo tocó y se dio cuenta de que estaba caliente.

Pero aún faltaba la llave. Los chirridos del aparato en forma de insecto eran cada vez más intensos y aquel ruido taladraba el cerebro de Moros. El capitán del destacamento se volvió para buscar la varilla gris que desactivaba la caja. Se asustó. ¡No la veía en ningún sitio!

Entretanto el sargento había agarrado al gnomo por el cuello de la camisa;

mientras la criatura le mordía los nudillos.

¿Dónde estaba la maldita llave? Los chirridos aumentaban y se sucedían con una frecuencia cada vez mayor.

Una mano gruesa agarró a Moros por la muñeca mientras otra de dedos gordos colocaba la varilla gris dentro del cubo. El chirrido del voraz contador de átomis cesó al instante.

Moros y el posadero se miraron y suspiraron al unísono. Entonces, el hombre gordo soltó la muñeca de Moros y dio un paso atrás mientras se secaba el sudor de la frente con un paño. Moros colocó de nuevo el cubo en la mesa junto a las jarras de cerveza volcadas.

Finalmente el sargento consiguió imponer su fuerza y se alzó en el centro de la sala sujetando al pequeño gnomo loco por la cintura. Éste pataleaba y chillaba; pero el subordinado aguantaba estoicamente tanto las ofensas verbales como las físicas. Por la actitud del sargento era evidente que creía haber llevado a cabo una misión muy importante. Moros acercó su rostro al del gnomo, rabioso e impotente.

—Atacar a un oficial del ejército de los Dragones es un delito penado con la muerte —dijo furioso. El gnomo palideció visiblemente al ver que el sargento sacaba su espada—. Te declaro culpable de este cargo y voy a conmutar la sentencia por la de reclusión en las minas. Sargento, enciérralo hasta que Fewmaster pase con su carro de esclavos.

El gnomo lanzó todavía algunos insultos y amenazas mientras el sargento lo sacaba de ahí. La luz del sol brilló brevemente cuando pasaron por la puerta. Moros y el posadero se quedaron a solas.

Moros se volvió y miró aquel extraño objeto. Luego lo cogió y lo sostuvo en la mano. Ya no estaba caliente. El contador de átomis chirriaba suavemente de vez en cuando. ¿Era conveniente pasar este asunto junto con el gnomo a los mandos superiores? ¿Qué ocurriría si lo hacía y no funcionaba? ¿Y si lo hacía y funcionaba?

Miró al posadero, éste lo contemplaba con cautela y atención.

—Voy a salir a patrullar con Shalebreak —anunció Moros—. Vamos a explorar las altas montañas del oeste. Mejor me llevo el plus-gnomium; así estará a salvo.

—Vaya con cuidado —dijo el posadero tras un breve silencio—. Esas montañas son infranqueables y no están habitadas. Sería una lástima que perdiera el plus-gnomium mientras vuela.

—Sin duda, sería una lástima —dijo el capitán. A continuación miró al posadero, que había tomado el trozo de gnomita bruta. El hombretón manoseaba aquella piedra insignificante como queriendo descifrar su secreto.

—Puedes conservar la piedra —dijo Moros—; así recordarás que jamás debes escuchar a un gnomo, por muy bien que suene su oferta. Incluso si cumple lo que dice, eso no será más que una fuente de problemas. Y es que ¿quién creería que un

trozo de piedra almacena tanto poder?

—Nadie —murmuró el posadero a la vez que se guardaba la piedra en el bolsillo del delantal—. Y podemos dar gracias a los dioses por ello.

Los narradores de cuentos

[Nick O'Donohoe]

La noche había caído hacía rato y Lunitari, una luna de otoño, roja y llena, brillaba sobre las montañas del este. Los mercaderes, peregrinos y todo tipo de viajeros habían aprovechado la luz extra para hacer trayectos más largos; pero ahora toda la gente prudente había acampado ya o se había recogido en las posadas o en sus hogares. Con luz de luna o sin ella, viajar de noche podía resultar peligroso.

En la posada El Fuego de la Espera los troncos ardían en la chimenea y la marmita del guisado ya estaba vacía. Al lado de ésta, una segunda marmita de barro con sidra hervía a fuego lento; la camarera se apresuró hacia allí, llenó una jarra y fue hacia las mesas. Aquella noche los bancos estaban todos ocupados con gentes que charlaban tranquilamente mientras acababan los últimos restos de pan que quedaban.

El posadero llamó a la camarera.

—¡Peilanne! Vuelve a llenar la marmita de sidra.

Ella asintió y colocó sobre la mesa la jarra caliente con un movimiento ágil y gracioso procurando no ponerla al alcance de una niña que mordisqueaba la corteza de una hogaza de pan fresco mientras su madre la acariciaba y le desenredaba el cabello.

Peilanne puso otra jarra bajo la cuba de sidra y abrió la espita.

—¿Va a venir alguien más, Darien?

Él la miró sonriendo.

—Eso nunca se sabe —dijo colocando, una por una, las jarras de cerveza en una gran bandeja—. De todos modos, si así fuera, sólo los dioses podrían decirnos dónde los alojaré.

Entonces una corriente de aire procedente de la puerta principal agitó la luz de las lámparas. Inmediatamente se produjo una algarabía de gritos:

—¡Cerrad la puerta!

—Hace frío ahí fuera.

—Siempre hay alguien que llega tarde.

Como hacía siempre con los forasteros, Darien examinó con cautela a los recién llegados. Físicamente no tenían nada de particular: eran de altura media y constitución delgada pero fuerte. Uno tenía el cabello negro, el otro, castaño; al sonreír a la gente de la posada con un gesto automático dejaron entrever unos dientes blancos. Con todo, a Darien le pareció que pasaban entre las mesas con una indiferencia absoluta, como si estuviesen muy por encima de las familias de la zona, los mercaderes y los viajeros.

Los recibió en el mostrador con una sonrisa más amplia que la de ellos.

—¿En qué puedo servirlos?

—¿Hay algo de cena? —preguntó uno.

—Hace rato que se ha terminado —dijo Darien negando con la cabeza—. Mirad toda esta gente; tenemos todas las camas ocupadas. Los lugareños también vienen a comer aquí. Apenas me queda pan ¿No llevabais comida para el camino? —preguntó mirando sus pequeñas bolsas.

Los dos hombres se miraron.

—Comemos donde podemos y sólo llevamos lo suficiente para un día. Hace mucho que viajamos —repuso rápidamente el del cabello negro.

—¿Sois comerciantes? —preguntó el posadero, intrigado.

Ellos negaron con la cabeza.

—¿Peregrinos? —Y sin querer sonar despectivo, añadió indeciso—: ¿Sois clérigos huidos?

—Mi nombre es Gannie... —dijo el hombre del pelo castaño—... y éste es Kory. Somos narradores de cuentos.

—Contamos historias de miedo —agregó Kory.

—Tal vez a esta gente le gustaría oírlas —dijo Gannie echando un vistazo alrededor.

—¡Vaya! —repuso Darien mientras se rascaba la cabeza—. Parece ser que es posible vivir de contar cuentos ¿No?

—Si eres bueno, sí.

Kory miró directamente el barril de cerveza. Peilanne llenó dos jarras más y se acercó intrigada.

—¿Y cómo conseguís cobrar más por ser buenos?

—Hacemos una apuesta —dijo Kory sin gran entusiasmo.

—Fue idea mía —agregó Gannie con orgullo.

—¿Cómo lo hacéis? —preguntó Peilanne con una risa cristalina sumándose así a la conversación.

—Apostamos con vosotros y con cualquier persona de la sala que lograremos asustar a la gente con nuestro cuento —explicó Kory de mala gana—. Si perdemos no nos pagan y no comemos.

—Rara vez perdemos —añadió Gannie mirando ceñudo a su compañero.

—Pero podría ocurrir —replicó Kory.

—Ya comprendo. Para ganar, tenéis que asustar a casi todo el mundo del comedor —dijo Darien.

—Siempre y cuando no resulten ser kenders disfrazados o cualquier otra criatura que no conozca el miedo —dijo Kory con cautela.

—Señor mío, mira a tu alrededor: aquel anciano, Brann, es pastor, tiene el rebaño en el establo de atrás, ahí fuera. La pequeña Elinor, la que está poniendo la mesa

perdida, es del pueblo, y aquélla es Annella, su madre. Aquel gordo de ahí es un comerciante de Solammia; los que están con él, son todos humanos... —Se inclinó hacia ellos—. ¿No me querréis engañar? ¿Les vais a asustar simplemente con el cuento o hay algo más?

—Nuestros cuentos se bastan por sí mismos —aseguró Gannie.

—¿Y qué tendré que hacer yo si ganáis? —preguntó Darien llenando una jarra de cerveza.

—Nos pagas y nos preparas la comida.

—¿Prepararos la comida? —Darien miró automáticamente la marmita del cocido, que estaba vacía y se rió—. De momento, por lo menos, tendréis que conformaros con las últimas hogazas de pan. A cuenta de la casa, según cómo resulte la apuesta.

Peilanne lo miró sorprendida y abrió la boca para decir algo. Pero él le hizo un gesto para que callara; a continuación dio unos golpecitos en un vaso con su anillo de oro. El insistente ruido hizo que todo el mundo guardara silencio.

—Éste es Kory —dijo vacilante y luego señaló al otro hombre— y éste es Gannie. He hecho una apuesta con ellos.

Y procedió a explicar las condiciones de la misma.

—Quien lo desee también puede apostar —dijo Gannie tras hacer una profunda reverencia cuando Darien hubo terminado.

Los clientes de la posada se miraron entre sí. Apostar con un forastero que el cuento que les iba a explicar no les asustaría parecía dinero fácil. Kory pasó entre las mesas contando la gente interesada y luego volvió donde estaba Gannie.

—Espero que tengamos suficiente si perdemos —advirtió.

—¿Acaso hemos perdido alguna vez? —repuso Gannie con una mirada de asombro. Se apresuró a poner una mano en la boca de Kory y volvió a inclinarse ante los parroquianos—. Y ahora, nuestra historia.

—Yo quiero un cuento de osos lechuzas —pidió la niña.

—Silencio, Elinor —dijo su madre en voz baja; miró a los dos jóvenes con una expresión de disculpa y agregó—: Le encantan los cuentos.

—Es una niña estupenda. —Kory se apoyó en una rodilla—. Lo siento, pero nuestro mejor cuento no es de osos lechuzas. —Levantó la vista hacia los demás y dijo con una fuerza sorprendente—. ¿Qué tal un cuento de dragones?

Los parroquianos, sobresaltados, se removieron inquietos en sus asientos. Darien y Peilanne se apoyaron en el mostrador con preocupación.

—Perfecto. —Gannie reposó un pie en el borde de un banco y se inclinó hacia su público—. Una vez, no hace mucho tiempo, había dos hombres que vagaban por el mundo. Eran narradores de cuentos e iban de posada en posada derrochando dinero en busca de sueños. Los llamaremos —dijo haciendo ver que dudaba— Koryon y Elgan...

La similitud de los nombres no escapó a nadie. Brann, el pastor, sonrió condescendiente y se dispuso a disfrutar de un cuento dentro de otro. Incluso Elinor escrutó con un repentino interés a esos dos narradores de cuentos, como si esperara poder leer sus nombres auténticos escritos en la frente.

—Aquella mañana Elgan se despertó y...

Elgan se despertó bajo aquel sol de verano sintiendo un picor intenso en la nariz. Una ramita de hierba le estaba haciendo cosquillas. Koryon era quien la sostenía.

—Bienvenido a la mañana ¿Qué tal estás?

Elgan movió los dedos de los pies, se contó los de las manos y finalmente, con cierta ansiedad, se apretó la nariz y se sonó. Todo seguía en su sitio.

—Muy bien. —Se desembarazó de su capa, fue a gatas al riachuelo y sumergió la cabeza en él mientras bebía con avidez.

—Una noche divertida ¿eh? —dijo Koryon—. Qué gente tan agradable.

Elgan miró hacia el valle; las chimeneas de las granjas humeaban, sobre todo la de la posada de El Reposo en el Camino. Luego se volvió hacia Koryon.

—Tendrías que controlarte un poco más —dijo éste en tono de desaprobación.

—Sólo fue un pasatiempo normal.

—¿Normal? ¿Aquel truco con los cuchillos? Fue una imprudencia.

Elgan sonrió. Uno tras otro, había ocultado en la manga doce cuchillos, que luego hizo aparecer en sus manos, lanzándolos para dibujar la silueta de Koryon en la pared.

—¿Pero acaso te di con alguno?

Koryon se rascó la cabeza y luego se tocó la oreja izquierda. Miró con reproche a Elgan.

—Está bien ¿Acaso te di con más de uno?

—Debería estar muerto —dijo Koryon con malhumor.

—Controla tus deseos —respondió Elgan distraído.

—No es un deseo, es un hecho. —Koryon ya no se tocaba la oreja pero todavía tenía el entrecejo fruncido—. Y todas esas historias sobre batallas de dragones... fanfarronadas. Te conozco desde que eras un niño y...

—Ya entonces eras un pesimista...

—... y sé seguro que nunca has participado en una batalla de dragones. —Se detuvo—. Creo que ni siquiera has visto una.

—Eso no es verdad —dijo Elgan con firmeza—. Seguramente recordarás que, con ocasión del cumpleaños de mi hermano mayor, presenciamos una batalla campal entre tres hombres armados y tres dragones...

—¡Por Dios, Elgan! ¡Aquello era un espectáculo de marionetas! —Y tras unos instantes de silencio, Koryon prosiguió—: No has dicho nada sobre Beldieze.

—Beldieze.

Elgan se desperezó con los ojos cerrados y actitud soñadora. Ella se le había acercado después del lanzamiento de cuchillos y lo había mirado muy fijamente. Tenía unos ojos de color azul plateado y en ellos, además de reflejarse de un modo extraño la luz de las velas, podía verse algo más. Su cabellera negra, larga y lacia, le enmarcaba el rostro; al contemplarlo, Elgan de pronto tuvo la certeza de que no podría librarse ni escapar de su influjo. Luego la voz cristalina de aquella mujer había empezado a hacer preguntas...

—Me preguntó sobre las luchas entre dragones —empezó a decir.

—Y te pasaste la noche contando cuentos —dijo Koryon en un bufido.

Al final de aquella velada, se juntaron las mesas en el centro de la sala y Elgan se subió a la central, agitando una jarra de cerveza y explicando batallas de dragones. Luego se había encaramado a las espaldas del posadero, que era fuerte y de buen carácter, tomó una escoba y la blandió de un lado a otro de la posada para mostrar los aspectos más sutiles de la puntería con lanza. En cierto momento, recordó Elgan, había logrado atravesar un anillo de cortinas sostenido por Beldieze.

Luego recordaba muchos besos y un paseo bajo las estrellas.

—¿Adónde fuisteis?

—Por ahí. Primero dimos un paseo y luego... visitamos a una persona.

—¿A quién? —Koryon, suspicaz, como siempre frunció el entrecejo.

—Una persona... una autoridad. Era muy bueno con la pluma... escribía. —Entornó los ojos intentando recordar—. Al final de la noche redactamos algo. Juntos. Me gustaría saber el qué.

Koryon, que estaba sacando una camisa limpia, se paró y miró colina abajo.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—¡Por todos los dioses! Soy un desastre —dijo Elgan poniéndose en pie de un salto. Arrebató la camisa de las manos de Koryon y al ponérsela murmuró—: Gracias.

Mientras se apresuraba colina abajo recordó que la chica le había parecido bastante atractiva... Al verla bajo la luz del sol pensó que, o la posada de El Reposo en el Camino era un lugar muy oscuro, o que él había estado ciego toda la noche: aquella era una mujer muy hermosa. La cabellera negra y lacia le llegaba hasta la cintura, tenía una silueta de bailarina y una boca de labios gruesos, que la noche anterior habían sonreído con picardía. Y, naturalmente, tenía unos ojos grandes y hermosos, casi luminosos. Ahora esos ojos lo escrutaban con una tímida sonrisa.

—¿Beldieze? —dijo casi para comprobar cómo sonaba el nombre de ella en su boca.

—Elgan. No estaba segura de cómo te encontrarías hoy. —Le apoyó una mano en el brazo.

Koryon, con el pecho cubierto con una capa, permanecía en pie en segundo plano, bebiendo una jarra de agua y haciendo ver que no escuchaba. Elgan puso su mano en la de ella y le devolvió la sonrisa.

—¿Todavía te gusto a la luz del día?

—Todavía te admiro —dijo ella inmediatamente—. Tus cuentos sobre las batallas de dragones impresionaron a todo el mundo. No sólo era el modo en que los contabas —dio un paso atrás y extendió los brazos—, eran los detalles. Las arremetidas, las maniobras evasivas, el planeo silencioso, las corrientes de aire, las acometidas con las lanzas... —Agitó los brazos fingiendo asestar un lanzazo al aire; al mismo tiempo se aproximó hacia él y le tocó la cintura.

—No pretendía fanfarronear —dijo sonrojado.

Koryon, que en teoría no escuchaba, resopló.

—Parecías un experto, no un fanfarrón. De hecho —dijo ella mientras le tocaba juguetona la nariz—, te pregunté si lucharías contra un dragón por mí y tú dijiste que sí. ¿Te acuerdas?

—Claro. —A Elgan no le gustaba el rumbo que tomaba la conversación—. Pero es posible que no tenga la experiencia suficiente como para luchar con un dragón de verdad.

—Ayer por la noche ya me temí que luego dirías esto —dijo ella con una sonrisa triste—. Y te lo dije. Pero tú juraste que podrías y lo harías. Entonces lo acordamos por contrato, lo redactó un clérigo, un hombre viejo que vive justo en las afueras de la ciudad. —Con un ligero énfasis adicional agregó—: De hecho, más bien es un mago.

—¿Por qué un mago? —Elgan sentía que los pelos de la nuca se le erizaban.

—Para que el contrato sea vinculante. —Ella lo tomó y se lo mostró.

—No voy a luchar contra un dragón...

Entonces, de pronto, el pergamino se soltó de las manos de ella, se aferró al brazo derecho de Elgan y empezó a oprimírselo con fuerza. El joven tiró de él sin éxito. Cogió un cuchillo e intentó cortarlo. Pero el pergamino apretaba cada vez con más fuerza.

—¿Lo ves? —Beldieze estaba en pie con los brazos cruzados y miraba con ansiedad al pergamino—. Es exactamente lo que querías: es un contrato y es vinculante.

El pergamino le apretaba cada vez más el brazo y Elgan tenía ya la mano amoratada. El muchacho se mordía los labios mientras veía cómo aquel tubo de papel se iba cerrando dispuesto a cortarle el brazo. Koryon lo observaba todo con preocupación.

—De acuerdo. Cumpliré mi palabra —dijo Elgan con un estremecimiento y respirando con dificultad.

—Bien. —Ella señaló hacia el pie de la colina—. Tu silla y tu lanza están ahí

abajo; búscate tu propia montura. Sólo tienes dos días.

Al decir esto, señaló al pergamino, que se había soltado un poco pero todavía permanecía en el brazo. Elgan lo miró fijamente; no comprendía muy bien los términos legales pero sí reconoció su firma bajo las palabras «luchar contra un dragón».

—Bien. ¿Y dónde está ese supuesto dragón? —dijo escéptico, dándose ya por vencido.

—El contrato dice Jaegendar —dijo ella con una mueca extraña.

Koryon, que supuestamente no estaba escuchando, respingó, dejó caer la jarra y se atragantó.

Elgan corrió hacia él y le dio unas palmadas, tal vez demasiado fuertes, en la espalda; Koryon cayó de rodillas, respirando con dificultad.

—¿Estás bien?

—Lo estaría si no fuera por mi espalda —dijo Koryon con una mirada torva.

—Te debes de haber atragantado con algo.

—Por supuesto —dijo con frialdad.

Elgan se volvió hacia Beldieze, cruzó los brazos y preguntó tranquilamente:

—¿Y por qué Jaegendar?

—¿Has oído hablar de él?

—No sé si es el mismo dragón. ¿A este Jaegendar se le conoce también como Jaegendar, el Negro? ¿Es Jaegendar el Oscuro? —Y agregó incómodo—: ¿Las Alas de la Muerte?

—Sí, y también se le conoce como Jaegendar el Opulento. El único e inimitable Jaegendar.

—¿Por qué Jaegendar? —preguntó Elgan, ceñudo.

Esperaba cualquier cosa: un cuento de tragedia y venganza, una historia de avaricia humana y horda de dragones, o de la búsqueda de la gloria o de un símbolo mágico. Lo que no esperaba era la agitación repentina del aire y el batir de alas cuando la forma humana de la mujer se desvaneció y en su lugar, ante ellos, apareció una hembra de Dragón Plateado.

—Si muere —dijo con calma aquella criatura—, su hijastra lo heredará todo. —Miró a los humanos y dibujó una sonrisa en su rostro—. No todo el mundo que había en la posada anoche era humano.

Koryon volvió a atragantarse.

Beldieze soltó una risa cristalina que resonó en las colinas. Luego, se alejó volando.

—Y se alejó volando.

Kory se detuvo e hizo un guiño hacia Peilanne, que respondió con un gesto de

enfado. No le había pasado por alto la alusión a su risa cristalina.

Peilanne recogió los cuchillos y frotó inútilmente las señales de la tabla del pan. Por si a alguien se le habían escapado los paralelismos entre ellos y su historia, Gannie había ocultado en la manga cuatro cuchillos; entonces, de pronto, de una mano que aparentemente estaba vacía, salieron lanzados contra Kory, que los recogió en la tabla para el pan y los devolvió, escondiéndolos en la manga por última vez.

—Bien. —Peilanne se inclinó sobre el mostrador—. Por ahora tenemos un dragón ambicioso y perverso y una joven hembra de dragón traidora y feroz ¿Qué vendrá ahora? —Toda la gente de la posada la escuchaba atenta—. ¿Por qué tenéis tan mal concepto de los dragones? ¿Y por qué tu amigo no para de mirar por la ventana?

Gannie se retiró sobresaltado.

—Es una costumbre. Lo siento. —Se volvió—. Como ya veréis en nuestro cuento, no todos los dragones son malos. Así que después de que Beldieze se marchara...

Después de que Beldieze se marchara, Koryon increpó a Elgan.

—Tienes —dijo con la satisfacción que se siente cuando los amigos han actuado mal—... un problema muy serio.

—Sí, lo tenemos.

—¿Nosotros? —Koryon miró a su alrededor simulando estar confundido. Elgan también echó una ojeada en derredor antes de corroborar:

—Claro. Yo no veo a nadie más.

—Cuando Jaegendar te vea se morirá de risa —dijo Koryon convencido.

Elgan le echó una mirada sombría.

—Bueno, cuando nos vea —se corrigió Koryon de mala gana.

—Encontraremos un modo de vencerlo. Lo haremos muy bien. Somos jóvenes, ágiles, listos, estamos compenetrados...

—Sin duda —dijo Koryon y se estremeció—. Pero Jaegendar...

—Sólo es un dragón ¿verdad?

—De pequeño —repuso Koryon con voz apagada— mis padres acostumbraban a asustarme contándome cuentos de Jaegendar.

—A mí también, si te sirve de consuelo.

Koryon se quedó callado de repente, pensativo.

—¿El contrato dice «luchar contra un dragón» o «matar a un dragón»? —preguntó.

—«Luchar».

—Bueno, pues ahí está la solución. Luchamos un rato y luego abandonamos. No es ninguna vergüenza.

—De hecho sí lo es.

—Tal vez, pero puedo vivir mejor con esta vergüenza que con mi muerte. Y eso suponiendo que sobrevivamos a una auténtica lucha contra Jaegendar ¿Por qué sonríes así?

—Tengo una idea. Los dragones son seres razonables, ¿no? —Sonrió a Koryon—. La mayoría lo son.

—Esto me recuerda una cosa ¿Le dijiste a Beldieze cómo es que sabes tanto de luchas de dragones?

—No le dije que, en realidad, había estado en una. —Elgan se movió incómodo.

Entonces Koryon pareció desvanecerse, su figura se desdibujó y ante Elgan se mostró un dragón.

—Así que ella todavía no sabe la verdad.

—No, no la sabe —suspiró Elgan mientras modificaba también su aspecto con la misma rapidez.

—Esto no me gusta —dijo con firmeza Peilanne mientras arreglaba una mesa—. Un dragón pérfido y perverso, una hembra de dragón joven, ambiciosa y cruel, y ahora dos dragones sinvergüenzas —dijo enfatizando la última palabra—. Por otra parte, aquí veo muchos cambios de forma. No todos los dragones pueden transformarse.

—Algunos, sí. —Todo el mundo se giró para mirar a Armella, la madre de Elinor. Vaciló un poco al sentirse observada; pero se sobrepuso y prosiguió—: Los Dragones Rojos cambian de forma, igual que los Plateados. En cambio, los Dragones Negros, no.

Brann asintió tras su jarra de cerveza.

—La joven Annella tiene toda la razón, incluso en lo de los Dragones Negros. Los Dragones Rojos y los Plateados pueden cambiar; pero los Negros, no. Eso es lo que se dice.

—Y Koryon y Elgan son Dragones Plateados —dijo Gannie asintiendo con aprobación. Luego se cruzó de brazos.

—De todos modos —dijo Kory pensativo—, hay otros dragones con poderes mágicos.

—Es cierto —dijo Gannie. Y con un tono de voz nada agradable añadió—: Incluso un Dragón Negro como Jaegendar podría tener un anillo polimórfico.

El público se agitó nervioso en los bancos. Apelaron con la mirada al posadero.

—Tienen razón —dijo Darien de mala gana—. Si un Dragón Negro hallara un anillo polimórfico podría tomar forma humana.

—¿Lo ves? —Gannie sonrió ampliamente a Peilanne—. Ahora mismo entre nosotros podría haber un dragón y nadie lo sabría...

Sorprendentemente, Jaegendar resultó fácil de encontrar. Tal como había vaticinado Koryon con pesimismo, bastaba con seguir las huellas de la desolación. Vieron que en las colinas ardía una granja. Elgan ascendió hasta allí con forma humana para no sembrar el pánico entre los supervivientes.

Un enorme Dragón Negro, tres veces mayor que Elgan cuando no tenía forma humana, estaba encaramado en lo alto de una granja sin techo mirando dentro de ella como si fuera una corneja negra. Con su mirada fría escrutaba de un lado a otro todos los rincones. Luego posó los ojos detenidamente en Elgan, que se había detenido a una distancia prudente.

—¿Quién anda ahí?

—Sólo soy yo, Elgan —respondió humedeciéndose los labios, pues los sintió resecos de pronto.

—¿Elgan? —El Dragón Negro lo contempló de pies a cabeza sin sonreír ni mostrar enojo. Jaegendar agitó una garra teñida de rojo—. No importa, está claro: ¿has venido a luchar contra mí?

—Eso parece —Elgan sentía cómo sus orejas enrojecían—; el caso es que la noche pasada dije que sabía cómo luchar contra los dragones y...

—Estabas fanfarroneando. —Un ruido, medio chillido, medio lamento, surgió del interior de la granja—. Disculpa un momento.

Jaegendar siguió con la vista algo que se movía dentro de la granja, debajo de él; de pronto bajó la cabeza veloz como una grulla en el agua. Al introducir la testa en la granja y agitarla de un lado a otro, se oyó un chillido y luego, otro.

—Y yo me preguntaba —dijo Elgan sintiéndose de pronto avergonzado de sí mismo al decirlo— si, ya que probablemente no querrás luchar de verdad y todo esto, eso... digo que me preguntaba si podríamos hacer una lucha fingida para complacer...

—Deja que lo adivine. —El Dragón Negro se incorporó limpiándose las fauces con las garras—. Una dama te obliga a luchar contra mí. Y quiere que me mates a causa de mi cruel manera de ser. ¿No es así?

—Bueno, ella tiene sus propios motivos... fundamentalmente monetarios...

—¡Ah! ¡Beldieze! ¿Por qué no me sorprende? —dijo Jaegendar sonriendo y mostrando de pronto sus colmillos amarillentos. En uno de ellos brillaba una mancha roja—. Discúlpame otra vez.

A continuación se pasó la lengua por el colmillo para limpiarlo. Entornó los ojos con deleite, relamiéndose como un gato ronroneante.

—¿Y no puedo disuadirte de esta... lucha? —dijo al volver a abrir los ojos.

—Me gustaría que así fuera —respondió Elgan con sinceridad.

—Bueno, vamos a probar. —Y acto seguido, como si tal cosa, le lanzó una piedra

del tamaño de un kender. Como Elgan logró esquivarla, Jaegendar tiró otra, y luego, otra.

Elgan buscó rápidamente un lugar donde refugiarse. Al cabo de unos momentos, encogido de miedo dentro de una zanja y medio enterrado entre cascotes, oyó una risa burlona; a continuación sintió una ráfaga de viento frío y pensó que Jaegendar se había elevado por los aires y se marchaba.

Entonces, en aquel montón de piedras algo rodó sobre él; levantó un brazo para protegerse y sintió el contacto de algo blando, húmedo y viscoso. Elgan se estremeció e intentó ocultarse entre las piedras, pero algunas de ellas se desprendieron y dejaron ver el rostro de Koryon.

—Vi cómo se marchaba volando. Es enorme ¿no? ¿Cómo te ha ido? —Ladeó la cabeza y olfateó el aire—. Huelo a sangre ¿Estás bien?

—Sácame de aquí —dijo Elgan alargando el brazo—. Luego pensaremos en una estrategia para mañana. —Miró al punto negro en la lejanía—. Una buena estrategia.

Elinor había escondido la cabeza en el suéter de su madre y sólo miraba con un ojo asustado.

Con un simple gesto y antes de que la madre pudiera oponerse, Kory se colocó a Elinor sobre los hombros, tomó el cucharón de la sidra y arremetió contra Gannie, el cual empezó a sacudir los brazos con un pánico fingido mientras se escabullía entre las mesas de la posada. Saltaban, se agazapaban, daban vueltas, brincaban cerca del fuego y hacían incursiones rápidas en el aire frío cercano a la puerta. De vez en cuando, uno u otro chillaba:

—¡Planeo!

—¡Evasión!

—¡Caída!

—¡Giro!

Elinor blandía el cucharón e intentaba golpear a Gannie. Estaba muy contenta. Sin embargo, Peilanne, Darien y los clientes se miraban nerviosos y a nadie le pasó por alto que Gannie se detuviera junto a la ventana para escrutar el cielo.

Cuando Kory se detuvo sin aliento al lado de una mesa y dejó a la niña, Annella la abrazó estrechamente. Elinor agitaba sus brazos con entusiasmo.

—¡Lo saben todo de los dragones!

—Bueno, algo sí —admitió Gannie. Los demás adultos de la sala no parecían tan convencidos y se volvieron hacia Darien en busca de una confirmación.

—¿Qué voy a saber yo? —dijo irritado—. Yo sólo llevo una posada. —Tras un momento de silencio admitió de mala gana—: Pero sí, sé algo de dragones, lo que un hombre como yo escucha por ahí, y, sí, todos los detalles parecen ciertos.

Gannie se sentó junto a Brann. El pastor se estremeció.

—¿Tienes frío? —Gannie hizo un gesto en dirección a la lumbre, que se había reducido a unas ascuas moribundas—. Pronto estará cubierta de ceniza gris, como al despertar por la mañana junto a una hoguera de campamento extinguida...

Se despertaron cubiertos por una ligera capa de ceniza, como ocurre con las hogueras de campamento cuando se extinguen. Miraron hacia el valle y vieron que, la mayor parte de él, estaba sepultado bajo el humo. Se sacudieron el polvo en silencio sin mirarse entre sí.

A continuación se encaminaron lentamente hacia el pie de la colina, en forma humana, con la lanza y la silla. Al aproximarse a los aldeanos, nadie los miró ni se extrañó por su equipaje: todos iban muy cargados. Algunos caminaban sin expresión alguna en el rostro, otros estaban enfurecidos, había quien lloraba. Acarreaban baúles, fardos mal atados o sacos de grano llenados a toda prisa. Muchos de ellos llevaban en brazos niños demasiado pequeños o cansados para poder andar.

Frente a Elgan y Koryon, el letrero de la posada de El Reposo en el Camino se mecía mientras era devorado por las llamas; las letras brillaban mientras ardían.

El posadero era uno de los fugitivos y avanzaba torpemente. A sus espaldas llevaba un estante de jarras de cerveza de peltre. Tropezó con una piedra del camino. Koryon corrió para equilibrarle la carga y ayudarle a tenerse en pie.

—¿Se encuentra bien?

El posadero lo miró como si no comprendiera las palabras.

—Ha quemado nuestras casas y nuestras granjas —dijo señalando a la colina del otro lado donde se adivinaban entre el humo ruinas de granjas y cobertizos—. Ha incendiado la segunda cosecha de heno que necesitábamos para el verano. —Frunció el ceño—. Dijo que se estaba entrenando para una lucha especial.

Koryon y Elgan se quedaron mirando cómo el hombre avanzaba penosamente por el valle. Elgan se frotó el brazo donde todavía llevaba pegado el contrato. Koryon se apresuró tras los restos de un granero y echó una moneda al aire.

—Nos lo jugaremos a cara o cruz. Colócame la silla —musitó en tono sombrío al poco tiempo mientras cambiaba de forma.

Koryon, con Elgan a su espalda, utilizó el viento de la mañana para tomar impulso y ascender por la ladera de la colina opuesta, hacia las afueras de la ciudad. Ante ellos ardía un granero, con un carro de heno al lado. Elgan tiró de la rienda izquierda.

—Rodéalo por la izquierda y mantén las alas quietas para no hacer ruido, asciende hacia la derecha por la corriente térmica ascendente del fuego...

—Ya sé volar.

Elgan calló y Koryon se zambulló hacia el incendio. Una mujer corría de un lado a otro delante del granero y clamaba al cielo mientras elevaba un niño. El bebé no se

movía. Elgan cerró los ojos.

—Apresúrate.

Cuando Koryon planeó por el extremo de la corriente térmica, su ala derecha se movió hacia arriba gracias a la corriente de aire ascendente. Se metió en ella y comenzó a subir en espiral, desplazándose poco a poco hasta conseguir ascender en una espiral cerrada. Tras comprobar por novena vez el pivote de la lanza, Elgan continuó vigilando constantemente por todos lados.

—¿Koryon?

—¿Sí? —Koryon mantenía los labios fuertemente apretados sobre el bocado y se balanceaba de un lado a otro con nerviosismo.

—Creo que sabe...

—Por supuesto —dijo con frialdad una voz junto a ellos. Elgan tiró de las riendas hacia la izquierda cuando una forma oscura, arañando con las garras el aire vacío, atravesó vertiginosamente el espacio donde habían permanecido.

—... todo lo que vamos a hacer.

Elgan sostuvo la lanza muy cerca de él y se sintió contento de no haberla dejado caer; cuando Koryon hubo esquivado el choque cambiando bruscamente de dirección, levantó un dedo con el brazo extendido como si fuera una punta de ala y comprobó la brisa. Era fría.

Estaban suspendidos bajo de una nube y miraban a todos lados en busca de Jaegendar.

—¿Cuál es la maniobra clásica tras una embestida fallida? —dijo Elgan por fin.

—Encorvarse, ganar velocidad, ahuecar las alas en la parte inferior, catapultarse hacia arriba, batir las alas con fuerza, encontrar una corriente de aire ascendente, penetrar en las nubes —Koryon echó un rápido vistazo a la capa de nube que tenían cerca—, esconderse ahí y esperar a tener ventaja —finalizó lentamente.

—Ha tenido que emplear otra corriente de aire ascendente. El viento de las montañas o bien... —Elgan se detuvo en cuanto vio las ruinas flameantes que les rodeaban—. Kory, este lugar es el campo de batalla de Jaegendar. Ha creado todo un sistema de corrientes de aire ascendentes para él... Elévate y ve pasando de una corriente térmica a otra; a ver si logramos despistarle.

—No creo que lo logremos —dijo Koryon en tono pesimista.

Evidentemente, no lo consiguieron. En su siguiente ataque Jaegendar se lanzó como una piedra desde lo alto de las nubes dejando un pequeño agujero desigual en ellas antes de que pudieran cerrarse. Se dirigía hacia ellos sin apenas agitar la punta de sus alas. Elgan chilló y se tendió sobre la silla. Koryon esquivó el golpe con poca elegancia y empezó a perder altura. Elgan se agarraba a él desesperadamente.

—Mantente cerca las nubes. Por lo menos así no podrá caer en picado sin más.

Koryon se elevó evitando las corrientes de aire ascendente fáciles de ver. El

tiempo era inestable; los vientos de costado les sacudían y obligaban a Koryon a corregir constantemente la dirección sólo para mantenerse por encima de la ladera. A aquella altura su aliento salía en forma de bocanadas blancas.

Elgan dio una palmada en el costado de Koryon.

—Mira.

Ante ellos, Jaegendar se desplazaba lentamente en ángulo mientras examinaba el espacio que tenía debajo.

—¿Dónde nos escondemos ahora? —preguntó Koryon.

—No lo haremos —dijo Elgan—. Vamos a atacar. Caeremos en picado silenciosamente y a gran velocidad. Y en el último momento te retiras. Tengo una idea.

—Esto no es una posada y no quiere que le entretengas —dijo Koryon tras escuchar el plan de Elgan.

—Tenemos que intentar algo —dijo Elgan contemplando el excelente vuelo de Jaegendar.

Con un bufido de recelo, Koryon avanzó, aprovechó la última brisa para elevarse y luego se zambulló mientras iba ganando velocidad. Elgan contempló con cautela su objetivo y se preparó para anular el ataque en el momento oportuno. Jaegendar no miraba hacia ellos. Estaba casi parado, con las alas extendidas para tomar una corriente de aire ascendente y dejarse caer levemente cuando se elevara demasiado. Era un objetivo perfecto pues estaba ensimismado mirando atentamente un estanque circular, profundo y bordeado por abruptas rocas de piedra caliza, en las colinas verdes que tenía debajo.

Elgan también miró al fondo. El estanque estaba completamente en calma y ninguna brisa agitaba sus aguas inmóviles. Era como un espejo...

Entonces Elgan vio con horror que los dos dragones se reflejaban claramente en el estanque.

—¡¡Retirada!! —gritó Elgan tirando de las riendas hacia la izquierda. Koryon cambió inmediatamente de dirección con un giro tan brusco que clavó a Elgan contra la silla.

Jaegendar se volvió mostrando una sonrisa siniestra y se dirigió hacia al punto donde Koryon debía dejar de girar o bien hacer una maniobra de evasión. Elgan tiró con fuerza de las riendas hacia la derecha.

—De acuerdo —musitó Koryon y acto seguido dio casi una vuelta de campana colocando el ala izquierda donde antes había estado la derecha. Elgan se asió a la silla mientras giraban en una maniobra alocada, torpe y cansada que les salvó las vidas cuando Jaegendar les pasó a toda velocidad por su lado, con las garras tan cerca como para erizar el pelo de Elgan.

—Estamos muertos —dijo Elgan en voz baja a Koryon.

—Si tenemos suerte —asintió Koryon.

—¿Nos escondemos en las nubes?

—Nos perseguirá. Puede ir a cualquier sitio adonde nosotros vayamos.

Jaegendar avanzaba de nuevo hacia ellos, cada vez a mayor velocidad.

Oyeron el estruendo de un trueno. Una tempestad se avecinaba por encima de las montañas. Los nubarrones, sacudidos por el viento furioso de la tormenta, eran muy negros.

—¿Succión en nube? —dijo Elgan inclinándose sobre Koryon.

—Es una mala idea. Nos arrojaría de un lado a otro como si fuéramos muñecos —agregó Koryon—. Ningún dragón en su sano juicio... De acuerdo. —Y volviéndose hacia la corriente agregó—: Vigila detrás de mí.

—Ve en zigzag a la izquierda de la tempestad.

Cuando estuvieron justo debajo de la nube, Koryon dejó de agitar las alas. El sonido de los truenos era ensordecedor, de tan cercano, y el viento era tan violento que forzó a Elgan a agarrar el pivote de la silla y apretar las piernas con fuerza para sostenerse. A su alrededor el aire subía con furia. Al cabo de pocos segundos se encontraron dentro del nubarrón.

Oscilaban de un lado a otro en la oscuridad, rota sólo por la luz de los rayos. Koryon hacía esfuerzos constantes para mantenerse derecho. Elgan resistía y recordaba una leyenda sobre un dragón que quedó inconsciente hasta caer de cabeza al suelo a causa de los embates recibidos en una tormenta.

Bajo la luz de un rayo especialmente intenso, Koryon se volvió hacia Elgan. Estaba asustado.

—No puedo hacer esto mucho tiempo. Me estoy quedando sin fuerzas —dijo en tono de disculpa.

—Jaegendar también lo estará y él, además, es viejo. ¿Acaso no estás en mejor forma que él?

—Jaegendar —dijo Koryon con firmeza— no lleva jinete.

Elgan se quedó pensativo.

—Déjate llevar por la corriente hacia adelante —exclamó con las manos ahuecadas delante de la boca para hacerse oír por encima del estruendo de los truenos—. Luego ve hacia la izquierda y después, hacia abajo. Ha llegado el momento.

—Si no hay más remedio —dijo Koryon sombríamente.

Cuando salieron de las nubes, vieron que los edificios en llamas que había debajo de ellos se habían desplomado. Elgan tiró de la rienda derecha de Koryon y lo dirigió hacia el granero destrozado donde habían dejado a Beldieze.

Entretanto el viento empezó a disolver las nubes.

—Creo que pronto asomará el sol —dijo Elgan aliviado.

—¿Acaso eso nos dará alguna ventaja?

—Daré ventaja a alguien —dijo vagamente—. No vayas directamente al granero, da una vuelta sobre él y comprueba si hay algún rastro de Jaegendar. Ve por la izquierda —agregó con rapidez. No era momento de formulismos.

Koryon se ladeó hacia la izquierda y luego descendió. Elgan cogió con fuerza el soporte de la lanza.

—¿Adónde vas?

Pero antes de que pudiera responder, Elgan miró a lo alto.

—Compañía a la izquierda —dijo.

Sin detenerse a comprobarlo, Koryon planeó vertiginosamente hacia la izquierda. Jaegendar se precipitó desde una de las nubes que quedaban y luego desapareció. Sin embargo, no había duda de que les había visto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Koryon tras terminar el giro y enderezarse.

—No está en ningún lado. —Las nubes que quedaban casi habían desaparecido, excepto el nubarrón que se extendía sobre el valle.

Koryon permanecía casi quieto bajo la luz del sol y estiraba el cuello de arriba abajo.

—¿Abajo? —Miró—. ¿Arriba? —Echó un vistazo—. Nada. Le hemos perdido. Espero.

Una sombra se abalanzó sobre ellos creciendo a cada segundo.

—¡Estaba en el sol! ¡Estaba en...! —Elgan exclamó con un pánico repentino. Koryon dio una sacudida hacia un lado y Elgan enderezó la lanza de forma que cuando Jaegendar les pasó rozando se hirió el ala izquierda con ella. Sin embargo, tras el impacto, Elgan dejó caer su lanza. Ésta resbaló por el cuerpo de Koryon y se perdió de vista.

De nuevo subieron para guarecerse en una nube. Jaegendar redujo la marcha y se volvió; al ver que Elgan no llevaba nada en las manos, lanzó un aullido. Koryon, con el cuello tenso hacia adelante, agitaba rápido y con esfuerzo las alas a la mayor velocidad que le era posible.

Al mirar hacia arriba, vieron que la tormenta se había desplazado hacia el valle; Jaegendar descendió en círculos hacia ellos desde las nubes más oscuras. Su cuerpo negro se recortaba bajo la luz de los relámpagos.

—¡Perfecto, le has puesto furioso! —dijo Koryon casi con voz natural.

—¿Le había puesto furioso? —dijo Darien incrédulo aunque atrapado ya por la historia a pesar de sí mismo—. ¿Qué clase de truco es ése?

—Un truco de locos —dijo Gannie con severidad. A continuación se dirigió hacia la derecha de la ventana y miró hacia fuera procurando no dejar ver su silueta. Entretanto Elinor se había quedado dormida en las espaldas de Koryon; éste la bajó sin despertarla y la dejó en los brazos de Peilanne.

—De todos modos —dijo Gannie pensativo—. Un enemigo enfadado es un enemigo que no piensa. La única esperanza que queda es conseguir engañarle...

—Nos ha engañado —dijo Koryon escrutando el cielo de un lado a otro—. ¿Adónde habrá ido?

—Bajaba en picado hacia nosotros y luego ha salido catapultado de nuevo hacia las nubes mientras mi cuerpo te impedía verlo. Es así de bueno.

A continuación descendieron en picado y recuperaron velocidad. Koryon avanzaba y se dejaba caer ligeramente a fin de ganar algo más de rapidez. Su cuerpo continuaba recto y rígido.

—Esto es extraño ¿Crees que habrá visto que ya no tienes la lanza?

—Vio que se me caía. Estoy seguro. —En un intento por relajarse Elgan dobló y estiró los brazos desocupados.

El estanque circular estaba ante ellos. Koryon se dirigió hacia allí, dejando pasar el aire por el ala izquierda para así poder bajar mientras giraba. Contempló su sombra en la hierba y la siguió hasta encontrarse casi entre el estanque y el sol, que brillaba directamente sobre sus cabezas.

En aquel momento intenso, cuando el estanque era como un ardiente disco dorado, Koryon vio, o creyó ver, reflejado un segundo punto negro sobre ellos.

—Mira arriba. Ya —susurró a Elgan.

—No puedo ver nada... —dijo mientras miraba.

—Mantén tu pulgar en alto, tapa el sol con él y busca unas alas a ambos lados.

—Allí —exclamó Elgan—. Directamente, en el sol, cae en picado sobre nosotros. Está descendiendo, cada vez más, más cerca. ¡Dios mío, sus garras...!

—¡Resiste! —chilló Koryon y doblando los extremos delanteros de sus alas sobre el cuerpo invirtió la velocidad de bajada por la de subida, en un efecto singular de catapulta. Simultáneamente apretó las garras contra el cuerpo como si se estuviera protegiendo de aquel horror.

Jaegendar, ya directamente sobre ellos, dobló sus enormes garras y gruñó con enfado y placer mientras iba cayendo...

—¡Toma! —Koryon levantó la cabeza, mostró la lanza que había estado ocultando debajo del cuerpo y se la pasó a Elgan. Éste la cogió ágilmente y la arrojó hacia adelante como si fuera un arpón, empleando para ello todo el impulso que llevaban y toda su fuerza.

El aire silbaba alrededor de la lanza cuando dio contra el esternón de Jaegendar. Se hundió con tanta facilidad como si hubiera penetrado en una nube negra.

Jaegendar cayó, dando volteretas en el aire, lentamente y fue a estrellarse contra la punta de una roca. Sólo el impacto ya habría acabado con él. Koryon descendió, satisfecho de que el truco hubiera funcionado.

—¿Un truco así funcionaría, señores? ¿Contra otro dragón? —Brann sólo quería saber la respuesta, no era una objeción.

—¿Contra uno arrogante y estúpido que no había sido retado desde hacía mucho tiempo? Fue fácil —dijo Gannie mirándolo con frialdad.

Brann se acoquinó y se apresuró a llevarse la copa a los labios, más para esconderse que para beber.

—Por lo menos —prosiguió Gannie—, funcionó todo lo bien que era de esperar. Koryon bajó...

Koryon bajó para ver si Jaegendar había muerto. Del cuerpo del dragón tendido en la hierba ascendía una neblina, como la de las fuentes termales o la que hace el agua al chocar con el fuego. La lanza, que le atravesaba el cuerpo, lo tenía clavado a la tierra.

—¡Lo hemos conseguido! —dijo Koryon aliviado.

El contrato cayó del brazo de Elgan y se deshizo en cenizas con un chasquido. El aire recogió las cenizas y las envió hacia los orificios nasales de Jaegendar... donde se elevaron a causa de un resoplido. Jaegendar abrió un ojo. Respiraba con dificultad.

—Muy bien —dijo Jaegendar fríamente.

Koryon y Elgan, ya en el suelo, se estremecieron.

—Habéis estado a punto de lograrlo. Si la hubierais lanzado mejor ya estaría muerto —se miró el cuerpo—, en lugar de sufrir tanto. Sabed una cosa —dijo en un silbido—, sabed que me recuperaré y os encontraré.

—Nunca nos encontrarás —dijo Elgan sin inmutarse apenas.

Jaegendar tomó la lanza con sus pérfidas garras y la partió un poco por encima del orificio de entrada de la herida.

—Os encontraré, sea cual sea la forma que adoptéis y quemaré y destruiré todos los sitios donde hayáis estado hasta que os atrape. Vagaréis por la tierra, y la muerte y la desolación os acompañarán cada noche.

Elgan abrió la boca, la cerró y se alejó a grandes zancadas. Koryon cambió a su forma de humano y lo siguió. Antes de abandonar aquel valle humeante sólo se detuvieron para tomar sus bolsas de viaje. Al cargarse la suya a las espaldas, Elgan miró pensativo aquella enorme figura negra.

—Me pregunto con qué rapidez puede curarse.

Y ambos emprendieron el primero de los muchos caminos que siguieron.

... el primero de los muchos caminos que siguieron.

El fuego se había reducido a unas brasas y las lámparas se habían ido apagando.

La posada estaba a oscuras y de pronto parecía tan fría como la noche.

—Así que los dos tomaron forma de humanos —finalizó Kory— y huyeron de ciudad en ciudad, de posada en posada, intentando esconderse entre los humanos y cada noche eran perseguidos por el dragón Jaegendar, ya recuperado. Y a todas partes adonde llegaban, al poco les seguían las llamas y la destrucción. Hasta el día de hoy, ahí donde van pocos son los que logran sobrevivir.

Nadie dijo nada por un buen rato.

—¿Y logró atraparlos? —preguntó por fin Brann con voz trémula.

—Todavía no. —Gannie, ya sin sonrisa alguna, miró por veinteava vez por la ventana.

—Y ha destruido todos los lugares donde ellos han estado.

—Por completo. —Kory miró con nerviosismo la expresión de Gannie—. No queda piedra sobre piedra. Sólo refugiados, sangre y lágrimas.

—Así que son dos dragones que huyen de otro. ¿Para siempre? —preguntó el pastor lastimeramente.

Kory abrió las manos y extendió los brazos en ademán de finalizar. A la luz de la hoguera, las sombras de sus brazos dibujaron en la pared unas alas suspendidas sobre las mesas. Nadie se movió hasta que dejó caer los brazos.

—Me temo que éste es el final. —Kory tosió discretamente y con un tono sombrío agregó—: Si os acordáis, nuestra apuesta fue que si nuestro cuento os asustaba, nos pagaríais. —Miró fijamente a cada uno de ellos, uno por uno; algunos de ellos se estremecieron—. Creo que nos merecemos la recompensa.

La gente, nerviosa, empezó pagar; el dinero salía de bolsillos y bolsas. Lo depositaban en las manos de Kory y de Gannie como si fuera una prenda de paz o un soborno. El pastor sacó cinco o seis monedas gastadas y las apretó con fuerza en la mano de Kory.

—Es todo lo que tengo —dijo con tristeza.

Kory le dio una palmadita conciliadora en la espalda pero se quedó con todas las monedas. Annella tomó a Elinor, que todavía dormía, de los brazos de Peilanne y la acunó en actitud protectora mientras salía de la posada. Kory intentó acariciar la cabeza de Elinor, pero su madre se lo impidió. Uno por uno, incluso los viajeros de largas distancias, se colocaron los abrigo y salieron a la noche.

Kory y Gannie, con sus sombreros rebosantes de dinero, se quedaron solos con el posadero y la camarera en una posada con todas las camas desocupadas.

—¿Os parece bonito? —les dijo Peilanne mientras limpiaba las mesas.

—¿Por casualidad no tenéis una habitación para nosotros? —dijo Kory con inocencia.

—Tengo sitio de sobra —dijo Darien con frialdad—. Gracias a vosotros.

Peilanne dejó las jarras con un golpe violento. No había ni siquiera una moneda

en la bandeja. Todas las propinas habían ido a parar a aquellos narradores de historias.

—Eso de mirar por la ventana es un buen truco.

Gannie volvió la cabeza con un gesto de inocencia herida.

—Las brasas se están apagando —dijo señalando la chimenea.

—Está bien así. —Darien miró la posada vacía—. Al fin y al cabo ésta es la posada El Fuego de la Espera.

—Todavía no nos habéis pagado —dijo Kory directamente.

—¿Y con qué esperáis que os pague, si me habéis arruinado el negocio?

—Este anillo es bonito. —Gannie tocó descaradamente un dedo a Darien.

—No, no lo es —dijo Darien mirándolo divertido—. Tiene un valor mayor del que aparenta, por lo menos para mí. Aquí tenéis. —Gannie miró con desconfianza cómo Darien sacaba dos monedas de oro del cajón y se las entregaba, una a cada uno—. Es lo menos que puedo hacer.

»Y ahora —agregó con gravedad—, si realmente podéis transformaros en dragón, os recomiendo que lo hagáis.

Ahora era su sombra la que crecía en la pared. Kory y Gannie intercambiaron miradas incómodas.

—Como hemos intentado explicar —dijo Kory, por fin en tono lastimero—: sólo es un cuento.

—Pero no es una historia tan buena —dijo Darien en tono familiar—. Necesita un final mejor ¿Os gustaría oír uno?

Ninguno de los dos dijo nada. Desde el mostrador, Peilanne observaba con atención mientras limpiaba copas.

—Una vez, no hace mucho tiempo, había dos jóvenes irresponsables que explicaban un cuento en el que difamaban a dos dragones. Se ganaban la vida contando una y otra vez ese cuento, y con él asustaban a la gente y difundían prejuicios y temores contra los dragones insinuando de forma clara que ellos mismos también lo eran. Otra cosa que daban a entender era que un Dragón Negro les perseguía debido a la perfidia de un Dragón Plateado y embellecían la historia con otros detalles que eran falsos casi por completo.

—Nuestro cuento se basa en un hecho real —dijo Gannie ofendido.

—Se basa —dijo Darien con frialdad— en un Dragón Negro real y en un Dragón Plateado también real. Todo lo demás os lo habéis inventado.

—¿Y qué hay de malo en ello? —dijo Kory con voz débil—. Un cuento es un cuento.

—No siempre. —Darien le sonrió y dio unos golpecitos con el anillo que llevaba en el mostrador—. ¿Qué clase de dragón idiota iría a la caza de un par de mentirosos de taberna por todo Krynn... —Los dos narradores de historias sonrieron con alivio

—... cuando todo lo que tiene que hacer es encontrar una posada y esperar a que lleguen?

Las sonrisas se desvanecieron.

La sombra del posadero aumentó de tamaño y creció hacia el techo; los brazos parecieron fundirse en aquella sombra y, por fin, se vio un Dragón Negro, con el anillo polimórfico todavía en sus garras, sentado en cuclillas en el comedor.

—No he terminado de pagaros la apuesta...

—Estás perdonado —dijo Gannie asustado.

—Eso es, claro —le apoyó Kory con voz trémula.

—Tonterías. —Levantó una garra del color de la obsidiana simulando un gesto pensativo—. Ah sí. Dijisteis que debería prepararos la comida. —Bajó la mirada hacia ellos con sus dientes afilados brillando rojos a la luz de la chimenea—. Será un placer.

—Jaegendar, aquí dentro, no —dijo con firmeza una hembra de Dragón Plateado.

Y aunque la ventana no estaba abierta, Kory y Gannie se apresuraron a hacer caso del aviso. Los dos dragones los siguieron tras apartar a un lado el marco de la ventana, que estaba hecho añicos. El fuego de la chimenea se extinguió por completo mientras los chillidos de pánico y el fragor de las alas batientes se perdían en la distancia.

El arma secreta del primer ejército de los Dragones

[Don Perrin & Margaret Weis]

—Calma, calma... —previno Kang.

Los draconianos sivak y baaz, que manejaban la balista, esperaban tensos y ansiosos la orden de su comandante.

El enemigo, la caballería ligera de los elfos, rondaba justo fuera del alcance de la balista, en busca de lugares por donde cruzar la línea de defensa de Ariakas. El comandante elfo buscaba el punto más débil de la línea, uno que las fuerzas notoriamente informales e indisciplinadas de los ejércitos de los Dragones hubieran dejado sin guardia.

Posiblemente aquel baboso de orejas puntiagudas estaría pensando que ya lo había encontrado. Kang sonrió. El elfo ordenó a una sección de diez jinetes avanzar para comprobar el flanco derecho de las líneas del enemigo. Kang hablaba en voz baja; sólo sus hombres podían oírle.

—Esperad, tranquilos, tranquilos... —Luego profirió la palabra—: ¡LANZAD!

Cuando el primer elfo cruzó un pequeño desfiladero seco y se dispuso a dirigirse hacia la derecha, la balista lanzó una enorme flecha dirigida al segundo elfo de la línea. El enorme proyectil dio de lleno en él y lo envió, junto con su caballo, contra el elfo que los seguía. Elfos y caballos cayeron en una gran confusión. Ninguno se puso en pie. El resto de los elfos se retiraron rápidamente, tras recoger sus dos bajas, hacia sus propias líneas. El grupo que manejaba la balista estalló en júbilo, enarboló su estandarte y agitó los brazos para que todo el ejército los pudiera ver.

Kang, un draconiano bozak muy corpulento, estaba de pie tras el grupo de draconianos baaz y sivak que manejaban aquel enorme aparato, muy semejante a una ballesta inmensa. Cruzó los brazos sobre el pecho y sonrió muy satisfecho.

—Ahora ya saben que podemos alcanzar el lecho del riachuelo. Pero todavía no saben que podemos llegar hasta el camino.

Los soldados se felicitaban entre sí dándose golpes en sus espaldas escamosas. Kang les permitió un momento para festejarlo... ¡Por la Reina Oscura! En los últimos tiempos no habían muchos momentos así. Estaba a punto de llamarlos de nuevo al orden cuando un draconiano sivak salió de entre la maleza y se detuvo frente a Kang.

El sivak hizo el saludo.

—Señor, lord Rajak desea verte en la tienda de batalla. Inmediatamente.

—¿Rajak? ¿Qué demonios quiere? —dijo Kang molesto—. Nosotros estamos bajo las órdenes del general Nemik.

Kang había sido ascendido a ingeniero de división e informaba directamente al comandante de la división. Seis meses antes había sido capitán del escuadrón de

zapadores bajo el mando del entonces segundo ayudante de campo Rajak. Con la construcción de aquella balista, él y su comandante habían probado que podían encargarse de la ingeniería de combate. Nemik, uno de los pocos generales expertos que quedaba en el ejército de los Dragones, había hablado en términos muy favorables sobre el trabajo de los draconianos y los había tomado bajo sus órdenes directas.

Kang creía que era bueno estar bien considerado.

Pero, por lo visto, no lo era tanto. A Kang nunca le gustó Rajak y aquel sentimiento era mutuo. Para Rajak, los draconianos eran carnaza que se arrojaba al enemigo hasta que las unidades de combate «auténticas», es decir, las de los humanos, pudieran entrar en acción.

—Estamos bajo las órdenes del general Nemik —repitió Kang con testarudez.

—No, señor. —El sivak negó con la cabeza—. Ya no. Ayer Nemik fue ascendido a subcomandante de Ariakas, después de que Boromond muriera asesinado de un hachazo la pasada noche durante una escaramuza. Ahora lord Rajak es el comandante de la primera división.

—¡Por los ojos de la Reina Oscura! —Kang rechinó los dientes con frustración.

—¿Informo a lord Rajak de su llegada, señor? —preguntó el sivak—. Está esperando.

Kang estuvo a punto de decirle que lord Rajak podía coger una silla en el Abismo y sentarse cómodamente a esperarlo cuando Slith, su suboficial, le llevó aparte.

—Tienes que ir, señor.

—Ese hombre es idiota. —Kang estaba furioso—. Ya sabes lo que hará con nosotros. Nos pondrá en primera línea de combate o en alguna posición igualmente peligrosa. Desde que aquel puente cayó con él en el lago de Verson, la tiene tomada con nosotros. Y fue todo culpa suya. Le advertí que no debía hacer pasar aquellos mamuts peludos por ahí pero no quiso escucharme...

—Lo sé, señor —dijo Slith compadeciéndose de su comandante—, pero igualmente tienes que ir a hablar con él. —Y bajando la voz agregó—: Ya habrás oído los rumores. Esta guerra está a punto de finalizar y estamos en el lado de los perdedores. Gracias a Su Oscura Majestad, todavía estamos con vida y a mí me gustaría continuar así. No des a ese bastardo de Rajak la oportunidad de verter su rabia contra nosotros antes del fin.

Kang tuvo que admitir de mala gana que Slith tenía razón. Gracias a los altercados y disputas entre los comandantes de la Reina Oscura, los ejércitos de los Dragones estaban siendo expulsados de territorios ya conquistados y se les obligaba a replegarse hacia la ciudad de Neraka. Las batallas que ahora se libraban no eran victorias gloriosas como al principio: ahora eran batallas desesperadas. Nadie quería morir por algo que, evidentemente, era una causa perdida. La deserción estaba a la

orden del día. Incluso los leales a la causa, como Kang y sus hombres, no se mostraban dispuestos a perder la vida en un acto sin sentido. Por eso, para Kang el manejo de las armas de largo alcance era un puesto excelente, pues podía causar bajas en el enemigo con muy poco riesgo.

Tras dejar a Slith al mando y ordenar a sus hombres que prepararan la balista para dispararla a su vuelta, Kang se encaminó hacia la tienda de batalla. Ante ella, ondeaba la bandera de la primera división, señal de que el comandante de la división se encontraba allí dentro. Los guardianes humanos se pusieron firmes con desgana y, a pesar de que Kang poseía mayor graduación, cuando entró no le saludaron.

—¡Ah, Kang! Entra y siéntate. —Lord Rajak vestía una armadura de piel negra, tan nueva que todavía relucía. Junto a él estaban sentados otros dos comandantes de regimiento y un enorme guerrero minotauro.

—Como sin duda ya sabrás —prosiguió Rajak—, me han promovido a general y ahora estoy al mando de la primera división. Voy a necesitar comandantes de regimiento eficientes y, sinceramente, Kang, tú no estás entre ellos. No te ofendas, pero todos sabemos que vosotros, los lagartos, sois un poco torpes, ¿no te parece?

Kang rabiaba. El draconiano tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no arrancarle de cuajo la cabeza a su comandante y convertirla en su cena.

—Quiero que conozcas a Tchk'pal —prosiguió Rajak a la vez que señalaba al minotauro con un gesto—. Ahora él va a ser vuestro nuevo comandante, el comandante del tercer regimiento de la primera división.

La rabia de Kang se convirtió en confusión por unos instantes.

—Mmm, señor, esta división no tiene tercer regimiento...

—Mi querido draco —dijo Rajak haciendo un gesto perezoso con la mano—, vosotros, tú y tu pequeña banda de ingenieros, sois el tercer regimiento. Para mí es obvio que este ejército desperdicia recursos valiosos en vosotros, los draconianos. Es mejor dejar la ingeniería a los humanos, pues ellos sí tienen la capacidad mental necesaria para encargarse de ello. Ahora vosotros vais a encontrar vuestra verdadera vocación, lo que siempre habéis querido ¡Vais a formar el grueso de las tropas de combate de la primera división! Y el comandante Tchk'pal tendrá el honor de encabezaros.

Las escamas de Kang se contrajeron de pánico. No sólo acababa de perder el rango, por si fuera poco lo iban a enviar al frente a las órdenes de un guerrero minotauro. Y aquél no era un guerrero minotauro cualquiera.

—Ya conoces la fama de Tchk'pal como guerrero valiente —dijo Rajak.

—La conozco —respondió Kang sombríamente.

Tchk'pal era el único responsable de que en la actualidad no quedara ningún minotauro con vida en el primer ejército de los Dragones. Él los había conducido a todos a la muerte en varias cargas suicidas: unos ataques estúpidos detrás de las

líneas enemigas sin esperanza alguna de prosperar, por lo menos, para quienes estaban bajo el mando del minotauro. De algún modo Tchk'pal siempre había logrado regresar.

—Tú tener soldados preparado —dijo el minotauro en lo que para él era la lengua de los draconianos—. Yo hablar soldados.

Los clérigos oscuros decían que Sargas, el dios del minotauro, era el consorte de la Reina Oscura. Kang no podía aprobar de ningún modo la elección de compañero de Su Majestad.

Kang saludó taciturno y abandonó la tienda.

Regresó al refugio subterráneo de mando corriendo por el camino. Los cuarteles de descanso y vivienda de los doscientos draconianos que tenía a su mando eran unas cabañas de barro. Ahí estaba además la zona de construcción de dispositivos de guerra como la balista. El refugio había sido excavado en la falda de una colina.

Kang abrió con ímpetu la puerta de madera y se detuvo para adaptar la vista a la agradable oscuridad después de soportar la deslumbrante luz solar del exterior.

Slith y los comandantes de las siete tropas de ingenieros estaban sentados a la mesa, esperando el regreso de Kang.

—¡Eso es rapidez! —dijo Slith y al ver el modo como colgaban las alas de Kang, el suboficial agregó—: Ha ido muy mal ¿eh?

Kang tomó aliento. No estaba acostumbrado a correr.

—Nos han convertido en el tercer regimiento de infantería.

Slith clavó sus garras en la mesa y dejó marcas profundas en la madera. Gloth, uno de los bozaks, y ciertamente, de pocas luces, hizo un gesto sorprendido y dijo:

—¡Infantería! Esto significa las líneas del frente. Eso podría causar bajas.

Kang tomó aire para agregar la noticia verdaderamente mala, cuando ésta cruzó por sí sola el umbral de la puerta.

—¡Basta cháchara! —Tchk'pal apareció en la puerta de entrada con una enorme hacha de guerra en sus manos peludas. Desprendía un olor bovino que resultaba especialmente repulsivo a los draconianos—. Disponer filas de tropa. Yo hablar lagartijos sobre batalla de mañana.

¡Lagartijos! Kang, rabioso, lengüeteó y mostró los dientes. Gloth, conocedor del temperamento de su comandante, se estremeció involuntariamente.

—Sí, señor. De inmediato, señor. —Kang saludó de mala gana y con lentitud a su nuevo comandante de regimiento.

El resto de los oficiales draconianos se deslizaron fuera del refugio y marcharon corriendo hacia sus tropas.

El sol se encontraba a medio camino en el cielo y bajaba hacia el bosque. Las almenas estaban en dirección este, hacia los ejércitos del Áureo General, su archienemiga. Aquel ejército llevaba seis meses persiguiéndolos y forzando una

retirada tras otra. Los espías decían que el Áureo General ya no dirigía las tropas, que había sido secuestrada por la Reina Oscura y que entre las tropas reinaba una gran confusión.

Kang no se lo creía. Si fuera cierto, eso haría que los elfos lucharan con más fuerza. Y parecía, por lo menos, que sus oficiales podían actuar de forma conjunta y que no se daban puñaladas por la espalda entre ellos. De todos modos, él no tenía influencia en las decisiones de los mandos. El primer ejército de los Dragones había recibido órdenes de detener la retirada, organizarse y plantar cara a elfos y caballeros. Todo el primer ejército de los Dragones había levantado un asentamiento y esperaba el asalto.

Los doscientos draconianos del tercer regimiento estaban formados ante las murallas de barro y madera. A lo largo de ellas, había siete balistas dispuestas, cada una de ellas a cargo de un equipo de veinte draconianos. Tchk'pal estaba delante de las murallas blandiendo la enorme y sangrienta hacha de guerra de un lado a otro.

Kang deseó que el minotauro se cortara algo valioso.

—Gloria encima vosotros, guerreros draconiano —anunció Tchk'pal—. Mañana haber batalla grande. Mañana morir cientos de guerreros. ¡A lo mejor mayoría de vosotros! No escondemos tras suciedad. Atacamos, hacemos cara a enemigo y cortamos cabeza. Encontrar gran gloria para Reina de la Oscuridad y Sargas, dios de la guerra.

El minotauro continuó arengando así durante casi una hora. En algún momento, cuando agotaba sus conocimientos de lengua draconiana, Tchk'pal pasaba al idioma de los minotauros, que muy pocos draconianos entendían. Éstos lo miraban con expresión desconcertada.

Slith estaba junto a Kang, el cual movía la cabeza con desaprobación.

—Tú hablas el idioma de esa vaca. ¿Qué diablos está diciendo? —preguntó en voz baja Kang.

—Me está helando la sangre —repuso Slith—. Una batallita de minotauros o algo por el estilo. Continúa diciendo gloria, muerte y honor en cada frase. Y también eso de «saltar al corazón de la batalla». Ya conoces ese modo de hablar de la guerra. Me está poniendo nervioso. Como Gloth dice, alguien podría perder la vida. Y yo que ya empezaba a creer que saldríamos de ésta. —Slith se acercó más y bajó la voz—. Ya sabes lo que se dice. ¿Y qué si el Áureo General ha sido secuestrada? Tienen otros generales ¿no? Estamos perdiendo, y por mucho. Todo el mundo lo sabe. ¿Sabes en qué he estado pensando? —Sus ojos rojos adquirieron un aspecto soñador—. Nosotros, es decir, tú, yo y los muchachos, nos escapamos de aquí y fundamos un pequeño asentamiento en las montañas Kharolis. He oído decir que ahí viven enanos. Los enanos son unos bastardos muy activos. Tienen cultivos, ganado, sacan piedras de las montañas y todo este tipo de bobadas. De vez en cuando, siempre que

necesitásemos víveres podríamos asaltar sus aldeas. Podríamos darnos una buena vida...

—Esto es realmente tentador, Slith. —Kang contempló con admiración a su suboficial.

—Oh, bueno. —Slith se encogió de hombros. El tono de su voz se volvió amargo—. ¿Pero a quién quiero engañar? No viviremos lo suficiente para ver las montañas Kharolis.

—Tenemos que hacer algo con nuestro nuevo comandante, y pronto —dijo Kang en un gruñido—. Todas estas tonterías sobre la muerte, la gloria y el honor. Nos matarán y seguro que nadie cantará baladas sobre nosotros.

Tchk'pal continuaba con su arenga. Muchos draconianos, de pie bajo aquel sol cálido, empezaban a dar cabezadas. De pronto Tchk'pal pasó a hablar en el lenguaje de los draconianos.

—Éste es plan de batalla para mañana. Buscamos punto más fuerte de enemigo y atacamos. Aniquilaremos toda resistencia tras nosotros. Abrimos gran agujero. Será glorioso.

—Abrir grandes agujeros, de acuerdo —dijo Slith con hosquedad—, pero en nuestros cuerpos. Señor... —El sivak se acercó—. ¿Qué te parece hacer una pequeña visita a nuestro comandante esta noche, en su tienda? —dijo mostrando y blandiendo su daga.

—¿Qué haremos con su cuerpo? —preguntó Kang.

—¿Carne asada para el desayuno?

—No —dijo Kang tras pensar un momento frotándose la barbilla escamosa—. A mí, sin ir más lejos, me resultaría indigesto. Probablemente acabaríamos con retortijones y diarrea. Y sin duda Rajak querría saber qué le pasó a su vaca favorita.

—Podríamos decirle que ha desertado.

Kang miró torvamente al minotauro, que ahora estaba describiendo el mejor modo de matar elfos en un combate mano a mano.

—¿Él? ¿Desertar?

Slith se quedó pensativo.

—Sí —dijo de mala gana—, entiendo tu punto de vista, señor. Pero entonces ¿qué hacemos?

—Saltar en el corazón de la batalla... —musitó Kang. Luego sonrió y chasqueó los dientes.

Slith lo miró con esperanza mezclada con una extraña sospecha.

—Conozco esa mirada, Kang. La conozco muy bien. O nos salvas a todos, o nos matas antes de que Tchk'pal lo haga.

—Slith, cuando finalice este discurso tan inspirado quiero que tú personalmente tomes el mando de la segunda tropa. Id al almacén de ingeniería y localiza los planos

para construir una catapulta. Luego, a trabajar. Esta noche quiero tener una catapulta construida.

—¿Una catapulta? Señor, ya tenemos las balistas.

—Maldita sea, ya sé lo que tenemos. Haz lo que te digo: una catapulta.

—Sí, señor —dijo Slith dubitativo.

Tchk'pal finalizó su discurso con un aullido, supuestamente un grito de guerra de los minotauros que erizaba las escamas; Kang supuso que el minotauro esperaba que al oírlo todos harían chocar las armas y lo vitorearían. Pero aquel aullido tuvo un solo efecto: despertó a la tropa. Los draconianos lo miraban con asombro, boquiabiertos. Tchk'pal frunció el entrecejo. No imaginaba una respuesta tan poco entusiasta.

Entonces Kang profirió una aclamación enardecida y el resto de draconianos, animado por sus mandos, se unió a él. Tchk'pal sonrió halagado. Fue lo suficientemente generoso como para mandar romper filas. Los draconianos, con un aspecto sombrío, volvieron de nuevo a sus cuarteles.

Después de subir a las almenas, el minotauro se unió a Kang, el cual estaba hablando con Slith.

—Ya tienes las órdenes, suboficial. Adelante.

Slith saludó y se encaminó hacia las barracas del almacén que estaban detrás de ellos. Tchk'pal miró a Slith.

—¿Qué ocurre, draco? Yo no dar ninguna orden a muchacho lagartija.

—Hemos preparado una fiesta para esta noche, señor. La hacemos en honor de nuestro nuevo comandante y nos preparará para la gloria de la batalla de mañana.

—¿Una fiesta? —El morro de Tchk'pal se estremeció de placer—. ¿Para mí? Excelente yo no espero esto. Vosotros, muchachos lagartija, no tenéis ánimo para batalla. Pero esto ayuda. Pero... —El minotauro levantó una mano—. Nada de cerveza, vino o licores tóxicos de tipo ningún. Todas tropas tener cabeza despejada para batalla grande de mañana.

—Por supuesto, señor. —Kang hizo una inclinación—. Tenemos una bebida muy especial. La llamamos sidra difícil, señor.

—¿Difícil? ¿Por qué, difícil? —El minotauro miró con suspicacia.

—Porque es difícil de obtener, señor. Es de manzanas.

—Así que manzanas ¿eh? —Tchk'pal se relamió—. Suena saludable. Ya conoces dicho que comer una manzana por día mantiene a clérigos oscuros alejados.

—Eso esperamos, señor —dijo Kang—. Puede estar tranquilo y tomar litros de sidra.

Cuando el sol de la mañana se levantó, el corazón de Kang se vino abajo. Tchk'pal, quien supuestamente debía de estar totalmente borracho a esas alturas, todavía aguantaba en pie, todavía golpeaba su puño contra la mesa y todavía voceaba a todo

pulmón cantos de guerra.

—¡Cantad con mí! —exclamaba y los draconianos se veían forzados a cantar entre dientes uno o dos versos.

Kang miró al minotauro con aspecto sombrío. Era increíble. Tras ocho horas de beber la sidra más fuerte, aquella vaca maldita todavía se mantenía en pie. Él y Gloth habían tomado entre los dos unos quince litros aquella noche. Y el minotauro había bebido él solo unos trece litros por lo menos. Kang estaba preocupado. El minotauro parecía más sobrio que un Caballero de Solamnia y las existencias de sidra habían bajado peligrosamente.

Slith se asomó por el umbral de la puerta y entró en el refugio. Hizo un gesto silencioso a Kang para que le siguiera al exterior.

Tchk'pal, bebiéndose otra jarra de sidra, prometía contar otra emocionante batalla. No se dio cuenta de la marcha de Kang, ni de que Gloth había caído redondo.

La catapulta se erguía justo detrás de las murallas principales. El brazo principal era de madera y medía más de veinte centímetros de grosor; los demás listones excedían los treinta centímetros y las cuerdas eran muy gruesas.

—Buen trabajo —dijo Kang y agregó sombríamente—. Sólo espero que tengamos la oportunidad de emplearlo.

—Pensé que te encargarías de nuestro estimado comandante —dijo Slith mirando con preocupación hacia el refugio subterráneo—. ¡Por nuestra Reina, si parece preparado para dirigir la carga en cualquier momento!

—Lo sé —dijo Kang ceñudo y nervioso—. Tengo un plan, pero él ya debería estar borracho como un enano. Y ahí lo tienes, tragando ese líquido como si fuera leche. Si me hubiera bebido yo sólo la mitad de lo que se ha trasegado ése perdería el sentido durante un año.

El sonido claro de una trompeta élfica resonó por el aire. Kang y Slith se miraron y gruñeron.

—Tal vez no la ha oído.

Un alarido espeluznante atronó desde el fortín subterráneo.

—La ha oído —dijo Kang.

Tchk'pal salió al exterior arrastrando consigo a Gloth. El minotauro permaneció en pie, guiñando la vista ante el primer sol de la mañana. Sonaron trompetas del otro lado del campo. Un segundo después atronaron las trompetas de alarma de todo el ejército de los Dragones. En el campo, el gran ejército del Áureo General estaba empezando a formar.

—¡Rápido, Slith! —dijo Kang entre dientes—. Voy a distraerle. Dale un golpe en la cabeza.

Slith se marchó rápidamente. Por el rabillo del ojo Kang vio cómo su suboficial tomaba una gruesa rama de árbol.

—¡Señor! —exclamó Kang colocándose delante de Tchk'pal—. El... mmmm... enemigo se está acercando.

Y efectivamente, el enemigo venía por detrás. Slith avanzó volando por detrás del minotauro. El draconiano, empleando las alas para elevarse, ascendió un poco en el aire y descargó con toda la fuerza de sus músculos un golpe con la rama justo en la coronilla de la astada cabeza del minotauro.

Tchk'pal parpadeó, se balanceó unos instantes y levantó la mano para frotarse la cabeza. Luego, con una mirada siniestra, volvió el rostro hacia el sorprendido y tembloroso Slith.

—Por Sargas, ¿qué diablos creer que tú haces? —rugió el minotauro—. ¿Acaso intentar abatir a mí?

—N-n-n-n-o, s-s-señor. Sólo es, es... —tartamudeó Slith— una vieja costumbre draconiana, señor. ¡Inmediatamente antes de una batalla! —Se volvió y desplomó la rama de árbol contra la cabeza del desprevenido Gloth.

El draconiano cayó como un saco de patatas.

—«Si un árbol te da, tu espada mejor matará» —agregó Kang desesperado—. Es un viejo... proverbio draconiano.

—¿De veras? —Tchk'pal parecía interesado—. Gusta saber costumbres nuevas.

A continuación hizo ademán de tomar la rama de árbol; Kang y Slith asustados, se preparaban para resistir el golpe cuando una trompeta les salvó: la trompeta del enemigo.

Las orejas de Tchk'pal se levantaron.

—¡Ah! La batalla, por fin —dijo encaminándose hacia las murallas. Al ver la catapulta se detuvo un momento—. No ordenar una catapulta. Quitar de ahí eso. No necesitar hoy ninguna máquina guerrera para chicas. Lucharemos contra orejudos éstos en combate mano a mano.

—Señor, si me permite ¿No sería mejor suavizarlos algo al principio? —Kang hizo un último intento—. Primero utilizamos los arqueros y las balistas y lanzamos fuego con la catapulta para sacar de en medio la mayor cantidad posible antes de cargar...

—¡Bah! Parecer general Nemik. ¿Qué pasar, lagartija? ¿No confiar en mí? —Tchk'pal miró fijamente a Kang.

—No es eso, señor —dijo Kang imperturbable—. Por cierto, señor, ¿se siente bien? —Miró esperanzado al minotauro—. Está algo pálido por la zona del hocico.

—Nunca me sentir mejor —dijo Tchk'pal—. Infernar a los muchachos lagartija. —Posó su mano peluda y maloliente en la espalda de Kang—. Hoy gloria estará de parte nuestra. Draco, ¿saber? Necesitar más zumo de manzana. Tengo sed.

Kang se volvió hacia Slith, que tenía un aspecto abatido.

—Que el regimiento forme filas en las almenas, zafarrancho de combate.

Preparados para la lucha cuerpo a cuerpo.

Slith musitó algo en draconiano sobre la carne asada, saludó y avanzó lentamente y sin entusiasmo hacia las murallas. Luego empezó a dar órdenes.

—Gloth —dijo Kang dirigiéndose a su otro oficial—, dale al comandante otra jarra de sidra. Tiene que estar en forma para luchar y tiene sed. En marcha.

—Apenas nos queda —dijo Gloth en voz baja.

—Tengo una botella de aguardiente enano bajo mi camastro —respondió Kang en un susurro—. Añádelo a la sidra.

Gloth volvió con una jarra. El minotauro la bebió de un trago largo y profundo. Al terminar se secó los ojos.

—¡Grandioso Sargas! ¡Qué bueno está! —dijo Tch'pal con fervor propinando un palmetazo en la espalda a Kang que estuvo a punto de lanzarlo por encima de las murallas.

Mientras se reponía, Kang miró hacia el lugar donde el ejército del Áureo General empezaba a cerrar filas. La caballería pesada iba al frente, preparada para la carga. Kang jamás había visto tantos elfos. No sabía que hubiera tantos elfos en todo aquel mundo maldito.

—¡Eso es lo que pienso de vosotros, escoria elfa!

Tch'pal arrojó la jarra vacía delante de las murallas; ésta se hizo añicos contra las piedras que había abajo. Con la jarra se desvanecían también todas las oportunidades de los draconianos para sobrevivir. Kang hizo un gesto negativo con la cabeza y confió su alma a la Reina Oscura.

Desde algún punto de las murallas se oyó un chillido.

—¡Un dragón! ¡Un Dragón de Cobre!

Kang gimió. Sólo faltaba eso.

El dragón se elevó a la vista de todos. El sol hacía brillar sus escamas de cobre, y la luz adquirió un tono plateado en la punta de la terrible arma conocida como la Dragonlance. La caballería de los elfos, dispuesta delante de los draconianos, tomó como señal la aparición del dragón y se lanzó a la carga. El suelo retumbaba bajo el ruido de los cascos de los caballos. Unas voces élficas entonaron una misteriosa canción que aterrorizó a los draconianos.

Tch'pal miró hacia Kang.

—Hoy es buen día para morir. ¿No de acuerdo, draco?

—Un día glorioso para que uno de nosotros muera —musitó Kang.

—¿Qué dices, draco?

—Digo que estoy impaciente por seguirlo en la batalla, señor —se corrigió Kang.

Tch'pal sonrió en señal de aprobación.

—A mi señal, saltaremos de las murallas e iremos a su encuentro de cabeza, asta contra asta, garra contra garra.

—Sí, señor —dijo Kang. Se sentía fatal.

—¡A LA CARGA! —exclamó Tchk'pal. Alzó su hacha y cayó de bruces.

Kang se lo quedó mirando con desconfianza, no quería albergar falsas esperanzas. Propinó una patada al minotauro yacente. Tchk'pal respondió con un ronquido.

—¡Slith! ¡Gloth! ¡A mí! —gritó Kang.

Tomó a su comandante por debajo de las axilas. Los otros dos draconianos lo cogieron cada uno por una pierna.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Slith.

—Quería estar en lo más reñido de la batalla —gruñó Kang—. Tendrá lo que quería. Por ahí.

Los otros dos miraron, vieron y sonrieron. Con esfuerzo, lograron bajar al minotauro bebido de las murallas. No sin esfuerzo, consiguieron por fin meterlo en la cuenca de la catapulta.

—¡Qué idea tan magnífica! —dijo Slith admirado—. Encontrarán el cuerpo en el campo de batalla, muy lejos. Todos pensarán que ha muerto por las heridas recibidas en el combate. Nadie sospechará de nosotros. Señor, eres un genio.

Slith se puso en posición y posó su espada encima de la cuerda de retención.

—¡Espera mis órdenes! —exclamó Kang.

Subió corriendo a la muralla y vio que la caballería de los elfos estaba casi sobre ellos.

—¡A vuestros puestos! Preparados para la batalla —chilló.

Los draconianos se dispersaron. Se dispararon tiros de ballestas por todo el frente de la muralla. Los grupos encargados de las balistas empezaron a hacer funcionar sus armas.

El avance principal del enemigo arremetió contra el segundo regimiento, situado a la derecha de la posición de Kang. Éste esperó. Tras la caballería pesada, avanzaban unas largas líneas de infantería. Cuando los elfos cruzaron el lecho seco del riachuelo, Kang ordenó disparar con las balistas. El efecto fue inmediato. En las ordenadas líneas de las tropas de avance hubo de pronto grandes huecos. Las líneas del enemigo empezaron a flaquear. Los draconianos cargaron de nuevo las armas para efectuar un segundo disparo.

Sin embargo, el desperfecto ocasionado por las armas grandes llamó la atención del jinete del dragón. Entonces el Dragón de Cobre se giró en lo alto y se lanzó hacia abajo con la intención de destrozar las murallas. La caballería pesada cambió la dirección de su ataque hacia el frente de Kang y embistió. Entonces Kang se volvió hacia Slith y lo miró. El sivak estaba dispuesto con la espada en la mano.

En aquel preciso instante Tchk'pal volvió en sí. Miró a un lado y otro y se vio en la cuenca de la catapulta. Aquello le devolvió la sobriedad.

—¡Que Sargas se os lleve, dracos! —bramó mientras intentaba salir—. ¡Sacadme

de aquí! ¡Os mataré a golpes por...!

—¡LANZAD! —gritó Kang.

Slith cortó la cuerda de retención. El brazo principal de la catapulta se irguió y envió el minotauro por los aires.

—¡Al ataque! —dijo Kang mientras veía cómo el minotauro volaba graciosamente por encima de las copas de los árboles.

—¡Qué el Abismo me trague! —gritó sorprendido Slith corriendo hacia la muralla para mirar—. ¿Ha visto eso, señor?

El Dragón de Cobre lanzó un chorro de ácido sobre una de las balistas de la muralla. El arma explotó y el equipo que la manejaba se dispersó para resguardarse del ataque. El Dragón de Cobre se disponía ya a matarlos uno por uno cuando el minotauro, desplazándose como un rayo por el aire, fue a dar de lleno en el pecho del dragón.

—¡Alabada sea la Reina Oscura! —dijo Kang con respeto—. ¡Le ha clavado las astas! —Se volvió hacia su suboficial—. ¡Buen tiro, Slith!

—Gracias, señor —respondió Slith.

El dragón, su jinete elfo y el minotauro cayeron como si fueran sacos de patatas, levantando una gran nube de polvo.

—Una muerte gloriosa —dijo Kang con solemnidad.

—Y honrosa —agregó Slith. Luego alzó la voz y dijo—. ¡El comandante ha muerto! ¡Un momento de silencio por el comandante muerto!

—No creo que te hayan oído —dijo Kang al cabo de unos segundos.

Slith se encogió de hombros. Por su parte, Kang volvió a dar órdenes.

—¡Accionad las balista! ¡Arqueros, tirad a discreción!

Las balistas que quedaban dispararon a diestro y siniestro contra la caballería de elfos que se acercaba, mermando las filas del frente. Los caballos giraban, corcoveaban y piafaban, aterrorizados por la sangre y el ruido. La infantería, que venía detrás de ellos, se detuvo en seco.

—¡Lanzad! —exclamó Kang.

Los proyectiles de las balistas hicieron mella en el enemigo. La caballería de elfos dio la vuelta y se retiró. Los caballos chocaban contra las líneas de infantería que iban detrás y mataban a los propios soldados elfos, provocando así una retirada desordenada.

—¡Vamos a desearles un feliz regreso a casa! —chilló Kang.

—Saltó de las murallas seguido por sus hombres. Estaban a punto de dar caza a los elfos que se retiraban con la idea de matar unos cuantos rezagados y dar muerte a los heridos cuando Kang vio por el rabillo del ojo una armadura brillante.

Temió haberse equivocado y giró para enfrentarse a aquella nueva amenaza cuando descubrió que se trataba de los Jinetes de la Muerte de Nemik, el regimiento

de caballería superior del primer ejército de los Dragones. Iban a la carga, adelantaron a los draconianos y se lanzaron al combate llevándose por delante las fuerzas que tenían ante sí.

Kang reagrupó a sus hombres atrás. Su trabajo había terminado.

—¡A formar!

La orden se repitió por toda la línea. Lentamente los draconianos formaron en línea de batalla.

Aquél era su día. La estrategia de Kang había funcionado.

Ordenó a sus hombres el regreso a las murallas. Al volver se detuvo para ver el cuerpo abatido del Dragón de Cobre.

Tchk'pal yacía junto al dragón. Tenía la parte superior de la cabeza cubierta de sangre. Las dos astas todavía estaban incrustadas en el pecho del dragón. Kang lo miró con una secreta admiración. Una lanza podría haber chocado y rebotado contra aquella bestia tan fuerte, pero ni siquiera las escamas más duras o la piel más gruesa podían resistir el impacto de un minotauro catapultado.

El jinete elfo del dragón yacía muerto debajo de su montura. Kang partió en pedazos al jinete con su espada. Así, el Áureo General, o quien estuviera al mando, sabría que los draconianos habían matado a aquel oficial.

—¿Dónde está nuestro intrépido líder? —preguntó Slith detrás de él.

Kang señaló con el dedo. Los dos se encaminaron hacia allí para echar un vistazo a los restos del minotauro. Mientras discutían si era aconsejable o no acarrear el cuerpo de aquella vaca para presentarla a lord Rajak, el minotauro se movió.

—¡Por el gran Chemosh! —Las alas de Kang se agitaron involuntariamente y lo elevaron unos centímetros por el aire antes de que lograra recuperarse de aquel espanto.

Slith estaba paralizado por el terror.

Las enormes astas del minotauro todavía estaban incrustadas en el pecho del dragón. Tchk'pal empezó a revolverse y girar para separarse del dragón empujándolo con los brazos.

—¡Kang! ¡Kang! —chillaba Tchk'pal—. ¡Te veo, Kang!

—Somos draconianos muertos —dijo Slith en voz baja—. Es capaz de acordarse de lo que le hicimos. Señor, tal vez debiera clavarle sin más la espada por accidente.

Un grito se elevó detrás de ellos.

—Demasiado tarde —musitó Kang—. Alguien nos ha visto.

Miró atrás y vio que lord Rajak, rodeado de sus guardas humanos, examinaba el campo de batalla. Habían divisado el cuerpo del Dragón de Cobre y se acercaban a investigar. Kang les saludó y se puso firme. Tchk'pal, cubierto de sangre, logró ponerse en pie tambaleándose y asiéndose la cabeza dolorida. Rajak los miró sorprendido.

—Debo decir que estoy gratamente sorprendido. Mi nuevo tercer regimiento ha vencido. Tchk'pal, estás cubierto de sangre. ¿Qué te ha ocurrido?

El minotauro rugió, frunció el ceño y abrió la boca.

—Señor —dijo Kang antes de que el minotauro pudiera articular palabra—, es increíble. Nuestro comandante de regimiento ha matado él solo al dragón. Le ha corneado, señor. Un acto de valentía como éste, creo, jamás había sido efectuado por ningún otro minotauro. Y luego él solo la emprendió contra la caballería del enemigo. Cayó sobre ellos como un rayo, señor. Como caído del cielo.

Slith se atragantó y tosió.

—Ha sido algo digno de verse —prosiguió Kang fervoroso—. ¡Gloria y honor a nuestro comandante! ¡Hip, hip, hurra! —vitoreó.

Slith lo coreó con algo de retraso.

Tchk'pal estaba boquiabierto, perplejo, aturdido.

Rajak se acercó al dragón muerto. Contempló los orificios dejados por las astas en el pecho del dragón. Rajak miró a Tchk'pal con temor reverencial.

—¡Por nuestra Reina Oscura! Nunca había visto nada parecido. ¡Bien hecho, Tchk'pal! Como ha dicho el draconiano, mereces gran gloria y honores. Me encargaré de que te recompensen como mereces. Comandante del regimiento, acompáñame.

—Pero... pero... —Tchk'pal miraba atrás, hacia Kang—... ellos... yo...

—No seas modesto, Tchk'pal —dijo Rajak—. Este ejército necesita héroes. Eres una honra para todos nosotros. Vosotros, ayudadle.

Dos soldados humanos sujetaron en posición firme a Tchk'pal y lo escoltaron, tambaleante; manoteando y farfullando, de nuevo hacia las murallas.

—Señor, eso ha sido brillante —dijo Slith—. Nunca se atreverá a contar la verdad.

—A Rajak no le diré la verdad —contestó Kang agitando la cabeza negativamente—. Pero espera que pueda hablar con nosotros. Todavía es nuestro comandante ¿O acaso lo habías olvidado?

Slith se quedó con la lengua fuera, luego la dobló por la punta y la guardó en la boca. Juntos regresaron hasta las murallas con expresión sombría. Gloth se acercó para dar el informe.

—Señor, hemos perdido cuatro hombres, con el comandante incluido, y una balista. Tengo ya a la tercera tropa trabajando en la construcción de una nueva. —Al ver que Kang hacía un gesto negativo con la cabeza preguntó—: ¿Qué ocurre?

—No cuentes al comandante. Está vivo —dijo Kang.

—¿Vivo? —Gloth dejó caer su espada y estuvo a punto de perder un pie—. ¿Cómo ha podido resistirlo? Que Sargas se lo lleve y...

—¡Atención! —Kang hizo un saludo.

Tchk'pal subía hacia las murallas.

—Ahora se va a armar —susurró Slith.

Kang se preparó para aguantar lo peor. Tch'pal se acercó al comandante de los draconianos, lo tomó por los hombros y le besó a ambos lados de la cara. Kang estuvo a punto de desmayarse por el hedor y el susto.

—¿S-s-s-eñor? —tartamudeó.

—Bien hecho, mis soldados —dijo Tch'pal con una sonrisa—. Yo ganar honor y gloria ante el comandante de la división. —Los ojos del minotauro se acercaron e indicando la catapulta con un pulgar, dijo—: Vosotros saber, idea mía. Los dos os acordáis de ello.

—¡Oh, sí señor! —dijo Kang.

—Su idea, sí señor —agregó Slith—. Genial. Simplemente, genial.

—Sí. Es verdad. —Tch'pal sonreía de nuevo—. Y ahora otra idea, todavía mejor...

Los draconianos gimieron para sus adentros mientras se preparaban para oír lo que el destino les deparaba. Tch'pal se volvió y miró detenidamente la catapulta.

—Lo volveremos a hacer —dijo—. Mañana me lanzar dentro de la batalla. Pero esta vez más lejos y más alto. Quiero volar dos veces más alto y dos veces más rápido. ¿Podréis dracos?

Los dos draconianos se miraron entre sí y sonrieron.

—Su próximo vuelo será glorioso, señor —prometió Kang.

—Puede estar seguro de ello, señor —dijo Slith.

—Excelente. —Tch'pal estrechó con sus brazos peludos las espaldas de ambos—. Y ahora, lagartijas, vamos a celebrarlo. ¿Tenéis más de aquel delicioso zumo de manzana?

Por la puerta del cielo

[Roger E. Moore]

Tenía prisa por llegar a casa, a la confortable roca protectora que se encontraba exactamente ciento noventa y tres kilómetros más abajo, cuando ellos le alcanzaron. Lemborg vio un destello que cruzaba en línea recta el espejo retrovisor izquierdo, pero cuando el tanque de maniobra hidrodinámica de babor explotó en la parte trasera de su nave, la palabra «proyectil» todavía no había llegado a su cerebro.

Lemborg sufrió una docena de sacudidas entre el asiento de piloto y las cintas de sujeción de piel, como si fuera una pelota de goma; sus oídos ensordecieron ante el estruendo, mayor que un trueno, causado por la destrucción del tanque presurizado. Cuando por fin dejó de ver doble, el pequeño gnomo vio que, en lugar de ocupar la ventana principal, la gran esfera azul de Krynn brillaba en el retrovisor. El *Espíritu del Monte Noimporta Número XXVIII-B* se estaba desviando a la derecha, en el sentido de las agujas del reloj, mientras dejaba una estela de vapor de varios kilómetros, como si fuera la cola de un cometa incandescente.

Sobre aquella estela se distinguía también una nueva estrella que sobresalía entre las constelaciones infinitas, una estrella que no se movía con las demás. Era un astro muy brillante y estable y con solo verlo incluso un piloto inexperto en el espacio como Lemborg podía decir que le estaba siguiendo.

Le estaban persiguiendo.

Lemborg dio un respingo. Con la mente agobiada por mil terrores inexplicables, el gnomo de barba blanca agarró con las dos manos la palanca amarilla que tenía a un lado y le dio un tirón brusco hacia atrás. Las abrazaderas metálicas se desbloquearon entre chirridos y chasquidos en toda la popa del *Espíritu*. Acto seguido, las sirenas y otras señales de alarma empezaron a aullar de forma ensordecedora. Tras una sacudida que recorrió todo el *Espíritu* y que alcanzó incluso los dientes de Lemborg, el mecanismo de maniobra hidrodinámica se liberó por completo del fuselaje de la nave, justo en el momento en que la cara inmensa y teñida de manchas blancas de Krynn se mostró a la derecha del gnomo.

En el preciso instante en que el mecanismo fue eliminado, Lemborg soltó la palanca amarilla y levantó el brazo para asir una anilla de mano que tenía sobre la cabeza, adjunta a un perno grueso. Tiró hacia abajo con fuerza. El metal chirrió y un enorme resorte se disparó hacia popa por un riel, tirando así de la cuerda que conectaba con el estabilizador giroscópico primario. Inmediatamente el quejido estruendoso del giroscopio se hizo amo del *Espíritu* y la caída de la nave cesó.

Lemborg se desplomó sobre su asiento forrado de lana, sin apenas aliento y con el rostro, normalmente oscuro como la madera, pálido y cubierto de sudor. Krynn

Glorioso volvía a estar directamente al frente: una bella esfera azul y blanca que ocupaba toda la ventana y se extendía hasta más allá. La isla de Sancrist y la seguridad del Monte Noimporta estaban ya a pocos minutos de allí. Casi había llegado a casa. Nada significaba la pérdida del ensamblaje de maniobra, que le había costado diecisiete mil cuatrocientas seis monedas de acero, pesaba dos toneladas y le había llevado tres años de perfeccionamiento. Lo importante era que ellos no lo capturasen. Al fin y al cabo el tanque reventado había convertido el ensamblaje en algo inútil y peligroso y, por otra parte, le obligaba a reducir la velocidad y ésta era la única aliada de Lemborg.

Un haz de luz pasó veloz por estribor, muy cerca. Lemborg vio aquel rayo cruel delante de él, apenas visible entre las nubes de Krynn, antes de que desapareciera.

Habían fallado. Eso no era normal. Tuvo la certeza de que eso no iba a ocurrir con el disparo siguiente. Como decía su primo del Gremio de Eliminación de Subproductos, había llegado el momento de dar la última coz de vaca.

Lemborg ajustó el giroscopio con una barra de dirección reduciendo el ángulo de descenso hacia Krynn y orientando la nave hacia la isla de Sancrist. Luego musitó la plegaria tradicional de los gnomos ingenieros («Gran Reorx, no permitas que este aparato explote de un modo inapropiado»), se levantó del asiento en la medida en que las cintas de sujeción se lo permitían y dio una patada con su pie derecho.

El tacón de la bota cayó sobre una placa de metal que cedió ligeramente. Lemborg oyó un chasquido a sus espaldas. Cerró los ojos, apretó los dientes y se apresuró a regresar a su asiento.

La explosión que se oyó fue más fuerte que la del tanque de maniobra, más fuerte que el estallido de un rayo en una sala de estar, más que el Martillo de Reorx contra el Yunque de la Creación al forjar el Caos estelar, los Cinco Mundos y el Orden Universal... por lo menos así lo interpretó el pensamiento delirante de Lemborg cuando una fuerza inmensa lo aplastó contra el asiento de piloto, excesivamente mullido, e intentó arrancarle la piel del rostro. Unas agujas ardientes le abrasaban los oídos. No podía respirar. Entonces perdió el conocimiento.

A su pesar, abrió los ojos ante una escena violenta y trepidante. El viento entraba en la cabina y le aporreaba la cara a la vez que le clavaba las cintas de sujeción contra el pecho y los brazos. Las nubes corrían vertiginosamente al lado de la destrozada ventana de mando: unas bolas de algodón titánicas y estelas blancas se elevaban rápidamente hacia el luminoso cielo azul. El aire olía a metal chamuscado, madera y pintura.

Lemborg se tendió laxo e inmóvil en su asiento. El dolor ardía en su cabeza como si fuera lava. Llevaba el mono naranja sucio y tenía la sensación de que su cuerpo había sido vapuleado por gigantes. Pensó que iba a vomitar de un momento a otro.

Entonces se acordó del botón de emergencia. Aún sumido en el espantoso dolor

que latía en su cabeza, pensó que sería interesante ver qué ocurriría si fallaba. Con los dedos de la mano derecha buscó el extremo del soporte para el brazo y encontró por fin el botón.

Una sacudida se propagó por toda la nave y arrojó a Lemborg hacia adelante, contra las cintas de sujeción. El caos de nubes que pasaban se redujo cuando la nave se desaceleró y voló más derecha. Lemborg imaginó las alas de emergencia del *Espíritu* desplegándose hacia afuera y colocándose en su sitio. El paracaídas de freno para el aterrizaje posiblemente había quedado desgarrado inmediatamente pero, por lo menos, había reducido algo la velocidad de la nave y la había vuelto más maniobrable.

La maltrecha mano izquierda del gnomo tomó una barra vertical que tenía junto a las rodillas. La movió con rapidez y el morro del *Espíritu* se inclinó hacia abajo, donde a pocos metros se extendía un luminoso desierto de dunas y hierba oscura. Ya estaba casi en casa. Entrecerrando los ojos para protegerlos del viento, intentó localizar una pista de aterrizaje improvisada.

Entonces Lemborg se dio cuenta de que la nave descendía demasiado rápido. Sus ojos se abrieron con terror. Por instinto levantó la mano derecha tratando de esquivar una arenosa estribación erosionada a la que se aproximaba a gran velocidad.

El *Espíritu* pasó la estribación sin rozarla. Por poco.

Un estrépito demoledor y estremecedor recorrió la nave. El *Espíritu* se sacudía con furia, oscilando de babor a estribor, por encima de los escombros del suelo mientras resbalaba por la arena cubierta de piedras. Un millar de chispas se levantaron desde la parte baja del casco. Las alas de emergencia golpearon contra unas rocas y salieron despedidas. El polvo cayó dentro de la cabina del piloto y cegó a Lemborg por un instante, llenándole la boca y ensuciándole el rostro.

Lemborg no llegó a ver los muros de piedra que tenía delante, ni el arco con sus dos antiguas, y cerradas, puertas que se erguían justo en su ruta. El fuselaje de su nave espacial en forma de cono dio contra aquellas puertas de madera y las convirtió en nubes de astillas volantes. Cuando la nave penetró deslizándose, los tanques de maniobra auxiliares de babor y estribor situados en la sección central de la nave dieron contra los muros antiguos, uno en cada lado, y explotaron al instante; el *Espíritu* se partió limpiamente en dos mitades y la mayor parte del arco quedó también destrozada.

Bajo una lluvia de luminosas llamaradas naranjas, rocas partidas y restos de nave ennegrecidos, la mitad delantera del *Espíritu del Monte Noimporta Número XXVIII-B* se detuvo en el centro de una ciudad del desierto abandonada desde hacía mucho tiempo, con el morro apuntando ligeramente hacia arriba, pues había quedado encima de un montón de arena que rodeaba una fuente seca de piedra. Los escombros repicaron al caer y golpear contra los bajos metálicos chamuscados.

Lemborg abrió aturdido los ojos y tuvo la visión breve y borrosa de un enorme monstruo sonriente que miraba a través de la ventana de mando destrozada. «Esto no puede ser bueno», pensó justo antes de que la inconsciencia se apiadara de él y lo tomara para sí.

La conciencia volvió a Lemborg después de siglos de pesadillas. Al principio apenas era consciente de estar vivo. La sensación no era agradable en absoluto. Sentía la piel de la cara y de las manos caliente y quemada por el sol. Se humedeció los labios secos y se dio cuenta de que tenía sed. De hecho, tenía mucha sed.

—Vaya por delante mi saludo —atronó una voz en sus oídos, tan grave y fuerte, que Lemborg notó cómo su cuerpo vibraba—. Tendrás que explicarme pronto cómo lograste introducir este curioso aparato tuyo en mi ciudad y si este modo de llegar fue premeditado. Me impresionaste mucho, así que seré paciente con tu respuesta.

El pequeño gnomo abrió los ojos. Miró aturdido hacia arriba y vio un techo ricamente pintado, que se extendía más allá de lo que sus ojos alcanzaban. La pintura representaba unos pequeños humanos vestidos con trajes de vivos colores que desfilaban dentro del encuadre de unos grandes círculos haciendo sonar trompetas y tambores. Dentro de aquellos círculos se veían figuras con los brazos extendidos hacia un humano apuesto y con una armadura muy ornamentada que estaba sentado en un trono en el centro con una espada alzada en su mano derecha, en un gesto de victoria. El techo estaba resquebrajado por el tiempo pero los colores no habían perdido intensidad.

Lemborg parpadeó y estiró el cuerpo para comprobar cómo se encontraba. Se le escapó un quejido y cerró los ojos. Todo el cuerpo le dolía terriblemente. Todo él era mucho más que un moretón viviente.

—Estás malherido, pero sobrevivirás —dijo la voz atronante en tono amistoso. Aquélla no era la voz de ningún ser vivo que Lemborg conociera. Las palabras sonaban claras, pero el registro era tan grave que Lemborg supuso que quien fuera que estuviera hablando tenía que ser inmenso. Tal vez fuera un ogro. Con un poco de suerte, no sería un minotauro.

—Qu... —La garganta seca de Lemborg le impidió proseguir. Tosió y al levantar la mano una oleada de dolor le cruzó el brazo, el hombro y el pecho.

De pronto, un chorro de agua cayó en la cara de Lemborg. Éste dio un respingo y se incorporó a medias chillando de dolor a causa del brusco movimiento. Intentó volver a tumbarse pero eso sólo hizo que el dolor empeorara.

Un gran objeto sólido le apretó suavemente el brazo izquierdo. Empezó a chillar de nuevo, pero un alivio bendito, bonito-como-la-primavera, se propagó por su cuerpo. El dolor desapareció. Se imaginó una ola de mar acariciando la playa para cubrir la arena con su espuma refrescante que lo sumergía a su paso.

Suspiró, respiró débilmente, se volvió sobre el costado izquierdo y luego abrió de nuevo los ojos. Intentó incorporarse y esta vez lo logró.

Entonces vio al dragón.

—¡AAAAAAHHHH! —gritó cayendo de espaldas. El dragón brillaba como una gran montaña de oro bruñido. Unos enormes ojos negros lo contemplaban impasibles bajo los prominentes arcos ciliares cubiertos de escamas. La cabeza de aquel monstruo casi rozaba el alto techo. Lemborg tenía cinco garras marfileñas a no más de medio metro, cada una de ellas, más larga que sus propias piernas.

—¿Más agua? —preguntó el dragón solícito. La gran pata con garras situada junto al gnomo se apartó de él con cuidado, se dobló y se metió en una gran cuba de metal que había ahí cerca. El agua cayó a borbotones entre las garras cuando éstas se alzaron de nuevo y se acercaron al gnomo a una velocidad alarmante.

Lemborg se volvió atrás rápidamente pero al cabo de un segundo se encontró empapado de pies a cabeza. Sacudido por la tos, agitó histérico los brazos.

A pesar de la confusión, notó que algo muy grande se le acercaba. El aire se volvió excesivamente caliente.

—No vas a tener miedo —dijo el dragón con un conjuro. El aire alrededor de Lemborg quemaba como si se hubiera abierto la puerta de un gran horno. Las palabras del dragón le recorrieron el cuerpo, cobraron vida y por fin se instalaron en su mente.

Lemborg cayó hacia atrás con los brazos extendidos a los lados. Tosió un par de veces, tomó aliento y de nuevo se sentó erguido. El dragón adoptó su primera posición y lo miró con paciencia.

—¡No más agua, gracias! —exclamó rápidamente el gnomo empapado—. Ahora estoy bien, muy bien. Siento el terrorífico espectáculo de antes. Nunca había tenido oportunidad de ver un dragón de cerca; en mi país no hay. Sólo existen en los libros. Obviamente, los dragones son más grandes en la vida real. Simplemente, me cogiste con la guardia bajada. —Lo miró para asegurarse de que no habría más sorpresas.

—Estoy encantado —dijo el dragón. Al decirlo, Lemborg se quedó confuso pues no acertaba a saber qué era lo que le había encantado. El dragón giró ligeramente la cabeza para mirar al gnomo con su ojo derecho. Lemborg pensó que aquél era un gesto bastante regio. Aquel dragón no hacía ningún gesto inútil, sólo se movía lo necesario.

—Deberíamos presentarnos —indicó el dragón. Un aire caliente y seco dio contra el rostro de Lemborg. Oía a arena quemada. A Lemborg le escoció el cuero cabelludo, notó cómo se le agrietaban los labios y rápidamente se los humedeció.

—Oh, por supuesto. —El gnomo se puso en pie cuidadosamente, se sacudió el polvo del traje de vuelo naranja y se irguió para mirar al dragón de frente. (En su interior algo le decía que dar la cara a un dragón vivo era extremadamente peligroso

pero, por algún extraño motivo, aquello no le pareció una causa real de preocupación) —. Piloto técnico del gremio de Aerodinámica de cuarta clase Lemborgamontgoloferpaddersonrite. Evidentemente, ésta es la forma abreviada del nombre, aunque los humanos lo dejan en Lemborg. Si nos queda tiempo existe una versión larga del nombre, que no nos tomaría más de media hora, o la forma completa, la cual...

—Tal vez en otra ocasión —dijo el dragón, tajante. El gnomo se calló—. Lemborg, puedes llamarme Kalkon, lo cual, evidentemente, es una abreviatura de mi nombre. Pero no voy a aburrirte con la forma más larga. —El dragón levantó el morro ligeramente—. Antes ya te he felicitado por el modo en que has llegado aquí, a lo que se conoce como los Eriales del Septentrión de Solamnia. La demostración fue agradablemente extravagante y tan espectacular como la gran tormenta de arena del año trescientos cincuenta y tres que se llevó la torre oeste del Gran Templo. He contemplado la escena entera desde la entrada de los cuarteles principales de la guardia. Ha sido un desperdicio inútil y destructivo de energía, por cierto, y ha requerido luego un conjuro de curación por mi parte para que te recuperases. —El dragón enfatizó esta última parte—. Pero tu estilo me gusta. Sin duda gozas de buena reputación entre tus compañeros magos.

—¿Qué? —La boca del gnomo se abrió por la sorpresa—. ¡Oh! De mago nada, gracias, sino miembro del gremio de Aerodinámica del Monte Noimporta. No un mago, no, nada que ver, nada. Y gracias por el conjuro. Muy agradable, de hecho. Bueno... —Lemborg volvió a dar una vuelta para contemplar la sala, una enorme estancia desierta—. Sólo he hecho aterrizar una tecnonave aquí... mmm...; pero... parece que ahora se ha extraviado. La zona de aterrizaje tampoco está. Yo iba al Monte Noimporta. Espero que ese último modelo de tecnonave no se haya perdido ni... nada. Tal vez podría arrojarse algo de luz sobre el lugar donde esta bobada de cosa parece haber...

—Tú eres un gnomo chatarrero de Sancrist, al oeste —interrumpió el dragón a la vez que asentía con un ademán de comprensión—. Tu gente construye objetos metálicos que explotan.

—Bueno —dijo Lemborg con una mueca—, no siempre es así, naturalmente. Esto se ha convertido en un mito porque en el transcurso de los últimos veinte años fiscales, menos del noventa por ciento de los inventos de los gnomos efectivamente explotaron o tuvieron que rehacerse por defectos catastróficos de diseño o manufact...

—Denominas a tu aparato de vuelo tecnonave —dijo pacientemente el dragón Kalkon—. ¿Qué hace exactamente una tecnonave?

—Oh. —Lemborg frunció la frente al concentrarse. Ya había intentado explicar eso antes a los humanos y no había tenido éxito. Era algo tan simple a la vez...—. Bueno, esta nave, que evidentemente se ha extraviado, es una tecnonave, las

tecnonaves vuelan igual que las aves pero sin el aleteo de las alas y las plumas y todo eso... Es más como... mmm... un planeo con motor... como el vuelo de las maginaves... bueno, mejor, planeo...; lo que pasa es que las tecnonaves, a diferencia de las maginaves, no funcionan con magia, son sólo máquinas si bien ambos aparatos se diseñaron para volar en el espacio inexplorado, entendiendo como tal la... nada que hay sobre el mundo, o alrededor de él, o, de hecho, entre distintos mundos... el caso es que estas tecnonaves pueden...

—Llegaste aquí en una nave voladora capaz de viajar entre mundos distintos —interrumpió Kalkon. Lemborg, sorprendido de que el dragón lo hubiera comprendido tan pronto, asintió con vehemencia—. ¿Acaso estabas regresando de otro mundo?

—Oh, no, despegué de aquí, desde luego —dijo Lemborg. Sacó pecho y tiró de su corta barba blanca con orgullo—. De hecho, éste es el primer vuelo con éxito de una tecnonave del gremio de Aerodinámica. Un milagro del desarrollo actual tras sólo veintisiete intentos, eso sin contar los ochenta y seis programas anteriores. Esta mañana al amanecer, salí y tomé el viejo *Espíritu del Monte Noimporta*, Número XXVIII-B para dar una vuelta y...

Lemborg se detuvo. Su expresión mudó de repente y su cara morena se volvió grisácea. El dragón aguardó mirando detenidamente a Lemborg. Éste levantó los ojos, se humedeció los labios y tragó saliva.

—Mmm, disculpe, he perdido el hilo de la conversación —dijo distraído—. Tal vez lo mejor sería intercambiar los nombres y direcciones ahora y volvernos a reunir en cuanto nos lo permita la agenda. Sí. Sin duda estaría muy bien saber cómo llegar a esa tecnonave, si es que realmente ha sido avistada y luego ponernos en contacto, en cuanto la huelga del gremio postal del Monte Noimporta se haya res...

—Dime —requirió el dragón.

—¿Decir? ¿Decir qué? O sí, la dirección, bueno, lo mejor sería enviarla por correo en cuanto...

—Dila ya.

—No puedo acordarme muy bien ahora pero...

—No. La verdad.

—Ah, no es nada —el rostro de Lemborg expresaba ansiedad—, de veras, sólo creí que lo mejor era irse antes de que... de que la bienvenida pase y...

La gran cabeza de Kalkon se precipitó muy cerca del gnomo sin que la expresión cambiara excepto para abrir levemente la boca.

—¡Antes de que ellos lleguen aquí! —exclamó el gnomo en un chillido, trastabillando hacia atrás y cayendo sobre sus posaderas. Tenía los ojos como platos y mantenía la vista clavada en los dientes del dragón—. ¡Antes de que ellos lleguen aquí!

Durante un momento reinó un silencio tenso. Las manos del gnomo temblaban

mientras sujetaban la barba blanca.

—Ellos —repitió el dragón mientras se echaba hacia atrás.

—De verdad, necesito irme —repitió con urgencia el gnomo que al retorcer los dedos con nerviosismo se estaba enredando la barba—. Debería irme antes de... mmm... antes. Fue el generador del dispositivo de paso, nunca hubo la menor intención de arrebatárselo, sólo que se puso en medio del camino cuando las cosas se fueron de las manos y llegó el momento de salir de ahí, rápidamente antes de que ellos... mm... me atraparan a mí y en toda esa confusión y carreras de un lado a otro, ocurrió que todos se pusieron nerviosos en el puente y entonces vi el generador en su soporte y, pum, corrí directo a él. Fue estúpido, claro, y el generador del dispositivo de paso se soltó y cayó en esta manga, justo aquí, y claro, no había tiempo de sacarlo y devolverlo, de forma que fue a parar al *Espíritu del Monte Noimporta*; Por suerte, bastante ligero y ahí estaba, metido en esta manga, y se ha quedado ahí, en la nave... —Lemborg se detuvo para tomar aire—. Evidentemente ahora quieren recuperarlo, y de qué manera... De hecho lo necesitan; de lo contrario su dispositivo de paso sólo es un montón de chatarra, así que vendrán pronto, tal vez en pocos minutos, pues estaban muy cerca cuando fue preciso hacer estallar el sistema de propulsión de combustible sólido de alta velocidad. Lo mejor sería marcharse y estar bien lejos cuando lleguen. Muy lejos. Por favor.

El dragón se quedó mirando a Lemborg, quien le devolvió la mirada resollando.

—Ya entiendo —dijo el dragón. Y durante un minuto estuvo en silencio.

El gnomo empezó a ponerse nervioso y a mirar con ansia a todos lados. El dragón brillante se irguió sin más. Era grandioso. Extendió las alas por un momento: dos abanicos de tonos idénticos, grandes como nubes. Lemborg lo contempló desde el suelo con asombro y respeto, así como con un renovado sentimiento de temor.

—Vamos a ver tu nave —dijo el dragón encabezando la salida de la enorme sala. Lemborg se levantó sin decir nada y lo siguió. Sobre ellos, en el trono, el hombre con armadura en el trono miraba impassible hacia abajo.

La luz del sol del exterior cegó durante unos instantes a Lemborg y lo forzó a andar siguiendo a tientas una pared hasta que se dio de bruces contra la base de una estatua de mármol. Estaba sorprendido del enorme tamaño del edificio en el que se encontraba, pero de hecho, en cuanto recobró la vista descubrió que la ciudad todavía era más inmensa. Bóvedas, torres, columnas y tejados puntiagudos rodeaban la enorme plaza que se abría ante ellos. Él y el enorme dragón estaban en lo alto de unos escalones gigantescos y empinados que descendían dos pisos hasta alcanzar la plaza en sí; por lo tanto, desde allí había una panorámica excelente de la ciudad abandonada. La mayoría de edificios parecían hechos con el mismo tipo de piedra de tono gris desvaído o canela; sólo el azul del cielo daba una nota de color a aquel

espectáculo. Aun así, la arquitectura era exquisita y admirable y estaba sorprendentemente bien conservada.

Lemborg se centró pronto en lo más destacable de la plaza abierta y cubierta de dunas que había a sus pies: los restos del *Espíritu del Monte Noimporta*, Número XXVIII-B. Durante unos momentos paseó la mirada por encima de aquellos restos abollados y humeantes. Luego se sentó en el caliente escalón superior y suspiró.

—Podría haber sido peor —susurró—. Por lo menos el nombre todavía puede leerse.

—¿En algún momento sentiste que tu vida estaba amenazada? —preguntó Kalkon con la vista fija en la misma dirección.

—¿Mi vida? Oh, es posible, claro. Todo es posible. De hecho, es lo que ocurrió en las primeras veintisiete pruebas anteriores. —Miró los restos de la nave y su rostro reflejó abatimiento—. La popa ha desaparecido. Podría ser un problema. No hay tren de aterrizaje, ni tanques de maniobra, ni alas de aterrizaje, ni faros de accionamiento, no hay estabilizadores de dirección, ni paracaídas para el aterrizaje. —Suspiró de nuevo, esta vez más suavemente—. Diez, doce semanas como máximo en el dique número dos en la zona del lago y luego, un año para la documentación.

—En el Monte Noimporta —agregó el dragón.

—Sí —dijo el gnomo. Cerró los ojos—. Aquí, no.

El dragón aguardó un momento y dijo:

—Querían matarte.

—¿Qué? —El gnomo, sorprendido, abrió los ojos—. Oh, sí, claro. Ellos... —Se estremeció violentamente y se abrazó a sí mismo como si tuviera mucho frío. Luego se levantó bruscamente y se pasó una mano por la calva—. Lo mejor es irse cuanto antes —dijo en voz baja.

—Antes de que lleguen —apuntó el dragón.

—Sí —dijo el gnomo—. Sí. Lo mejor es irse cuanto antes. Tal vez ahora.

El dragón levantó la cabeza y con su enorme morro olisqueó el aire. Cerró los ojos y se quedó inmóvil durante todo un minuto. Luego bajó la cabeza y volvió a mirar a Lemborg.

—Todavía no ha llegado nadie. No ha cambiado nada. De momento tú estás a salvo conmigo. Volvamos adentro, analicemos la situación y las opciones que se nos ofrecen.

El gnomo regresó con el dragón al edificio. Lemborg volvió a contemplar el interior y de nuevo se fijó en la cantidad de pinturas que había en las paredes y el techo. La mayoría de objetos metálicos de allí: barandillas de escalera, estatuas de humanos con túnicas, candelabros de pared, objetos de sobremesa, estaba afectada por el óxido o la corrosión; una capa de polvo lo cubría todo. Las pequeñas botas de Lemborg crujían al pisar la arena del suelo. El paso del dragón era un suave y rítmico

seísmo que retumbaba por las habitaciones y las salas.

—Bonita casa —dijo Lemborg por fin.

—Éste era el antiguo edificio de la administración —dijo Kalkon—. Esta ciudad se llamaba Lago Cantrios porque antes, al este, contra las murallas, había un gran lago. Esta ciudad fue un lugar de veraneo de la poderosa y antigua Solamnia, un lugar de acogida y diversión. El anfiteatro todavía está en pie; en cambio, los cuarteles han caído y el estadio de los gladiadores está en mal estado. El Cataclismo secó el lago, quemó los cultivos al norte y al sur y rompió los túneles de irrigación. Creo que hubo también una tormenta de arena y, como ya te he dicho antes, el templo perdió una torre. Sin embargo, por lo demás, excepto por la arena, todo se conserva muy bien. Los habitantes se marcharon hace más de cuatro siglos pero, como el aire seco mantiene la ciudad intacta, parece como si se hubieran marchado ayer. Lago Cantrios quedó totalmente relegada al olvido hasta que yo la encontré. Esto ocurrió hace sólo... sólo unos pocos años. —Lemborg abrió la boca como si quisiera preguntar algo—. Yo gobierno solo aquí —prosiguió Kalkon—. Ninguna bestia o ser vivo nos importunará. No tienen ganas de retarme a mí para arrebatarme este privilegio.

Lemborg dejó de andar y se quedó mirando al dragón todavía boquiabierto.

—En realidad, no leo el pensamiento —dijo Kalkon sin darse la vuelta—, pero conozco suficientemente el cerebro de los mortales como para predecir las reacciones más probables. Tus pensamientos están a salvo.

—Oh —dijo el gnomo.

Permaneció en silencio hasta que entró con el dragón en una sala especialmente grande. Kalkon avanzó pesadamente hacia el extremo más alejado, se volvió a medias hacia Lemborg y depositó su enorme estómago escamoso sobre el polvoriento suelo de mármol. Lentamente balanceó su cola adelante y atrás por el aire y luego la dejó caer al suelo.

—Bienvenido a mi sala del trono —dijo Kalkon girando la cabeza en un suave arco para mirar toda la sala. La gran voz del dragón retumbó en las paredes y los pilares distantes. No había muebles. Las pinturas estaban demasiado lejos para poderse distinguir bien.

—Gracias —musitó Lemborg. Miró a su alrededor, todavía nervioso y se humedeció los labios resecos—. Bueno, creo que ya ha llegado el momento de partir —añadió.

—Todavía hay tiempo —dijo el dragón—. Acércate.

El gnomo vaciló pero hizo lo que le había dicho.

—Discúlpame —dijo Kalkon—. Hay muchas cosas que debo conocer para tomar la decisión adecuada y mi sistema personal de investigación siempre ha resultado ser el mejor.

—¿Qué...? —empezó Lemborg.

El dragón pronunció una palabra mágica. De pronto los ojos de Kalkon se agrandaron ante el gnomo y Lemborg se concentró sólo en ellos. El gnomo dejó la mente en blanco y esperó a recibir órdenes.

—Ahora, recuerda —dijo Kalkon—. Piensa en el enemigo. Piensa en lo que te ha ocurrido y cómo has llegado hasta aquí.

Lemborg se balanceó hacia atrás sobre los talones pero se mantuvo en pie. Tenía la vista desenfocada y vidriosa. Estaba soñando.

El dragón cerró los ojos y vio el sueño.

Se produjo mucho juego y un gran estruendo y la tecnonave Espíritu, una nave que volaba sin magia, alzó el vuelo. Los gnomos habían logrado lo imposible. El piloto gritó de alegría, tiró de las palancas metálicas e hizo girar unos botones. La cabina se agitaba pero en el exterior el cielo pasó sin brusquedad del azul, al azul oscuro y luego, al negro; había estrellas por todas partes, estrellas como el polvo brillante de las piedras preciosas, más estrellas que granos de arena en el desierto. En la ventana se veía una esfera enorme en la que se distinguían mares azules y tierras oscuras y unas espirales blancas que giraban como molinos de viento. El piloto miró hacia abajo asombrado, ajeno a todo menos a la belleza del mundo de donde provenía: Krynn.

Sin embargo, al poco el piloto divisó otra nave suspendida sobre el mundo, una maginave que volaba por magia y que se movía más rápidamente que el Espíritu. Esa otra nave tenía la forma de una inmensa concha en espiral; de la boca de aquella especie de gran molusco salían unos largos tentáculos delanteros. Aquella nave avanzó hasta colocarse a la altura de la nave del gnomo, y su tripulación procedió rápidamente a sujetarla con unas cuerdas. Aquellos hombres, que tenían una mirada apagada y mortecina, capturaron al gnomo y le llevaron a la fuerza a su nave para enseñarlo a sus jefes.

El piloto gnomo había oído hablar de aquel tipo de nave llamado nautiloide. Sabía algo de sus jefes y había oído rumores escalofriantes sobre ellos. Los hombres de ojos sin vida llevaron al pequeño piloto precisamente ante esos jefes, que se disponían a comer cuando llegó su invitado.

Aquella comida era lo que el piloto gnomo recordaba más vivamente. Nunca lo olvidaría: la comida se debatía como si lo estuvieran sujetando. El gnomo vio cómo uno de los jefes de piel púrpura bajaba silenciosamente la cabeza provista de tentáculos sobre la de aquel hombre que chillaba y...

Kalkon se irguió sobre sus cuatro patas, abrió las fauces y dejó al descubierto

todos sus dientes relucientes. Sacudió con fuerza su gran cola y la hizo restallar contra una pared de forma que las pinturas que ahí había se convirtieron en polvo blanco. Durante unos largos minutos su bramido atronó por todo el edificio y se dejó oír por todas las salas. Cuando logró apartar de su mente aquella última y terrible escena, miró al gnomo hipnotizado, que lo contemplaba con ojos vidriosos.

«Sólo es un gnomo —pensó—. En el mundo es como un niño y esos seres perversos vienen a por él. Pero no es mi hijo. Mis hijos ya no están. Sólo es un gnomo que no tiene a nadie que lo pueda salvar. Podría abandonarlo aquí mismo y sin duda esos seres perversos lo encontrarían y yo ya no tendría que pensar más en ello. No vigilé bien mis propios huevos y un ser perverso se los llevó. Permití el chantaje y, a cambio, la promesa que obtuve resultó ser una mentira. Ahora mis hijos están perdidos y ya no están aquí. Yo no los vigilaba. Abandoné a mis hijos en las garras del Mal y dejé que marcharan. Él no es mi hijo pero...».

Kalkon oyó un ruido débil, un sonido que pasaría inadvertido para un humano o un gnomo. Levantó la cabeza. El viento se agitaba alrededor de un objeto volante que se movía con rapidez; ahora lo escuchaba perfectamente. Se encontraba a unos cinco kilómetros de allí. Entonces miró al gnomo.

—Lemborg —dijo. El gnomo parpadeó, se despertó y se llevó una mano temblorosa a la cara—. Lemborg, tenemos que irnos ya.

Evidentemente era demasiado tarde para marcharse de aquella ciudad abandonada. El pequeño gnomo demostró tener mucha razón al decir que ellos vendrían por él muy pronto. En cualquier caso, todavía había tiempo para prepararse, aunque, de hecho, no había muchos preparativos útiles que hacer.

De todos modos, Kalkon no estaba especialmente preocupado. Los devoradores de cerebros tenían su propia nave, pero él era Kalkon, y aquélla era su ciudad. Cogió a Lemborg y lo escondió en una habitación del sótano que antes había sido una sala mortuoria (aunque no quiso decírselo). Luego meditó un momento, pronunció un conjuro y se volvió invisible. A continuación, se marchó tranquilamente bajo el sol del mediodía para recibir a los intrusos.

Lo primero que advirtió al salir a la calle fue que los invasores ya sobrevolaban la ciudad. «Son rápidos», pensó sin dejar de mirar el extraño aparato que flotaba sobre el estadio. La nave era exactamente como el gnomo la recordaba: una concha dorada alargada en espiral, erguida, de cuya boca salían varios tentáculos de madera entretejida y proyectados hacia adelante en forma de proa. Del centro del aparato sobresalía una vara muy larga de la que colgaban unas calaveras y en la parte posterior del molusco ondeaba una bandera repulsiva. El timón colgaba de la parte baja del casco, provisto también de tentáculos.

La nave de los invasores era bastante grande. Al observarla Kalkon calculó que

medía un poco menos que él, es decir, que no llegaba a los sesenta y cinco metros y medio de longitud. Supuso que la nave era totalmente de madera. Y aquello era excelente pues, si efectivamente lo era, podría arder.

Se apostó cuidadosamente al final de los escalones, de cara a la plaza central, donde todavía se elevaba el humo de los restos chamuscados del *Espíritu del Monte Noimporta*, y esperó. Se quedó allí unos veinte minutos contemplando cómo la nave sobrevolaba la ciudad y luego descendía, se acercaba y quedaba suspendida sobre el *Espíritu*.

Kalkon abrió la boca dispuesto a atacar cuando, sin previo aviso, la nave se elevó velozmente hacia el cielo. Parecía que hubiera sido disparada por un arco. El dragón se irguió aturdido, mirando asombrado cómo la nave se convertía en un punto contra el cielo azul y luego desaparecía por completo.

Permaneció de guardia en aquella plaza silenciosa durante más de una hora, pero no vio ni oyó nada. Finalmente lanzó un resoplido de incertidumbre. Alzó el vuelo sobre la ciudad y comprobó que estaba intacta. Cuando volvió a ser visible, regresó al edificio de la administración para liberar al pequeño gnomo.

—¿Problema resuelto? —preguntó inquieto el gnomo, contento de salir de la sala del sótano. (Se había imaginado que alguna vez aquello había sido una cámara mortuoria).

—Eso parece —dijo Kalkon despreocupadamente. Luego pasó a describir la nave, sus movimientos y su rápida desaparición.

Lemborg lo escuchó pero no se quedó tranquilo.

—Aún así, es posible que se produzca una nueva visita —musitó a la vez que se retorció las manos inconscientemente.

—O tal vez no —dijo el dragón. Se quedó pensativo mirando al gnomo—. Me intriga saber la naturaleza de ese generador del dispositivo de paso que les arrebataste.

Lemborg tomó aire y empezó a explicárselo. Al parecer todo sistema de mundos, con su sol correspondiente, se encuentra inserto en una esfera irrompible de un tamaño inmenso. La apertura de una «puerta» entre una esfera y otra sólo puede hacerse con un generador del dispositivo de paso pues dicho generador proporciona la magia necesaria para controlar el dispositivo. Los seres que intentaban matar a Lemborg no podían abandonar esa esfera de mundo sin su generador; estaban atrapados ahí para siempre y difícilmente lo iban a agradecer si tenían negocios en otro lugar.

Kalkon asintió en actitud comprensiva aunque de hecho todo aquello le parecía una tontería. Una puerta de acceso al cielo... aquella idea excedía la lógica. Sólo un gnomo podía creer algo así. En cualquier caso, por lo demás, la historia tenía un buen fundamento. Por consiguiente, antes de emitir un veredicto definitivo sobre esa

cuestión, optó por esperar. En cuanto el gnomo terminó la explicación, Kalkon hizo una pausa de cortesía y preguntó:

—¿Juegas al khas?

—¿Al khas? —La agitación de las manos del gnomo disminuyó—. ¿Tienes un juego de khas?

—El mejor —dijo Kalkon.

Lemborg tuvo que admitir que, efectivamente, por lo que él sabía, Kalkon tenía el juego de khas más bello de Ansalon. Al poco ya estaban jugando mientras Lemborg comía una bolsa de frutos secos que había logrado recuperar de entre los restos de la nave. («Ciertamente, parece real», se dijo al ver de nuevo la estatua de la gárgola que había en el centro de la fuente seca, el rostro sonriente de la cual vislumbró a través de la ventana de mando durante el aterrizaje).

Durante el transcurso de aquella larga partida en la sala del trono de Kalkon, Lemborg empezó a hablar. Al caer la tarde el gnomo estaba explicando a Kalkon con todo lujo de detalles el programa espacial gnomo-a-la-luna del Monte No-importa, cómo se fundarían colonias de gnomos-charrateros en cada una de las estrellas errantes del cielo, que él llamaba planetas, y que para navegar en el espacio los gnomos no podían confiar ya más en maginaves, poco fiables, puesto que ahora las magníficas tecnonaves podían reemplazarlas, siempre y cuando ninguna de ellas explotara en el momento de la ignición.

—Naturalmente —continuó sin aliento—, en el Departamento de Colonización, Deportación y Equipajes Extraviados constantemente se recibe información sobre gnomos del Monte Noimporta que han logrado establecerse en numerosos mundos de esta esfera y de otras; sin embargo, los modelos futuros del *Espíritu del Monte Noimporta* garantizarán que esas pocas personas se conviertan en una gran masa de gente y este flujo de civilización y cultura de los gnomos transformará las esferas. Entonces todo el mundo tendrá refrigeradores de vapor y carromatos neumáticos.

—Comprendo —dijo Kalkon, desplazando con cuidado por el tablero una torre azul con su inmensa garra delantera. Examinó el tablero hexagonal con un ojo y asintió en actitud de aprobación. No entendía nada de lo que el gnomo estaba explicando pero, aparentemente, hablar le aliviaba.

Al cabo de un segundo Lemborg movió un caballo blanco.

—Esta fase de expansión es beneficiosa para los gnomos así como para el futuro de las esferas, naturalmente —agregó mientras mordisqueaba un higo seco—. Las recientes estadísticas demográficas revelan que el crecimiento urbano subterráneo en el Monte Noimporta sigue una función exponencial gracias al desarrollo de un aguacultivo hidrodinámico de confianza y a la excelente producción en masa de sustancias alimenticias artificiales no venenosas como el esnerg, el goofunx y kwatz así como..., bueno, no, de hecho, el hoirk todavía causa un veinte por ciento de bajas;

el caso es que en esta sustancia todavía no se han eliminado por completo los microbios, pero, bueno, tres de cuatro no deja de ser maravilloso. Parece que a los niños les encanta el goofunx, nunca tienen suficiente a pesar de que provoca numerosas caries. —Se removió en el asiento y miró con expectación a su contrincante—. Es admirable encontrar a un Dragón Dorado interesado en la tecnología aplicada.

—De Latón —dijo Kalkon. Odiaba el modo en que el gnomo movía las piezas sin pensar antes. Le estaba volviendo loco.

—¿Cómo?

—Soy un Dragón de Latón. ¿Creías que era un Dorado?

Lemborg se quedó boquiabierto y de la boca cayeron unos trozos de higo mascado.

—Te ruego que me disculpes mil veces —dijo incómodo—. Las apariencias engañan. Para ser un Dragón de Latón, tienes el porte de un rey.

—De una reina. —Ese caballo blanco... ¿Qué pretendía hacer el gnomo con él? Era difícil concentrarse en el juego. Había algo en lo que había dicho el gnomo...

—¿Reina? ¿Eres una hembra de Dragón de Latón?

—Lo soy.

—Te ruego que me disculpes mil veces, en este caso, pero, sin embargo, para ser una hembra de Dragón de Latón tan joven como...

—Vieja. Un dragón es más fuerte y feliz cuando envejece con su poder, y yo ya soy muy mayor. Nosotros no somos como los humanos, que sólo valoran la juventud.

Lemborg pensó que había algo extraño en el modo de hablar de Kalkon. Miró al tablero de mármol azul y blanco. Meditó muy bien sus próximas palabras.

—En ese caso, bueno, sin duda, ahora estás en el mejor momento de tu vida.

Kalkon movió una garra y con la punta desplazó un clérigo azul y lo dejó ante una hilera de brujas, pese a ser consciente de que ésa no era una buena posición. Pero era el único movimiento que podía hacer. De repente, había perdido el interés por el juego.

Inmediatamente después Lemborg movió su reina blanca. Tenía la palabra «jaque» en la punta de los labios pero la hembra de dragón había vuelto la cabeza para mirar hacia una pared lejana.

—Eso parece —dijo—, eso parece.

Lemborg pensó que lo mejor era cambiar de tema. Por lo general, por lo menos con los humanos, el hogar y la familia acostumbraban a ser temas no comprometedores.

—Jaque —dijo en voz baja tras mirar el tablero y toser. A continuación, más decidido, agregó—: ¿Y hay algún jovencito que venga por aquí de vez en cuando de visita? ¿Algún dragoncillo que se alegre de volver a ver el viejo hogar y las alas de su

madre?

El enorme dragón no respondió. Tenía la mirada clavada en la pared y en la oscuridad.

Lemborg aguardó hasta que empezó a ponerse nervioso. Tosió pero no obtuvo respuesta. Si este juego se estuviera disputando en la Academia del Estudio Sin Fin del Khas y Nada Más del Monte Noimporta, ahora Kalkon debería de dar por perdida la part...

—No sé dónde están mis hijos —dijo Kalkon con una voz notablemente tranquila—. Probablemente están muertos, y lo único que deseo es que así sea.

Ante aquella respuesta, al gnomo, pasmado, no se le ocurrió nada que decir. Se quedó mirando a la hembra de dragón. Pasaron unos minutos.

—Tuve una nidada de huevos —dijo Kalkon con dulzura—. Cuatro huevos diminutos. Hace poco menos de cien años, la Reina Oscura los secuestró junto con los demás huevos de nuestra especie y prometió que me los devolvería después de la guerra que se avecinaba. Como temimos por el destino de nuestros hijos, juramos mantenernos neutrales. Luego, ella, con su magia, malogró secretamente los huevos. Y cuando se rompieron nacieron draconianos: una versión atrofiada de sus padres. Mis cuatro hijos se convirtieron en baaz, destruidos en cuerpo y espíritu, corruptos e inútiles. Si hay piedad en el mundo, espero que lleven muertos mucho tiempo. Si alguno de ellos ha sobrevivido, no querrá saber nada de mí ni aprender nada de lo que yo y los míos sabemos.

Lemborg se quedó mirando el tablero de khas. De repente había perdido el interés en él.

—Disculpa mi repentina partida; volveré por la mañana —dijo Kalkon mientras se incorporaba. Desplegó y extendió sus alas—. Necesito hacer un largo viaje y tomar agua del océano. Enhorabuena por tu estilo de juego. Abandono.

La gran hembra de dragón se marchó rápidamente. Tras esperar largo rato, Lemborg volvió a colocar lentamente las piezas del juego en el punto de partida. Se sentía fatal; era culpa suya, por preguntar por sus hijos. Deseó haber nacido mudo. Lentamente desenrolló la alfombra que Kalkon había traído para él, se envolvió en ella y apagó la lámpara de aceite que les había alumbrado durante la partida. Se echó a dormir pero no consiguió encontrar consuelo en el silencio y la oscuridad.

Una débil luz roja iluminaba la plaza. La roja Lunitari estaba llena y las otras dos lunas no estaban a la vista; en lo alto, el cielo estaba reluciente de estrellas. Kalkon levantó la cabeza hacia ellas y se preguntó qué había hecho para merecer esa vida. Se había limitado a cumplir con las reglas y nada más. La huida a aquellas ruinas desiertas no había logrado alejar el sentimiento de culpa y el dolor. Dormía, volaba, comía y procuraba pensar el mínimo posible. Pero nada de todo aquello le servía. Sus

hijos se habían malogrado y, en parte, se sentía responsable de ello.

Tensó las patas y se elevó agitando las alas ascendiendo hacia la luz roja de la luna. Posó la mirada sobre aquella enorme ciudad desolada que se abría bajo sus pies. Todo estaba quieto, excepto la arena mecida por el viento. La ciudad estaba vacía, como su propia vida, muerta, como sus hijos. Con una mirada examinó lánguidamente los tejados y las torres.

Entonces ante sus ojos apareció un objeto desde detrás de la única torre que quedaba del Gran Templo. La luz de la luna se reflejaba en aquella concha dorada y los tentáculos de madera pulidos se dirigían hacia Kalkon.

La hembra de dragón estaba asombrada. ¿Cómo había podido llegar hasta allí?

Le dispararon cinco veces en otros tantos segundos.

Aquellos disparos candentes le alcanzaron en el cuello, la pata delantera derecha y el costado derecho de su gran pecho escamoso. Le dolía respirar: tenía las costillas destrozadas y las flechas se le habían clavado en los pulmones. El disparo certero de una catapulta le rompió el hueso principal del ala derecha. Ésta se dobló por completo y, cerrando los ojos, rugió agónica. Se volvió sobre el costado izquierdo y cayó contra las caballerizas militares abandonadas desde una altura de treinta metros.

Lemborg se incorporó todavía envuelto en la alfombra. Aquellos aullidos y el estruendo que siguió se estaban apagando. ¿Un terremoto? En el Monte Noimporta jamás había oído decir que los Eriales del Septentrión fueran propensos a sufrir terremotos. Parecía poco probable.

Se levantó de la alfombra incapaz de conciliar el sueño. Pensó en salir y ver lo que estaba ocurriendo pero tenía miedo a toparse con Kalkon tras su metedura de pata durante la partida de khas. Era preciso escapar por sus propios medios antes de que los devoradores de cerebros regresaran o él volviera a disgustar al dragón. Kalkon le había rescatado de la tecnonave averiada, le había curado, le había entretenido y él sólo supo agradecerse de esa manera. Su rostro ardía de vergüenza.

Todavía podía ver un poco dentro de aquella enorme sala oscura. Tras recoger sus pocas pertenencias salió a un pasillo de techo alto e intentó recordar cómo salir de allí. Se encaminó hacia un extremo del pasillo, giró dos veces hacia la izquierda y una a la derecha, y se dio cuenta de que se había perdido. No obstante, vio que delante de él había una ventana; la débil luz roja de la luna brillaba a través de los cristales deslustrados por la arena. Lemborg, disgustado consigo mismo, dejó en el suelo sus pocas pertenencias y se encaramó al alféizar de la ventana para echar un vistazo a aquella ciudad oscura.

Se encontraba en el tercer piso del edificio de administración. La luz roja de Lunitari se derramaba sobre las ruinas. Lemborg pensó que algún día habría miles de gnomos paseando por la superficie de aquella luna roja. Allí construirían unas magníficas ciudades y distribuirían sus magníficos inventos por todo el espacio

inexplorado, y habría energía hidrodinámica para todos. Pero no era momento de pensar en todo aquello. Tenía tan poco sentido como aquella partida de khas. Lemborg dejó caer unas lágrimas, suspiró y bajó la mirada.

Entonces, justo delante de la ventana asomó una vara larga, suspendida en el aire a no más de seis metros. Llevaba pendidas unas calaveras humanas. En las coronillas, manchadas de sangre, se distinguían unos agujeros.

Lemborg dio un respingo, saltó del alféizar y se puso a correr en cuanto sus pies tocaron el suelo. Abandonó sus pertenencias allí donde las había dejado. Detrás de él la enorme concha dorada de la maginave de los devoradores de cerebros se elevó, se detuvo y quedó suspendida junto a la ventana como si fuera una moneda en vertical. Empezó a girar; la proa oscilaba ostensiblemente.

Lemborg vio delante de él una esquina. La dobló justo en el momento en que la enorme ventana explotaba a sus espaldas. La enorme proa de la maginave barrió la ventana de derecha a izquierda, llevándose por delante cientos de cristales en una cascada cristalina. Antes de que aquel ruido cesara, unas descarnadas figuras humanas mal vestidas pasaron de la proa tentacular al pasillo. Los Trozos de cristal crujían bajo sus pies descalzos. Nadie chillaba, todos los rostros eran inexpresivos, aun en su determinación. Inmediatamente se pusieron a buscar al gnomo.

«Van a atraparme —pensó Lemborg aterrado mientras corría por aquel pasillo oscuro—. Me atraparán y luego me comerán». Aquella certeza le hizo ir más deprisa todavía. Giró una vez a la derecha, otra a la izquierda y encontró una escalera que bajaba en espiral. Bajó dos pisos; en cuanto abandonó la escalera, giró de nuevo a la izquierda y luego huyó por un pasillo. Unos pasos retumbaban a lo lejos detrás de él.

Cruzó un arco y fue a parar a una intersección que se abría en cuatro direcciones. Escogió la de la derecha. A lo lejos, brillaba una luz débil. Se detuvo porque no estaba seguro de qué era eso y luego avanzó con cautela para comprobarlo.

Delante de él se abría una puerta que llevaba al aire de la noche. Caminó con cautela; sus botas crujían levemente sobre la arena traída por el viento. Miró detenidamente el exterior iluminado por la luz de la luna. Ante él se extendía la plaza. El aire estaba impregnado de un leve olor a pintura quemada que emergía de los restos del *Espíritu del Monte Noimporta*.

Entornó los ojos. Alrededor del morro puntiagudo del *Espíritu* había unas figuras humanas vestidas con túnicas largas. No parecían andar; de hecho, era como si flotaran por encima del suelo. Devoradores de cerebros. Lemborg les había visto levitar mientras lo perseguían en la maginave nautiloide, cuando intentaban en vano darle alcance. Dio la vuelta y regresó corriendo al edificio hasta llegar a la intersección de las cuatro direcciones.

Allí, una mano de cuatro dedos le hincó sus garras sobre el hombro izquierdo. Lemborg, histérico, se volvió y clavó los dientes en la piel de aquella criatura. Estaba

fría y viscosa como si fuera una anguila viva. Al instante la mano se apartó de él. Pero otras lo agarraron por los brazos y la ropa; eran manos humanas de piel sucia y llena de cicatrices. Se debatió contra ellas como un loco, chillando tan fuerte como podía, pero lo tenían bien sujeto y no había nada que pudiera hacer. Lo sujetaban al igual que al hombre al que le habían comido el cerebro en vivo.

El devorador de cerebros se frotó el brazo herido y esperó hasta que el gnomo quedó agotado por el esfuerzo. Luego levantó el brazo herido bajo la débil luz e hizo un gesto en dirección a la plaza. Los humanos de ojos inexpresivos que sostenían el gnomo asintieron y, con su cautivo a cuestas, partieron hacia allí tras su amo, que iba vestido con túnica.

Junto al *Espíritu* y la fuente seca, tres devoradores de cerebros más esperaban suspendidos unos pocos centímetros por encima de la arena. Las túnicas se mecían con la brisa fresca. Lemborg, que temblaba apresado por los esclavos humanos, reconoció los ojos lechosos y los tentáculos obscenos, que se retorcían como gusanos y que colgaban de aquel horror de color malva que se consideraba una cara entre los devoradores de cerebros. Sus manos delgadas permanecían ocultas dentro de unas mangas enormes y tenían los brazos cruzados, como si estuvieran meditando un castigo.

Los esclavos se detuvieron delante de sus señores. Transcurrió un largo momento de silencio. Luego uno de los esclavos se adelantó y se puso frente a Lemborg. Éste intentó liberarse de nuevo pero no lo consiguió.

Aquel humano mal vestido, una mujer, miró a Lemborg detenidamente. Bajo la luz roja de la luna, los ojos de ella eran pozos sin fondo, como si hubiera muerto hacía semanas y se hubiera podrido por dentro.

—Tú eres la causa de muchos problemas innecesarios —dijo sin ningún acento ni inflexión. Parecía que estuviera leyendo—: Tú habrías escapado y tus actos habrían quedado sin castigar si no fuera por el poder de nuestros amos telepáticos que pueden leer en los cerebros simples de insectos como tú. Vas a decirnos dónde ocultas el generador del dispositivo de paso.

Lemborg forcejeó, con tan poco éxito como antes; luego las fuerzas lo abandonaron. La mujer tenía la mirada fija por encima del hombro de él, como si escuchara algo que Lemborg no podía oír.

—Dejaste el generador dentro de la nave, junto a la butaca de piloto —dijo la mujer—. No está protegido. ¿Sabe alguien más que estás aquí?

Lemborg, respirando con dificultad, se la quedó mirando.

—Sólo la vieja hembra de Dragón de Latón —dijo la mujer. Esperó y luego agregó—: Está muerta. La abatimos con la catapulta y las ballestas de nuestra nave. Dos de nuestros jefes están examinando el cuerpo. ¿Sabes si hay otras cosas valiosas

en esta ciudad?

—¡Cállate! —chilló Lemborg furioso—. ¡Cállate, cállate, cállate! —De pronto unas lágrimas cayeron por sus mejillas.

—No nos puedes ocultar nada. Nuestros amos obtienen la información de tu mente en cuanto piensas en ello. Me dictan lo que tengo que decir para poder comunicarme contigo. Tus pensamientos son tan simples como los de un pez. —Calló un momento—. No has visto nada valioso por aquí. Siendo ése el caso, nuestros jefes sólo te ven útil para una cosa. Están cansados y hambrientos por la persecución. Ahora nuestros jefes van a comer y te comerán a ti el último, para que sepas lo que va a ocurrirte. —La mujer dejó de hablar, como si fuera una marioneta.

Uno de los devoradores de cerebros avanzó hacia la mujer y Lemborg. Puso los pies en tierra, directamente detrás de ella. Con sus pequeños dedos la agarró por los brazos clavando sus largas garras en la piel magullada y sucia.

La mujer de mirada inexpresiva se arrodilló mientras su cabeza se doblaba hacia atrás con brusquedad. Sus grandes ojos reflejaban la luna roja del cielo. Sus labios pálidos temblaban.

El devorador de cerebros se inclinó levemente sobre ella hasta que los tentáculos húmedos que formaban su boca tocaron la cara de la mujer, se alargaron y le cubrieron la cabeza estrechando el apretón segundo a segundo.

La mujer se agitó con un espasmo violento. Abrió la boca y aulló contra la noche oscura como si estuviera loca. Lemborg volvió su rostro para no mirar y chilló con ella, con los ojos apretados y dando enérgicas patadas.

Entonces un chillido monstruoso que silenció los otros dos recorrió la ciudad. El bramido estalló y retumbó en medio de la noche y luego se perdió en la lejanía.

Lemborg abrió los ojos, asustado y estremecido. Los devoradores de cerebros tenían los pies en tierra y miraban a la derecha de Lemborg en silencio. La mujer yacía sollozando sobre un costado, con las rodillas dobladas y las manos en su pelo cubierto de sangre. Lemborg miró en la misma dirección que los devoradores de cerebros.

Se oyó un rumor grave, como si un objeto muy pesado avanzara con un ritmo sincopado. A continuación, en el extremo más alejado de la plaza cubierta de arena, tras una esquina apareció una forma enorme iluminada por la luna que se dirigía a grandes zancadas hacia Lemborg y los devoradores de cerebros, arrastrando la pierna anterior derecha. Avanzaba a gran velocidad.

Era Kalkon. Sea lo que fuera lo que los devoradores de cerebros le hubieran hecho, no había sido suficiente. Evidentemente, si podía sanar a Lemborg, también podía hacer algo por ella misma.

Bastó un momento para que Lemborg se diera cuenta de lo que iba a pasar. Huir era primordial. Se revolvió con fuerza y logró liberar el brazo izquierdo del esclavo

que lo sujetaba, se giró y mordió la mano del esclavo que retenía su brazo derecho. Éste lo soltó gritando. Lemborg huyó despavorido. Cuando Kalkon atacara no podría distinguirlo en la oscuridad y él quería estar lo más lejos posible de los devoradores de cerebros.

Fue inteligente. Kalkon no dio tiempo a los devoradores de cerebros a defenderse. Cuando descubrieron que estaba con vida, las dos criaturas que examinaban el cuerpo intentaron destruir su mente de un modo atroz. Ahora sus cuerpos humeantes yacían juntos en la calle, frente a las ruinas de las antiguas caballerizas militares, medio hundidos en un charco de arena fundida.

Kalkon abrió las fauces en cuanto tuvo a los devoradores de cerebros a su alcance y arrojó así la muerte sobre ellos. De su boca brotó un chorro de vapor ardiente. Sin embargo, uno de los monstruos logró desvanecerse en el aire antes de que aquel chorro lo alcanzara. Los otros tres y sus esclavos humanos fueron destruidos; sus cuerpos calcinados humeaban. Emitieron unos chillidos inhumanos mientras caían al suelo sacudiendo espasmódicamente sus extremidades. Luego, por fin, se inmovilizaron; unas pequeñas llamas consumían lentamente la ropa y la carne.

En cuanto el chorro de vapor salió de su garganta, Kalkon sintió que unas lanzas de fuerza mental se le clavaban entre los ojos y penetraban profundamente en su cerebro. Era el mismo tipo de ataque destructor del cerebro que los otros dos devoradores de cerebros le habían hecho, pero esta vez era mucho más potente y desesperado. Las lanzas explotaron en su cerebro con una luz cegadora. El dolor fue insoportable y destruyó todos sus pensamientos en un segundo.

Mientras huía, Lemborg sintió una ola de calor. El aire era abrasador, demasiado caliente para respirarlo. Cayó, se cubrió la cabeza con los brazos y enterró la cara en la arena. Oyó unos chillidos detrás de él. Luego escuchó también el paso pesado del dragón y sintió que las vibraciones del suelo recorrían su cuerpo. A continuación notó que la piel de su nuca y su coronilla se quemaban.

Detrás de él, en dirección a los restos de su nave, continuaron oyéndose ruidos secos y gemidos. Cuando el calor cesó, Lemborg, agotado por el dolor, levantó la cabeza y miró a su alrededor. Kalkon estaba ahí, dando patadas contra el suelo. Hacía unos ruidos extraños y aterradores, como si fueran gruñidos y quejidos. Arrastraba el ala derecha rota por la arena y agitaba la cola de un lado a otro levantando una gran nube de arena que fue enturbiando lentamente el aire de la plaza.

Una pata con garras se apoyó en el hombro de Lemborg haciendo que éste cayera al suelo. Miró hacia arriba.

—Kalkon —chilló.

El dragón titubeó y miró a su alrededor de un modo fiero. Los restos chamuscados de los devoradores de cerebros y sus esclavos colgaban en jirones de sus garras. Avanzó en dirección a Lemborg arrastrando su pierna derecha.

«Si me atacas lo mato», atronó una voz en el cerebro de la hembra de dragón.

Kalkon retrocedió con los ojos muy abiertos. Se estremeció y buscó el origen de aquella exclamación. A unos quince metros de donde estaba, un devorador de cerebros tenía agarrado a Lemborg delante de él a modo de escudo.

«Si no me atacas, tomaré el generador del dispositivo de paso y me marcharé — rugió aquella voz, que Lemborg también podía oír en su propia mente—. Entonces volveré a teletransportarme, pero esta vez a mi nave con este pequeño. Luego lo liberaré. Quiero conseguir el generador del dispositivo de paso sin problemas».

Dicho esto, el devorador de cerebros se acercó lentamente al *Espíritu del Monte Noimporta* sosteniendo a Lemborg entre él mismo y la hembra de dragón.

Kalkon se balanceaba insegura. Sus ojos enormes parpadearon.

—Reina de la Oscuridad —fue su única respuesta—, devuélveme mis huevos.

El devorador de cerebros vaciló pero continuó andando hacia la nave destrozada. Lemborg, medio arrastrado por la criatura, extendió una mano hacia la hembra de dragón.

—Kalkon —dijo. Su expresión era de puro terror.

Kalkon echó hacia atrás la cabeza y arremetió hacia ellos. En menos tiempo del que media entre dos latidos de corazón cubrió los quince metros que la separaban del devorador de cerebros. Éste, sorprendido, empujó a Lemborg contra la criatura que embestía y luego huyó. El gnomo tropezó y cayó. Algo muy pesado y grande se apoyó en su pierna derecha y la rompió por cuatro sitios por debajo de la rodilla con un sonoro chasquido. Lemborg, aullando de dolor, se dobló sobre sí mismo, agarrándose la pierna.

Algo cayó al suelo junto a él. Lo vio, pero no comprendió qué era a causa del intenso dolor que sentía: era un brazo de un devorador de cerebros, con su mano de garras que todavía se agitaba. El resto del cuerpo no estaba ahí.

Lemborg sintió que estaba a punto de desmayarse. Sintió un mareo y el mundo adquirió un aspecto decididamente borroso. El dolor disminuyó. Se dijo que si aquello era la muerte, entonces no era tan terrible. Incluso la nave nautiloide de los devoradores de cerebros adquirió un aspecto borroso y de ensueño. Flotaba como una nube por encima del edificio de la administración. Piedras y lanzas caían sobre Kalkon, que esquivaba algunos golpes y bramaba contra la nave. Kalkon rugía y llamaba a la nave Reina Oscura. ¿Acaso aquél era el nombre de la maginave? A Lemborg le sorprendió que supiera eso. Sin embargo, llamaba Reina Oscura a todo.

El gnomo se apoyó sobre un codo. Ahora su pierna estaba mucho mejor, si bien estaba extrañamente doblada. Entonces vio que Kalkon asía la estatua sonriente de la fuente seca con una sola mano (o tal vez fuera pata; no sabía precisar el término apropiado para ello) y la arrancaba de cuajo con un solo gesto. Luego el dragón blandió la estatua y la lanzó contra el cielo.

Y eso ¿para qué?, se preguntaba Lemborg. La estatua golpeó el nautiloide con un sonido más fuerte que el Martillo de Reorx y provocó una lluvia de astillas y tablas de madera. Aquella concha dorada se rompió como un huevo en mal estado y una lluvia seca cayó sobre la arena. Tendría que redactar todo aquello en su próximo informe al Comité Directivo sobre Objetos que Llueven del Monte Noimporta. Si pudiera encontrar un lápiz y una hoja de...

Siguió un largo período de sueños extraños y de fiebre. El dolor intenso fue remitiendo. Luego Lemborg se sintió ligero como una pluma y notó que el viento lo bañaba como si fuera agua. Se mecía en un lecho de bronce y dormía en lo alto del mundo, donde el único sonido era un lento y rítmico trueno. En una ocasión sintió que se elevaba de la superficie de un gran mar y notó la luz del sol filtrándose por los párpados.

«Duerme», dijo una voz grave y dulce y Lemborg volvió a sumirse en los abismos del sueño.

Sin apenas darse cuenta, de nuevo volvió a ser de noche. Unas hojas de hierba fría apretaban la piel caliente de Lemborg. Apenas podía moverse, pero no le importaba.

«Estás en casa —dijo aquella gran voz—. Puedo curarte las heridas pero no la fiebre. Tu gente te encontrará pronto y es posible que ellos sepan hacer algo más que yo. Tienes que descansar hasta que lleguen. Ahora ya no hay nada que temer. —La voz vaciló pero luego prosiguió—. Mi mente se ha curado porque he tenido suerte y he descansado y con mi magia he logrado curarme el ala. Yo también voy a regresar con mi gente. Será un largo viaje hacia el norte pero me encuentro en forma. — Siguió otra pausa, esta vez más larga—. Te debo mucho, Lemborg. Huí del pasado pero éste me volvió a encontrar y ahora puedo enfrentarme a él y continuar adelante. Sin embargo, voy a echar de menos tu compañía y ese raro estilo que tienes de jugar al khas. Me alegro de que tu nave escogiera mi ciudad como puerto final. Ella, y tú, me trajisteis lo que yo necesitaba».

Luego se hizo el silencio. El aire se agitó durante unos momentos. Cuando cesó, todo quedó tranquilo y en calma. El mundo estaba en paz.

Aquello duró unos veinte minutos. Luego los gnomos lo encontraron.

—¡Basura a la décima potencia! —exclamó con enojo el Primer Subsecretario al Director del Gremio de Aerodinámica. Arrojó el informe del Gremio Médico a un lado, donde las gruesas páginas se unieron a otros cientos de informes dentro de una enorme caja situada debajo de un cartel muy bien rotulado en el que se leía: SÓLO BOTELLAS RECICLADAS—. No puedo creerme que esos ingenieros de cuñas me enviaran esta sarta de sandeces. ¡Devoradores de cerebros! ¡Maginaves! ¡Un dragón

que juega al khas! Lemborgamontgoloferpaddersonrite sufrió un duro golpe en la cabeza, y eso es todo lo que ocurrió. Los mismo le ocurrió a mi primo tercero, que le pilló un rayo y creyó que era un héroe luchador contra dragones o algo así. —El Primer Subsecretario suspiró y miró sobre su mesa—. De todos modos es curioso que lograra sobrevivir a la caída de la nave. Sin duda la tecnonave cayó al mar inmediatamente tras el despegue. El inicio había sido prometedor... Fue un despegue absolutamente perfecto.

—No explotó nada —corroboró el Segundo Subsecretario sacudiendo con vehemencia la cabeza mientras permanecía en pie ante la mesa—. Toda misión aeronáutica tiene que tener siempre un buen comienzo.

—Tal vez lo mejor sería que el piloto Lemborgamontgoloferpaddersonrite participara también en la siguiente misión, pues, con o sin delirios, tiene la ventaja de la experiencia. Ahora ya no tiene fiebre y con un curso de puesta al día, o dos, del modelo siguiente, podría... —dijo el Primer Subsecretario a la vez que se rascaba pensativo su corta barba.

—Es una idea excelente. Estoy de acuerdo —repuso el Segundo Subsecretario asintiendo también, pero con menos entusiasmo—. Sería excelente si no fuera por el hecho, sin importancia, de que Lemborgamontgoloferpaddersonrite ha sido dado de alta hoy por la mañana del Centro Primario Traumatológico del Declive y ha presentado su solicitud de vacaciones. Me temo que ya se ha marchado.

—¿Que se ha marchado? —El Primer Subsecretario miró asombrado al Segundo Subsecretario—. ¿Se ha marchado? ¿Adónde? ¡Denegad la solicitud! ¡Hacedle volver de inmediato! Es nuestro piloto con más experiencia en la tecnonave. ¡Esto es un motín!

El gnomo que estaba de pie al otro lado de la mesa hizo un gesto de pesar. Sabía que la siguiente parte no iba a ser sencilla.

—Estoy completamente de acuerdo en que tiene visos de motín, pues ni siquiera ha esperado a que la solicitud de vacaciones pase por su período habitual de aprobación de setenta y ocho semanas antes de partir al puerto de Xenos, donde sin duda ya habrá cogido un barco. —Entregó a su supervisor otra hoja de papel, que el Primer Subsecretario leyó tras localizar sus gafas encima de la cabeza—. De todos modos, no obstante, tal vez eso sea para bien pues todavía parece estar cautivado por su... delirio, como también le ocurre a su primo tercero.

El Primer Subsecretario gimió y dejó caer la hoja de las manos.

—Va al norte, al hogar de los dragones, con sólo seis mudas de ropa y un juego de khas. Comprendo tu punto de vista. Muy bien, llama al colegio mayor y convoca a los estudiantes en el auditorio de aquí a dos horas para escoger un piloto para la misión número veintinueve. Lo haremos por el sistema de sacar una pajita, como siempre.

—¡Enseguida! —exclamó el Segundo Subsecretario. A continuación abandonó rápidamente la sala. El Primer Subsecretario echó de nuevo un vistazo a la solicitud de vacaciones de Lemborg, hizo una bola con ella y la echó al cesto con los demás papeles.

—Tarde o temprano conseguiremos construir esa tecnonave —musitó y continuó trabajando en sus papeles.

Los huevos de Aurora

[Douglas Niles]

En el tiempo en que nacieron las estrellas y los sueños empezaron, los dioses de la luz y la oscuridad donaron al mundo sus hijos: eran los primeros dragones. Esos reptiles que se encumbraban por los cielos de Krynn eran diez: cinco hijas predilectas de Paladine y otros cinco hijos audaces de Takhisis.

Los dragones hembra del Padre de Platino eran criaturas de luz y bondad y tenían los colores de los metales que dan brillo y fuerza al mundo: el oro, la plata, el latón, el cobre y el bronce. Aquel quinteto de dragones hembra tenía su guarida al oeste de Ansalon y ahí moraba desde hacía muchos eones cantando alabanzas a Paladine, en la enorme cordillera de altas cumbres que un día se llamaría Kharolis.

En oposición a estos dragones hembra, existían los cinco hijos de la Reina Oscura, uñas criaturas de maldad implacable ordenadas conforme a los colores de su matriarca: rojo, azul, negro, verde y blanco. Ellos sembraban la confusión y la destrucción en nombre de Takhisis y cada reptil era un azote de caos y desolación para una parte del mundo. En los últimos tiempos, igual que las hijas de Paladine, estos dragones de colores se habían asentado y las grandes montañas de la parte central de Ansalon eran su guarida. Posteriormente aquella región de fuegos latentes y volcanes se conocería con el nombre de Montañas Khalkist.

Había transcurrido más de la mitad de una era y el número de diez dragones se conservaba. Como eran seres de tiempos antiguos, cuando alcanzaban la madurez completa no envejecían más pero tampoco procreaban. Naturalmente, Paladine y Takhisis deseaban que sus poderosos hijos les dieran nidadas para así poder poblar Krynn con dragones.

Pero durante los eternos milenios de la prehistoria, los esfuerzos de los dioses fracasaron hasta que al final el mundo sufrió un cambio en la historia de la evolución y los ogros y los elfos poblaron la Tierra. Cada uno de estos pueblos reclamó reinos para sí aliándose con los dragones poderosos o bien enemistándose con ellos. Adoraban al Padre de Platino y a la Reina Oscura, pero les dieron otros nombres; Paladine fue E'li para los elfos y los ogros llamaron diosa de las Tinieblas a la Reina Oscura.

Por fin, con la ayuda de sacrificios mortales y magia cósmica, Paladine y Takhisis averiguaron el secreto del engendramiento: la creación de huevos. Ambos dioses se aparearon con los dragones de su propia descendencia y por fin sus esfuerzos se vieron recompensados con una nidada de la propia Reina Oscura y otras cinco más pequeñas de cada una de las hijas de Paladine.

Por fin la Reina Oscura tenía esperanzas de alcanzar la dominación total: la

solución para su plan era la guerra. Un aterrador grito de furia agitó los cielos de Krynn para convocar a los dragones de colores a su misión. Los descendientes de su enemigo tenían que ser aniquilados y así el Mal dominaría el mundo.

En aquellos tiempos los ogros eran poderosos y con su ayuda los dragones de Takhisis atacaron y provocaron una sucesión rápida de muertes. En poco tiempo los Dragones de Plata, Bronce, Latón y Cobre fueron sorprendidos, sufrieron una emboscada y murieron. Al saber que sólo uno de sus enemigos había sobrevivido, Takhisis empezó a hacer planes para alcanzar la dominación total...

Por todas partes el humo negro era escupido al aire y docenas de neblinas ondulantes se elevaban sobre el paisaje desolado para formar un bosque de árboles vaporosos, de alturas imposibles. Sus troncos retorcidos y sacudidos se convertían en una capa candente, un manto opresor que amortajaba toda la extensión de Krynn. O, por lo menos, en la parte de mundo que Furyion estaba contemplando. El Dragón Rojo volaba alto, rozando la superficie inferior de aquel estrato denso, mientras iba esquivando con facilidad las columnas de cenizas y humo y cabalgaba sobre las explosivas corrientes de aire caliente ascendente. Aquellas enormes columnas negras procedían de las montañas volcánicas de la parte central de Ansalon. Desde la ventaja que le daba su altura de planeo, Furyion pudo distinguir un centenar de cumbres que lanzaban sus entrañas contra el cielo.

Los abismos y cañones profundos rasgaban el suelo. En algunos de ellos unas estelas blancas en forma de corrientes turbulentas bramaban enfurecidas mientras que en otros brillaba peligroso el fuego rojo de roca líquida en movimiento. Unos conos escarpados se elevaban sobre los lechos de roca inerte para formar un horizonte dentado de picos de piedra oscura, por lo general agrupados en un macizo de seis u ocho cumbres bien definidas que a menudo arrojaban humo, lava y vapor desde distintos cráteres. Otras montañas se elevaban muy por encima de las vecinas, unas pirámides de magma solidificado que rodeaban las calderas a lo largo de muchos kilómetros.

Furyion pasó volando por encima de uno de estos picos enormes, rodeando el borde del cráter encumbrado. Interesado, admiró una red de ardientes hendiduras trazadas en medio de bloques oscuros de lava más fría, un dibujo que zigzagueaba por el suelo de aquella caldera extensa. Al poco, el vuelo condujo al dragón más allá de lo que la vista alcanzaba, pues batía sus grandes alas escarlata en una cadencia lenta y medida. Las corrientes ascendentes, con un aire caliente capaz de abrasar las escamas de Akis, el Dragón Blanco, sólo provocaban que el poderoso Dragón Rojo se elevara más y se ahorrara tener que forzar sus potentes alas.

Por fin divisó la mayor de las montañas, aquella cumbre gigantesca que convertía en diminuto incluso al más alto de los picos menores a ella. Elevada como un cono de

roca maciza y primigenia, era como una matriarca volcánica que podía destruir toda la cordillera si soltaba toda su energía contra el mundo. Aunque en las laderas más bajas era el negro, donde los precipicios se sumergían a todos los lados en barrancos a los que nunca llegaba el sol, el color predominante en la cumbre de aquella montaña era el rojo. En aquel macizo sobresalían, como si fueran hombros, varias plataformas escarpadas, unos afloramientos desnudos en la extensión, por lo general pulida, de la escarpada ladera de la montaña.

Pese al enorme tamaño de la montaña, el cráter de la cumbre era curiosamente estrecho, de forma que el pico tenía el aspecto de una punta aguda que casi rozaba la superficie baja del estrato negro. A diferencia de muchos volcanes, el cráter no lanzaba cenizas ni humo ni vapor ni siquiera fuego del pozo profundo. No obstante, sí irradiaba calor y el brillo escarlata del fuego fundamental trazaba un círculo de luz contra las nubes.

De hecho, en un ocasión Furyion voló por encima de aquel gran cráter para examinarlo. Las emanaciones de calor que se desprendían eran tan intensas que aquel arcaico Dragón Rojo se vio forzado a cambiar de rumbo y dirigirse al extremo de la caldera, consciente de que podría perder la vida si se acercaba más a aquellas abrasadoras corrientes de aire. Sin embargo, incluso aquella rápida ojeada le bastó para saber que aquella montaña penetraba en el corazón de Krynyn a una profundidad inimaginable.

Los ojos de Furyion brillaron al clavarse en un saliente elevado, uno de los más altos que había en aquella ladera desnuda y agrietada de la montaña. Abrió sus fauces y extendió con toda su longitud el cuello de escamas escarlata para luego lanzar una gran nube de llamas contra el cielo. Entre silbidos y llamas y un ruido atronador unas columnas de fuego aceitoso abrasaron la ladera cuando el poderoso Dragón Rojo hizo anuncio de su llegada.

Entonces se oyó un estallido tremendo procedente de un saliente cercano, situado ligeramente por debajo del de Furyion, y un rayo atravesó el cielo. Arkan, el Dragón Azul, bajó en espiral desde una posición ventajosa e inclinó su cabeza para saludar la llegada de su hermano Rojo. Furyion también se inclinó; los ojos amarillos le brillaban. El dragón de color rojo miró con envidia el collar de escamas de plata que brillaba en el cuello azul de Arkan. Era un trofeo, el símbolo del triunfo del Dragón Azul sobre el Dragón Plateado de Paladine.

El hedor de gas nocivo llegó al olfato de Furyion quien miró hacia abajo y vio una nube de color amarillo verdoso que flotaba a la deriva por la ladera inclinada de la montaña.

Korril, el Dragón Verde esmeralda, levantó la cabeza para mirar a Furyion. Unos gruesos párpados le protegían los ojos, de color verde oscuro y engañosamente amables; cuando el Dragón Verde miró impasible a los otros dos dragones situados

más arriba, de sus orificios nasales todavía emanaban los vestigios de su aliento ponzoñoso.

Furyion se enfureció al ver escamas de latón colgadas en una cadena alrededor del cuello de Korril. El Dragón Verde también había tenido éxito en la cruzada emprendida contra las hijas de Paladine.

Furyion levantó la mirada para ver si había indicios de nuevas llegadas. El siguiente en aparecer fue el negro Corrozus, que se acercó planeando alrededor de una protuberancia suave del gran volcán y fue a detenerse sobre un saliente de piedra desnudo. El Dragón Negro anunció su presencia despidiendo un chorro de oscuro ácido, que se vertió como un río de líquido ardiente y crepitante por la ladera de la montaña hasta que por fin aquella corriente removida y corrosiva se disolvió por sí misma en la roca porosa. Incluso desde su saliente, mucho más elevado, Furyion pudo ver que un anillo de escamas de latón rodeaba el cuello de Corrozus. Finalmente apareció Akis, el gran Dragón Blanco, que se acercaba evitando en lo máximo posible las cumbres flamígeras. Al aproximarse a su saliente, que se encontraba bastante abajo en la ladera de la montaña, Akis creó con un soplo una gran nube que arrojó contra las rocas y las cubrió con una fría capa de escarcha. Sólo entonces, el reptil de color blanco se aposentó en su sitio. Al levantar su cabeza angulosa, Akis creó otra nube fría en el aire e hizo que la brisa le devolviera la corriente de aire frío.

Furyion vio con amargura que incluso Akis, el que volaba rápido, cuyo malestar en aquellas regiones calurosas era bien conocido por sus primos, llevaba un trofeo. Rodeaban su garganta una serie de escamas de bronce, señal de otra muerte.

—Ponte cómodo, hermano —urgió Furyion con cierto tono de burla en la voz dirigiéndose al Dragón Blanco mientras descendía.

—¡Bah! —dijo Akis con sarcasmo—. El corazón de Khalkist se encuentra demasiado lejos de los reinos del hielo y la nieve. No dirías eso...

—Silencio —atronó Arkan; la orden resonó por toda la ladera de la montaña. Furyion, enfurecido por la interrupción, se volvió hacia el insolente Dragón Azul pero entonces éste siseó una advertencia todavía más convincente.

—Nuestra Señora va a hablar.

El poderoso Dragón Rojo calló y se dispuso a escuchar y atender; entonces el estruendo de la montaña creció hasta provocar una sacudida en las rocas. La vibración forzó a Furyion a sujetarse con las garras al saliente por temor a salir despedido. Las rocas se quebraban y caían rodando desde la cumbre y las laderas. Sin embargo, los tronos de los cinco dragones habían sido escogidos con cuidado. Los desprendimientos de tierra se sucedían a su lado entre grandes estruendos, pero no había nada que saliera despedido con la fuerza suficientemente como para alcanzar a alguno de los hijos de la Reina.

De pronto, del cráter explotaron cenizas y humo, que se alzaron hacia el cielo, y

luego se precipitaron hacia abajo para rodear a los dragones más próximos a la cumbre. En la oscuridad que los rodeaba se levantaron unas lenguas de fuego a la vez que la lava se lanzaba con furia contra las rocas, silbando y escupiendo fuego infernal. De nuevo el pálido Akis lanzó su nube de frío intentando de forma lamentable mantener el calor a un límite soportable para él. Los demás dragones se limitaron a mirar con los ojos entornados seguros de que, dado el tamaño de la erupción, la llamada de su Señora Reina era de gran importancia.

Durante un largo rato, Furyion se encogió ante la confusión provocada por las cenizas y el humo; sentía una quemazón punzante en la nariz y abría y cerraba los gruesos párpados para esquivar los restos de roca pulverizada que caían. Pensó divertido en Akis, consciente de que el Blanco debía de estar sufriendo tremendamente; de todos modos, a pesar de que su saliente indicara un estatus inferior, le permitía evitar la furia de la Reina.

Finalmente las cenizas y el humo dieron paso al fuego puro, una explosión de llamas azules arrojada directamente hacia arriba desde el interior del volcán. Aquella columna disipó todas las nubes y creó un pasaje directo hacia el pálido cielo, a través del cual enviaba oías implacables de calor. El cielo encapotado rodeaba aquel pasadizo, como un cilindro de oscuridad ceñido a una chimenea cauterizada al calor.

El poder de la Reina Oscura purificaba con su calor feroz, hacía desaparecer la ceniza y los escombros y a la vez levantaba un viento huracanado en la ladera de la montaña. Aun así Furyion y sus hermanos seguían agarrados a los salientes protegiéndose la cara de aquel vendaval temible y con la mirada levantada para presenciar el poder de su poderosa señora.

Sólo cuando el fuego se extinguió casi por completo, y el orificio en la masa de nubes oscuras empezó a cerrarse, las palabras de la Reina pudieron ser escuchadas por sus hijos.

—Sed bienvenidos, mis poderosos hijos... Sabed que vuestras acciones me han complacido. Vuestro coraje y la violencia cruel y despiadada serán bien recompensados.

—Saludos Reina Madre —murmuró Furyion junto a los demás dragones. Sintió una oleada de calor y afecto por aquella gran y caótica diosa que les había dado la vida a él y a sus hermanos.

—Nuestros huevos, esas esferas preciosas que cada uno de vosotros me ha dado, están siendo atendidos en el corazón del Abismo. Se están desarrollando bien y hacen progresos... algún día darán una descendencia hermosa. Luego nuestros hijos poblarán toda la superficie de Krynn.

Furyion se estremeció de placer al oír hablar de expansión e inclinó su cabeza roja con adoración abyecta.

—No merecemos tu gracia, Reina Madre —espetó a la vez que arrojaba vapor y

niego por los orificios de la nariz—. Los Dragones Rojos gobernarán el mundo en tu nombre.

—Así sea, mi más valiente y poderoso hijo. Los Dragones Azules y Negros y los Verdes y los Blancos los ayudarán y servirán pero es mi deseo que sean los dragones del fuego los que gobiernen el mundo.

Furyion levantó con entusiasmo su rostro al cielo nublado y lanzó una gran bola de fuego abrasador y sofocante.

—Sin embargo, hijos míos, también sabéis que Krynn todavía está en peligro. — Cuando aquellas palabras de reprimenda fueron pronunciadas los otros cuatro reptiles contemplaron al poderoso Dragón Rojo con expresiones bien disimuladas para ocultar los sentimientos de envidia y desagrado que anidaban en su pensamiento perverso.

—Pero señora... —Arican, el poderoso reptil de escamas de color azul turquesa, fue quien habló a continuación—. Yo solo he matado al Dragón Plateado. Mira, llevo un collar con las escamas arrancadas del cadáver podrido de ese miserable dragón.

—Sí, hijo mío.

—Y yo. —A Korril, el Dragón Verde, no le gustaba quedarse atrás—. El Dragón de Latón murió por la fuerza de mi mordedura y las heridas de mis garras y espolones. Yo también llevo un collar hecho de esas escamas odiosas como prueba de que nuestro gran enemigo ha sido abatido.

—Madre, mira mi trofeo —chilló Corrozus mientras agitaba su collar flexible y hacía sonar el anillo de escamas de color cobre—. Yo también he matado un dragón de Paladine.

El siguiente en jactarse fue Akis, que agitaba su propio adorno circular hecho de escamas de bronce.

—Hijos míos, veo vuestros triunfos... y mi orgullo os ampara como el calor del fuego que viene del cielo.

Los cuatro dragones se inclinaron mientras aceptaban el elogio. Sólo Furyion se quedó mirando, mientras la envidia y la rabia competían por dominar las emociones que lo embargaban.

—Sin embargo, todavía existe un peligro, y es por eso que os he convocado.

—Ya sabemos que Aurora, la hembra de Dragón Dorado, todavía sigue viva — aseguró Arkan a la Reina de la Oscuridad—. Pero sin duda no podrá esquivarnos siempre.

—Hijos míos, existe otro peligro. Los dragones de Paladine nos han engañado... aunque mis leales hijos les hayan dado muerte uno a uno.

—¿Cómo? —preguntó Furyion envalentonado ante la perspectiva de que los esfuerzos de sus hermanos pudieran haber sido un error.

—Mientras sus hermanas morían, Aurora se mantuvo apartada, vigilando el

futuro de su raza.

—¿Quieres decir que también los dragones de Paladine tienen huevos? —siseó Corrozzus. Los demás dragones permanecieron en silencio, estremecidos ante aquella perspectiva.

—Así es, mi Dragón Negro. Tienen huevos y han encargado a Aurora la tarea de vigilarlos.

—¿La nidada se encuentra en el lejano plano de Paladine? —Furyion hizo la pregunta pero temía oír la respuesta. Estaban muy cerca de la victoria final, de convertirse ellos mismos y su descendencia en los amos sin rival del mundo. Sin embargo, si el Padre de Platino tenía huevos, por mucho que Takhisis hubiera puesto a salvo a su descendencia en el Abismo, sus planes ahora estarían amenazados.

—Aquí es donde se han equivocado —declaró la Reina—. Han permitido que los huevos permanezcan en Krynn.

—Donde nosotros los encontraremos y destruiremos —prometió Furyion convencido de que podría ganar el collar de escamas de oro.

—Sí, hijos míos. Es preciso que matéis a Aurora y erradiquéis la nidada. Sólo entonces nuestro futuro estará seguro y libre de la amenaza de los dragones de Paladine.

—La hembra de Dragón Dorado es una ilusa: será fácil de atacar —se jactó Corrozzus—. Me complacerá arrancar las escamas brillantes de sus flancos con mi aliento.

—Nos vamos inmediatamente, mi Reina —prometió Furyion mientras flexionaba sus enormes alas. El Dragón Rojo estaba enojado porque su hermano Negro se le había adelantado con aquella promesa jactanciosa.

—Dinos —preguntó Akis—. ¿Dónde pueden estar los huevos de los dragones de color metálico?

—Tendréis que buscarlos, hijos míos. Se encuentran ocultos en las montañas occidentales y os ordeno que vayáis volando allí, encontréis la nidada y la destruyáis total y definitivamente. Conseguidlo y los dragones de color de metal habrán desaparecido para siempre del mundo.

Cinco bramidos orgullosos clamaron hacia el cielo cuando los dragones de Takhisis elevaron sus cabezas. Con las fauces abiertas emitieron un hálito mortal: fuego y rayos, ácido, frío y gas letal, todos removiéndose a la vez, mezclados, elevándose en una columna de poder maléfico.

En el silencio repentino que siguió, Furyion se estremeció en la punta de su saliente encumbrado. Las montañas occidentales se encontraban muy lejos, más allá de la amplia planicie que constituía la parte central de Ansalon. No obstante, sabía que podía salvar esa distancia en pocos días. En cuanto estuviera sobre aquella cordillera usaría la magia, o tal vez sólo su aguda vista, para descubrir a Aurora y a la

nidada.

Arkan y Akis se lanzaron al aire chillando con furia marcial. Furyion se dispuso a seguirlos pero se detuvo al oír la voz de su señora en el cerebro.

—Espera, hijo Rojo... Me gustaría hablar contigo a solas.

Con un escalofrío, Furyion se detuvo y vio que Corrozus y Korril emprendían el vuelo. Esperó, expectante, a que los Dragones Negro y Verde siguieran a sus hermanos por los barrancos empinados que conducían al oeste.

—Deseo, Furyion, que seas tú quien obtenga el triunfo más grande en esta batalla. Todos me han oído decretar que los Dragones Rojos deben ser los señores del mundo. Tú necesitas este trofeo, esta prueba, para mantenerte por encima de tus hermanos, para demostrarles que mi elección ha sido la acertada.

—Así será, Reina Madre. —Furyion estaba completamente de acuerdo; de hecho, ya había decidido que haría todo lo que fuera necesario para matar a Aurora él mismo—. Llevaré las escamas de esa hembra Dorada en mi cuello, un trofeo que proclamará mi grandeza por todos los tiempos. Mis espolones y mis colmillos la harán trizas.

—Son palabras valientes y sinceras. Pero, cuidado: no escatimes tus poderes mágicos, hijo mío. Te he concedido el más poderoso de los conjuros y los encantamientos más potentes de que dispongo. ¡Utilízalos!

El Dragón Rojo ya se había imaginado la violencia extrema que descargaría contra Aurora, la hembra Dorada, pero reconsideró el consejo de la Reina. Dejaría paralizada a Aurora con su magia y luego quitaría la vida a esa holgazana Dorada antes de que se diera cuenta de que estaba siendo atacada.

Con un rugido retador y triunfante, Furyion extendió las alas de color rojo, remontó las corrientes de aire y tomó rumbo oeste, hacia el destino que decidiría el futuro del mundo.

Entonces no había nada que se asemejara al paso de los meses o los años. En algunos lugares, el mundo estaba frío y así quedó; en otros reinos, el calor era lo habitual y ese clima se mantuvo igual durante cientos y miles de salidas de sol.

Sin embargo, aun así el tiempo pasaba y había alguien que lo notaba mucho más que cualquier otro. Como una cinta de oro, ella sobrevolaba una montaña de pico agudo, como le había ordenado su señor y esperaba con paciencia inmortal el paso de los días incontables que faltaban para la llegada de sus hermanas.

Siguió esperando, mientras el tiempo y los acontecimientos devenían en el mundo. Y por fin comprendió: las demás nunca llegarían.

Aurora sobrevolaba la cima de la elevada montaña con la cabeza dorada levantada y

su mirada penetrante oteaba en el horizonte del este como lo había hecho durante incontables días. El cielo estaba despejado y el sol brillaba alto, pero en aquel horizonte distante no destellaba ningún punto.

Lentamente, como el despertar gradual de un sueño profundo, la certeza de que se había quedado sola había ido creciendo dentro de aquella poderosa hembra Dorada. Cuando por fin esta idea se consolidó en su mente supo la verdad: sus hermanas habían sido asesinadas, víctimas de la perfidia de la Reina Oscura.

Un ser inferior seguramente habría caído en la desesperación, en el temor, incluso; pero para Aurora aquello era simplemente un problema que exigía su total concentración. Al afrontar aquella nueva realidad incómoda, vinieron a su mente ancestral y eterna pensamientos muy variados.

Durante un tiempo dejó vagar su imaginación, como había hecho en tiempos más pacíficos. En realidad, ¿qué significaba estar totalmente sola? Siempre había sido una criatura solitaria que desdeñaba las mezquinas preocupaciones de los demás dragones de Paladine. Los de Latón, Cobre y Bronce siempre habían albergado celos mezquinos, incluso envidia, y el impaciente Dragón Plateado tenía las miras muy cortas y era demasiado activo para poder mantener una conversación profunda durante más de unos pocos días.

A Aurora le gustaba la vida solitaria porque le permitía tiempo para pensar, lo cual era con diferencia su ocupación favorita. Le satisfacía pasar los días pensando en temas de poesía e historia y en todas las formas de conocimiento que se le presentaban. Y luego, por supuesto, estaba la magia: le encantaba urdir encantamientos. Paladine le había otorgado un don notable para el poder arcano, y Aurora dominaba ya muchos conjuros pero con la magia, como con la vida, siempre se dispone del tiempo suficiente para estudiar, meditar y pensar.

¿En realidad, podría decirse que estaba sola ahora? A decir verdad; estaban los huevos, que se hallaban escondidos en la gran caverna inferior, protegidos en la bóveda que se alzaba en forma de arco sobre un enorme mar subterráneo. Aquel tesoro secreto yacía en el corazón de esa cordillera, oculto a un kilómetro y medio de roca dura. Sólo tenía un punto de acceso claro: el valle de Paladine. Y la hembra Dorada podía divisar aquel valle perfectamente con su vista penetrante desde la posición aventajada donde estaba desde hacía un número incontable de días.

Al pensar en eso, recordó que llevaba mucho tiempo sin comer. Entonces buscó señales de presas en los valles ricos en gamos que se abrían bajo ella. En la parte baja de la ladera de la gran cumbre, algo se movió y eso hizo que Aurora fuese más consciente del hambre que tenía. Sin querer perder tiempo en una búsqueda más larga, decidió utilizar su magia para ayudarse en la caza. Lanzó un conjuro polimórfico sobre sí misma e inmediatamente su cuerpo dorado se contrajo y las escamas metálicas de su pecho se convirtieron en las plumas de un águila orgullosa.

Las gruesas alas de membrana brillante se convirtieron en las extremidades plumosas del ave de presa. Aquel astuto depredador de vista penetrante se apartó de la montaña trazando gráciles círculos, en un descenso gradual en espiral.

Aurora vio entonces el origen del movimiento: una manada de alces pacían en una pradera de hierbas altas. El macho permanecía al acecho mientras sus hembras mordisqueaban el rico trébol. Varios de los venados más grandes y velludos estaban arremolinados alrededor de una pequeña fuente con las cabezas inclinadas para beber.

Al descender un poco más, el águila en que Aurora se había convertido viró a un lado para asegurarse de que el macho no iba a dar la alarma. Cuando las copas de los árboles se alzaban justo debajo del vientre del ave, ésta desplegó las alas y se acercó a gran velocidad al prado donde el rebaño buscaba su sustento.

Al salir del cobijo de los árboles, Aurora recobró su forma verdadera. De pronto las alas doradas arrojaron una sombra amenazadora sobre la mitad de aquel claro y el gran macho bramó en señal de aviso. Inmediatamente las hembras partieron en estampida y se desperdigaron en todas direcciones en busca del amparo de las rocas que las rodeaban. Sin embargo, la hembra Dorada ya había seleccionado a su víctima: una hembra de hocico gris y con el paso rígido y patoso de un ejemplar viejo. Cojeaba mientras corría detrás de los jóvenes de la manada bramando aterrorizada mientras aquella enorme sombra alada se cernía sobre ella.

Aurora se abalanzó como un felino, arrojó la hembra al suelo y le rompió el cuello con un único mordisco sonoro. Cuando el resto de la manada se hubo dispersado se inclinó sobre la carne fresca y el olor de la sangre le hizo salivar de apetito. Aquel claro era agradable pues estaba impregnado de la fragancia de muchas flores que apaciguaban el olfato de la hembra Dorada. El entorno de pastos y abetos exuberantes y las aguas plácidas de la fuente constituían un marco espléndido para una comida.

Pero estaban los huevos, la única responsabilidad de Aurora. Desde allí no podía divisar el valle de Paladine por lo que no podría permanecer en aquella agradable zona baja. Con el cadáver del animal entre fauces, batió con fuerza sus fuertes alas y se elevó por el aire. Luego voló con una suave inclinación, trazando círculos para ganar altura, y se dirigió gradualmente hacia el pico encumbrado.

Cuando llegó a las laderas que rodeaban su cima, el sol se acercaba al horizonte del oeste. Con el cuerpo del animal aún pendido en las fauces, Aurora miró con cautela la montaña y los cielos de alrededor antes de posarse en aquella gran altura. Se inclinó sobre el cuerpo todavía caliente del animal y se dispuso a comérselo, pero entonces vaciló. Tras parpadear y fijar luego la vista, Aurora detectó un movimiento en el cielo, una criatura alada que se acercaba desde el norte.

Aunque aquel ser que volaba era claramente mayor que cualquier ave, el color, marrón y vulgar, no era propio de un dragón. Aurora dejó la carne fresca entre dos

piedras, levantó la cabeza y escudriñó las sombras de las montañas, intentando averiguar la naturaleza de la criatura que se estaba acercando.

Pronto Aurora reconoció el cuerpo poderoso y las amplias y plumosas alas de un grifo. Como estos depredadores con cabeza de águila por lo general rehuían a los dragones, le sorprendió ver que éste se acercaba directamente a su cima. Lo esperó con la paciencia de un ser casi inmortal y contempló cómo el grifo ganaba altura apresurándose entre las rocas santificadas de la cumbre. Empezó a distinguir el diseño blanco y negro de las plumas de las alas, el pico curvado de águila que sobresalía de la cara. Su cuerpo era como el de un gran felino, con unas garras poderosas y unas patas musculosas que se detuvieron en un saliente de roca a poca distancia por debajo del espolón de la hembra Dorada.

—Saludos, criatura venerable —exclamó educadamente el grifo. El animal hablaba en su propia lengua pero Aurora conocía aquel idioma: de hecho, entendía el idioma de todo ser inteligente que residía en Krynn.

—Bienvenido, cazador alado —respondió la hembra Dorada con formalidad. Luego se quedó en silencio, esperando pacientemente para saber lo que traía allí el grifo.

—Los cielos están desiertos en varios kilómetros a lo largo de las llanuras —apuntó vagamente aquel lustroso depredador. Aurora profirió un vago ruido como respuesta, tras el cual la criatura de rostro de águila prosiguió—: Lamento la pérdida de tus poderosas hermanas.

—Hablas con una seguridad que va más allá de mi propio conocimiento —dijo Aurora a pesar de que ya había adivinado aquella noticia.

—Los dragones de color metálico han sido eliminados uno por uno por los reptiles de la Reina —explicó el grifo con una expresión de tristeza—. Mis primos me han contado que los dragones de Takhisis han emprendido el vuelo desde las Khalkist. Buscan al último de sus enemigos.

Los párpados de Aurora se entrecerraron mientras reflexionaba sobre esta información. Las palabras del grifo imprimían urgencia a su situación y la obligaban a actuar. Los dragones de la Reina Oscura se moverían rápidamente: sabía que no estaban hechos para tomarse un intervalo de meditación y discusión filosófica. Además, la hembra Dorada sabía que las acciones de su enemigo requerían una respuesta firme y decidida de su parte. Tal vez el tiempo de la meditación había pasado, por lo menos, por ahora.

Aurora arrancó de un tirón una pata trasera del alce, levantó la extremidad que tenía en la pata delantera e hizo un ademán señalando los restos de aquel cuerpo de carne.

—Estás invitado a comer... Gracias por tu información —ofreció al volador con cabeza de águila.

El felino alado se inclinó con las alas extendidas para rendir honores al reptil dorado.

—Te agradezco tu generosidad, Venerable. Mis cachorros llevan hambrientos varios días.

—Deja que se sacien pues.

Aurora ascendió por el aire con las escamas brillando al sol y dejó que el grifo dividiera encantado el cuerpo en piezas para poder llevárselo. Entretanto ella sobrevoló la cima al tiempo que examinaba el cielo al este y al norte para cerciorarse de que los dragones de Takhisis todavía no estaban cerca. Mientras volaba devoró la pata de carne fresca, a continuación plegó sus grandes alas y se precipitó hacia el valle de Paladine.

Se abrió paso entre paredes verticales que se precipitaban a miles de metros en el interior del valle estrecho y sombrío: Era un lugar inaccesible para especies terrestres pues estaba totalmente rodeado de precipicios altísimos. Aurora aterrizó en el valle y plegó las alas para entrar en la apertura negra y desigual que se abría en la pared de la montaña.

El túnel interior se extendía durante un tramo muy largo pero al poco de pasar la entrada se ensanchaba desmesuradamente. De nuevo, Aurora se elevó por los aires y abrió sus alas para planear hacia la gran caverna que se abría en las profundidades de la cadena montañosa.

La llegada siempre era inesperada: un segundo estaba virando por la cueva sinuosa y al siguiente se encontraba en la gran caverna. Bajo ella fluían las plácidas aguas de un amplio lago subterráneo. Como si de un trozo de cielo encerrado se tratara, el amplio techo se abría hacia arriba muy por encima de la cabeza, y abarcaba tanta agua que en el futuro habría no menos de cinco ciudades populosas en sus orillas. Pero por el momento sólo era el hogar de millones de murciélagos y de un precioso nido.

El vuelo de la hembra Dorada fue directo y decidido. Voló hacia una columna elevada que emergía en el centro del lago para converger con otra inmensa que pendía desde el elevado y arqueado techo. Aurora se ladeó y dio una vuelta a la columna hasta que se acercó a un amplio espolón de la superficie escarpada.

Tras colocarse en aquella plataforma, plegó sus alas y se deslizó por una apertura sombría apenas suficientemente ancha como para dejar pasar su forma sinuosa. En el interior, el aire húmedo de la gruta alivió su olfato; inmediatamente notó una sensación de bienestar, característico de aquella caverna sagrada.

En el centro de la cámara circular divisó el nido: una especie de cesto enorme, en forma de cuenco, hecho de una serie de enormes piedras preciosas talladas a la vez con ráfagas de fuego y hielo y aliento dorado y plateado de dragón. Los huevos que contenía brillaban tenues, con una luz que se reflejaba en una miríada de facetas de

rubíes y esmeraldas y cientos de pequeñas cascadas en las paredes de la gruta, donde el agua caía gota a gota sobre la roca brillante y lustrosa.

Aurora sabía que allí había veinte huevos, cuatro de cada color metálico: unas esferas brillantes de latón y bronce, la pureza profunda del cobre, plata con un brillo de luz pura y la perfección del oro bruñido. Aquellos cuatro últimos eran de la propia Aurora; los demás eran de sus cuatro hermanas, que los habían puesto hacía una eternidad, antes de su muerte. Habían sido concebidos por el propio Paladine, por lo que significaban la esperanza de un futuro que incluía a los dragones de color de metal del Padre de Platino.

¿Cómo cambiaría el mundo en caso de que los dragones de Takhisis alcanzaran la gruta y destruyeran aquella nidada preciosa? Aquella era una pregunta que Aurora podría haber meditado largo y tendido. Pero ahora, con un sentimiento de culpa, se daba cuenta de que el tiempo para la filosofía había pasado; ahora ella tenía que ser una buena defensora de sus hijos. Tenía que confiar en sus garras y colmillos, utilizar su aliento ardiente y el tendón poderoso con fuerza letal.

Y recibir al enemigo con su magia. Sabía que sus conjuros eran fuente permanente de poder, le otorgaban una gran fuerza y violencia y constituían su mejor esperanza de victoria.

Al salir de la gruta, mientras volaba de nuevo por encima del agua, Aurora empezó a tramar su plan. Se enfrentaría a los dragones de la Reina Oscura con sus conjuros y con todas las formidables armas inherentes a su cuerpo. Era preciso ser disciplinada y tener paciencia y confiaba en que sus enemigos estarían regidos por la caótica influencia de su señora inmortal.

Por fin cruzó el largo túnel y salió de nuevo a la montaña para ascender a su cumbre con las brisas nocturnas. Se apostó allí a medianoche, estremecida por la sensación de peligro inminente. Al volver sus ojos hacia las llanuras invocó el poder de la magia cantando suavemente mientras urdía el conjuro de la visión verdadera.

Los vio de inmediato: cinco manchas pequeñas de funestos colores en el horizonte del nordeste. El Dragón Blanco venía primero a una velocidad tal que iba por delante de los demás. También podía ver que el Rojo y el Negro volaban a la par, alejados unos kilómetros del reptil pálido y fantasmal. Los Dragones Azul y Verde se afanaban tras ellos, bastante rezagados.

Aurora descendió ligeramente por debajo de la vertiente de su cumbre, en la ladera, precediendo el avance de su enemigo. Al descubrir un precipicio liso, escogió el lugar perfecto para llevar a cabo su siguiente conjuro. El hechizo del espejismo era complicado de hacer pero la hembra Dorada pronunció los sonidos e invocó la magia con gran precisión y cuidado. Acto seguido, en la ladera de la montaña se creó una imagen falsa, tan real que ciertamente podía engañar a un Dragón Blanco ambicioso e imprudente. En cuanto hubo terminado su plan mágico, Aurora admiró lo que había

hecho y luego volvió a subir a su cumbre, agazapada tras la cresta de piedra desde donde podía observar la llegada del Blanco sin ser vista.

El reptil fantasmagórico volaba a una velocidad frenética y alcanzó la cordillera del oeste antes del amanecer. Con la salida del sol resultó visible a los ojos de Aurora ya sin necesidad de magia. La hembra Dorada lo observaba con cuidado mientras se escondía con un conjuro de invisibilidad para aumentar la protección casi completa que le ofrecía la pared de la montaña.

Aquel conjuro resultó estar de más, pues los ojos del Dragón Blanco permanecían clavados en el conjuro del espejismo. En silencio, mientras curvaba sus labios pálidos en una cruel sonrisa, aquel dragón malévolo plegó sus alas mientras se lanzaba en una caída poderosa y rápida. Así, aquella criatura se abalanzó contra la imagen de la ladera de la montaña; Aurora sintió el afán malévolo del reptil mientras se lanzaba contra lo que allí se veía: un Dragón Dorado durmiendo despreocupado en un gran saliente.

El Dragón Blanco estaba tan absorto en su víctima que no vaciló ni un momento y se lanzó con el largo cuello extendido, ansioso por clavar los colmillos largos y afilados en las escamas doradas. Cuando chocó contra la ladera oculta de la montaña volaba a toda velocidad, acelerado además por el descenso en picado. Incluso desde la altura en la que estaba Aurora oyó la rotura de las vértebras y el golpe sordo y duro de aquel cuerpo pesado, ya sin vida, al chocar contra el precipicio liso.

La hembra Dorada avanzó majestuosa en espiral desde el borde del precipicio y fue a parar sobre el gran y pálido cuerpo que yacía derribado en las rocas desprendidas del fondo del precipicio. Aurora confirmó la muerte de su enemigo con un potente grito que retumbó por las cavernas de los valles de la montaña; luegoladeó las alas para volver hacia arriba.

Al ascender de nuevo por la cordillera, vio a los Dragones Rojo y Negro, fácilmente distinguibles por sus formas onduladas y las largas alas. Más allá, los Dragones Azul y Verde se esforzaban por ganar velocidad y altura por encima de la cordillera. Aurora inició la siguiente fase de su plan y se elevó hacia la cresta más alta las Kharolis para así tener una buena panorámica de los dragones de la Reina Oscura.

Los Dragones Rojo y Negro se dirigieron inmediatamente hacia Aurora. En cambio, los Dragones Azul y Verde, que iban detrás, giraron para seguir el curso de un cañón largo y profundo: una ruta que les permitiría dar la vuelta a la gran montaña sin tener que subir a la enorme altura donde se encontraba la hembra Dorada Aurora voló hacia un pico inferior al sur de un gran macizo, lo que permitió a sus dos enemigos más próximos acortar la distancia. Apenas le separaba un kilómetro y medio de ellos cuando cayó en picado y desapareció de la vista por la ladera de la alta montaña. Con la mirada fija en el valle de Paladine, voló a ras de suelo virando hacia arriba o ladeándose bruscamente para evitar las piedras y salientes que iban surgiendo

a su paso.

Pronto oyó chillidos de furia desde arriba y supo que el Dragón Rojo y el Negro habían cruzado la cordillera y la habían visto. Aurora no quiso volverse a mirar atrás para no perder velocidad pero notó que seguían su descenso. Pronto otro chillido, considerablemente más cercano que el primero, le confirmó la sospecha.

El chillido del Dragón Rojo encerraba una rabia pura e ilimitada. Consciente de que la furia de su enemigo le podía resultar ventajosa, Aurora decidió ser paciente y dejar que el odio llegara a un nivel incontrolable. No era el momento de volverse y dar batalla al reptil Rojo, su enemigo mayor y más poderoso. Aurora sabía que entre todos los dragones de la Reina Oscura, el Rojo era el que ejercitaba la magia de forma más poderosa y aquélla era una amenaza que ella deseaba contestar de inmediato.

Siguió con su plan hasta tocar por fin tierra delante de la boca del túnel que le era familiar. Su corazón se estremeció al pensar en el tesoro que albergaba pero no se permitió ninguna vacilación cuando, con un latigazo de su cola dorada, se apresuró a entrar en el túnel.

En el preciso instante en que se dio la vuelta, en su mente se formó otro conjuro. Miró al círculo de luz diurna que se divisaba más allá de la caverna, consciente de lo que pronto había de ver. Unas escamas rojas brillaron y a continuación el dragón de color carmín se agachó dispuesto a atacar a su enemiga Dorada.

Aurora invocó el conjuro de la irresolución, una fórmula mágica que atacó al Dragón Rojo justo en su punto de magia y furor. Aquel embrujo hizo que el Dragón Rojo se balanceara hacia atrás con una fuerza engañosamente leve. Cuando hizo efecto, el conjuro eliminó por completo los conocimientos de magia del Rojo e hizo que la memoria de aquel monstruo se vaciara de todos los hechizos.

Entonces aquel reptil furioso profirió un chillido y lanzó una bola de fuego chisporreante y siseante. Aurora, que había reemprendido su huida en cuanto hubo realizado el hechizo, sufrió una ligera quemadura en el extremo de la cola. Al igual que a su enemigo de color rojo, a la hembra Dorada no le afectaba mucho el fuego, por lo general letal, que era el aliento de un dragón.

Se apresuró por el pasillo oscuro con toda la velocidad que le daba el conocimiento del terreno y su mirada penetrante y sensible a la oscuridad. Tras descender unos cien pasos, entró en la zona de la caverna que se ensanchaba y se volvió de nuevo para enfrentarse al estrecho cuello de botella. Sintió que sus enemigos se acercaban y que el Mal penetraba en la cueva.

Sin embargo, todavía no había llegado el momento de luchar. Aurora musitó las palabras poderosas de otro encantamiento; a continuación, sintió que la magia fluía de su cuerpo y bañaba cada una de las rocas de la montaña. Entonces, aquella superficie se flexionó y curvó, luego bajó desde arriba hasta el suelo y se alzó de

abajo hacia el techo, fundiéndose para formar una pared de piedra que bloqueaba por completo la entrada. Durante unos largos segundos Aurora esperó oír el ruido de un cuerpo pesado chocando contra aquel muro de forma que la furia del Dragón Rojo y el vuelo en picado le causarían un daño auténtico.

Pero en lugar de ello oyó un aullido de impotencia y sintió que la pared se calentaba bajo la embestida de un aliento feroz. Eso no importaba: Aurora sabía que la pared podría resistir todo el calor que el reptil encarnado podía arrojar.

Dos de los dragones de la Reina Oscura estaban inmovilizados, por lo menos de forma temporal. Si reaccionaba rápidamente aquella circunstancia podría darle tiempo suficiente para ocuparse de sus otros enemigos. Tuvo mucha suerte. Aurora supuso que los Dragones Azul y Verde todavía estarían volando por el cañón profundo e intentó localizar su posición exacta. Su conjuro de teletransporte era una simple palabra que se pronunciaba con brusquedad y antes de que el eco resonara en las paredes de la caverna que la rodeaba, la hembra Dorada se encontró en el aire, suspendida en lo alto de un río revuelto que penetraba cada vez más profundamente en el lecho de rocas.

Inmediatamente tras ella, y a cierta distancia por debajo, el Dragón Verde volaba con las alas abiertas, ajeno a la súbita aparición de su enemiga. Aurora vio rápidamente que el Azul iba por delante y que, al igual que el Verde, tampoco parecía haber advertido su aparición. Entonces se precipitó hacia abajo con las alas plegadas para obtener la máxima velocidad y para minimizar el ruido de su vuelo, tan lleno de intenciones.

Al acercarse al objetivo, Aurora vio una chispa de luz de color perla que flotaba sobre la cola del Dragón Verde, como si se tratara de una gran joya voladora. Al abrir las fauces para tomar aire y emitir el fuego exterminador sintió un misterioso estremecimiento de alarma: había algo sobrenatural en aquella joya, algo muy sugestivo y mágico. Al acercarse, Aurora vio una pupila clavada en el blanco redondo de aquella órbita ocular mágica y supo que estaba siendo observada.

El giro en bucle del Dragón Verde fue sorprendentemente rápido y las fauces de color esmeralda respondieron al ataque de Aurora. Alertado por su ojo mágico, el reptil volador dio una vuelta rápida y desesperada; bramó cuando una fuerza tremenda empezó a brotar del vientre de la hembra Dorada y surgió de sus fauces convertida en una llama cauterizante y silbante. A su vez, Aurora sintió que una nube de vapor tóxico a su alrededor se le pegaba a las membranas de los ojos y la nariz y le cortaba las terminaciones nerviosas con un terrible dolor.

En medio de la nube de fuego y gas, los dos poderosos reptiles chocaron. Ahogándose, Aurora intentó clavar los colmillos en el cuello del Dragón Verde. Las alas abrasadas de su enemigo se destruyeron y se convirtieron en ceniza bajo las heridas que le provocaban las garras de la hembra Dorada. Pero entonces, ésta sintió

un dolor repentino al notar cómo las garras de color esmeralda se clavaban en su propia carne. Aurora se dio la vuelta esquivando apenas los colmillos de su enemigo, que le atacaba el vientre. Por fin, las fauces de la hembra Dorada encontraron su objetivo y se cerraron alrededor del cuello con un ruidoso mordisco arrebatando así la vida al Dragón Verde.

Aurora soltó el cuerpo sangriento y abrasado en el río; luego, extendió las alas e intentó ganar altura. Parpadeó para liberarse de los restos de gas de sus ojos todavía legañosos y buscó al Dragón Azul. Vio que el reptil azul se había dado la vuelta al oír la pelea y que ahora se abalanzaba contra ella a gran velocidad.

De repente, el Dragón Azul desapareció; durante un precioso segundo, Aurora se preguntó si acaso su enemigo había utilizado el conjuro de la invisibilidad. La verdad surgió un instante más tarde, pero aquel retraso casi resultó fatal. La hembra Dorada volvió instintivamente a lograr velocidad, al ver que su enemigo había copiado su táctica y se había teletransportado a una posición de ataque perfecta. Se estremeció al ver al Dragón Azul cayendo en picado directamente sobre ella y, a pesar de estar todavía ahogada por el gas del Dragón Verde, intentó tomar aliento para llenar de nuevo su vientre con el fuego destructor. El único resultado fue un espasmo de tos.

Entonces un rayo salió de la boca del Dragón Azul y le destrozó una ala dorada en una explosión de energía abrasadora. Aurora golpeó la cola del Dragón Azul cuando éste pasó por delante y luego se ladeó a causa de su caída precipitada. Al volverse bruscamente de lado, la hembra Dorada golpeó con su ala buena; esto sólo provocó que cayera fuera de control en un frenesí de vueltas en las profundidades del cañón.

Aurora volvió a encajarse el ala y se recolocó la membrana de piel mientras arqueaba el cuello y la cola para dejar de dar vueltas. Profirió otro hechizo con una palabra mágica y el poder de la levitación detuvo la caída. Lentamente el cuerpo dorado empezó a subir, y volvió a elevarse hacia el cielo. El reptil azul aullaba triunfal y, conforme se abalanzaba hacia ella, adquiría un tamaño mayor. Las fauces azules estaban abiertas formando ya otro rayo temible.

Aurora adivinó su perdición y la de sus hijos en aquellas fauces sin compasión y supo que no podía fallar. Había confiado en poder reservarse su conjuro más poderoso para el final de la lucha, o en no utilizarlo en absoluto porque era de una oscuridad más propia de la Reina Oscura que del Padre de Platino. Sin embargo sabía que no tenía elección y con una rapidez verbal paralela a la de la decisión, Aurora arrojó una palabra oscura y mortal en la cara del dragón que la atacaba.

El hechizo de la muerte tomó al Dragón Azul por las tripas y convirtió el cuerpo sinuoso en una bola culebreante. El rayo se extinguió antes de ser lanzado y el pulso vital se marchitó y murió en el vientre azul. Como el cuerpo de su hermano Verde, el del Dragón Azul se precipitó hacia abajo para desaparecer en las turbulencias furiosas

del río de la montaña.

Aurora se esforzó por no hacer caso del dolor que se extendía desde la protuberancia de su ala izquierda; todavía estaba en el aire gracias al conjuro de la levitación; entonces profirió otro encantamiento. Esta vez la magia le trajo una ráfaga de viento, un aire arremolinado que hacía subir su cuerpo flotante hacia la montaña. La ráfaga llevó a su poderosa pasajera a un espolón alto de piedra que se hallaba en un precipicio no accesible de otro modo.

Al llegar a aquel saliente, Aurora cayó al suelo y una momentánea ola de debilidad cruzó en un espasmo todo su cuerpo dorado. Consciente de que aquella emergencia no admitía retrasos, se arrastró con dolor por la superficie plana de piedra hacia un montón de piedras que había apiladas contra la pared del precipicio. Con un quejido inconsciente y con el dolor agarrotándole el cuerpo, la hembra Dorada apartó bruscamente las piedras con sus garras delanteras.

Pronto dejó al descubierto la boca de una cueva, una de las muchas entradas secretas que conducían a la amplia cámara que había debajo de la montaña. Se arrastró a lo largo de un pasillo lleno de escombros hasta llegar a un saliente donde el espacio oscuro se abría y las aguas del lago subterráneo brillaban oscuras a cientos de metros por debajo.

Sin vacilar, Aurora se precipitó directamente desde el saliente a las aguas frías y profundas. Con la fuerza de sus patas traseras avanzó a la vez que con las delanteras marcó la dirección hacia otro pasillo a oscuras situado en el borde de la amplia cámara. A pesar del esfuerzo que exigía hacer aquel movimiento duro y repetido, el agua fresca ejerció un efecto beneficioso en las heridas de la criatura y ésta nadó hacia su objetivo con una determinación infatigable.

Al llegar a la base del precipicio se elevó de las aguas con el poder de la magia de la levitación. El agua se escurría de su cuerpo y volvía al lago en forma de cataratas. Al elevarse y llegar a la boca de un largo túnel que le resultaba familiar, Aurora sólo deseó que el muro de piedra todavía estuviera intacto y bloqueara a los Dragones Rojo y Negro el paso a la caverna sagrada.

Pero cuando llegó al túnel de acceso y emprendió el camino en la oscuridad, llegó a su olfato el hedor aceitoso a reptil. Con una punzada de temor, Aurora adivinó la verdad pero no quiso perder el tiempo yendo a su barrera mágica. Aquel olor le decía que los dos dragones de la Reina Oscura ya habían pasado por allí. Era evidente que habían derruido la pared de piedra y ahora se encontraban en algún punto de la caverna acuosa.

De nuevo Aurora se arrojó a aquel líquido frío, se sumergió por debajo de la superficie y nadó hacia el centro del lago. Se obligó a no pensar en los huevos, tan vulnerables en su gruta prístina. Se recordó a sí misma que la entrada estaba muy bien oculta; sólo podía esperar que los dragones de la Reina Oscura todavía no

hubieran encontrado la valiosa nidada.

Finalmente tuvo delante la gran columna de piedra que se erguía desde el lago como una montaña escarpada y se fundía en un techo oscuro y desigual. Escrutando entre las sombras, Aurora buscó sin éxito la presencia de los Dragones Rojo y Negro. De nuevo el poder de la levitación la elevó y logró atravesar los precipicios de la columna al tiempo que se elevaba hacia el saliente. Tomó aire y sintió el fuego de calor mortal hirviendo en su vientre mientras giraba en espiral, buscando cualquier signo de movimiento en las sombras. De nuevo se había visto forzada a hacer ruido y sin duda los dragones la habían oído.

Aún así, el Dragón Negro se le acercó tan rápidamente que Aurora apenas tuvo tiempo de ver aquel monstruo en la oscuridad: sólo sus dientes blancos, brillando como dagas de hueso en una boca abierta indicaban el acercamiento de la bestia. Su reacción fue instantánea y el espacio oscuro se llenó de la explosión abrasadora naranja y roja del aliento de Aurora. Tras oírse el silbido del vapor, el grito de dolor del Dragón Negro retumbó en la oscuridad resonando en las paredes distantes que rodeaban el mar subterráneo.

Un chorro de ácido abrasador salió de aquella bola de fuego y fue a caer en un flanco de Aurora, quemando y corroyendo sus escamas doradas. En un intento por escapar del fuego, el Dragón Negro, oscuro como la media noche, se deslizó debajo de su enemigo y Aurora, como un felino, cayó sobre la espalda de aquella criatura. Sus fauces hallaron fácilmente el hueso posterior sobresaliente en la base de cuello y con un mordisco que sonó a huesos rotos la hembra Dorada rompió la espina dorsal de su adversario.

Aurora dejó caer el cuerpo sin vida al agua y luego utilizó su cola para impulsar su cuerpo, que todavía levitaba, hasta el extremo del saliente de la gruta. Las escamas se desprendían de su costado mientras el ácido penetraba ruidoso en la carne levantando terribles ríos de dolor. Se arrastró con el antebrazo izquierdo virtualmente inútil y metió la cabeza en la suave iluminación fosforescente de la gruta.

Al ver que en el centro de aquella cámara el nido adornado de gemas estaba intacto y las bolas preciosas de los huevos brillaban prístinas y de color metálico, se sintió débil pero aliviada.

Furyion planeaba cerca del techo de la amplia caverna. Estaba furioso ante la perfidia de la hembra Dorada, por aquel encantamiento que había desarmado el arsenal de hechizos. La frustración crecía en él al mismo tiempo que notaba la proximidad del nido de huevos de color metálico aunque le seguía siendo imposible encontrarlo.

Sin embargo, él sabía que la victoria era inminente.

Había visto la caída del Dragón Blanco, había oído la muerte del Dragón Negro. Y, por la ausencia prolongada de la hembra Dorada, dedujo que Arkan y Korril,

también, habían perecido ante el poder letal de Aurora.

Pero ahora el poderoso reptil dorado estaba malherido: el hedor a sangre y carne quemada era intenso, una prueba clara de sus numerosas heridas. Estaba débil, era vulnerable y estaba cerca. Entonces la vio, estirada y exhausta sobre un saliente estrecho, encima de las aguas oscuras del lago.

Furyion veía ya las escamas doradas, las ondulaciones de su collar y el ruido que haría cuando su corazón se regocijara por las numerosas alabanzas de su Reina. Entonces decidió que llevaría para siempre aquel trofeo en su cuello. Extendió sus alas escarlatas y se abalanzó contra la desvalida hembra.

A pesar del dolor que atormentaba sus miembros tullidos y su cuerpo destrozado y lleno de heridas, Aurora dirigió su mirada al exterior. Sabía que el Dragón Rojo no podía andar muy lejos y no se sorprendió cuando un aullido de furia resonó por la cámara anunciando la proximidad de aquel monstruo.

La forma roja, astuta y poderosa, que no estaba herida ni cansada, se desplomó contra Aurora desde lo alto. A pesar de que todavía ardían unas ascuas de fuego en su interior, la hembra Dorada sabía que su bola de fuego letal no surtiría mucho efecto en aquel rival.

Había agotado todos los conjuros mortales que conocía y tenía las alas rasgadas y las heridas sangraban por el cuerpo; Aurora sabía que iba a enfrentarse a un ataque que no podía vencer. Lanzó un gemido de desolación cuando pensó en los huevos... Si ella moría y permitía que el reptil rojo los saqueara y matara no quedaría esperanza.

El Dragón Rojo embistió con las fauces abiertas y las patas delanteras dispuestas para desgarrar el cuerpo de oro. Un instante antes de la colisión, a Aurora se le ocurrió un plan que la obligó a actuar sin considerar arrepentimientos posteriores o dudas. No había tiempo para filosofar: sabía lo que tenía que hacer.

La hembra saltó en cuanto el Rojo se abalanzó contra el saliente. Aurora levantó una fuerte pata delantera para estrechar a su enemigo en un abrazo firme. El dragón de Takhisís, que no esperaba esta táctica, cayó violentamente sobre su enemiga y los dos reptiles se enzarzaron inmediatamente en una red de colas, garras, cuellos y patas. Se balancearon en el borde del precipicio y luego cayeron al agua que tenían debajo.

Durante la caída, Aurora se asustó y empezó a agotarse ante la fuerza del Dragón Rojo. Aquel reptil cruel giraba y se retorció, intentando escapar del abrazo: y en pocos segundos lo iba a conseguir.

—Vas a ser mía —siseó el Dragón Rojo, furioso, con un tono de voz estridente y autoritario—. Serás mi trofeo. Llevaré tus escamas alrededor de mi cuello.

La mente de Aurora trabajaba frenéticamente. Sólo le quedaba un conjuro. No se

atreví a arriesgarlo contra su enemigo puesto que tener éxito ante un objetivo que se retorció y se resistía distaba mucho de ser seguro, ya que si caía sobre sí misma el impacto sería inmediato, inevitable y... fatal.

Recordó las palabras del Dragón Rojo: luciría un collar hecho con sus escamas. En un gesto semejante al de un latigazo, Aurora le concedió el deseo y enroscó su cuello sinuoso alrededor del cuello del macho. Pronunció una palabra mágica mientras penetraban en el agua oscura y tranquila y Aurora sintió que su conciencia la abandonaba y su lugar era reemplazado por la frialdad desoladora de la muerte autoinfligida. La magia poderosa le recorrió el cuerpo sinuoso de forma que su carne de escamas doradas se convirtió en una piedra sólida y sin vida.

Unas rígidas espirales de la cola de piedra amarraban todavía el torso del Dragón Rojo a la vez que los miembros inmóviles y el cuello de piedra dura abrazaban la garganta del malvado dragón en forma de collar permanente. La hembra Dorada, hija de Paladine, se había convertido en piedra, sólo útil como estatua, objeto decorativo, monumento permanente o, también... como un ancla.

Aurora nunca llegó a sentir el agua fría que la rodeaba, ni el cuerpo de su enemigo que se debatía y se ahogaba mientras los dos monstruos se zambullían en las profundidades oscuras del lago subterráneo. Tampoco sintió la última expulsión de aliento repugnante, el fuego que crepitaba en un vapor momentáneo al tocar el agua fría. Mientras todavía se debatía y se iba hundiendo cada vez más abajo, el reptil de color escarlata abandonó la vida por fin, uniéndose a su enemiga en un abrazo pétreo en el fondo de aquel mar secreto.

Pero incluso en aquellas profundidades sin luz, parecía que las escamas de piedra brillaban con cierto fulgor dorado.

El nido con los huevos estaba iluminado por la luz mortecina de la gruta. El agua caía gota a gota por las paredes, como había hecho durante eones, y así continuaría por todos los siglos venideros.

En el círculo de gemas preciosas, las esferas de color metálico despedían una débil claridad. En aquella pálida luz, una figura fantasmal se inclinaba protectora sobre el nido. La imagen envolvente era una forma ligera y efímera, pero aun así el tono de color platino de la superficie humeante era claramente visible.

Al cabo de un espacio eterno, las superficies de dos de los huevos se movieron. Una membrana dorada se separó con una rasgadora húmeda a la vez que asomaba un hocico afilado del mismo color; impaciente, un cuerpo parecido al de un dragón pequeño salió con dificultad por la apertura mientras parpadeaba y se esforzaba por dar los primeros pasos.

Al poco tiempo, el huevo de color de plata se partió y salió otro hocico. Incluso entonces la imagen de platino apenas se movió: sólo agitó el cuello sinuoso, una

cabeza vaporosa que se elevó para mirar con orgullo aquella preciosa descendencia.

—Tu nombre será Aurican —susurró la voz profunda; el sonido provenía del más allá y se arremolinó alrededor del pequeño Dragón Dorado. Entonces el soplo de aire se volvió hacia la forma de plata y con otra expresión gutural, el pequeño Darlantan recibió su nombre.

Y los dragones del Bien volvieron a nacer para Krynn.